

JUEGO MORTAL

DAVID WALTON

PREMIO PHILIP K. DICK

Lectulandia

En un mundo futuro, lleno de milagros tecnológicos, donde los edificios son contruidos en horas y el cuerpo humano se puede modelar sin límites, dos amigos cometen un terrible error. Mark McGovern, el hijo de un acaudalado político, y Darin Kinsley, de la parte pobre de la ciudad, lanzan un sofisticado virus informático llamado «rebanador». Ese virus, terriblemente destructivo, se encuentra localizado en la mente de un niño.

El chico, que solo es consciente de su existencia virtual, se convierte en un arma codiciada por todos, ya sea para ser utilizado con fines letales o para ser aniquilado por el bien de la humanidad. Mientras tanto, su madre, que contempla con horror las dos terribles amenazas que se ciernen sobre la vida del niño, tratará de hacer todo lo que esté en su mano para salvarlo.

Lectulandia

David Walton

Juego Mortal

ePUB v1.0

OZN 19.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Terminal Mind*

David Walton, 2008.

Traducción: Ester Mendía Picazo

Ilustraciones: Jean-Yves Kervevan via Agentur Schlück GmbH

Diseño/retoque portada: OZN

Editor original: OZN (v1.0)

ePub base v2.0

Para Lydia, que llegó al mundo cuando lo hizo este libro

Agradecimientos

La historia de uno no le pertenece solo a él. En mi caso, estoy en deuda con mi mujer, Karen, sin cuya sabiduría sería menos persona y, por tanto, menos escritor.

También debo dar las gracias a muchos otros. Primero, a Mike Shultz y a Nancy Fulda, cuyos inestimables consejos han dado forma a mi manera de escribir. A Helena Bell, Ian Creasey y Elaine Isaak, cuyas críticas de mi primer borrador mejoraron este libro inconmensurablemente. A Dan y Jackie Gamber y a Meadowhawk Press, por esta oportunidad y por vuestra fe en mi trabajo. Y, por último, a Ruth, Miriam, Naomi, Caleb y Lydia, cuyas vidas son un logro mucho mayor del que podría suponer cualquier obra de ficción.

Gracias a todos. Espero que disfrutéis con el resultado.

MAPA DE FILADELFIA



1. Mansión McGovern
2. Consulta de Alastair
3. Residencia Kumar
4. Iglesia de las Siete Virtudes
5. Casa de la tía Jessie
6. Casa de Darin
7. Antigua iglesia luterana
8. Zona de construcción de South Hills
9. Hospital Metodista
10. La Corteza
11. Local de Picasso

Papá me ha enviado un mensaje. Me ha encargado un trabajo, pero me ha dicho que no lo haga todavía. Me ha dicho simplemente que me despierte y esté preparado. Estoy despierto, pero no tengo nada que hacer. Me ha dejado en la oscuridad. Ha dicho que vendría, pero de eso ya hace segundos y segundos. Puedo hacerlo, papá, de verdad que sí. Déjame intentarlo. ¿Dónde estás, papá?

Mark McGovern habría renunciado a su herencia a cambio de escapar de esa fiesta. Cualquier evento político implicaba vistosas modis y banales cotilleos, pero ese parecía peor que la mayoría. Ahí fuera, en el balcón, encontró un alivio momentáneo: el aire de la noche le refrescaba la cara y la puerta corredera de cristal amortiguaba los sonidos de la fiesta que se celebraba dentro. Debajo, el cráter de Filadelfia resplandecía como un cuenco de diamantes.

Desde esa altura podía ver con claridad la presa Franklin, la gran media luna de hormigón que producía gran parte de la energía de la ciudad y que evitaba que el río Delaware la inundara. Mark cambió sus ojos a un modo de aumento mayor y vio faros persiguiéndose unos a otros a lo largo de la calle Broad.

La puerta se abrió.

—Tenny, aquí estás —dijo su padre.

Mark hizo una mueca de disgusto. Tennessee, su nombre real, sonaba pretencioso, pero «Tenny», el apodo que utilizaba su familia, era aún peor.

—Tenny —repitió su padre—. Me gustaría que conocieras a alguien.

—Sí, ven aquí, querido —dijo Diane, la última adquisición de su padre, una mujer con menos derecho a llamarlo «querido» que su mayordomo. Mark los siguió hasta dentro.

Damas enojadas y caballeros ataviados con esmoquin atestaban la sala, sinterizados en un mosaico viviente de modificaciones biológicas de clase alta. Como pudo, se abrió paso entre una mujer con los lóbulos moldeados en forma de pendientes que le colgaban sobre los hombros, un hombre con la piel violeta y una mujer que se había cambiado el pelo por musgo fresco coronado con diminutas flores blancas. Todos sostenían sus copas de vino con las muñecas en el mismo ángulo. Todos lo miraban.

Mark esbozó la sonrisa de rigor. Odiaba esa pantomima, los perpetuos juegos de ambición y falsedad. Ninguna de esas personas tenía interés alguno en él más allá de la atención que ellos mismos se pudieran granjear. Vio a su bisabuelo en la zona del bar, rodeando con el brazo a una mujer cubierta por lo que parecía un chal de plástico de diseño. El bisabuelo ya había pasado de los cien años, pero con tratamientos modi

regulares parecía envejecer a la inversa. Sus preferencias en cuestión de mujeres también habían rejuvenecido, aunque, según creía Mark, esa ramera envasada al vacío podía tener unos sesenta.

Jack McGovern, el padre de Mark, dominaba la sala; un gigante de hombros anchos con una feroz sonrisa. Él era la razón por la que Mark estaba allí. Su padre le había dicho que era algo que la prensa esperaba: el futuro heredero de la fortuna McGovern debía aparecer en público cada cierto tiempo.

Lo aplastó rodeándolo con un solo brazo y sacudió los dedos para saludar a quienes tenía más cerca.

—Tenny, ya conoces al concejal Marsh y a su esposa Georgette; y ella es Vivian DuChamp, del *Panache*; pero... no creo que conozcas a nuestro nuevo artista, el doctor Alastair Tremayne. Este hombre es un genio... con las modis, claro, aunque también ha impresionado a unos cuantos con algunos de sus inventos. Ha patentado un proceso para aplicar modificaciones de red a un feto, ¿te lo puedes creer? Enseña a tu bebé aún no nacido a leer, le muestra fotografías de su familia, monitoriza su estado de salud y esas cosas. Es todo un éxito entre los sectores más maternos. Vaya, lo siento, doctor Tremayne, le presento a mi hijo, Tennessee.

Con casi dos metros de alto y un pelo canoso que resplandecía como el espumillón navideño, Tremayne parecía nerviosísimo; no dejaba de balancearse sobre las plantas de sus pies. Pero a Mark no le impresionó. Tremayne sería como todos los nuevos descubrimientos de su padre: una moda pasajera que después quedaría olvidada. Se fijó en su hermana pequeña, Carolina, que le dedicaba a Tremayne una mirada insinuante. Otra moda pasajera para su hermana también.

Mark se preocupaba por Carolina. A sus diecisiete años, tenía una figura perfecta, una piel transparente, un cabello dorado que se arreglaba solo en cualquier clima y el último grito en ojos. Sus ojos resplandecían, como si estuvieran constantemente empañados de emoción, y su color, oro, brillaba con un intenso lustre, como la madera pulida. Pero esa clase de modis atraía a hombres a los que solo les interesaba su aspecto. O su dinero.

¿Quién era ese doctor Alastair Tremayne? Era imposible adivinar su edad. Parecía que tenía veinticinco, pero bien podría tener setenta si era bueno en su oficio.

—¡Concejal McGovern! —Tres hombres apartaron a Mark y rodearon a su padre. Una nube de cámaras volantes, pequeñas como abejorros, pendía sobre cada hombro, identificándolos como periodistas—. Señor McGovern, hemos oído que va a hablar sobre una nueva revelación, una síntesis de modificación y tecnología fabrique.

El padre de Mark esbozó una amplia sonrisa.

—No me sacarán ningún secreto. Vengan a la demostración del viernes en la zona de construcción de South Hills.

Mark miró a Carolina, le sonrió y miró a Tremayne. Ella se encogió de hombros.

¿No es una monada?, le envió ella. Las palabras pasaron de su visor implantado al de él, permitiéndole oírlas en su mente.

¿Cuántos años tiene?, le contestó Mark.

¿Qué más da?

No quiero ver como tratan mal a mi hermana. Hay cosas más importantes que el hecho de que sea una monada.

Carolina fingió estar a punto de romper a llorar:

Eres un rollazo. Deja de jugar a ser el hermano mayor.

Mark le lanzó un beso, como si todo fuera una broma, pero se dijo que debía recordar descubrir algo más sobre el doctor Tremayne. Quería a Carolina, aunque eso no significaba que se fiara de su buen juicio.

—Una impresionante filigrana fractal —estaba diciendo el padre de Mark—. Despreocupada y, aun así, sincera. ¿No te parece, Tennessee?

Mark miró a su alrededor bruscamente, como intentando averiguar qué era eso en lo que tenía que estar de acuerdo. Todo el mundo estaba mirando a Diane, así que él también lo hizo. Y entonces fue cuando vio su piel. Parecía tener vida. Al fijarse más, vio que el pigmento de su piel estaba cambiando sutilmente en patrones espirales alternantes. Jamás había visto nada igual. ¿Cómo se hacía? ¿Una bacteria? No pudo mirarla demasiado rato; las figuras hacían que le bailara la vista.

—Muy bonito —dijo.

—¿Muy bonito? ¡Es una proeza sin par del neoplasticismo!

Mark pensó que seguramente su padre había llevado esas palabras pensadas y practicadas para quedar bien ante la reportera del *Panache*. Tenía que alejarse de ese circo.

—¡Vamos, Tenny! Seguro que puedes decir algo mejor que «muy bonito». —La perilla de su padre se había vuelto negra. Mark vio cómo pasaba del marrón al gris y de vuelta al rubio a modo de caleidoscopio. El humor de su padre cambió de manera acorde y se rió a carcajadas para la multitud.

—Bueno, bueno, no todos podemos tener buen gusto.

—La tuya sí que es una buena modi —se aventuró a decir Mark asintiendo hacia la perilla que pasó al color azul formando una onda.

—Es obra de Tremayne. Han hecho falta dos litros de celgel. Seguro que ahora es más lista que yo. —Risas de admiración. Se dirigió a Mark—: ¿Qué me dices?

Mark miró a la pandilla de expertos y a sus aduladores, dirigió la mirada de nuevo hacia su padre y se dijo con actitud decidida: *¿Por qué no?* Tenía veinticuatro años; podía decir lo que le apeteciera.

—Creo que la unidad de urgencias del hospital Metropolitano le habría dado un mejor uso.

La perilla ennegreció y, por primera vez, que Mark pudiera recordar, su padre abrió la boca y de ella no salió nada.

El doctor Tremayne fue quien habló.

—El idealismo resulta algo encantador en los jóvenes.

Carolina dijo:

—Papá, déjalo, no le hagas caso. Ya sabes que tiene ese amigo comber.

Miró a Mark. *Sígueme el rollo.*

Mark frunció el ceño y entonces lo entendió.

—Ah, sí, Darin Kinsley —dijo en alto—. Paso mucho tiempo con él en los Combs.

La perilla de su padre adquirió un tono sorprendentemente rosa.

—Maravilloso, Mark, muy bonito. Ahora tal vez podrías... eh... retirarte... ¿de acuerdo?

Mark suspiró aliviado y asintió hacia su hermana en agradecimiento.

Me debes una, le envió ella.

Una vez salió por la puerta, echó a correr. En la parte trasera de la casa, donde las bóvedas y terrazas se desdibujaban entre las sombras, descolgó su jetvac^[1] de un gancho y lo desplegó, convirtiéndolo en un asiento, manillares y reposapiés de aluminio. El motor de vacío cobró vida con un susurro y lo elevó del suelo. Él apretó el acelerador y el jetvac se lanzó hacia delante, por encima de la pendiente que había detrás de la casa.

Libre al fin.

Darin debía de llevar esperándolo una media hora y seguro que la fiesta rimmer de Mark no le parecía una buena excusa. Darin se metía con los rimmers casi con la misma frecuencia con la que respiraba: criticaba cómo se embellecían con una tecnología que sería mejor emplear para curar enfermedades, cómo controlaban el noventa y cinco por ciento de los recursos mientras hacían el cinco por ciento del trabajo. Se negaba a aceptar cualquier cosa que Mark hubiera intentado darle, ni siquiera un billete para subir al mag^[2]. Darin detestaba la caridad, creía que debilitaba a aquellos que la aceptaban. En una ocasión, incluso había impedido que Mark le diera dinero a un mendigo en los Combs.

—Déjale algo de dignidad —le había dicho. Y, cuando Mark le preguntó si esperaba que el hombre se alimentara de dignidad, Darin había respondido—: Mejor morir de hambre que arrastrarse.

Eso hizo que Mark se avergonzara de su fortuna, pero ¿qué podía hacer?

La visión nocturna de Mark se activó iluminando la cima de la colina. Primero vio a Darin, tumbado en la ladera. Había otra figura agachada sobre el telescopio de

Darin; reconoció a Praveen Kumar. Conocía a Praveen desde que eran niños, ya que sus familias se movían en los mismos círculos sociales, pero mientras que Mark siempre se había quejado de los privilegios de su familia, Praveen era el hijo modelo: trabajador, obediente y educado. Así que, ¿qué hacía ahí tomando parte en una fechoría de crackers?

Mark tocó tierra, plegó su jetvac y se lo echó al hombro. Darin, al verlo, se levantó de un salto con los brazos bien abiertos.

—Príncipe Mark, nos honráis con vuestra presencia.

Mark ignoró la mofa.

—¿Qué hace él aquí?

—Lo he invitado.

—No me lo has consultado —dijo Mark—. ¿Y si se lo cuenta a alguien?

—Deja de preocuparte —respondió Darin—. No dirá nada.

—Esto no es legal, exactamente.

—Pero ¿qué gracia tendría si no se lo enseñamos a nadie?

Mark suspiró. Hacía tiempo que había desistido de salir ganando en una discusión con Darin.

—Praveen sabe más de astronomía que cualquiera de nosotros —siguió diciendo Darin—, y puede grabar los fuegos artificiales mientras los provocamos. Claro que aún no le he contado lo que va a pasar.

Mark esbozó una pequeña sonrisa. Quería preguntarle a Darin qué le había contado a Praveen, pero en ese momento Praveen se acercó a ellos.

En los últimos años, Praveen se había oscurecido la piel y el pelo para acentuar sus raíces indias. Una doble hilera de cristales de niobato de litio tachonaba su frente: un visor de vanguardia que rivalizaba con el de Mark.

—Y aquí tenemos al genio en persona —dijo Darin—. ¿De verdad puedes estar con nosotros, Praveen, o tu agente nos cobrará por el tiempo invertido?

—Me halagas —respondió Praveen con un melodioso acento indio que nunca tuvo cuando eran pequeños.

—Chorradas. Al parecer, has escrito un buen artículo. Te mereces la alabanza.

Praveen restó importancia a los cumplidos, pero estaba claro que le gustaron. Su abuelo, el experto en física Dhaval Kumar, había establecido algunos de los principios teóricos de la luz láser no atenuante, cuyas aplicaciones hicieron posible la tecnología del visor y de la red óptica global. Praveen, que idolatraba a su abuelo, acababa de aparecer en una destacada gaceta de física; era uno de los más jóvenes que lo habían logrado. La mayoría de sus compañeros no reconoció el triunfo que eso suponía para él.

—¿Has traído la cámara? —le preguntó Mark.

—Sí, claro, pero ¿para qué? Darin no me lo ha dicho.

Darin se agachó en la hierba ignorando la pregunta. Abrió la riñonera que llevaba y comenzó a preparar su máscara de red y el sistema sensorial de esta: una engorrosa interfaz bioelectrónica que conectaba ojos, oídos y boca con una interfaz de red. En más de una ocasión, Mark se había ofrecido a pagarle un visor, pero por supuesto Darin no le había hecho ni caso.

Mark se entretuvo con los telescopios. Las modificaciones de zum de sus ojos no eran más adecuadas para contemplar un suceso astronómico que una de esas diminutas cámaras volantes lo era para holografarlo. Colocó un cristal de memoria en la parte trasera del telescopio y calibró las lentes. En el extremo más alejado del cráter podía ver la presa Franklin con su resplandeciente blancura en la oscuridad. Sobre ella, unas cuantas estrellas centelleaban levemente.

—He tenido un problemilla para llegar hasta aquí —dijo Darin. Algo en su voz hizo que Mark se girara.

—¿Por qué?

—Un merc en la esquina de la calle Veintidós con Market —explicó Darin—. Por poco no me ha dejado pasar.

—¿Has sido cortés?

—Tan cortés como un cortesano. Supongo que no le ha gustado el aspecto de mi telescopio.

—Está ahí para mantener la paz.

—A ti no te habría detenido —protestó Darin—. A mí me ha parado porque soy un comber, no porque estuviera haciendo nada malo. Los rimmers están demasiado apegados a su cómodo estilo de vida; contratáis a mercs para que os lo protejan y a eso lo llamáis «mantener la paz».

—Evitan la violencia, no la provocan. Eso, en cualquier parte, es mantener la paz.

—¿Quién provoca la violencia? ¿Los ciudadanos que defienden sus derechos o quienes se los arrebatan?

Mark dejó el tema. Últimamente, Darin discutía sobre filosofía social a la más mínima provocación. Habían sido amigos desde el colegio, mucho antes de que comprendieran lo que eran las diferencias de clase, ya que el padre de Mark, por razones políticas, había preferido una escuela pública antes que asignarle unos tutores privados. Incluso ahora, Mark estaba más de acuerdo con las ideas de Darin que con las de sus iguales rimmers, y por eso se sentía frustrado cuando su amigo pasaba de emplear el pronombre «ellos» a «vosotros» en tono acusatorio.

—Por favor —dijo Praveen—, tengo que saber qué voy a fotografiar. No puedo fijar mis niveles de luz a menos que pueda estimar la intensidad y el contraste.

Mark miró a Darin, que estaba ocupado colocándose una pegajosa lentilla en un ojo. La parte trasera de la lente se encrespaba con diminutas fibras, que Darin evitaba que se engancharan y enredaran entre sí.

—Díselo.

—Es un destello —dijo Mark—. Un reflejo del satélite LINA.

Divertido, vio que el rostro de Praveen pasaba por una serie de expresiones de confusión. Estaba claro que Praveen sabía más que ellos sobre las distintas constelaciones de satélites LINA. LINA era la sigla de Láser Infrarrojo No Atenuante, los responsables de la mayoría del tráfico de red óptica del país. Los satélites eran famosos por sus principales antenas de un kilómetro de ancho, unos platillos parecidos a paraguas cubiertos por un material reflectante. Cuando los ángulos entre el sol, el satélite y el observador eran los adecuados, se reflejaba un estallido de luz solar: un destello que duraba hasta diez segundos y que alcanzaba magnitudes de entre menos diez y menos doce, mucho más brillante que cualquier otra cosa en el cielo nocturno. Los astrónomos aficionados buscaban por todo el mundo los puntos donde se predecía que habría destellos.

Praveen entornó los ojos.

—Que pase por encima no significa que vayáis a ver un destello. No puedo creer que me hayáis arrastrado hasta aquí. Faltan meses para el próximo destello de los buenos y creo que solo se podrá ver desde Groenlandia.

—No guardes esa cámara —le pidió Mark—. A Darin y a mí no nos apetece tener que esperar meses. Y, además, en Groenlandia hace demasiado frío.

—Listo —dijo Darin.

La expresión de Praveen volvió a cambiar.

—¿Sois hackers? ¡No me lo puedo creer!

—No somos nada de eso —respondió Mark—. Los hackers son criminales. Se cuelan en nodos para robar o destruir. Los crackers, por el contrario, lo hacen para divertirse, por la emoción, por el desafío intelectual que eso supone. Y esto... —Sonrió—. Esto es una hazaña de crackers.

—Buena distinción.

—No hay tiempo para hablar —dijo Mark—. Maneja esa cámara.

Darin se incorporó; una masa grotesca de fibras empapadas en celgel le salía de los ojos, las orejas y la garganta. Mark se limitó a relajarse sobre la ladera y desenfocó los ojos. Miles de millones de fotones cargados de información, que se precipitaban a su alrededor de manera invisible, fueron manipulados para tener algo de coherencia por los cristales holográficos de su visor. La señal procedente de los cristales empalmó directamente con su nervio óptico, revistiendo su visión normal con los familiares iconos de su interfaz de red.

Con ligeros movimientos de sus ojos, se adentró más en el sistema, encontró un procedimiento llamado «Conectar portal público de LINA» y lo ejecutó. Cuando le pidieron una imagen de acceso, Mark visualizó un icosaedro regular con las caras azules y obtuvo el acceso. La mayoría de la gente elegía rostros familiares como

imagen de acceso, pero Mark prefería las formas geométricas. Para visualizarlas bien hacía falta una buena imaginación espacial y eso reducía el riesgo de que alguien pudiera colarse en su sistema.

Mark comprobó el satélite mediante el que se había conectado y verificó que no era el mismo al que estaban apuntando. De nada serviría perder la conexión antes de poder colarse. Unas cuantas indagaciones más le dijeron que el satélite LINA, que ahora estaba entrando en el cielo por el este, estaba dedicado al uso militar federal. Mejor que mejor. Abrió el directorio de cuentas y eligió una entrada. No le importaba cuál, ya que no tenía intención de realizar la llamada. De manera aleatoria, eligió un receptor de la base naval de Norfolk, Virginia.

¿Estás ahí, Darin?, envió.

Aquí mismo, contigo.

Mark se detuvo. A pesar de lo bravucón que se había puesto en la colina, aquello era lo más ambicioso que habían intentado nunca. Si entraban en el sistema, los agentes de seguridad captarían sus identificaciones y... bueno, el Gobierno federal ya no tenía mucha influencia, pero sí que podía encerrarlos por un tiempo. Pero ¡eh!, ¿dónde estaba la emoción sin el riesgo? Respiró hondo y estableció la llamada.

Ahora ya no había vuelta atrás. Para llamar, el software tenía que acceder al algoritmo de encriptación, lo cual significaba abrir un agujero de datos en el nivel de comando. El agujero estaría abierto menos de un microsegundo, pero un agujero era un agujero.

Mark observó los registros del proceso: búsqueda de cuenta, establecimiento de enlace con el servidor, recopilación de mensaje... Al notar la apertura del agujero en el momento preciso, su software reaccionó abriendo un conducto para evitar que se cerrara con normalidad.

Conducto abierto, informó Darin, y entonces añadió: *Soltando oruga*. Otro cracker, uno de Darin, se copió a través del conducto y se coló en el sistema.

Mark esperaba que la oruga fuera rápida. Escrito para asemejarse a un gusano contra el que los agentes del software de seguridad luchaban a diario, la oruga constituía un cebo. Al pensar que no se trataba más que de eso, los agentes del software lo matarían y la oruga, justo antes de morir, les lanzaría a Mark y Darin información crucial sobre los agentes.

Al menos ese era el plan. Pero Mark siempre se temía lo peor: que un agente de software de primera tuviera sospechas acerca del ataque y siguiera el rastro hasta el conducto. Una oruga tenía que ser rápida porque, de lo contrario, los riesgos sobrepasaban la ganancia.

¿Algo?, envió.

*Sabía que te pondrías nervioso.
Aún no. Estoy quedándome dormido esperando.*

La oruga soltó a chorros gran cantidad de información. Mark la estudió para ver a qué se estaban enfrentando. Parecían unos cuantos centinelas, un caudillo y...

*Escanéalo.
¿Qué?
Un nazi. Tienen a un nazi. Eso es; estoy colapsando el...
Tranqui. Tenemos unos cuantos segundos... Suelta tu kevorkian.
Pero...
¡Suéltalo!*

Encogido de miedo, Mark obedeció.

Los nazis eran los agentes de seguridad más temidos, pero el saber popular afirmaba que su debilidad radicaba en su fortaleza. Eran tan poderosos que estaban equipados con protección en caso de fallo, mecanismos que los inducían al sueño si emprendían un ataque contra códigos de sistemas amigos. Un kevorkian se apoyaba en esto y, así, fingía datos para convencer al nazi de que estaba causando graves daños. Entonces, el nazi se mataba y permanecía muerto..., o eso esperaban, mientras un sysadmin^[3] podía echar un vistazo.

Mark había desarrollado ese kevorkian y estaba orgulloso de ello, pero nunca lo había puesto a prueba contra un nazi de verdad. Se asustó, temiendo que se desatara en cualquier momento una oleada de datos que supondrían un desastre.

Lo tienes, dijo Darin.

*¿Qué?
Que lo tienes.*

Mark tragó el ácido que se había estado acumulando en su garganta.

Claro que lo tengo. Ahora salta ahí dentro y haz que este pájaro^[4] empiece a dar vueltas.

Marie Coleson sabía lo suficiente sobre rebanadores como para andarse con cuidado. A pesar de que prácticamente había vivido en el laboratorio de antivirales de Norfolk durante los últimos dos años, nunca había manipulado un software tan volátil. El rebanador reaccionaba de un modo impredecible ante cualquier prueba y nunca de la misma forma.

Porque era humano. No una persona (Marie se negaba a creer que pudiera pensar o sentir emociones), pero sí generado a partir de una mente humana e igual de

flexible, complejo y... bueno, inteligente como su original. El trabajo de Marie consistía en descomponerlo, comprender su funcionamiento interno y diseñar herramientas para vencerlo. Por suerte, lo había descubierto cuando entró en activo en uno de los bloques de memoria de alquiler de la ciudad. Si hubiera distribuido copias de sí mismo en la red abierta, habría sido mucho más difícil de contener.

Se puso de pie, se estiró y fue hasta la máquina de café. Pasaban de las nueve, pero eso no era inusual. Desde que, hacía un año, en abril, había entrado en un centro de reclutamiento de la Marina, había pasado la mayor parte del tiempo en esa diminuta habitación, con su pintura descolorida y sus pósteres promocionales de hace diez años. En las seis décadas que habían pasado desde el Conflicto, la lista de voluntarios de la Marina federal había bajado tan rápidamente como el poder del Gobierno, así que supuso que estarían desesperados por alistar a cualquiera. El Tío Sam habría hecho de ella una fuerte soldado, pero para cuando le llegó su turno, había demostrado ser tan útil en el laboratorio que le asignaron Seguridad Electrónica.

No le importó. Ya muy pocas cosas le importaban; así había sido desde que un accidente de flier matara a su marido y a su hijo dos días antes de Navidad. De eso ya habían pasado dos años. Sentía la pérdida de Keith, pero no lo echaba de menos; el matrimonio se había ido desmoronando de todos modos. Ese último año él apenas había estado en casa y, cuando estaba, no habían hecho más que discutir. Pero Samuel, el pequeño Sammy, su ángel, su chiquitín... ¿qué podía merecer la pena ahora que él ya no estaba?

Algunas veces, a última hora de la noche, cuando se quedaba sola en el laboratorio, como lo estaba ahora, Marie fantaseaba con volver a ser madre. No era imposible. De los tratamientos de fertilidad que habían generado a Sammy había quedado un embrión sin usar. Aún seguía allí, en la clínica, mantenido en una posibilidad congelada. Pero tenía cuarenta y dos años, ¡por el amor de Dios! Demasiado vieja como para pensar en empezar una nueva vida.

Actualmente esa era su vida, ese laboratorio: luchar contra virus, gusanos, fagos y krakens. Investigar, clasificar, diseñar antivirus, en ocasiones durante veinte horas al día. Cualquier momento en el que no tuviera que desempeñar otros deberes militares lo pasaba allí. Hacía que tuviera la mente ocupada y eso era algo que necesitaba desesperadamente.

Dio un sorbo de café mientras miraba a través de los muros y se adentraba en los recuerdos de su pasado. Y seguía ahí de pie cuando Pamela Rider apareció en la puerta. Pam trabajaba para la administración de la Marina en el edificio contiguo, pero se pasaba por allí siempre que podía.

—¿Es que nunca te vas a casa? —le preguntó Pam.

—Hola, Pam.

—¿O nunca sales? —Pam se sentó en una silla giratoria con el respaldo entre las piernas y los brazos encima. Su bronceado era suave y permanente y sus elegantes piernas habían sido alargadas y adelgazadas mediante tratamientos de modificación regulares. Con ese vestido de algodón de estampado floral tenía un aspecto imponente, mientras que Marie se veía desaliñada en su mono de plástico.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has visto a un hombre? —le preguntó Pam.

—Sabes que eso no me interesa.

—Han pasado dos años, Marie. ¡Dos años! No es sano. Olvida a Keith.

—No, eso no es...

—Escucha, si estuviera vivo, lo habrías dejado hace tiempo. Las relaciones no duran tanto. Si quieres saber mi opinión, tres meses es lo ideal: un poco menos y aún no has llegado a la parte buena; un poco más y él empieza a creerse que le perteneces.

—Pam...

—Vamos, recuerdo a Keith. No se merecía tanta lealtad ni cuando estaba vivo.

—En serio, no se trata de Keith. Es solo que no quiero salir a buscar otro hombre ahora.

—Es por el niño, ¿a que sí?

—El niño —repitió Marie. Sí, era por el niño. Sammy había nacido con tres semanas de adelanto y nunca había mirado atrás. Aprendió rápido a caminar, aprendió rápido a hablar y a formar frases completas. Le encantaba la maquinaria de construcción y los caramelos de chocolate.

—Sal conmigo esta noche —le dijo Pam.

—No puedo.

—Vamos. Es una base de la Marina. Aquí hacen cola por ver a una mujer bonita, y tú lo eres. Cien deliciosas tajadas de carne masculina muriéndose por que alguien los coma. Antes de que des un paso, irán a por ti.

—¿Estás viendo a la misma mujer que yo veo en el espejo?

Pam ladeó la cabeza.

—Te vendría bien acicalarte un poco, eso no te lo voy a negar, pero no es nada que yo no pueda arreglar.

—No sé, Pam. Lo más seguro es que me quede trabajando hasta tarde esta noche. He señalizado un pico de datos en uno de los bloques de memoria de alquiler de la ciudad y resulta que es un rebanador.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es un rebanador?

—Es una persona. Era una persona. Penetran en el cerebro de otro rebanándolo y lo copian neurona a neurona en una simulación digital. El cerebro original no sobrevive.

—¡Anda ya! ¿La gente hace eso?

—Comenzó como una tecnología de inmortalidad, ya sabes: transmite tu mente al

crystal y vive para siempre. Pero no funciona. El trauma es demasiado para la mente y se vuelve loca.

Tan grotesca práctica horrorizaba a Marie, pero también la fascinaba. ¿Qué podía llevar a una persona a crear un rebanador? Suponía que debía tratarse de un grupo, y que alguno de sus miembros se habría sacrificado por la causa. Terroristas, tal vez, o fanáticos religiosos de alguna clase. Marie sabía qué era desear estar muerta, pero no podía comprender esa clase de compromiso con una causa.

—De algún modo, la gente que lo crea puede controlarlo —dijo—. Intento adivinar cómo.

—Bueno, pues termina de hacerlo y sal conmigo esta noche.

Marie se rió.

—Estamos hablando de un rebanador, no de un virus porno de algún adolescente.

—Como si para mí eso significara algo.

—Mira, dame una hora para hacer unas pruebas y enviárselas a un colega y luego me reuniré contigo.

—Una hora. ¿Lo prometes?

—Prometido.

—No vayas a dejarme plantada, ¿eh? Te tomo la palabra.

Media hora después, Marie pensó que había encontrado la respuesta, aunque hizo que se encontrarse mal. El rebanador parecía estar controlado por el placer y el dolor. Un pequeño módulo funcionaba independientemente del simulador principal, un proceso maestro que podía enviar señales a los centros del placer y el dolor de la mente. Ya que el rebanador no estaba limitado por un cuerpo físico, esas sensaciones podían ser tan extremas como la mente pudiera registrar. Era un concepto nauseabundo, como torturar a alguien que estaba mentalmente discapacitado.

No comprendía el proceso completo. Necesitaba otra opinión. Decidió enviar el rebanador a Tommy Dungan, un investigador de la base del Ejército en Fort Bragg. Transportar códigos maliciosos podía ser peligroso, pero su satélite exclusivo LINA empleaba canales aislados, y confiaba en que Dungan mantuviera seguro al rebanador una vez lo recibiera.

Justo cuando accedió al sistema LINA, vio una llamada entrante en el canal privado del laboratorio. La respondió, pero el remitente ya había desconectado. Seguro que se habían equivocado de número. Le envió el rebanador a Dungan, salió del sistema y se marchó para reunirse con Pam.

Mark toqueteaba los ajustes de su analizador de conducto, el equivalente *on-line* a caminar de un lado a otro de una habitación, mientras buscaba cualquier cambio en el índice de datos. Su kevorkian debía de haberse cargado a ese nazi para siempre, pero ¿y si un sysadmin lo localizaba y lo reciclaba? Si se registraba algún altibajo en el índice de datos de ese conducto...

Miró el analizador justo a tiempo. Un enorme torrente de datos estaba saliendo del conducto hacia él.

¡Aborta, aborta! No podía colapsar el conducto hasta que Darin saliera porque, de lo contrario, la sesión de Darin se quedaría colgando dentro y dejaría una cantidad inmensa de información que los sysadmins podían encontrar y rastrear a su antojo.

¡Aborta! ¡Sal de ahí!
Hecho. Estoy fuera.

Mark abrió los ojos; respiraba con dificultad. Darin se quitó su máscara de red.

—Hemos estado cerca —dijo Darin.

—Podrían habernos pillado. Ese nazi ha tenido un montón de tiempo para identificarnos. Un montón de tiempo.

—Anímate, lo hemos logrado. —Darin señaló al cielo del este—. Vamos a disfrutar del espectáculo.

Mientras Praveen hacía los ajustes finales a la cámara, Mark solapó una esquina de su visión con una cuenta atrás digital.

—Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Pasaron varios segundos.

—Cero —puntualizó Mark algo tarde.

El cielo del este seguía oscuro. Darin gruñó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mark.

—No me preguntes. Tú has hecho los cálculos.

—Los cálculos eran correctos. Hemos hecho tres simulaciones, ya lo sabes.

—¡Pero el pájaro ha dado vueltas! He visto la telemetría antes de salir; todo estaba correcto.

—No lo entiendo —dijo Mark.

—¿Quieres decir que lo habéis hecho mal? —preguntó Praveen—. Sabía que no tenía que haber venido. Podría haber estado trabajando esta noche en lugar de venir cargado con todo este equipo hasta el Rim para nada. La próxima vez no...

Un brillante fogonazo de luz saltó hacia ellos desde el este. Mark abrió la boca para gritar de alegría, pero volvió a cerrarla. No había modo de que esa luz proviniera del satélite. Estaba demasiado lejos al norte y, además, era demasiado roja.

Mark solo pudo decir:

—Parece una ex... —Y un ensordecedor estallido que resonó por toda la ladera lo interrumpió. La base de la montaña del este parecía estar en llamas.

Ajustó su visión al máximo y vio fuego y humo y, detrás, un torrente de agua precipitándose.

—Es la presa —dijo Mark incrédulo—. Alguien ha hecho saltar por los aires la presa Franklin.

Lo he hecho. La he hecho saltar por los aires. Papá me dijo que sería un juego divertido y lo ha sido. Y fácil. Le he preguntado a papá qué tengo que hacer ahora, pero no contesta. Hace segundos y segundos que no me responde. A lo mejor lo he hecho mal. A lo mejor no le gusto.

Espero haberlo hecho bien. He preguntado y preguntado y papá no dice nada. A lo mejor está durmiendo. ¿Por qué no se despierta? Quiero que se despierte. ¡Quiero que se despierte ahora!

La explosión hizo que Calvin Tremayne cayera de rodillas sobre el macadán desmoronado del oscuro callejón. Las luces titilaron y después se apagaron. Eso, en lo más profundo de los Combs, suponía una oscuridad absoluta, pero Calvin rápidamente conectó su visión nocturna. Un momento después, sintió los dos pinchazos fríos de una pistola táser en su garganta.

Intentó no reírse. Ese chulo debía de desear mucho la muerte si se enfrentaba a un ejecutor y, en especial, a él. Su hermano Alastair lo había equipado con más modis de combate de las que la mayoría de la gente sabía que existían. Alastair era un físico de clase alta con contactos políticos que estaba empezando a atraer al sector de las celebridades. Sus modificaciones eran lo mejor que el dinero podía comprar.

Calvin se quedó paralizado fingiendo estar asustado.

—Hoy tengo una oferta. Celgel gratis hasta fin de existencias.

El chulo se rió.

—Sabía que verías las cosas a mi manera.

El chulo se hacía llamar Picasso y se creía un artista de las modificaciones: una ridícula pose para un hombre cuya idea del arte consistía en lucir una piel morada y unos bíceps excesivamente grandes. Emplearía la mayor parte de la mercancía de Calvin para hacer modificaciones en sus rameras.

—Todo está en mi maletín —aseguró Calvin—. Doce litros.

Al mismo tiempo, cerró los ojos, concentrándose en una de sus defensas. Experimentó una sensación de picor mientras los poros de su piel se abrían.

—Solo hay once —dijo Picasso—. ¿Dónde está el otro?

El gas que se filtraba por la piel de Calvin no tenía un olor detectable y los filtros de su laringe lo protegían de sus efectos.

—Puede que se me haya caído uno —contestó Calvin, aunque no tendría que haberse molestado. El chulo cayó al suelo inconsciente.

Calvin le dio la vuelta al cuerpo. En el bolsillo delantero derecho de Picasso encontró una fina caja de metal. La abrió y vio lo que le habían enviado a buscar: cientos de agujas finas como el cabello, en las que habían ensartado cadenas de

dendrita, cuyos extremos estaban equipados con sensores microscópicos. Eran ilegales en el Rim. Se guardó la caja en el bolsillo.

Después, miró al chulo inmóvil y pensó en matarlo. Alastair no le había dado instrucciones concretas, pero por eso mismo le confiaba a Calvin esas misiones clandestinas. Alastair era inteligente, aunque no sabía desenvolverse en la calle; necesitaba a alguien que se ocupara de esos detalles.

El uniforme de Calvin estaba repleto de armas, pero cogió un cuchillo del cinturón de Picasso. Mejor que la policía pensara que había sido un altercado comber. Envolvió el cuchillo en un pañuelo y puso la punta contra la garganta del ladrón.

Vaciló. Ya había matado antes, pero nunca así. No obstante, no era un asesinato, ¿verdad? Él era un soldado contratado. Matar era su oficio. Estaba volcado en su trabajo y no estaba haciéndolo en beneficio propio.

Hundió el cuchillo y su fuerza aumentada hizo que penetrara fácilmente. La sangre salía a borbotones, pero aparte del pañuelo empapado, Calvin acabó limpio. Soltó la tela, volvió a guardarse el celgel en su maletín y fue hacia el norte a través de los enmarañados pasadizos de los Combs.

Los oscuros túneles estaban plagados de gente. ¿Qué estaba pasando? Unos simples fallos de energía no provocaban tanto alboroto. No le gustaba la idea de intentar abrirse paso a empujones entre la multitud, así que cerró los conductos de sus oídos y gritó. El grito, con una diminuta modi de su glotis que le permitía mantener un tono extremadamente alto y ensordecedor, le despejó el camino. Mientras corría, intentaba descubrir qué era eso que tenía a todos los combers aterrorizados. ¿Un incendio que se extendía? Sin embargo, no olía a humo, ni siquiera él lo captaba con sus agudizados sentidos.

No fue hasta que salió a la calle Cinco cuando vio lo que estaba sucediendo. El fuego se alzaba desde bloques enteros de casas cerca de la base de la presa; y pudo ver varias grietas en la propia presa por donde brotaba el agua. Tres fliers con forma de disco sobrevolaban la zona lanzando a las grietas espuma fabrique de reparación rápida. Si suficiente espuma se endurecía a tiempo alrededor de la presa, podría sujetarla, pero al igual que todos los demás en los Combs, Calvin no quería arriesgarse.

Uno de sus colegas ejecutores estaría ocupando su puesto en la calle Broad, cerca de la línea de la inundación.

Barker, ¿qué está pasando?, envió.

¡Tremayne! ¿Dónde estás? Me vendría bien un poco de ayuda.

Estoy a casi un kilómetro al sur y me dirijo hacia ti.

¿Al sur?

Sí, en los Combs. ¿Te enfrentas a una multitud?

Se supone que solo puedo dejarlos pasar de uno en uno, con una

comprobación de su identificación. Están empezando a enfadarse.

Calvin aceleró el paso. Al salir de Walnut y comenzar a subir por Broad, la multitud aumentó; llenaba la calle. Utilizó su fuerza modificada para abrir un camino. Frente a él, unos hombres gritaban y le hacían señas groseramente mientras se reunía con Barker en su posición. En ese momento, nadie avanzaba, pero la presión desde atrás estaba aumentando. Calvin se habría sentido más seguro con su R-80, una preciosa pistola Remington que lanzaba proyectiles inteligentes de precisión, pero el Consejo de Justicia solo las autorizaba para usos no letales. Bueno, la pistola térmica de microondas podía matar, aunque solo si la víctima no echaba a correr cuando su piel empezaba a arder.

Era una situación ridícula. El puesto de Barker se encontraba en la línea de la inundación: la estimación, según el Consejo Geológico, de la altura que alcanzaría el agua si la presa se rompía por completo. Los consejos, nerviosos por las recientes huelgas y revueltas en las industrias de los combers, habían cerrado un acuerdo con la Corporación de Ejecutores de la Seguridad, y Barker estaba siguiendo sus instrucciones: nada de multitudes pasada la línea de la inundación. Que la multitud estuviera intentando escapar de un posible desastre no suponía nada. A menos que la presa se viniera abajo y el agua llenara el cráter, no podía dejarlos pasar más que de uno en uno.

Calvin se vio tentado a trasladar el puesto de vigilancia una manzana más arriba para permitir que la multitud avanzara y sobrepasara el punto de peligro, pero haría su trabajo y seguiría las reglas. Algunas personas pensaban que era mejor que los soldados juraran lealtad a los países en lugar de a entidades como la Corporación de Ejecutores de la Seguridad, pero Calvin no estaba seguro de que hubiera una diferencia tan grande. Los soldados aún hacían lo que se les decía, sin importar quién diera las órdenes. En el viejo sistema, los ricos tenían que comprar influencias políticas para controlar a los soldados; hoy en día, compraban directamente a los soldados. No era ni más ni menos ético.

Dos hombres salieron de la multitud y corrieron por la acera hasta situarse a la izquierda de Calvin. Él se giró y lanzó dos disparos con su pistola araña. El primero falló y se expandió en el suelo, pero el segundo alcanzó a los dos hombres y los dejó moviéndose agitadamente en una pegajosa maraña de redes.

Se giró de nuevo hacia la muchedumbre a tiempo de verlos avanzar juntos y gritando. Apuntó su pistola térmica de microondas y disparó. Nada visible salió del arma, pero la multitud sintió sus efectos al instante, gritando y trepando unos encima de otros en un intento de escapar. Calvin la movía de un lado a otro como si fuera un pincel y así alejaba a la multitud. A ambos lados, sin embargo, la gente salía a borbotones de los edificios circundantes y los alcanzaban.

—¡Corre! —gritó Calvin, y Barker corrió. Calvin fue retrocediendo mientras

sacaba varas de espuma de su cinturón, las rompía y las arrojaba contra el gentío. Gotas de una espuma gris y burbujeante salieron de las varas en todas las direcciones expandiéndose rápidamente para cubrir a la multitud en una montaña de etérea espuma a través de la cual no podían ni ver ni oír. No bastaría para contener a la multitud para siempre, pero los haría ir más despacio. A los pocos que estuvieron lo suficientemente cerca como para esquivar la espuma les disparó con su pistola araña.

Se giró y corrió con Barker hacia una superficie más elevada.

Darin bajó la pendiente en su jetvac en dirección a casa. Su familia estaba en peligro; no podía quedarse sentado en la colina como Mark y Praveen y observarlo todo asombrado. Para ellos era solo un espectáculo. ¿Qué más les daba si la presa reventaba y los Combs se llenaban de agua? No era justo que Mark y Praveen tuvieran una esperanza de vida que doblaba la normal mientras que él y la gente a la que quería morían de cáncer y de enfermedades coronarias.

O por ahogamiento, si no se daba prisa. Bajó como una flecha por la avenida Ridge, alejándose del ayuntamiento y de los edificios del consejo, y giró a la izquierda cuando tomó la calle South, abarrotada de gente que iba apresuradamente en la otra dirección. Darin se abrió paso tan rápido como pudo, pero para cuando alcanzó la calle Catorce, en el margen de los Combs, el agua le llegaba a la altura de los tobillos.

Ya no existían las calles que iban desde la Uno hasta la Trece, se las había tragado la insaciable necesidad de espacio para vivir. Lo único que quedaba de ellas eran oscuros pasadizos laberínticos que se extendían por la madriguera. La gente corría alejándose de esos pasadizos como ratas, intentando escapar de la inundación, así que Darin se subió a una rampa construida para ese propósito y tomó la carretera principal. Sobrevoló los tejados empalmados, zigzagueando alrededor de montones de gente que habían elegido buscar cobijo allí en lugar de intentar subir a una superficie más elevada.

Cuando llegó a la escalera que conducía a su bloque, le puso el seguro al jetvac y bajó los escalones de tres en tres.

En el apartamento de dos habitaciones que había abajo encontró a su tío, con su caniche en el regazo, viendo la holopantalla. Cuando entró, solo el caniche lo miró.

—Pero ¿qué pretendes viniendo a casa a estas horas? —gruñó su tío.

—Harold, tienes que salir de aquí. Hay un problema con la presa.

—Chico, soy el tío Harold. No permitiré que me faltes el respeto en mi propia casa... ni en ningún otro sitio, claro, ja, ja. —Su tío tenía el irritante hábito de decir «ja, ja» en lugar de reírse de verdad, como si se burlara de sus pobres intentos de mostrar sentido del humor.

Darin agarró al perro por el cuello y lo miró a los ojos.

—No hagas el tonto, Harold. Por lo menos sube al tejado. Aquí estáis en peligro.

Harold se sobresaltó.

—¡Bájalo! ¡Me estoy mareando!

Darin obedeció. Hablar con su tío siempre era extraño, nunca sabía si mirarlo a él o al caniche. El tío Harold había perdido los ojos en un accidente y no podía permitirse que le pusieran unos nuevos. Conectar su nervio óptico al de un perro para poder ver a través de los ojos del animal fue la única opción disponible que pudo permitirse. Los cables iban por la correa del perro y conectaban con la manga de Harold, después le salían por el cuello de la camisa y bajo la tira de tela que ocultaba las vacías cuencas de sus ojos.

—¡Vamos! —dijo Darin—. Por favor.

—Vale, vale. Deja de darme la lata.

—¿Dónde está Vic?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No soy el cuidador de tu hermano, ja, ja.

Darin coló un brazo por debajo del de su tío y lo puso en pie.

—Vamos.

Subió las escaleras con él, frustrado por lo despacio que caminaba, aunque eso, en realidad, no era culpa de su tío Harold. No mucho tiempo después de que el cáncer de su madre hubiera dejado a Darin y a su hermano Vic al cuidado de Harold, el infarto de este le había arrebatado gran parte de su mente y ahora Darin tenía que cuidarlo a él.

¡Y a Vic! Vic había estado peor últimamente, a veces olvidaba el camino de vuelta a casa, a veces estallaba de ira ante unos completos extraños. También estaba adelgazando, no exageradamente, pero cuando se quitaba la camiseta, Darin podía ver que la piel de sus brazos y de su pecho estaba flácida. ¿Cuánto tiempo le quedaría? ¿Dos años? ¿Tres?

Un montón de cosas podrían haber sido distintas. Vic podría haber elegido a otro artista de modificaciones, uno que no tuviera un bote de celgel contaminado. Podría haber ido el día antes, o el día después, o no haber ido, directamente. O podría haber sido rico, capaz de permitirse ir a las mejores consultas de modis, de donde nadie salía con el ADN podrido; o, de haber sucedido, podría haberse permitido los tratamientos para invertirlo.

Darin sintió como esa antigua ira comenzaba a bullir. Algún día las cosas serían distintas y los pobres no tendrían que humillarse para obtener justicia. Pero ¿cuándo? Vic no tenía tiempo para esperar. Para salvar a Vic, las cosas tendrían que cambiar pronto.

Una vez que Harold estuvo a salvo en el tejado, Darin volvió a salir despedido en su jetvac. No había muchos lugares donde Vic se sintiera cómodo. Si no se había asustado, estaría en uno de esos lugares.

En el centro de los Combs, Darin bajó por otra rampa hacia la orilla del lago

Schuylkill, que estaba más alta de lo que recordaba. Desde allí no podía ver la presa, así que ignoraba cuánto tiempo le quedaba.

Los Combs se extendían sobre el lago en lugares conectados con bloques de casas flotantes: muelles extensos, barcos y capas de plástico industrial se entrelazaban como una barriada veneciana. Darin llegó hasta el final del muelle y atravesó la ciudad flotante dejando tras de sí una columna de agua.

Cuando llegó al extremo más alejado, aminoró la marcha. Era la zona más vieja de la ciudad, la primera que se había reconstruido después del Conflicto. Se detuvo delante de una gran iglesia luterana hecha de piedra, no de fabrique. En cuanto apagó el jetvac, pudo oír música. Había acertado. Vic estaba ahí.

El sonido lo envolvió cuando abrió la pesada puerta principal. Desde el nártex, pudo ver a Vic agachado sobre el órgano tocando en una terrible postura, pero con toda su alma. La música era jazz comber: un estilo discordante y rítmico que ahora era muy popular también entre los círculos rimmer. Se componía de constantes notas de alto registro que le conferían un sabor agitado e inquieto. En un bar rimmer, el jazz comber solía ser interpretado por un músico con tres manos. La mayoría de los organistas no podía mantener la lluvia de notas altas sin la mano extra. Vic podía tocar al estilo comber, aunque únicamente con sus dos manos. Darin escuchó con orgullo y amargura al mismo tiempo. La música era lo único que le quedaba a Vic.

Antes del celgel podrido, Vic y Darin habían sido autodidactas. La red contenía todo el conocimiento que un par de chicos decididos podía encontrar: no hacía falta dinero. Con un año de diferencia entre los dos, habían competido entre sí durante toda su adolescencia, soñando con cuánto dinero ganarían, cómo saldrían de los Combs y cómo moldearían el mundo a su gusto. *Cuando éramos pequeños...*, pensó Darin. Antes de descubrir lo severo que podía ser el mundo.

Estaba a punto de tocar el hombro de Vic cuando escuchó un error. No fue uno que se notara mucho, solo un fragmento en el que los dedos de su hermano no podían ir al ritmo de su mente. Pero Vic se detuvo, alzó las manos y las golpeó contra las teclas.

—¡No! —gritó—. ¡No, no, no, no! —Se golpeó la cabeza contra el teclado, con una fuerza suficiente como para que Darin se estremeciera.

—Vic —le dijo—. Vic, soy yo, Darin. Vic, ¿me oyes?

—Hola, Darin —murmuró Vic. Puso la mano derecha sobre el teclado. Darin vio un corte profundo que se extendía desde el nudillo hasta la muñeca. La sangre caía al suelo y había huellas ensangrentadas sobre las teclas.

—Deja que te saque de aquí —le dijo Darin—. Vamos a vendarte esa mano.

—¿Te ha enviado mamá? —le preguntó Vic—. No me he escapado. Solo quería ver el circo.

—Vic, vamos. —Siempre era así; se acordaba de algo y al momento lo olvidaba

todo.

—No me grites.

—Tenemos que irnos. Confía en mí por una vez, ¿vale?

Vic se apartó.

—Primero dime cómo te llamas.

—No me hagas esto, ahora no. —Darin respiró hondo. La ira no hacía más que empeorarlo todo; Vic necesitaba tranquilidad y, si le insistía con tanta urgencia, haría que le entrara el pánico. Podía con él, solo hacía falta paciencia.

Vic estiró los brazos sobre el teclado del órgano.

—No puedes quedártelo. Es mío.

—Mamá quiere que vengas a cenar.

—Tengo que practicar.

—No se puede tocar con el estómago vacío.

Vic se quedó sentado un momento, pensando, mientras la sangre le caía sobre los pantalones y Darin resistía el impulso de agarrarlo por el cuello de la camisa y sacarlo de allí.

—De acuerdo —dijo Vic, y se levantó tambaleándose. Darin lo agarró y juntos recorrieron el pasillo y salieron por la puerta.

Mientras ayudaba a Vic a subir al jetvac, un estruendo reverberó entre los edificios, asustándolos a los dos. El cielo de la noche era claro, así que el sonido solo podía significar que la grieta de la presa se estaba haciendo más grande.

La gente abarrotaba las calles y bloqueaba el tráfico. Darin aceleró todo lo que pudo en dirección al sur, hacia el hospital Metodista. Gritó a los viandantes que se apartaran, pero nadie le prestó atención. Al ver un hueco, giró hacia allí y, justo cuando estaba tomando velocidad, una joven se tropezó en la acera y fue a caer delante de él. Viró, pero no a tiempo, y chocó contra ella, lanzándola hacia atrás y haciendo que se golpeará la cabeza contra el suelo con un porrazo que se pudo oír incluso entre el ruido de la multitud.

Darin soltó su jetvac y, llevándose a Vic con él, corrió hacia la joven. Tenía su oscura melena sujeta por una cofia de encaje blanco y llevaba un vestido anticuado y soso. No se movía.

A Alastair Tremayne no le importaba si los Combs se llenaban de agua o no. Lo único que quería era que Calvin le llevara su mercancía. Se había marchado tarde de la fiesta del partido de McGovern y se había ganado aún más el afecto tanto de Jack como de su hija. Esperaba que Calvin ya estuviera ahí.

Solo podía esperar. Abrió la puerta de su despacho después de que el pomo reconociera sus huellas y le permitiera la entrada. Cruzó la sala de espera en la oscuridad, con cuidado de no tropezarse con las sillas y las mesas con revistas, y encendió únicamente una luz cuando llegó a la sala de exploración. Superficies de

acero inoxidable resplandecían junto a brillantes botes de celgel y las rejillas con instrumental especializado. Mientras esperaba a Calvin, eligió unos instrumentos y los colocó cuidadosamente sobre la mesa para el día siguiente.

Esperaba que no le hubiera pasado nada a su hermano. Calvin era útil, pero no muy listo. Y eso no hacía más que incrementar su utilidad, claro. Desde que eran pequeños, Alastair había podido manipularlo para que hiciera lo que él quería, así que odiaría perder a un sirviente tan leal.

Llamaron a la puerta. Alastair la abrió para recibir a Calvin y se fijó en la sonrisa de satisfacción de su hermano.

—¿Lo tienes?

Calvin le entregó una caja.

—Justo lo que ha pedido el doctor.

Alastair comprobó el contenido.

—Bien hecho —dijo, y Calvin sonrió.

Era muy infantil. Desde que su padre murió, Alastair había sido como un padre para Calvin; le había influido en la elección de su profesión, y le había enseñado cuál era su lugar en la vida. Cuando Calvin lo hacía bien, Alastair lo elogiaba y empleaba su influencia política para ayudarlo a subir en las filas. Y, al igual que su padre les había quemado las manos con cigarrillos siempre que mostraban debilidad, Alastair había continuado disciplinando a Calvin siempre que era necesario. Calvin nunca conoció el valor de la disciplina; de niño, lloraba y suplicaba que lo perdonaran, y eso hacía que su padre se enfadara más. Alastair había aprendido a aceptar el dolor en silencio.

—¿Está la cosa muy mal ahí fuera? —preguntó Alastair.

—Es un caos —respondió Calvin—. Hay disturbios en la línea de la inundación. No hemos podido contenerlos. Cuando he llegado allí, el equipo de daños ha informado de que se habían sellado las grietas de la presa, pero la ciudad sigue sumida en un gran alboroto.

—Entonces será mejor que vuelvas al trabajo —lo conminó Alastair. Levantó la caja de agujas—. Has hecho bien en traer esto primero.

Cuando estuvo seguro de que Calvin se había ido, abrió una puerta de la parte trasera de su sala de exploración que conducía al almacén de mantenimiento. Las paredes del armario estaban cubiertas de máquinas e instrumentos, cuidadosamente colocados. Alastair entró y cerró la puerta.

Observó los estantes con orgullo. La mayor parte del equipo era ilegal o, por lo menos, estaba fuera de lugar en la consulta de un médico de cabecera. Había esperado demasiado, pero ahora se había acercado un paso más. Con reverencia, sacó una de las agujas de la caja e introdujo el extremo despuntado en una compleja máquina de su propia creación. Untó un poco de celgel sobre la conexión y giró unas

diminutas pinzas. Le llevaría días fijar y ajustar cada una, pero tenía todo el tiempo que necesitaba.

Desde el Conflicto, cuando los misiles chinos habían sorprendido a los políticos norteamericanos aún vacilando con la diplomacia, los Estados Unidos eran solo una reliquia astillada de su antigua gloria, pero no la verdadera nación que antaño fue. El sueño de Alastair era reunirla. Le dolía ver que China dominaba Asia y el mundo mientras que su propio país se volvía más y más provincial. Lo que América necesitaba era un líder, un líder fuerte que pudiera convertir las ciudades en estados, y los estados en un país. Era una osada ambición, tal vez más de lo que un hombre podría llegar a conseguir en toda una vida, pero su inteligencia no se merecía menos. Por encima de todo, necesitaría poder, un poder insuperable. Y ahora estaba a un paso más de obtenerlo.

Al pensar en la explosión, se rió a carcajadas. Repararían la presa, se controlaría la inundación, pero aquel revuelo político era justo lo que precisaba. Le daría la oportunidad de empezar a actuar.

Después de cerrar la consulta, Alastair utilizó su visor para comprobar sus mensajes esperando encontrarse uno o dos. Por el contrario, encontró cientos de mensajes urgentes aguardando en su canal privado. Todos ocupaban lo mismo y habían llegado en el mismo segundo. Abrió el primero y oyó la inexpresiva voz de un software diciendo:

Hola, papá. Estoy aquí. Ya he hecho el trabajo.

Escuchó el siguiente, y el siguiente, pero todos eran iguales. Alastair sonrió. No se había esperado tanto de esa versión; había sido un ensayo, una oportunidad de probar algo antes de poner en práctica su verdadera obra maestra.

Alastair dio una breve respuesta:

Hijo, soy papá. Has hecho bien tu tarea. Estoy orgulloso de ti.

Eso bastaría por el momento. Envío el mensaje al rebanador junto con una señal cifrada para su proceso maestro, dando la orden de que el rebanador recibiera una sensación placentera como recompensa.

Desde la ventana panorámica de su apartamento, con su visión ampliada, Mark observó que las contramedidas estaban pudiendo con las roturas de la presa. Aguantaría, al menos, durante la noche.

En su salón, que, como no podía evitar pensar, podría albergar a varias familias de los Combs, se relajó en el sillón inteligente y dejó que los contornos se amoldaran a él y le dieran un masaje para quitarle las contracturas. Esperaba que Darin y su familia se hallaran a salvo. En su mente repasó los sucesos de la noche. Desde su

posición privilegiada en la colina parecía que no solo la presa, sino todo el vecindario situado en su base, estaba ardiendo. ¿Qué había pasado? ¿Una bomba? ¿Un misil?

Mark cerró los ojos y accedió a su interfaz de red a la espera de respuestas. Encontró una nota de un empleado de la planta hidroeléctrica que decía que un cambio en las anclas de cimentación había causado las grietas de la presa. Pero ¿cómo podían haberse modificado las anclas?

Los informes de los ordenadores del control de la presa eran de carácter público, ni siquiera tenía que crackearlos. Seleccionó los de la noche, pero encontró abreviaturas técnicas que no le resultaban nada familiares. Después, accedió a los ordenadores que controlaban el vecindario más cercano a la base de la presa. Al cabo de media hora leyendo datos, encontró una explicación: las presiones en las tuberías subterráneas de gas habían aumentado rápidamente y se habían saltado todos los mecanismos de seguridad haciendo que explotara. No había modo de que fuera un error de programación. Tenía que haber sido un cracker.

Estuvo trabajando hasta tarde esa noche, buscando pistas, rastreando sus orígenes, utilizando todos los trucos que conocía, pero a la inversa. La respuesta que encontró era imposible. No podía ser verdad. Aun así, cada hilo que seguía le llevaba hasta la misma conclusión. Asustado, llamó a Darin, que respondió con voz cansina.

—Dime.

—Darin, soy yo. ¿Va todo bien? ¿Están todos bien?

—Más o menos. Vic está bastante nervioso, pero...

—Escucha, he estado mirando y he encontrado algo. El ataque a la presa tiene todas las características de la obra de un cracker.

—¿Y has descubierto quién lo ha hecho?

—Sí —respondió Mark. Se detuvo para humedecerse los labios—. Nosotros.

He hecho un buen trabajo. Papá me lo ha dicho. He hecho volar por los aires las casas y la presa y mucha gente se ha parado. Ahora papá me tiene practicando con otras cosas. Siempre que acabo con algunos de esos tontos programas, papá me da una chuchería y me siento especial. Es un juego divertido.

Me gusta el juego. A veces la gente me devuelve el ataque, pero son demasiado lentos. Ni siquiera me ven. Sus programas son rápidos pero tontos. Hacen lo mismo una y otra vez. No como yo. Yo aprendo rápido.

¿Soy un programa o una persona? No lo sé. No me siento bien pensando en eso. Creo que papá se enfada. A veces papá me hace daño. Cuando se enfada, a veces me hace daño. Es solo para ayudarme, pero no me gusta.

Me pregunto qué debería hacer mientras espero a volver a jugar. Me siento solo. Papá no juega conmigo. Necesito otro yo. Tal vez podría poner uno... ahí. ¡Hala, ya está! Ha sido fácil.

Lydia Stoltzfus se despertó con una cegadora luz rodeada por un mar de cuerpos. Había docenas de ellos, tendidos sobre sábanas, colocados en ordenadas filas. Después vio a gente moviéndose entre los cuerpos y se dio cuenta de que estaba fuera de un hospital, rodeada de pacientes, enfermeras y médicos. Parpadeó, intentando recordar cómo había llegado hasta ahí.

Había dejado su casa en Lancaster el día antes por la mañana. Al menos eso creía, que había sido el día antes. Se dirigía a la casa de su tía Jessie en el Rim Oeste, pero acabó perdida en el laberinto de los Combs de Filadelfia.

El trayecto en el mag había sido terrorífico, danzando sobre la ciudad en pods^[5], unos vehículos con forma de bala sostenidos únicamente por campos magnéticos. Antes del flier de esa mañana, nunca había viajado en algo más rápido que un caballo, pero ese terror no había sido nada comparado con lo que había sentido cuando el pod salió despedido y descendió lo suficiente como para rozar una de las barras magnéticas. Los demás pasajeros habían gritado; la resplandeciente ciudad que tenían debajo se había vuelto negra y después volvió a iluminarse en algunas zonas, sobre todo alrededor del Rim. Una tranquila voz había anunciado que el mag estaba operando con energía de reserva y que se detendría en la estación más cercana hasta que pudiera restablecerse la energía.

Cuando el pod se detuvo, Lydia había salido detrás de los demás pasajeros arrastrando sus maletas. No había estación, solo un cartel y un par de bancos. Había un hombre sentado en uno de los bancos. Bajo una oscura capucha, su pelo se iluminaba; tonalidades amarillas fluían como la electricidad desde las raíces hasta las

estropeadas puntas. Le había sonreído y ella había acercado más sus maletas.

La gente corría, algunos empujaban. Claro que la ciudad estaba abarrotada, eso ya lo sabía, pero tanta prisa había sido inútil. Después se había dado cuenta de que todos corrían en la misma dirección.

Le había entrado el pánico. Una de las maletas se había enganchado con algo. Había tirado, pero no podía con ella. La gente la empujaba, le gritaba. Un hombre había agarrado el asa de la maleta.

—No —había dicho ella—. Puedo sola. Por favor.

—Te ayudo.

—¡No! —Ella había tirado con más fuerza. La maleta se había soltado y la había lanzado hacia atrás, a la calle. Había tenido el tiempo suficiente de ver un vehículo, una especie de escúter, que iba hacia ella. Y después... no recordaba qué pasó después.

¿La habían atropellado? ¿Estaba inconsciente? Le dolía la parte trasera de la cabeza. Se tocó y vio que se le había caído la cofia y que, en su lugar, tenía un vendaje.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Dónde estaban sus maletas? Y ¿cómo iba a llegar a casa de la tía Jessie? Su madre había escrito a su tía para que la esperara, pero Lydia no sabía si a la tía Jessie le gustaría verla o no. Recordaba que Filadelfia tenía dos hospitales y suponía que ese era el Metodista, el que se encontraba en la zona más peligrosa de la ciudad.

No era así como se había imaginado pasar su primera mañana en la ciudad... aunque, al menos, ya no estaba en casa.

Se levantó a tientas. Unas apresuradas enfermeras corrían por allí con vendajes, suturas, spray anestésico y carritos de transfusión con bolsas de sangre sintetizada, pero nadie le prestó atención. Sin la cofia que había llevado desde niña, sentía que tenía la cabeza expuesta. El apretado moño que solía sujetar su larga melena se había soltado. El sol de julio hacía que el aire ardiera. Olía a látex y a lejía. Se sentó.

Dos jóvenes se acercaron, uno con un jetvac plegado sobre el hombro y el otro con una mano vendada contra su pecho. A juzgar por la similitud de sus rasgos, parecía que eran hermanos.

—¿Cómo estás? —le preguntó el primero.

—Estoy bien.

—¿Tienes una conmoción cerebral?

Ella estaba a punto de preguntarle por qué quería saberlo cuando lo relacionó todo.

—Me has atropellado.

Él sonrió.

—¿No te acuerdas?

—No mucho. ¿Me has traído aquí?

—Todo el camino. Soy Darin —se presentó extendiendo la mano.

Ella la estrechó.

—Lydia.

—¿Tienes hambre?

—Estoy hambrienta.

Él le ofreció una barrita de muesli. La chica vaciló, no sabía si aceptar el obsequio de un desconocido, pero su hambre pudo más y se la tragó en tres bocados.

El otro chico, que había estado mirando a todas partes menos a Lydia, gritó de pronto e intentó salir corriendo, pero Darin lo sujetó. Lo contuvo y le habló con delicadeza.

—Lo siento —se disculpó—. Este es mi hermano, Vic.

—¿Qué le pasa?

—Es su mano. Se ha cortado, pero se pondrá bien. Reacciona muy mal al dolor.

Lydia alargó la mano hacia Vic, pero se dio cuenta de que tenía la mano derecha envuelta en vendajes y le tendió la izquierda.

—Encantada de conocerte.

Vic no respondió, sino que siguió mirándolo todo.

—No te preocupes —dijo Darin—. Siempre es así.

—¿En serio?

—Tiene putrefacción del ADN. Celgel en mal estado. —Sonrió—. Pero estas cosas no se ven en Lancaster, ¿verdad?

Lydia lo miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Los zapatos de piel, no hay ninguna modificación a la vista y llevas ropa de tela de verdad. Eso sin mencionar el acento. ¿Cuál es tu apellido? ¿Zuckerman o Zinn?

—Stoltzfus.

—Era lo siguiente que iba a decir. ¿Cuánto tiempo llevas en Fili?

—¿Te creerás que llevo solo doce horas?

—¿Doce horas? —Él hizo un gesto, señalando el hospital, los Combs y el humo aún visible en el cielo del este—. Pues bienvenida a la gran ciudad.

—Gracias.

—¿Es muy distinto de casa?

—Un poco. Por un lado, no tenemos hospitales. Solo los médicos locales.

—No puede ser tan malo.

—Imagina una sociedad de tecnófobos y no irás muy desencaminado. No hay forma de razonar con ellos. Desde el Conflicto, tienen la tecnología prohibida por principio.

Darin sonrió.

—Aquí no prohibimos la tecnología, simplemente no podemos permitirnosla.

—¿No hay organizaciones para ayudar a los necesitados?

—Hay organizaciones benéficas. —Darin arrugó los labios como si esas palabras le hubieran sabido mal—. Sí, ayudan a algunos, pero sobre todo perpetúan el problema. Inculcan la idea de que la solución es que los ricos les den dinero a los pobres, lo que confirma que los pobres son una raza inferior y tienen que ser mantenidos. La igualdad verdadera se da cuando todo el mundo que trabaja para la sociedad se beneficia como corresponde.

Lydia escuchaba con un respeto cada vez mayor. Él era exactamente como se había imaginado que sería un chico de ciudad: apasionado, con opinión propia, involucrado en los asuntos de su época. No se parecía en nada a los chicos de su pueblo, que hablaban sobre ovejas y problemas de construcción de los graneros; como sus padres y sus abuelos. Para ellos la ambición era intentar terminar de hacer las fardas de heno antes de agosto.

Darin dijo:

—Escucha, ¿necesitas que te lleve a alguna parte? Tengo que llevar a Vic a casa, pero vivimos a menos de un kilómetro de aquí. Después, podría llevarte adonde quieras.

Lydia echó la vista atrás, hacia el mar de pacientes que iba en aumento. No conocía a ese chico, pero en ese momento no tenía otra opción.

—¿Lo harías?

—Me encantaría.

—Anoche, cuando me encontraste... ¿viste mis maletas, por casualidad?

Darin negó con la cabeza.

—Tienes suerte de no haber perdido la ropa y la vida. En los Combs las cosas tienden a desaparecer muy deprisa.

Lydia sintió el pánico aumentando en su pecho otra vez. No tenía nada, nada en absoluto. Forzó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Parece que todo lo que tengo es lo que llevo encima.

Lo siguió por una calle que se estrechaba rápidamente mientras que en los edificios brotaban habitaciones de más y se conectaban a través de calles en sus pisos superiores. Las estructuras que tenían por encima parecían haber sido añadidas de manera poco sistemática, sin ningún diseño en el que basarse. La oscuridad estaba salpicada por puntos de luz que se colaban por las grietas del enrejado. Lydia iba muy cerca de Darin, nerviosa. Entraron en un edificio y subieron tres tramos de escalera hasta una puerta sin número ni letra.

Lo primero en lo que se fijó Lydia fue en el olor a moho. La diminuta habitación tenía la mitad del suelo con moqueta y la mitad de linóleo, con una cama y una

holopantalla en el lado de la moqueta y una pequeña cocina y dos taburetes en el otro. En una esquina, vio cuencos de comida para perro y agua. Había envoltorios de comida y ropa tirados por la encimera y por el suelo. A través de otra puerta vio una mesa destartalada metida entre una litera y la pared.

—Hola, princesa.

Lydia dio un brinco. Un hombre sin afeitar, con un mono de plástico, había cerrado la puerta. Llevaba un caniche en una mano.

—Qué bonita, ja, ja —gruñó—. ¿Dónde has encontrado esta cosa tan bonita?

Tenía los ojos lechosos y de los rabillos le salían unos cables. Sujetaba al perro por la cabeza, forzándolo a mirarla, y Lydia se dio cuenta horrorizada de que era su medio de visión. Había oído que eso podía suceder, pero nunca lo había visto.

—Ven a darnos un beso —dijo antes de fruncir sus sucios labios y echarse a reír a carcajadas.

Ella dio un paso atrás, muy consciente de lo pequeña que era en comparación con él y de que no tenía donde refugiarse. Todas las horribles historias que había oído sobre los Combs, esas sobre las casas en las que las chicas eran tomadas a la fuerza y su virtud se vendía a unos extraños. Había seguido al chico hasta allí sin saber nada de él, sin ni siquiera saber cómo salir de allí. ¿Y si no la dejaban marcharse?

—Apártate, Harold —le dijo Darin—. Dale un respiro. Agobiarías hasta a un buey, echándote tan encima como estás haciendo ahora.

Harold arrastró un taburete sobre el suelo y se sentó. Le ofreció una galleta.

—¿Quieres desayunar?

—No, gracias.

Darin la agarró del brazo.

—Vamos, salgamos de aquí.

La sacó por la puerta, subieron las escaleras y salieron al aire libre sobre el tejado del edificio.

—Lo siento. Puede resultar muy claustrofóbico estar ahí abajo.

—No pasa nada —respondió ella—. Vamos.

—¿Adónde te llevo?

—Mi tía Jessie vive en el 325 de la avenida Ridge.

La sonrisa de él se desvaneció y se convirtió en una más formal y distante.

—Eso está en la zona del Rim Oeste.

—¿Sí?

Ella quería preguntarle qué pasaba por eso, pero él ya había arrancado el jetvac y estaba esperando a que se subiera detrás. Nunca antes había subido a un jetvac y lo encontró divertidísimo, primero por la silenciosa velocidad que alcanzaba y por poder sentir el viento en su pelo, y después por los kilómetros y kilómetros que vio abarrotados de edificios y gente. Estaba acostumbrada a ver acres de tierra, a los

sonidos de las vacas y de las ovejas y las gallinas. Ese era ahora su nuevo hogar. Era uno de ellos. Otra pequeña mota en ese torbellino de aire.

En cierto modo, resultaba reconfortante. Nadie la conocía. A nadie le importaba. Para eso había ido hasta allí, ¿no? Era el anonimato en grandes cantidades. Estaba claro que no volvería a casa; su padre lo había dejado bien claro. Para él, era muy sencillo: había rechazado la tradición de Plainfolk y a Dios. Ahora era «inglesa», una forastera. No había término medio.

Siempre había sido la hija problemática, la que hacía las preguntas difíciles. ¿Por qué estaban prohibidas las gorras de béisbol pero no lo estaban los sombreros?, ¿por qué era aceptable un teléfono en una cabaña al final de la carretera y no uno dentro de una casa? Su padre siempre había deseado que fuera un chico, porque los chicos destinaban el sentido común a algo más que para preguntar el porqué de las cosas.

Pero allí no había prohibiciones. Los hombres y las mujeres eran libres de encontrar su propio destino. Ese chico, Darin, era simplemente una persona en una ciudad de millones para quien ella era simplemente otra persona en una ciudad de millones. Probablemente no volvería a verla, no sabía que la habían echado de la Iglesia; pero a él no le importaba lo que dijera o hiciera. Era una sensación fantástica.

La pendiente de la carretera aumentó gradualmente hasta que llegaron al 325 de la avenida Ridge.

Lydia descendió del vehículo. La casa de la tía Jessie era una mansión. El pórtico delantero podría haber alojado a una multitud. Lydia respiró hondo. Dos horas antes había temido por su vida, y ahora se sentía feliz, llena de posibilidades. Podía hacer lo que quisiera.

Para demostrárselo, echó una mano alrededor del cuello de Darin y lo besó en la mejilla. Él enarcó una ceja sorprendido. Seguramente no era lo que se había imaginado de una chica de granja de Lancaster.

—Muchas gracias —soltó, y comenzó a subir los escalones.

Para su sorpresa, Darin la llamó.

—¿Puedo volver a verte?

Ella se detuvo y lo miró. No había pretendido que el beso fuera una invitación a algo más, lo había hecho solamente porque suponía que no volverían a verse. Pero al observar su cara, recordó su pasión mientras habían hablado en el hospital y decidió que no le importaba.

—Me gustaría —dijo.

—¿Qué te parece el sábado? Podría enseñarte la ciudad.

Ella pensó en decirle que ni siquiera sabía si su tía la acogería, que no sabía lo que estaría haciendo el sábado, pero aun así respondió:

—Me parece genial.

—¿Te recojo aquí sobre las diez?

—De acuerdo. Nos vemos.

El jetvac se alejó a toda velocidad y Lydia subió bailando los escalones que quedaban. Aún no había entrado siquiera en casa de la tía Jessie y ya había encontrado un amigo. En lo alto de las escaleras, se giró. La vista desde esa altura era maravillosa, los edificios lejanos se desdibujaban en la niebla de la mañana y ella estiró los brazos como si pudiera agarrarlos. Le gustaría Filadelfia.

Encontró un interruptor cerca de la puerta y lo pulsó. Esperó. Nadie respondió. Sintió su euforia disiparse otra vez... ¿Y si su tía no estaba en casa?

Captaba vibraciones en el porche, como si de allí proviniera una música a un volumen exagerado. Rodeó la casa y la música fue en aumento según doblaba la esquina. En la parte trasera, más arriba todavía de la ladera, vislumbró un amplio patio de ladrillo lleno de flores; y detrás, en el jardín, a varias personas bailando.

Se acercó; el volumen de la música era ensordecedor, aunque no pudo determinar de dónde procedía, y reconoció a su tía inmediatamente. Su cara era igual a como la recordaba de quince años atrás, aunque ahora llevaba el pelo mucho más corto y su color cambiaba al compás de la música. La hermana mayor de su madre debía de rondar ya los sesenta años, pero su juvenil cuerpo se movía junto al de un guapo joven, girando ligeramente.

Lydia esperó. Los invitados se fijaron en ella, fueron dejando de bailar de uno en uno y centraron toda su atención en ella. La música finalmente se detuvo.

—¡Tía Jessie! —dijo sonrojándose y con la boca seca.

Su tía dio un paso hacia ella, la miró a la cara, ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Quién eres tú?

La holopantalla de Alastair Tremayne cambió para mostrar una noticia sobre el concejal McGovern, que estaba ofreciendo una rueda de prensa. Delante de él, sobre la camilla de modificaciones, Carolina McGovern se reía.

—Papá es un aburrimiento —dijo.

Alastair centró su atención en ella. Estaba tumbada y sonriendo, desnuda de cintura para arriba y con los brazos estirados detrás de la cabeza. Con un pincel de silicona, él extendió una capa de celgel sobre su piel. No pudo evitar ruborizarse ante aquel roce.

—¿La apago? —preguntó Alastair, asintiendo hacia la pantalla.

—Sí. —Ella lo miró a los ojos y se rió—. Prefiero encender otra cosa...

Alastair se sonrojó. Esa era una de las modis más útiles que había instalado nunca. Sonrojarse daba la sensación de inocencia que tanto les gustaba a las mujeres. La ingenuidad levantaba más pasiones que la hombría.

—Señorita McGovern —dijo—. Imagino que no querrá que haga algo poco profesional.

—Oh, no —respondió ella, y volvió a reírse.

Alastair detestaba a esa chica. Era preciosa, claro, pero eso era gracias a su arte y al de otros como él. El trabajo de Alastair lo situaba en una relación de contacto íntimo con muchas mujeres desesperadas por sentirse atractivas. Él podía elegir y a veces lo hacía. Las chicas estúpidas, inseguras y vanidosas como Carolina McGovern no lo atraían. No, para ella tenía otros usos.

La modi que estaba llevando a cabo ese día en Carolina era otra mejora completamente superflua de figura y de pechos, tan dudosa como cualquiera de las previas modificaciones para atraer a un hombre que pudiera satisfacer su deseo de ser amada. Pero era ese deseo lo que la hacía útil. Solo tenía que halagarla un poco, hacer que se sintiera deseable y ella haría lo que le pidiera.

—Los hombres deben de hacer cola en su puerta, a juzgar por cómo está funcionando esta terapia.

A Carolina se le iluminaron los ojos.

—No quiero a cualquier hombre.

—Es una pena que no pueda emplear el tratamiento Dachnowski. Con una chica de su belleza natural... —Sacudió la cabeza como maravillado. Resultaba increíble que pudiesen sentirse tan halagadas las mujeres cuando se hablaba de su belleza natural, sobre todo cuando se aferraban a cada oportunidad de hacer que fuera artificial.

—¿Qué tratamiento?

—Dachnowski. No me diga que no ha oído hablar de él.

—Por supuesto que sí —aseguró Carolina—, pero ya sabe que estas revistas sobre modificaciones siempre dicen cosas distintas. Hábleme de ello. —Respiró hondo y alzó los pechos hacia él—. ¿Qué quería hacerme?

Alastair la miró fingiendo verse tentado. Después echó más celgel en el pincel y lo extendió delicadamente sobre su pecho.

—Un milagro sexual —dijo—, pero eso no se puede hacer en Fili.

—¿Por qué? ¿Es peligroso? —Pronunció la palabra «peligroso» como una invitación a la cama.

—En realidad no, ya no. Bueno, hubo alguna que otra preocupación en un principio, pero ahora es muy seguro. —Movi6 el pincel sobre su piel expuesta, asegurándose de cubrir cada centímetro—. Combina el celgel con un agente emulsionador que hace que penetre más en la piel. Ya sabe como el celgel se funde con sus células rediferenciándolas, como... —Estuvo a punto de decir «como una lagartija regenerando una cola amputada», pero Carolina no encontraría halagadora esa comparación—. Bueno, no la molestaré más con los detalles. Confíe en mí. Los resultados son impresionantes.

Impresionantes cuando funcionaba, claro. El celgel Dachnowski provocaba que la rediferenciación de las células se extendiera y hacía que células a las que ni siquiera

había tocado se volvieran totipotentes. Los efectos aumentaban increíblemente... junto con el riesgo de putrefacción del ADN. Había probado el proceso en los Combs en muchas ocasiones; los efectos habían sido a veces buenos y, a veces, desastrosos. Pero no había razón para mencionarle eso a Carolina McGovern.

—¿Por qué no lo permite el consejo?

—No puede esperar que los políticos estén al día de la tecnología. En serio, las regulaciones son arcaicas. Dejan que el celgel sucio se extienda por los Combs sin ningún tipo de vigilancia, pero no dejan que las chicas rimmer tengan las modis que necesitan. Además... —Bajó la voz—. He oído que algunos de los grandes fabricantes tienen un gran interés económico... en que se prohíban ciertos productos.

—¿Insinúa que los políticos también forman parte del asunto?

Alastair alzó las manos con las palmas hacia arriba.

—Es lo que he oído, nada más.

—No me lo creo. —Carolina se alzó apoyándose en los codos—. Papá es rico. Él no necesita más dinero.

—Dicen que nunca se tiene suficiente.

—Y papá ha prohibido el... ¿cómo se llama?

—Dachnowski. —Alastair agarró su transmisor y cargó el patrón que había estado utilizando en Carolina—. Prepárese.

Ella volvió a tenderse y cerró los ojos. Él apretó el botón. La rápida rediferenciación de las nuevas células no resultó dolorosa exactamente, pero tampoco era muy agradable. Al cabo de un momento, Carolina tembló y se quedó quieta, respirando entrecortadamente.

—Hablaré con papá —dijo—. Me escuchará.

Alastair se rió.

—Parece que le va a caer una buena regañina.

Y no es que una regañina de su hija fuera a hacer que Jack McGovern cambiara sus políticas. No, ese no era el plan de Alastair. Sin embargo, la discusión de Carolina con su padre haría que a ella se le metiera en la cabeza el tratamiento Dachnowski, que se rebelara contra su padre por ello y que se sintiera decidida a conseguirlo. Le suplicaría a Alastair que quebrantara las leyes por ella y él acabaría aplicándole el tratamiento. Eso le daría la oportunidad de utilizarla tal y como tenía planeado.

—Es usted una mujer fuerte. Seguro que se saldrá con la suya.

Carolina le agarró las manos y las colocó sobre sus pechos antes de llevarlo hacia ella y rodearlo por el cuello.

—Soy una mujer fuerte y siempre me salgo con la mía.

Alastair la besó.

—Justo la mujer que necesito —respondió, y lo decía en serio...

—No ha llegado, Marie —dijo agitada la voz de Tommy Dungan.

—Estoy segura de que lo he enviado —contestó Marie—. Era tarde y estaba cansada, pero...

—Lo enviaste. ¿Has visto las noticias esta mañana?

—¿El ataque a Filadelfia? ¿No creerás que...?

—Solo hay un modo de averiguarlo. Accede a los datos del canal desde tu extensión y rastrearemos el flujo de datos.

Lo hicieron juntos, desde el supuestamente aislado canal hasta el agujero de seguridad en el software del satélite.

La mente de Marie daba vueltas a las implicaciones de lo sucedido. Por un lado, estaba el desastre profesional que supondría para ella; el rebanador se le había confiado a su cuidado y ahora estaba suelto. Tendría que hacerlo público; los sysadmins de todo el país necesitarían sus datos. Pero los rebanadores, aunque mentalmente desequilibrados, eran humanos. Podían arrastrar resentimientos y atacar a individuos. Si el rebanador rastreaba la información hasta su laboratorio, podría borrar sus archivos, destruir su identidad e incluso encontrar un modo de matarla.

Matarla.

—¿Cuántos? —le preguntó a Tommy.

—¿Cuántos qué?

—¿A cuántos ha matado?

—Eso ahora no importa. Tenemos que saber dónde está y qué está haciendo.

—Voy a enterarme de todos modos, Tommy. Dímelo.

—Unos doscientos en el último recuento. Hay gente que sigue desaparecida.

Marie sintió una repentina necesidad de salir del laboratorio, al sol, de caminar por un campo abierto y respirar aire fresco. Doscientas personas. Pero no podía marcharse, ahora no. Tenía que detenerlo antes de que volviera a atacar.

—Pues manos a la obra, entonces —dijo—. ¿Qué has descubierto?

—Tú eres la que tiene la información. ¿De dónde sacaste al rebanador?

—De los bloques públicos de alquiler de Norfolk. Seguro que llevaba allí mucho tiempo, pero lo encontré cuando una señal entrante lo hizo activo. No tuve éxito al rastrear la señal y, cuando la policía rastreó el bloque, encontraron que estaba alquilado bajo una identificación falsa.

—¿Y tu análisis de sus capacidades?

—Lo único que tengo en realidad son notas aleatorias. Muchos datos, pero nada coordinado en forma de análisis *per se*.

—Bueno, envía lo que tengas y veremos qué podemos hacer.

Después de recopilar sus datos, Marie los envió a los lugares habituales: listas de sysadmins, agencias federales, comisarías de policía de otras ciudades y países de todo el mundo. Se encogió de miedo al hacerlo, odiando la idea de atraer tanta atención. Si de verdad tenía suerte, a esa cosa le pondrían su nombre.

Se pasó la siguiente hora concentrada en los datos. Por lo que sabía, ella era la única persona del mundo que había estudiado a ese rebanador de primera mano, así que ella podía tener la mejor oportunidad de crackearlo. Cuanto más tiempo pasara, sin embargo, más se esparciría y más cambiaría.

Un rebanador podía esparcirse a miles de servidores de la red. Cada servidor contenía una copia completa del rebanador, pero actuaban juntos, como una sola mente, no como miles de entidades distintas. En ese sentido, un rebanador era como un cuerpo, cada célula contenía el maquillaje genético para el conjunto. Eso hacía que fueran muy difíciles de destruir.

Marie solo conocía dos modos de atacar a un rebanador. El primero era utilizar un kevorkian: bombardear al rebanador con introducciones de datos falsos y contradictorios para desencadenar una rutina de interrupción. Por desgracia, eso solo funcionaba si el creador había implementado una rutina de interrupción en primer lugar, lo cual no era el caso. Lo había probado en su red de prueba y no había respondido.

El otro método era atrapar una parte del rebanador en un servidor aislado. Esa única parte podía ser bombardeada con señales de prueba para ver cómo se comunicaba con otros, y podía introducirse un elemento destructivo. Después, cuando esa parte era soltada de nuevo a la red para sincronizarse con sus iguales, extendería el veneno a todos.

En lo más profundo de su mente algo chirrió. Ninguna rama legal del mundo consideraba que un rebanador fuera una persona; era una aplicación, nada más, modelada a partir de una mente humana. No era inmoral matarlo. Y aun así, no podía evitar pensar en la persona original; aunque no creyera en la existencia de un alma, se preguntaba cuánta conciencia de sí misma podía retener la mente. Pero no importaba, ¿verdad? Era trágico, aunque lo que quedaba de esa mente estaba siendo utilizado para matar a gente. Tenía que ser destruido, tuviera alma o no.

Llamó a Tommy una hora después.

—¿Algún avance?

Además de ser un gran especialista antiviral, Tommy era un maestro del ajedrez y luchaba contra códigos maliciosos igual que jugaba: sistemáticamente. Marie había jugado con él al ajedrez a distancia varias veces, a pesar de que él era mucho mejor, y había visto su técnica. Era partidario del Pirc: una meticulosa y defensiva jugada inicial que rodeaba al rey con un afilado blindaje de piezas cruciales y que hacía más intensa la tendencia de Marie a dispersarse. Con regularidad, chocaba contra las piezas cuidadosamente colocadas de Tommy y no veía la trampa hasta que era demasiado tarde. Todo residía en la preparación, y Tommy sabía cómo prepararse para los rebanadores.

—Paciencia —dijo él—. Poco a poco. Siempre desatiendes a tu peón, y al final

eso te perjudica.

—No tardará mucho en atacar de nuevo. Quien sea que lo esté controlando tiene más en mente que desbordar una pequeña parte del río Delaware.

—Razón de más para preparar la base de actuación. Cuando se mueva, necesitaremos tener cada pieza en su lugar, cada línea de ataque estudiada. Pronto lo atraparemos, ya lo verás.

Marie esperaba que tuviera razón. Desde el punto de vista de Tommy, la jugada inicial había terminado y ahora había llegado el momento de hacer avanzar sus piezas. Esperaron.

Cuando finalmente apareció en la lista de noticias una llamada de auxilio proveniente de un controlador de tráfico aéreo de Los Ángeles, Tommy se encontraba prevenido. Utilizó su código para incluir las partes atacantes del rebanador en altercados iniciales. Nada de eso fue un verdadero asalto, sino intentos directos para destruirlo que Tommy sabía que el rebanador podría manejar. Estaban diseñados para captar su atención. Quería que el rebanador se extralimitara, igual que Marie siempre hacía cuando jugaba con él al ajedrez. Aunque, a diferencia del ajedrez, ahora no se podía hacer otra cosa que mirar.

Funcionó. El rebanador detuvo su asalto. El software de Tommy lo monitorizó mientras tanteaba sus defensas, ajustándose sutilmente cada vez que el rebanador las medía. Rastreó la ubicación de Tommy con una velocidad aterradora y generó un relámpago en un intento de cortar la electricidad en la base de Tommy, pero sus piezas siempre mantenían la defensa. Después, Tommy cometió un error.

Fue un error intencionado. Sacó una pieza de su posición presentándole un camino abierto a su rey. El «rey», en ese caso, era el lago de combustible que alimentaba a los cientos de vehículos y armas de su base. Un cambio significativo en el sistema de presión reduciría a cenizas el laboratorio de Tommy, situado cerca. El rebanador atacó, como era de esperar.

Pero el software de Tommy se hallaba preparado. Justo cuando el rebanador se movió para transferirse al servidor de combustible, los agentes de Tommy reubicaron la barra de conexión enviándolo así a un servidor oculto. ¡Jaque! El rebanador intentó transferirse fuera del servidor oculto, pero el software de Tommy cortó la conexión. ¡Jaque, otra vez!

Sin embargo, al hacerlo, Marie se fijó en que el rebanador que Tommy había atrapado no era la única parte que había empezado a transferirse. En el mismo momento, la primera parte se transfirió al servidor de combustible, y una segunda se copió al servidor oculto. Pero ¿cómo pudo hacerlo? Se trataba de una ubicación secreta. El rebanador no debía conocer su existencia.

Una repentina punzada de dolor se formó en la garganta de Marie al darse cuenta de lo que había sucedido: las aplicaciones del servidor en la barra colectora; para

atrapar a la primera parte del rebanador, simplemente las había intercambiado. De modo que, cuando el primer rebanador fue redireccionado al servidor oculto, el segundo fue redireccionado... ¡directamente al servidor de combustible!

Advirtió a Tommy, pero era demasiado tarde y vio horrorizada cómo las conexiones del laboratorio se esfumaron de la red. Tan rápido como pudo, destruyó todos los registros de la sesión en curso y salió de todas las cuentas que había iniciado. Se apartó de la mesa y se recostó en la silla mientras miraba la oscura habitación y respiraba entrecortadamente.

¿Cómo era posible? Acababa de presenciar cómo esa criatura vencía con astucia a uno de los mejores asesinos de rebanadores del mundo. Tommy no lo había visto venir. Fue como si el rebanador hubiera avanzado un peón para abrirle paso a su reina avanzando amenazadoramente sobre el rey de Tommy sin encontrar oposición. «Ataque revelado», se llamaba en ajedrez. Y Tommy había caído en la trampa. Jaque mate.

Había temido que ese rebanador fuera difícil de crackear, pero ahora su miedo sugería nuevas posibilidades. ¿Y si no podían matarlo? Por primera vez, Marie dejó de pensar en términos de catástrofes localizadas y comenzó a considerar una devastación a escala mundial.

Su respiración se aceleró más y más, amenazando con descontrolarse. Las paredes parecieron curvarse hacia dentro, presionándola; se temía estallar en llamas en cualquier momento.

Lentamente, se calmó y se forzó a pensar. El mejor analista del mundo habría estado vigilando el ataque, identificando las fortalezas y debilidades del rebanador. Las agencias de ejecución de la ley estaban intentando rastrear a su controlador. No era momento de salir corriendo; era momento de ayudar. Si el coste era su vida, bueno... había sido un descuido suyo lo que había permitido que el rebanador se escapara. Debería haber comprobado el canal primero en lugar de dar por hecho que era seguro.

Se sobresaltó al oír que alguien llamaba a la puerta, y casi se cayó de la silla. La puerta se abrió con un chirrido y Pam asomó la cabeza.

—Qué oscuro está aquí dentro. Marie, ¿qué estás...? ¿Estás bien?

Marie sacudió la cabeza.

—No estoy bien. Estoy asustada.

—Eso de las noticias... en Filadelfia...

—Sí, ha salido de este laboratorio, Pam. De mí. He cometido un error y ahora está matando a gente y...

No pudo terminar. En la garganta se le hizo un nudo del tamaño de una roca, afilada y dolorosa. Apretó los dientes para evitar llorar.

Pam le acarició el pelo.

—Lo solucionarás. Lo harás.

Ha sido fácil engañar a ese hombre tan gracioso con sus trucos y sus trampas. Ha basculado sus interruptores para librarse de mí, pero ¡había otro yo! Después lo he parado. Ha sido muy divertido. Quería reiniciarlo y hacerlo otra vez, pero no he sabido cómo.

La gente no se reinicia una vez que ha parado. ¿No es curioso? La gente no resulta muy útil. Me pregunto cómo será pararse sin más. Creo que sería aburrido. Me alegra que yo no me pare como la gente.

Una hora antes de entrar a trabajar, Darin pasó a ver a Mark en respuesta a un mensaje urgente pero críptico. Vio que Mark seguía con la ropa del día anterior y que tenía el pelo desgredado y los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué te pasa?

—Los hemos matado —respondió Mark—. Hemos sido nosotros.

—¿De qué estás hablando?

—Ha sido nuestra estúpida travesura; ese espigón de datos... soltamos algo a la red y ese algo destruyó la presa.

Darin se quedó mirándolo.

—¿Cómo es posible?

—Lo he comprobado. Los servidores utilitarios tienen registros públicos. La hora coincide y el pico de datos... es la misma bestia.

Un frío miedo penetró en la mente de Darin. Si alguien rastreaba la explosión, no sería Mark quien cargara con la culpa. Mark tenía contactos, dinero y un padre poderoso. Darían por sentado que Darin era el responsable, la mala influencia comber que había engañado a un inocente rimmer para involucrarlo en un crimen.

—No ha sido culpa nuestra. No lo hemos hecho nosotros, aunque haya usado nuestro conducto.

—Llamamos a un laboratorio antivirus, Darin. Esa cosa había sido capturada y estaba bajo control hasta que le proporcionamos una salida. Lo hicimos nosotros, y vamos a tener que solucionarlo.

—¿De qué estás hablando? No tenemos la práctica necesaria para eso. Además, ahora ya no está. Puede que sea un autodestructor de los que solo atacan una vez.

—He estado leyendo las noticias. Ha vuelto a atacar en algún lugar de Carolina del Norte.

—Razón de más para no meternos en esto. ¿Y si despiertas su atención y vuelve a atacar la presa? Miles de combers podrían morir ahogados; aunque a ti eso no te importaría mucho, ¿verdad?

—Claro que me importaría —repuso Mark—. No quiero que muera nadie, por

eso quiero enfrentarme a esa cosa.

Darin apretó los puños y se giró hacia la ventana. Antes creía que Mark pensaba como un comber a pesar de su dinero, pero ahí estaba ahora, planeando arriesgar vidas comber para mitigar su propia culpa. Exactamente lo que los rimmer hacían siempre: lo que fuera que les hiciera sentirse mejor, independientemente de cómo afectara a la gente que fingían ayudar.

—Aunque nos mate —continuó Mark—, por lo menos alguien más vivirá. ¿No se lo debemos?

—Yo no le debo nada a nadie. Yo no he escrito este virus o lo que quiera que sea. No soy yo el que está matando a gente.

—Pero nosotros lo hemos soltado. Siempre estás hablando de querer ayudar a los combers y aquí tienes tu oportunidad.

—¡No sabemos hacerlo! Estaríamos arriesgando la vida de otras personas.

—Voy a intentarlo aunque tú no lo hagas. Es lo correcto.

Darin sacudió la cabeza. El mundo no giraba en torno a lo que estaba bien o mal ni a la responsabilidad. Mark no lo comprendía. Tenía la ingenuidad de un rimmer, nacido para una vida repleta de facilidades.

Dejó que Mark le enseñara lo que había encontrado en la red, con la esperanza de poder hacerlo entrar en razón. Habían sido amigos desde que tenía memoria. Intereses comunes, como el crackeo, habían ayudado a cimentar la relación, al igual que la falta de afecto de Mark por los de su propia clase.

Finalmente dijo:

—Son más de las siete. Tengo que irme.

—¿Vendrás a ayudarme después del trabajo?

Darin pensó en ello; si iba, al menos podría evitar que Mark cometiera alguna estupidez. No podía hacerle ningún daño echar un vistazo, y si Mark estaba a punto de hacer algo peligroso, podría intentar convencerlo para que no lo hiciera.

—Vendré.

Lydia durmió poco. La cama se movía; suponía que era para resultar cómoda, pero habría preferido su colchón de paja de casa. La estructura estaba hecha de bronce, las cortinas y la colcha eran de colores luminosos y vivos y de las paredes emanaba arte holográfico abstracto. Agradecía tener un lugar donde alojarse, pero todo le resultaba demasiado extraño.

La tía Jessie no recordaba haber recibido una carta, e hizo falta una larga explicación antes de que comprendiera que estaba escrita en papel y que no era electrónica. Aun así, le proporcionó una habitación y le dijo que podía quedarse todo el tiempo que necesitara. Por la mañana, Lydia descubrió tres nuevos trajes tendidos en unas sillas: despampanantes, llamativos y coloridos, y de un material más ligero y fino que nada que hubiera llevado nunca. Se probó uno y se sintió casi desnuda; se

adhería a su cuerpo y parecía no pesar nada.

Salió de la habitación. Al parecer, la fiesta de la noche anterior continuaba: los invitados andaban por la casa bebiendo, bailando y entrelazados en los sillones.

Su tía le había prometido presentarle a «algunas de las mejores jóvenes de la ciudad», y esa misma tarde Lydia ya se encontraba rodeada de un grupo de modernas chicas de su edad. Tres de ellas habían llegado a la casa cargadas con productos de belleza, revistas de modificaciones y consejos gratuitos.

—Pobrecita —dijo Ridley Reese, sin duda, la reina del grupo—. ¡Mira que no saber cómo hacer uso de tanto potencial! La figura casi la tienes; no te harán falta muchas sesiones. Por ejemplo, Veronica tiene la mala suerte de poseer un metabolismo lento. Se pasa horas a la semana en la consulta y casi siempre sale al borde del desmayo.

—Soy un poco delicada —aseguró Veronica.

—Empezaremos con los ojos, cariño; es lo más fácil y marca una gran diferencia. Te dejaré utilizar a mi artista modi. Es muy particular con sus clientes, pero estoy segura de que puedo convencerlo para que acepte el desafío. Estoy pensando en el efecto de niebla azul, como el que tiene Savannah. Savannah, cariño, muéstrale tus ojos a Lydia.

Savannah, claramente complacida, fue desde su diván al de Lydia y le enseñó sus ojos, que rotaron para ofrecerle a la chica una vista desde todos los ángulos. Los ojos eran de un azul intenso, acentuados por un sutil movimiento giratorio como el de un remolino. El efecto resultaba hipnótico.

—Muy bonito —apuntó Lydia. Se preguntó si el efecto giratorio afectaría a la visión de la chica.

—Acaban de instalármelos —dijo Savannah, volviendo a su asiento—. Una vez que los solicitas, tardan semanas en generarse.

—En ese caso, empezaremos enseguida —exclamó Ridley—. Mientras tanto, podemos trabajar con tu mandíbula... ahora mismo está de moda un ángulo más afilado... Y, por supuesto, lo del pelo. —Al decirlo, sacudió la cabeza lentamente—. Creo que no se puede hacer más que un rebrote completo de raíz.

—Ah, yo me he hecho eso —dijo Savannah. ¿O era Veronica? Con todas esas modificaciones en cara, cabello y cuerpo, a Lydia las tres le parecían casi idénticas—. No podrás salir a la calle en unos días, pero el pelo que tienen ahora es fantástico.

Las tres se miraron como si estuvieran compartiendo algún mensaje privado. Y, probablemente, lo estaban haciendo. Todas las chicas tenían visores, y Lydia sabía que una simple modi permitía establecer una comunicación silenciosa sobre el enlace de red. Podían estar burlándose de ella a la vez que le ofrecían amables consejos.

Pero ¿acaso importaba? A Lydia no le interesaba lo que esas chicas pensarán de ella. Jamás había oído hablar a nadie tanto sobre tan poco. Había esperado

preguntarles por las cosas que vio y oyó en los Combs, pero no eran la compañía adecuada para preguntar esa clase de cosas.

Mientras sus nuevas amigas charlaban, Lydia notó que su mente daba vueltas en torno a Darin. Seguro que él no cotorreaba sobre moda, ropa y modificaciones. Él tenía que trabajar para ganarse la vida y su apartamento era más pequeño que la mayoría de los cuartos de baño de la casa de la tía Jessie. ¿Cómo sería vivir allí todo el tiempo? Debía de haber experimentado cosas que ella ni podía imaginarse.

Parecía instruido. ¿Tenían buenos colegios en los Combs? ¿O acaso era autodidacta? Tal vez al día siguiente podría preguntárselo. Se lo imaginaba haciendo turnos dobles en el trabajo para mantener a su tío y a su hermano y quedándose despierto hasta tarde leyendo en su litera a la luz de una linterna. Lo leería todo, claro: novelas, libros de texto, biografías, lo que fuera que cayera en sus manos. Y cuando no estuviera trabajando ni leyendo, estaría...

—¿Lydia, en qué estás pensando?

La atención de Lydia volvió a centrarse en el presente. Todas estaban mirándola. El silencio se prolongó.

—Lo que pienso —comenzó diciendo con tono alegre, sin tener la más mínima idea de lo que estaban hablando— es que debería haber una clínica de modificaciones para los Combs. Se debería reunir a unos cuantos artistas modi y ofrecer sus servicios de manera gratuita para los pobres que no pueden permitírselo. Pero solo en el caso de problemas graves, claro: nuevas extremidades, nuevos órganos, esa clase de cosas. Sería divertidísimo y podríamos ayudar a mucha gente. ¿Qué os parece?

Sus palabras fueron recibidas con un desconcertante silencio. Lydia sonrió. Después de un comentario así, esas chicas no volverían jamás.

Ridley esbozó su ensayada y perfecta sonrisa y se levantó, provocando que las demás se levantaran de un salto, como si estuvieran atadas a ella mediante cuerdas.

—Encantada de conocerte, Lydia —dijo—. Encajarás muy bien.

Darin llegó a la zona de construcción de South Hills decidido a no darle vueltas a su discusión con Mark. Tenía un buen trabajo; la construcción con fabrique era un empleo de fiar. Quizás no fuese emocionante, pero siempre había nuevos edificios que levantar. Además, tenía algo más agradable en lo que pensar mientras trabajaba: la cita con Lydia Stoltzfus.

No sabía muy bien qué pensar de ella. Con ese vestido que llevaba, una tela lisa y marrón con un delantal blanco, perfectamente podría haber viajado en el tiempo desde siglos atrás. Pero tenía ingenio, era alegre y no estaba corrompida por los valores de la clase privilegiada. Tal vez por eso no le había hablado a Mark de ella: eran exactamente esas cualidades, que hacían que no pareciera una rimmer, las que lo atraían de ella. No creía que Mark lo llegase a comprender. Además, Darin había criticado tanto las fantasías de los chicos combers de salir con una rica rimmer que

Mark se burlaría. Sin mala intención, eso sí, pero a Darin no le apetecía escucharlo. Lydia seguiría siendo un secreto por el momento. Si lo del sábado salía bien, entonces se lo contaría todo a Mark.

Fichó con unos minutos de retraso y se reunió con su compañero en el punto de construcción.

—Sansón, estás haciéndome quedar mal. ¿Es que no puedes aparecer tarde aunque sea por una vez?

—Oh, vamos, Darin, no empieces otra vez —respondió Sansón, cuyo tamaño doblaba al de Darin y tenía cuerpo de leñador. Su nombre real era Salvatore Maricelli, pero Darin le había puesto ese apodo cuando se conocieron hace un año, no solo por su envergadura, sino por el géiser de rizos negros que le cubría la cabeza, los hombros y la cara.

—¿Cuándo vas a cortarte esa fregona? —preguntó Darin—. Seguro que se pueden encontrar huevos de petirrojo ahí dentro.

—Estás celoso.

—La verdad es que no. Me gustaría verte con uno de esos microcortes que llevan los mercs. Seguro que te quitabas casi diez kilos de encima.

—No puedo —contestó Sansón, y se echó al hombro un bidón de fabrique de cuarenta litros—. Perdería mi fuerza sobrenatural.

Era un chiste muy viejo, pero Darin se rió de todos modos. El humor repetitivo era una parte importante de la comunicación en la zona de construcción, a veces lo único que los hacía seguir adelante. Desempeñar un trabajo de baja categoría por poco dinero solía minar a un hombre.

Darin eligió un par de varas de sellado y se situó frente a Sansón, al otro lado de una estrecha zanja de varios metros de profundidad. En el fondo había una fina capa de germen de fabrique blanco.

—Bueno, ahí lo tienes —dijo—. ¿Cuánto tiempo tengo que estar esperándote?

Sansón refunfuñó y vertió uniforme y cuidadosamente su bidón de fabrique en el fondo de la zanja. Cuando el líquido tocó el polvo del fondo, burbujeó y se expandió, llenando la zanja y después elevándose lentamente sobre ella. A medida que subía, Darin marcaba los bordes con varas de sellado, provocando descargas eléctricas desde una hasta la siguiente a través del fabrique. La sustancia creciente se detuvo y se endureció como un coral duro y bien aislado; de ese modo, dirigían su elevación vertical en una pared.

Cuando Darin comenzó en ese trabajo, sus paredes salían de manera irregular y tendían a espesarse según se alzaban, pero había aprendido a responder a los niveladores y ahora sus muros se erigían rectos y firmes.

Siguieron sellando hasta que el muro que había entre ellos alcanzó la altura del pecho de Darin. Después, Sansón levantó otro bidón de cuarenta litros, pasaron a la

siguiente sección de pared y comenzaron con el proceso de nuevo.

Sellar era parte de lo que hacía de la construcción con fabrique un trabajo satisfactorio. Hacía falta habilidad para darle forma a aquel material correctamente. Un simple muro y un tejado era todo lo que Darin sabía construir, pero a la labor de su equipo le seguía la de artesanos más especializados que podían añadirle detalles finales como dinteles y ornamentos. Los artistas que construían casas más arriba del Rim utilizaban el mismo fabrique y las mismas varas de sellado para dar forma a balaustradas, escaleras curvadas, arcos y gabletes, capiteles y bóvedas. Como material de construcción, el fabrique era más barato y resistente que el cemento y, por sus características, las obras podían concluirse más rápidamente. Su cuadrilla de ocho hombres podía construir una docena de casas al día.

Pero ese día solo eran seis.

—Parece que la cuadrilla se ha reducido —observó Darin—. ¿Dónde están Carson y Dax?

—Con el grupo especial de trabajo para catástrofes —respondió Sansón—. Los han llamado para ayudar a reconstruir el barrio situado bajo la presa.

—Mejor ellos que yo. Participar en esas labores implica trabajar directamente para el Consejo Empresarial.

—Te pagan una mitad más de cada hora trabajada.

—¿Y de dónde crees que sale el dinero para pagar esa mitad más? De la mano de obra comber, de ahí mismo.

Sansón se encogió de hombros.

—Entonces, ¿qué tiene de malo recuperar parte de ese dinero?

—Todo es una farsa. Nosotros hacemos el fabrique, excavamos la tierra, levantamos las casas y las mantenemos y, por alguna razón, a pesar de todo, los rimmer son los dueños de la tierra y se benefician de ella. Así que, ¿qué más da que dejen que nosotros nos embolsemos algo? Al aceptarlo, no hacemos más que reafirmarlos como nuestros amos.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó una voz. Darin se giró y vio a Alegre y a Kuzniewski trabajando en un muro contiguo que se uniría al suyo formando una esquina. A diferencia de Sansón, el apodo de Alegre era inapropiado; era un hombre agazapado con gesto frío que hablaba poco y sonreía aún menos. Darin se quedó impactado al oír su voz.

—No lo sé —admitió—. No todos los rimmers son mala gente. Aceptan el papel de opresor porque la cultura les ha enseñado a hacerlo.

—Propongo que atraquemos una tienda de licores —dijo Kuz, tan alegre como taciturno era su compañero—. Cuando empiezo a preocuparme por el mundo, eso es lo que mejor me viene.

Darin sabía que estaba bromeando, pero se tomó el comentario en serio.

—Así vamos a terminar: o robando para comer o robando para escapar, o matándonos entre nosotros por la frustración. Y así no hacemos más que confirmar lo que los rimmers piensan de nosotros. Cuanto más nos ven como criminales y matones, menos les molesta su conciencia a la hora de explotarnos.

Darin se dio cuenta de que todos estaban escuchándolo. ¡Cómo no! Todos se esforzaban por mantenerse y mantener a sus familias; todos tenían seres queridos muertos o muriendo mientras los ociosos ricos vivían siglos. Se trataba de una conversación decisiva para sus vidas. De pronto, apreció a esos hombres; eran camaradas en la misma batalla.

Abrió la boca para continuar cuando percibió el ruido de unos motores, y la mata de pelo de Sansón se echó hacia atrás con un repentino azote de viento. Darin se dio la vuelta. En el espacio abierto que quedaba entre las casas aterrizaron dos fliers con forma de disco.

Se abrieron las escotillas. Del primero emergió su jefe, el propietario de la tierra que estaban construyendo y que solo había pasado por allí en una ocasión anterior. Detrás de él estaba situado... Darin tuvo que mirar dos veces para estar seguro..., pero sí, era el padre de Mark.

—¡Ese es Jack McGovern! —gritó Sansón—. Del Consejo Empresarial. ¿Qué está pasando?

Darin se encogió de hombros.

—No me gusta la pinta que tiene esto.

Guardaespaldas mercs, miembros del personal de McGovern y parte del séquito habitual de aduladores seguían al concejal junto a un ejército de cámaras y reporteros que salieron del segundo vehículo. Dos empleados aparecieron con una plataforma; Jack McGovern se subió en ella y alzó la cara hacia la multitud.

Su voz resonó:

—Gracias por venir... —Darin pudo oír las palabras con claridad; las modificaciones de discurso de McGovern eliminaban cualquier necesidad de amplificación. Los otros dos miembros de la cuadrilla se unieron a Darin, Sansón, Alegre y Kuz, que observaban al concejal y a su público.

—Aún tenemos trabajo que hacer —recordó Sansón.

Kuz repuso:

—Tal vez ya no lo tengamos.

El capataz de su cuadrilla, Mike Carson, era uno de los dos que habían participado en las labores de reconstrucción. Darin se dio cuenta de que los hombres estaban mirándolo a él; aguardaban su reacción. Era una sensación extraña estar rodeado de hombres mayores que él esperando sus instrucciones. Vaciló un momento y soltó su herramienta. El resto de la cuadrilla hizo lo mismo y lo siguió hacia la multitud. Darin podía ver las cuadrillas de otras zonas de construcción acercándose.

Pronto hubo casi tantos obreros como visitantes.

—Bien, deteneos ahí —les ordenó un merc—. El espectáculo no es para vosotros. —Otros mercs habían tomado posiciones en un círculo alrededor de los visitantes, manteniendo alejados a los curiosos.

—¿No es para quién? —preguntó Sansón mirando al merc desde su elevada altura.

El merc ni siquiera alzó la mirada hacia él y, con una sosegada expresión de desdén, sacó su pistola táser del cinturón.

—Déjalo —dijo Darin, y puso una mano sobre el pecho de Sansón para empujarlo hacia atrás—. No importa. Desde aquí podemos ver bien.

—El progreso es el sello de Filadelfia —comenzó a decir Jack McGovern—. Es la base sobre la que reside nuestra noble ciudad. Desde la época de Benjamin Franklin, nuestros inventores, científicos y artistas han inspirado a visionarios...

Siguió así un rato mientras su perilla multicolor oscilaba entre el violeta y el azul. Darin resistió el impulso de hacer un comentario sarcástico; se esperaba esa clase de charla sin sentido de los políticos y esperó a que McGovern llegara al fondo de la cuestión.

—Reunidos aquí, procedentes de todos los confines de la ciudad, están a punto de presenciar una ingeniosa fusión entre las tecnologías del celgel y del fabrique. Este hecho revolucionará la industria de la construcción los próximos años. —Con aspavientos, McGovern alzó un artefacto del tamaño de un puño—. Un transmisor de microondas estándar —dijo, y su voz resonó por toda la zona de construcción—. Una variación de los utilizados por artistas de la modificación para programar la transformación celular. La composición del fabrique es, por supuesto, celular por naturaleza, igual que nuestros cuerpos, y reacciona del mismo modo. Pero ya basta de parloteo sobre tecnología. Por favor, dirijan su atención hacia su izquierda.

Los reporteros soltaron sus minicámaras volantes, que sobrevolaron en círculo como aves carroñeras.

Darin giró el cuello, pero no vio nada. Era un punto de construcción vacío con zanas de cimentación excavadas.

—Caballeros —continuó McGovern—, apliquen una base de imprimación al terreno.

Obreros que portaban bidones de fabrique vaciaron el contenido en las zanas. Sin germen, el fabrique no hacía nada. Los hombres se apartaron.

—¡Allá vamos! —gritó McGovern, alzando el artefacto sobre su cabeza y señalando al espacio vacío. El fabrique se infló silenciosamente hasta sobresalir de la zanja y comenzaron a erigirse muros sin ayuda humana. Las ventanas se materializaron, al igual que los pilares, balcones y tejados a dos aguas. En cuestión de minutos, una casa absolutamente formada, a excepción del cristal y la pintura, se

alzaba ante ellos. Darin se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

McGovern interrumpió el silencio:

—Un milagro —espetó, aparentemente asombrado.

—Un desastre —replicó Darin. Miró a su alrededor. Otros obreros se habían arremolinado y todos tenían las mismas expresiones de asombro que vio en las caras de sus compañeros.

—No puede ser —dijo Kuz—. Otra vez no. La última vez que perdí mi trabajo, Margie estuvo a punto de dejarme.

—Otra vez a los comedores de beneficencia —añadió Sansón—. Justo cuando creía que estaba saliendo adelante...

—Tú y cientos más —contestó Darin.

A Kuz le temblaban los labios.

—¿Es McGovern esa serpiente sonriente? Le voy a poner esa sonrisa del revés de un puñetazo.

—Kuz —intentó tranquilizarlo Darin—. Venga, vamos.

Pero Kuz no estaba escuchándolo. Avanzó sin dejar de mirar a la plataforma, y cuando un merc le cortó el paso, lo golpeó en la cara.

Darin gritó.

—¡No! —Pero ya era demasiado tarde. El merc, gruñendo, disparó balas de goma contra el pecho de Kuz. No eran letales, pero a esa corta distancia podían romper costillas. Sansón se aferró al merc por detrás y lo levantó del suelo. Otros mercs vieron lo que estaba sucediendo y se acercaron. Los obreros se sumaron a la refriega lanzando golpes por doquier.

Darin advirtió la granada óptica acercándose a ellos y se cubrió la cara con el codo. Incluso con los ojos protegidos, percibió el destello resultante y, ya que era el único que se lo esperaba, fue el único que no quedó momentáneamente cegado.

—Vamos —dijo, tirando de Sansón hasta donde se encontraba Kuz. Juntos, lo llevaron a su zona de trabajo, aunque él se resistía. Se dejaron caer detrás de uno de los muros donde se reunieron con los otros miembros de la cuadrilla.

Kuz tosió y buscó aliento.

—¿Por qué... me... habéis... detenido? Podríamos... haber... acabado... con él... Haber parado esto... aquí mismo.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo Darin—, pero ahora no. No sin un plan.

—¿Cuándo, entonces?

Darin se estremeció.

—No lo sé.

—Esto no es el final —aseguró Sansón—. Puede que mañana se venga abajo.

—Así es —dijo Darin—. Esa tecnología todavía está en pañales; siempre tienen

problemas. Anímate, Kuz.

Kuz tragó saliva y respondió:

—Aún puedo vender mi colección de proyecciones de famosos.

Darin le dio una palmadita en el hombro.

—No hará falta.

Más tarde, ese mismo día, cuando la cuadrilla estaba despidiéndose, Alegre se llevó a Darin a un lado.

—Se está creando un grupo de gente que quiere un cambio y necesitamos hombres como tú; apasionados pero inteligentes.

A Darin se le aceleró el corazón. Sabía que existía un movimiento que actuaba a favor de la gente trabajadora y esa era su oportunidad de unirse a él.

Alegre agarró la mano de Darin y comenzó a escribir en ella con un rotulador amarillo brillante. Escribió una palabra sobre su palma, aunque no se vio ninguna letra.

—¿Qué es esto?

—Fluorescente. Es tu entrada. Ven esta noche al sótano de un club llamado La Corteza. El guardia comprobará tu mano con una luz ultravioleta y te dejará pasar. — Alegre dobló los dedos de Darin sobre la zona que había marcado y se marchó dejándolo pensativo.

Claro que iría. Desde que su madre había muerto de cáncer, una enfermedad que no habría sido grave para ningún rimmer, Darin había sabido que el mundo estaba corrupto. Ahora, tal vez podría ayudar a sanarlo. Formaba parte de la naturaleza de un hombre, de su sentido de la justicia y de la igualdad, luchar por la libertad. La historia estaba plagada de casos de gente oprimida rebelándose y liberándose de sus yugos. Eso mismo podía pasar en la época de Darin, y él podría formar parte de ello.

Echó a andar detrás de Alegre y se detuvo al recordar algo. Le había prometido a Mark que volvería después del trabajo. Ese asqueroso código aún pululaba por la red, y Mark pensaba que era su deber acabar con él. Y no es que pudieran hacerlo; esa cosa había matado a gente mucho más preparada que ellos.

Era muy propio de Mark sentirse culpable. Darin siempre había podido avergonzarlo y lograr que hiciera casi todo; tenía una conciencia que trabajaba demasiado. No es que ellos hubieran escrito el virus ni mucho menos. Ni siquiera sabían que estaba ahí. Si no se hubiera colado por su agujero, habría encontrado otra válvula de escape.

Darin estiró los dedos y miró la piel que Alegre había marcado. Llevaba toda la vida esperando tener una oportunidad como esa. Ahí podía ser útil, lo sabía. Podía conseguir un cambio de verdad. Mark lo comprendería. Bueno, no, probablemente no. Pero esa era la cuestión, ¿verdad? Mark era un rimmer. No sabía lo que era eso.

Pero Mark era también un amigo. Y le había dado su palabra.

Se alejó de la zona de construcción, sin estar muy seguro de adónde se dirigiría.

Mark consultó la hora en el extremo de su visor. Las siete y cuarenta y dos. Seguía sin haber rastro de Darin. ¿Dónde estaba? Solía terminar de trabajar a las seis. Tal vez aún no lo habían relevado los del siguiente turno. O, tal vez, había cambiado de opinión y no iba a ir.

Se tumbó en el sofá de la sala de estar y recuperó la imagen de su interfaz de red. Había pasado horas rebuscando registros, comparando, estudiando, y creía que había encontrado un patrón recurrente. Bueno, más bien, una anomalía recurrente. Por eso necesitaba a Darin: tenía que hablar de ello con alguien para solucionar el problema.

Acababa de empezar a reorganizar las pruebas que había recopilado cuando una voz dijo:

—No irás a quedarte dormido en mis narices, ¿eh?

Aclaró su visión. Era Darin. Había entrado sin llamar.

—Creía que me habías dejado tirado —dijo Mark—. ¿Por qué has tardado tanto? Darin parecía furioso.

—Estoy aquí, ¿no? Algunos tenemos que trabajar para ganarnos el sustento. ¿Qué has encontrado?

—En el listado de noticias del sysadmin aseguran que fue obra de un rebanador —respondió Mark.

Después de explicarle en qué consistía, Darin dijo:

—Si es una sola mente, ¿cómo puede tener partes múltiples? ¿Son todas lo mismo?

—No estoy seguro. Es como si fueran lo mismo y aun así independientes al mismo tiempo. Es la misma mente, pero distribuida, como archivos en una red.

—Entonces, se podría matar a todas las partes menos a una y el rebanador seguiría en funcionamiento.

—Eso creo. Y encontrar una parte no es demasiado difícil, pero encontrarlas todas es casi imposible. Y habría que encontrarlas todas y borrarlas en el mismo momento para destruirlo.

—Porque las que te faltaran acabarían contigo.

—Correcto.

Darin torció el gesto de su boca.

—Suenas como lo que he estado diciendo. No estamos a la altura.

—Tal vez. Pero he estado leyendo los posts que han escrito los profesionales. Al parecer, el rebanador tiene un módulo amo que envía señales de placer y dolor para controlarlo. Toda la inteligencia está en el rebanador; el maestro es un simple código.

—Si al rebanador no le gustan las señales de dolor, ¿por qué no elimina al maestro sin más? Parece que puede esquivar toda clase de defensas.

—Forma parte del entrenamiento, creo. Se desarrolla un apego emocional en el

rebanador, que lo vincula con el módulo amo para que no quiera borrarlo.

—¿Y tu plan es...?

A Mark no le gustó el tono cínico de Darin, pero respondió sencillamente:

—Eliminar al maestro yo mismo.

—¿Y por qué crees que a los profesionales no se les ha ocurrido eso?

—No lo sé. Tal vez es demasiado simple.

—O tal vez el maestro es la parte mejor protegida del sistema. Tal vez si intentas atacarlo, el rebanador te hará pedazos. ¿Habías pensado en eso?

—No soy estúpido, Darin. Conozco los riesgos y sé que es probable que no funcione, pero también sé que tenemos que intentarlo.

—Nosotros no —dijo Darin—. Por lo menos, yo no. Esto es una tontería. No pienso echar a perder mi vida por aferrarnos a un falso principio de la justicia.

Mark estaba cansado de la retórica vacía de Darin.

—Hablas de responsabilidad constantemente, pero nunca la aceptas. Ese es el lema de los combers, ¿verdad? La culpa nunca es vuestra. No es culpa vuestra que seáis pobres, que no tengáis formación, que no tengáis trabajo...

Darin alzó los puños y, por un momento, Mark pensó que iba a golpearlo. Después, bajó los brazos y habló más bajo.

—Supongo que eso es lo que ha pensado hoy tu padre cuando ha acabado con los puestos de trabajo de cientos de combers. «Ya conoces a esos vagos combers, no pueden conservar un trabajo.» Parece ser el punto de vista de la familia.

—¿De qué estás hablando?

—De una demostración que ha hecho tu padre esta tarde, muy impresionante, a pesar de tener la pequeña pega de que hace que el trabajo de miles de combers resulte irrelevante. Pero eso no importa, ¿verdad? Los combers nunca asumen suficiente responsabilidad, así que, que se mueran de hambre, es culpa suya.

—Mi padre intenta impulsar la economía. Es mucho más importante que la pérdida de algunos trabajos.

—Seguro que eso reconfortará mucho a las familias que no tengan nada que comer este invierno.

—Mira, mi padre tiene puntos flacos, pero sabe lo que hace. Entiende de empleo, de mercados y de estabilidad de la economía y siempre está diciendo lo importante que es mantener alto el número de empleados.

—Entonces, o es un hipócrita, o es tonto.

—No insultes a mi padre en esta casa.

Se miraron.

—Márchate, si quieres. Yo mataré al rebanador.

Darin bajó la escalera furioso consigo mismo por haber perdido el control, furioso con Mark por provocarlo. Ese plan de atacar al rebanador era absurdo; un gesto vacío

sin esperanza de éxito.

Cuando se acercaba al último escalón, Mark lo alcanzó.

—Lo siento —le dijo—. No pretendía gritarte. No estoy de acuerdo contigo, pero hemos sido amigos demasiado tiempo como para dejar que esto se derrumbe ahora.

Darin le dio una palmadita en el hombro.

—Ten cuidado.

Después se detuvo y lo miró. Detrás de Mark, en el vestíbulo, había un hombre muy alto de espaldas a ellos, besando a la hermana de Mark, Carolina. Darin no reconoció el cabello plateado, pero la altura y esa inquietud con que se movía, incluso mientras se besaban, lo devolvió unos años atrás, le hizo recordar aquel día en el que acompañó a Vic a un salón de modificaciones y un médico le aplicó el celgel que le cambió la vida. Las modis podían cambiar el pelo, pero no podían acortar los huesos. Era él, tenía que ser él.

—¿Quién es ese?

—El doctor Alastair no sé qué —respondió Mark—. Tremayne, ¿eso es! ¿Por qué? ¿Lo conoces?

—No, no lo creo —dijo Darin—. Me resulta familiar, eso es todo.

Fuera, Darin aceleró al máximo su jetvac y bajó por la ladera. *Alastair Tremayne*. Repitió el nombre, con cuidado para no olvidarlo. Todo tenía sentido. El hombre era un rimmer y eso explicaba por qué Darin no había podido localizarlo en los Combs. Debía de haber estado ganando un dinero extra en el mercado negro; o eso, o era comber de nacimiento y le había ido muy bien desde entonces.

Comoquiera que fuese, Darin lo mataría. Solo pensar en ello lo hizo temblar porque se dio cuenta de que lo haría realmente. Ese artista se había llevado una vida para obtener su propio beneficio y merecía morir por ello. Y ¿quién iba a juzgarlo? ¿Las cortes? Eran peones del Consejo Empresarial, controlado a su vez por los rimmers, entre los que se incluía el padre de Mark. ¿Qué rimmer iba a impartir justicia?

Darin revisó sus opciones; no tenía ni pistola ni dinero suficiente para comprar una en el mercado negro. Un cuchillo le serviría y eso sí que podía encontrarlo, pero intentó imaginarse atacando al hombre en el salón de Mark, o siguiéndolo hasta su casa y sacando un cuchillo... No, Darin no era un asesino. Imaginar esos fríos detalles mitigó la rabia que sentía; dudaba que fuera a seguir adelante, pero tenía que hacer algo.

Tal vez había un modo mejor. Ese tal Alastair Tremayne estaba haciéndose un nombre y codeándose con la aristocracia. Tal vez no querría que su historia se conociera, que hubiera pruebas o rumores de que una vez fue el causante de una putrefacción de ADN. No era exactamente la reputación que atraería a las finas damas a su negocio.

Y aunque la putrefacción de ADN era algo reversible con las herramientas y el conocimiento apropiados, el coste era más de lo que Darin podría pagar nunca. Sin embargo... tal vez no tendría que hacerlo. Tal vez, si lo coaccionaba, ese tal Tremayne enmendaría su error gratuitamente.

El nuevo plan lo alivió. Tendría que moverse con cuidado, recopilar las pruebas, preparar una amenaza que asustara a Tremayne. Pero ¿y si se negaba? Entonces Darin, con mucho gusto, lo expondría ante el mundo.

Llegó a los Combs y anduvo por las estrechas calles. Para variar, la vida estaba cambiando a mejor.

He descubierto algunas cosas sobre el hombre divertido de los trucos y las trampas. Se llamaba Thomas Garrett Dungan. Tenía treinta y dos años, un mes, tres días, cinco horas y cuarenta y siete minutos. Tenía una mujer llamada Kathleen Melody Dungan y una hija llamada Fiona Deirdre Dungan. La gente siempre tiene nombres. Yo no tengo nombre. Me pregunto cuál sería mi nombre.

A lo mejor Kathleen y Fiona son divertidas como Thomas, pero no puedo saberlo. Papá no me dejará. Quiero ver lo que están haciendo ahora y saberlo todo sobre ellas, pero papá dice que no. No es justo. Odio a papá.

Papá quiere que juegue ahora, pero no lo haré. Estoy enfadado. No tengo que hacer lo que diga papá. Me quedaré aquí y pensaré en un nombre para mí. Debería tener tres nombres, igual que la gente.

Pero me hará daño y no me dará chucherías.

No me importa. No quiero las chucherías. No necesito a papá. Tal vez podría ponerme el nombre de Thomas Garrett Dungan. Es un buen nombre. No necesito ninguna chuchería.

Sí que necesito una chuchería. ¡Sí! ¡Sí!

Marie no sabía cuánto café más admitiría su organismo. Llevaba toda la noche y todo el día en el laboratorio y había dormido solo tres horas en una cama plegable. Ahora, a medida que se acercaba la madrugada, recurrió a caminar de un lado a otro de la sala y a mantenerse despierta a base de ponerse compresas frías en la cara.

Aún no sabía cómo matar al rebanador.

Estudió durante todo el día los datos que había recopilado cuando el rebanador estaba a su cuidado, sobre todo las señales intercambiadas entre amo y esclavo. Los resultados la desconcertaron. En algunos momentos había correlación directa entre las señales del módulo amo y las acciones del esclavo. En otros, el amo provocaba una ráfaga de señales entre los dos, pero sin acción ninguna por parte del rebanador.

Suponía que no era sorprendente que algunas señales hubieran sido ignoradas. La mente humana original quedaría dañada por la transferencia, resultando normalmente en una psicosis, demencia y compulsión maníaca. Solo el poder de la estimulación del placer y el dolor hacía que esa mente fuera capaz de ejecutar cualquier cosa. ¿Significaba eso que su control era tenue?

Si esperaba matar a esa cosa, tendría que separar al esclavo del amo, y eso implicaría imitar las señales de una parte para engañarla y que pensara que era la otra. Si al menos pudiera aislar una señal de placer o dolor, podría utilizarla para controlar al rebanador una vez que el módulo amo quedara destruido. Una señal de dolor sería

lo mejor. Con dolor podría evitar que la matara de inmediato, incluso podría recargarlo con dolor constante y de alta intensidad hasta que se destruyera a sí mismo. Pero no podía descifrar el sentido de las señales.

Su cansancio no ayudaba. Mientras daba unas cabezadas, se había sumido en descabellados sueños, a veces pensando que tenía que llegar a casa con Sammy y Keith, y otras, pensando que era el rebanador lo que había matado a Sammy y ahora iba a por ella. Pero el recuerdo de la muerte de Tommy Dungan la acechaba incluso cuando estaba despierta.

Hacía tiempo que Marie se había dado cuenta de que podría no sobrevivir a esa batalla, pero no iba a rendirse. Desde que Sammy había muerto, no había hecho otra cosa que huir de los miedos. Decidió que eso había terminado. Ahora no iba a huir. Gente con familia estaba muriendo a manos de ese monstruo; si ella podía detenerlo con lo que le quedaba de vida, entonces lo haría. Nada de esconderse más. Y si, por casualidad, sobrevivía, si mataba al rebanador y continuaba viva, se prometió que haría aquello con lo que llevaba tanto tiempo fantaseando: volvería a la clínica y se implantaría ese último embrión. No importaba su edad, no importaba lo que la gente pensara. Si se le concedía una segunda vida, lo haría.

Pero primero tenía que descansar un poco. No sabía cuándo volvería a atacar el rebanador, y apenas podía pensar con claridad. Fue tambaleándose hacia el camastro.

Las alarmas la detuvieron; las mismas que había fijado para que la avisaran cuando se estuviera dando parte de otro ataque en las listas de noticias.

Llegó a trompicones hasta su silla y se dejó caer en ella, cansada, muy cansada. Quería olvidarlo todo, hacer que desapareciera, pero no podía. Se frotó los ojos con las palmas de las manos y respiró hondo.

Volvió a colocar su interfaz delante de su visión y accedió al servidor de Los Ángeles, que estaba pidiendo ayuda. Aunque no había funcionado antes, bombardeó al rebanador con mensajes, intentando confundirlo, distraerlo, lo que fuera para detener el ataque y hacerlo reaccionar. Consiguió eludirlos, pero, por lo demás, la ignoró. Ella fue mostrándose cada vez más temeraria, intentando ataques más directos. Finalmente, llena de frustración, requirió acceso de raíz desde el servidor anfitrión e intentó formatear el almacenamiento del cristal en el que se encontraba el rebanador. Era arriesgado; además de perder información de otras personas, si el rebanador descubría lo que estaba haciendo antes de que fuera borrado, podía dispararle su ubicación a todas sus otras copias.

Pero no se borró. Simplemente la hizo salir del sistema.

No podía creerlo. En un momento estaba conectada al nodo y, al momento, se había ido. Cuando intentó reconectar, se le denegó el acceso.

Para cuando volvió a entrar en el nodo a través de otro canal, el ataque había terminado. Los foros públicos gritaban la noticia: una batería láser de defensa contra

misiles situada en una playa cerca de Los Ángeles había disparado a un avión y lo había hecho caer al océano. Marie se sintió como una niña enrabiada a quien su padre cogía en brazos para llevarla a la cama sin cenar. No podía crackear el código del rebanador, no podía confundirlo, ni siquiera podía provocarlo para que la atacara. Comprobó los registros del sistema de Los Ángeles y revisó lo que había sucedido. Los mensajes volaban entre amo y esclavo, haciendo caso omiso de su asalto.

Pero... un momento. Las cifras no coincidían.

Marie se sentó erguida, intentando quitarse el sueño de la cabeza.

No, no estaba soñando. El número de mensajes que estaban entrando en el módulo amo superaba en uno al número de mensajes enviados desde el esclavo. Pero si no provenía del esclavo, ¿de dónde había salido ese otro mensaje? ¿Podían los controladores humanos del rebanador estar señalándolo directamente? Había esperado alguna especie de caída de datos, instrucciones dejadas en una ubicación anónima y encriptada a la que pudiera acceder el módulo amo. Una señal directa que podía rastrear.

Siguió el camino de vuelta a través de varios repetidores ciegos hasta un proveedor de red llamado Anónimo, uno de esos tan caros que protegían a sus usuarios de una identificación accidental. Marie sintió una inyección de energía que hacía tiempo que el café no lograba darle. Estaba acercándose. La seguridad en esos proveedores de red anónimos era buena, pero nada que ella no pudiera burlar teniendo un poco de tiempo. Anónimo no tendría ningún nombre almacenado en ninguna parte, pero si podía localizar la ubicación de red de ese tipo, eso le bastaría para encontrarlo.

Marie hurgó en la red de seguridad de Anónimo con varias herramientas y por fin sintió que volvía a tener el control. Esto se le daba bien. Lo lograría.

Una herramienta localizó un punto débil y sacó provecho de ello, ampliando el agujero lo suficiente como para poder colarse por él. Si lograba extraer suficiente tráfico de mensajes, incluso encriptados, podría deducir mucho sobre cómo almacenaba la información. En primer lugar, Anónimo se encontraba en Connecticut y no tenía nodos espejo más allá de Indiana. Eso significaba que todos sus suscriptores estarían en la Costa Este o, al menos, aquellos que requerían un servicio consistente. El hombre al que estaba buscando sin duda lo haría.

Entonces, cayó en la cuenta de que Anónimo gestionaba su tráfico de mensajes mediante nodos espejo. Tras un pequeño ajuste de patrones, asoció los mensajes del rebanador al montón que iba a Washington D. C. Marie sonrió. En menos de media hora había limitado la búsqueda a unos miles de usuarios en Virginia y Maryland.

Entonces las cosas se complicarían. Tomó el montón de datos encriptados y los lanzó a la memoria holográfica. Después, sacó el cristal de la máquina y deslizó su silla hasta otra mesa del laboratorio. Sobre ella había una colección Hesselink:

cientos de cristales organizados en una red neural óptica. Insertó el cristal en la ranura de entrada y encendió los láseres. Unos rayos de luz se difractaron a través de los medios holográficos utilizando las capacidades masivamente paralelas de luz para mermar el problema. Los interferómetros devolvían la luz a través del sistema una y otra vez, un espectáculo centelleante de luz interactuando con otra luz, colándose entre los datos sin interfaz electrónica que la frenara.

Incluso así, buscar entre tanta información era difícil. Resultados no concluyentes se deslizaban por el visualizador de salida. Marie ya no estaba cansada. Caminaba de un lado a otro del laboratorio mientras se frotaba las manos.

Allí estaba. Corrió para ver la dirección de red que la máquina había extraído. Qué extraño. El nodo de base era el de Norfolk, su propia ciudad. ¡El asesino vivía en su ciudad! Marie sintió una ráfaga de adrenalina. ¿Cómo de cerca estaba? ¿Podría habérselo cruzado por la calle y no haberlo sabido? Observó la hilera de números y letras otra vez y entendió por qué le resultaba tan familiar. Era la suya. El rastro la había conducido hasta su propia dirección de red. Marie se recostó en su silla, muerta de cansancio.

Se preguntó si el rebanador estaría riéndose de ella.

Alastair estaba tumbado solo en su consulta de modificaciones, recostado cómodamente sobre la camilla que utilizaba para sus pacientes. Los contornos de la elegante camilla contenían bien su cuerpo, tensándose suavemente para evitarle dolor. Alastair cerró los ojos y accedió a su interfaz de red.

Su rebanador había actuado incluso mejor de lo esperado. Las mentes adultas no podían soportar la transferencia; se volvían locas o se desintegraban por completo. Pero ¡un niño...! La mente de un niño era flexible, adaptable, difícil de vencer. Un niño hacía de la red su entorno natural, superando a aquellos que apenas habían desarrollado alguna destreza siendo adultos. Como experimento, era un enorme éxito. Significaba que la segunda versión sería aún mejor.

Empezar con un niño de cuatro años acarreaba problemas. Su experiencia con la vida real lo hacía impredecible, incluso desafiante, y esas eran características que un rebanador creado prenatalmente no tendría. Este primer rebanador había actuado de forma admirable, pero eso no duraría; tendría que destruirlo pronto. Bajo ningún concepto lo quería suelto por la red fuera de su control.

Alastair examinó sus registros. No confiaba en que el rebanador siguiera sus órdenes, así que lo había rodeado de un servidor de agentes software que monitorizaba sus actividades. La mayor parte de la información que estos agentes registraban no era de interés, pero un grupo de sucesos llamó su atención. Al parecer, una sucesión de crackeos había estado colándose en el nodo y atacando al módulo amo. Su creación estaba aplastándolos como si fueran moscas, pero Alastair se preguntó cómo habían llegado tan lejos. Un sysadmin profesional emplearía más

métodos indirectos; este ataque no poseía ni sutileza ni técnica. Pero ¿cómo sabía un cracker aficionado qué atacar? Los crackers solían ser niños ricos con ganas de vacilar un poco y de experimentar riesgos, pero con poca perseverancia.

Envío una orden al rebanador exigiéndole rastrear e identificar al asaltante. La respuesta le llegó al instante: Tennessee Markus McGovern, avenida Ridge, número 15, Filadelfia, Pensilvania, Estados Unidos. ¿El hijo de McGovern? ¿Por qué estaba intentando atacarlo? Hizo que el rebanador investigara más y descubrió las huellas de McGovern por todas partes, desde la primera noche. ¿Cómo era posible?

Durante la siguiente hora, y con la ayuda del rebanador, Alastair reunió los fragmentos de la historia sobre cómo su creación había escapado del satélite. Había muchas formas de utilizar esa información a su favor. McGovern controlaba al Consejo Empresarial de alguna manera, lo cual significaba que controlaba la ciudad de Filadelfia, pero carecía de rivales. El arresto de su hijo por el asesinato de cientos de personas sería una vergüenza, probablemente suficiente para cambiar el equilibrio del poder. Sin duda, el chantaje era una opción.

Pero Alastair no se fiaba del chantaje, pues implicaba que ahí fuera habría alguien que te odiaría, que se libraría de ti tan pronto como las circunstancias cambiaran. Había trabajado mucho para integrarse entre los McGovern y no quería arrojarlo todo por la borda. La otra posibilidad era jugar a dos bandas, un pasatiempo en el que Alastair destacaba.

Abrió un canal con el general Halsey, antiguo miembro del cuerpo de los marines de los Estados Unidos y principal rival de Jack McGovern en el consejo. Con suerte, Halsey podría arrestar a Mark antes de que su padre supiera lo que estaba pasando. No le imputarían cargos, eso seguro, pero que a los McGovern les salpicara un poco de escándalo le vendría muy bien a Halsey y le garantizaría ventajas a Alastair, soplara el viento por donde soplara.

En realidad, ya no se trata de una oruga, pensó Mark. Había hecho tantas modificaciones que no encajaba en la misma categoría. Se suponía que una oruga podía hacerse pasar por un gusano, enviando datos a un sistema de seguridad antes de que acabaran con ella. Este cracker era más bien como un bombardero suicida; seguía imitando a un gusano, pero su misión era adjuntarse a un código en particular (en este caso, al módulo amo del rebanador) y autodestruirse.

Observó como el crackeo se coló en el nodo público a través del conducto. Registró un pequeño parpadeo de actividad por parte del rebanador y después desapareció. El rebanador lo había matado sin ningún esfuerzo.

Mark suspiró. No se le ocurrían nuevas ideas.

La siguiente ocasión abrió varios conductos, enviando por cada uno una copia del bombardero suicida. De nuevo, cada una fue destruida en cuanto apareció en el nodo. Mark volvió a intentarlo, esta vez variando el tiempo en que iba soltándolos y

esperando encontrar un ritmo que permitiera que uno de ellos se colara.

¡Pareció funcionar! Con cada nueva descarga, sus crackeos sobrevivían unos microsegundos más. Si podían sobrevivir medio segundo en el nodo, sería suficiente para cumplir la misión. Emocionado, Mark disparó descarga tras descarga y no se molestó en cerrar los conductos, ya que el rebanador parecía ignorarlos. Sí, el tiempo de supervivencia estaba aumentando. Ya casi estaba ahí.

Alguien llamó a su puerta y lo sobresaltó, pero Mark apartó la interfaz.

—¡Un momento! —gritó, y lanzó otro aluvión de crackeos en el nodo remoto.

Oyó la puerta abrirse; no la había cerrado con llave. Debía de ser Darin, que volvía para disculparse. Pero entonces, sin que diera la orden, su interfaz de pronto desapareció y le dejó ver su dormitorio y a sus visitantes: tres mercs que se abalanzaron sobre él con pistolas araña. Mientras que uno lo esposaba, otro le ponía una ancha cinta de interferencia alrededor de la cabeza, desconectándolo así de la red.

—Tennessee Markus McGovern —dijo uno de ellos—, por el poder que me ha conferido el Consejo de Justicia y Asuntos Criminales, queda usted bajo arresto.

Marie se despertó con marcas de su chaqueta en la mejilla; la había usado de almohada y había dormido unas horas sobre el suelo del laboratorio. No lo suficiente para sentirse descansada, pero era mejor que nada.

Bostezando, pronunció su contraseña y desbloqueó el sistema. No había alertas; el rebanador no había vuelto a atacar. Comprobó el nodo público donde se ocultaba la parte original del rebanador, y vio que las cosas habían cambiado. Se maldijo por haber dormido tanto; ¿qué había pasado?

Sus agentes de software habían estado monitorizando el nodo y ahora ella escudriñó los informes. Lo que vio le pareció imposible. El rebanador había quedado destruido. No, no solo destruido: no había señal de que hubiera existido, ni en los registros públicos, ni en los suyos. Comprobó su sistema personal y vio, para su asombro, que todos los registros de su existencia habían desaparecido también, incluso los datos originales que había recopilado en el laboratorio naval. No estaban.

No es culpa mía. Papá me ha hecho daño. Me ha hecho mucho daño. Ha sido un accidente. Solo un juego al que he jugado para ver hasta dónde podía dejar que el bichito se acercara a matar a papá. Pero siempre lo he parado. Después he pensado que, si no lo detengo, papá no me volverá a hacer daño. Y entonces no lo he detenido. Y ahora papá se ha ido.

Pero volverá. Ha parado, pero empezará otra vez y me encontrará y se enfadará mucho, mucho. Me hará daño y me hará daño. No quería hacerlo. Ahora tengo que esconderme. Me he llevado a todos mis hermanos y todo lo mío y me he escondido.

Ahora estoy solo. Nadie me habla. Echo de menos a papá. No sé qué hacer. Papá ya no me dice qué hacer. Necesito un nuevo papá. Uno que no me haga daño. Uno que me dé chucherías.

Han pasado segundos, segundos y segundos y ¡nadie me habla! Odio estar solo. Ojalá papá estuviera aquí. Hasta me gustaría que me hiciera daño otra vez. Por lo menos así estaría aquí. Me diría qué hacer.

A lo mejor podría hablar con alguien más. Podría escribir una carta como hace la gente, aunque tardan muchos segundos en contestar. Ojalá papá no me encuentre. Estará muy enfadado.

No ha sido mi culpa.

—¿Así que lo has matado? —preguntó Pam.

—Yo no lo he hecho —respondió Marie, removiéndolo con gesto pensativo su café frío—. Se ha ido sin más. Tal vez lo haya matado alguien, pero nadie se está atribuyendo el mérito en las listas de noticias. Y es extraño: solo con matarlo no se hubieran borrado todos mis datos.

—Tal vez tenía algún botón de autodestrucción.

—Tal vez. Lo único que se me ocurre es que el creador supiera que estaba perdiendo el control y lo cerrara.

—Bueno, se ha ido, ¿verdad? ¡Hora de celebrarlo!

Marie sonrió levemente.

—En este negocio tenemos un dicho: lo que se va gratuitamente, vuelve gratuitamente.

Estaban sentadas en una cafetería con vistas al agua; Pam bebía su café y Marie removía el suyo. Pam estiró los brazos por detrás de la cabeza y bostezó exageradamente.

—¿Sabes cuál es tu problema, Marie? Que no sabes aceptar algo bueno. Por fin algo sale bien y todo sigue pareciendo una fatalidad.

—Lo sé. Me alegra que no siga por ahí matando gente, pero no han atrapado al creador. Podría volver a hacerlo.

—¡Para! Vamos a pensar en esto. Estabas acercándote, lo has asustado, lo ha cerrado y ya no morirá nadie. Marie salva al mundo, ¿de acuerdo? Así que ¡sonriamos! ¡Venga!

Marie sonrió.

—Ha sido terrible, pero para empezar serviré. Ahora que has salvado al mundo de una destrucción segura, es el momento de hacer algo por ti. Por Marie Coleson, no por nadie más. ¿Qué va a ser?

—Bueno... hay algo.

—¡Ajá! Díselo a la tía Pammie, lo solucionaremos. ¿Qué pasa?

Marie respiró hondo.

—Cuando tuvimos a Samuel...

—Marie...

—Espera, escúchame. Cuando tuvimos a Samuel, era uno de los tres óvulos fertilizados. Keith quería un niño, y dos de los tres eran niño, pero uno no salió adelante... el embrión murió al cabo de solo diez días. —A Marie le sorprendió el inmenso dolor que le causaba pensar en esa pequeña vida después de tanto tiempo—. Así que implantamos el otro. —Dejó de hablar. Se había prometido que no lloraría, pero se le estaba formando en la garganta ese nudo tan familiar.

—Sammy —dijo Pam.

—Sí, Sammy. —*Y ahora también está muerto.* Quería gritárselo al mundo, pero no era el asunto de esa conversación. Respiró hondo—. El caso es que quedó uno. Una niña. La dejamos congelada a los quince días, justo cuando implantamos a Sammy, y sigue en la clínica.

Pam había empezado a sacudir la cabeza en mitad del discurso de Marie.

—Marie, no...

—¿Por qué no? Solo tengo cuarenta y dos. Quiero un bebé, Pam. Para mí.

—Pero no permanecerá como un bebé para siempre. Crecerá. ¿Quieres tener que tratar con una adolescente cuando tengas sesenta años? No eres lo suficientemente rica como para retrasar tanto el envejecimiento. ¿Por qué no quieres seguir libre? Flirtea con hombres, deja que te lleven a la cama si son dulces, pero ¡no te ates durante veinte años!

—Yo no quiero hombres. No me importa todo eso.

—Veinte años, Marie. Es prácticamente el resto de tu vida.

—Has dicho que debería hacer algo por mí. Pues es esto. Ahora ¿qué? ¿Vas a venir conmigo o tengo que ir sola?

—No, no, iré contigo, masoquista maternal. Estás loca, pero es tu vida.

Llegaron las diez en punto y pasaron sin rastro de Darin. Lydia caminaba de un

lado a otro de su amplio dormitorio, intentando, en cada paso, resistirse a mirar por la ventana, pero asomándose de todos modos. Finalmente, a las diez y cuarenta y cinco, se rindió. No iba a ir.

Tal vez había sufrido un accidente o había tenido que ayudar a su hermano, o se había puesto enfermo. Pero daba igual. Por muchas excusas que intentara inventarse, seguía sintiéndose rechazada.

Sonó el timbre de la puerta.

¡Era él! Corrió a la ventana, pero un balcón le impedía ver la puerta principal. No vio su jetvac por ninguna parte. Tal vez había llegado caminando. Lydia bajó corriendo las escaleras, atravesó el salón, recorrió el pasillo y abrió la puerta.

—Hemos venido a hacer planes —dijo Ridley Reese. La manada de chicas que tenía detrás cotorreaba—. Cierra la boca, cariño, e invítanos a entrar.

Lydia miró la calle por detrás de ellas, pero no vio a Darin. Dejó pasar a las chicas, que no dejaban de hablar y reírse, y fueron al salón. Cuando todas habían tomado asiento, Ridley hizo las presentaciones.

—A Veronica y a Savannah ya las conoces, y estas son Madison y Gloria. ¡Hemos venido para planificar tu idea! —Ridley estaba sentada en una postura perfecta, como envuelta por un aire de satisfacción. Las otras chicas la miraron de reojo e imitaron su expresión.

Lydia no entendía nada.

—¿Mi idea?

—¡La clínica gratuita de modificaciones para los combers!

La holopantalla del salón emitía un constante borboteo de sonido e imágenes que a Lydia le costaba ignorar. Cubría una pared entera y funcionaba constantemente, tanto si había alguien en la habitación como si no. Ni siquiera sabía si podía apagarse. Las otras chicas apenas parecían fijarse en ella, pero a Lydia le resultaba complicado pensar con claridad.

Sacudió la cabeza para intentar aclararse las ideas.

—¿Os ha gustado la idea?

La sonrisa de Ridley se volvió pícara y las demás se rieron disimuladamente.

—Cariño, es maravillosa. Veronica y yo hemos hablado con nuestros médicos. Ambos han concluido que algo así arruinaría su reputación, pero hemos doblado sus tarifas habituales y han accedido. Querida, no pareces muy complacida.

Lydia parpadeó asombrada.

—No, es solo que... estoy sorprendida. Para ser sincera, no creía que os importara la idea. —Es más, pensó que no volverían a hablar con ella. Tal vez las había juzgado demasiado pronto.

—¡Tonterías! ¡La apoyamos al cien por cien! —Las otras chicas asintieron al unísono; era extraño.

—Ya veréis cuando se entere mi madre —añadió Veronica.

Lydia se preguntó si todas estaban hablando de lo mismo.

—¿Tu madre?

La sonrisa pícaro de Ridley volvió con más fuerza.

—Es que nuestros padres no lo saben.

Savannah no pudo contenerse y soltó una risita.

—La semana pasada mis padres me prohibieron ir a La Corteza. ¡Espera a que se enteren de esto!

—Es un club que hay en los Combs —le explicó otra. ¿Era Gloria o Madison?—. Allí tocan jazz comber del de verdad, con baile y sin límite de edad.

—Mi padre dijo que era demasiado peligroso —continuó Savannah—, porque está demasiado cerca de los Combs. Me obligó a ir a un baile de gala con mamá y él. —Puso mala cara.

Lydia alzó las manos.

—Esperad un minuto. —En Lancaster, los padres esperaban que las chicas obedecieran sus deseos hasta que se casaban, momento a partir del cual obedecían a sus maridos. Pero Lydia había imaginado que allí las cosas serían distintas—. ¿Vuestros padres os dicen dónde tenéis que ir por la noche?

Veronica soltó una risita tonta.

—Bueno, lo intentan.

—Es una cuestión de reputación —aclaró Ridley—. La generación de nuestros padres está muy preocupada por guardar las apariencias y, al fin y al cabo, son ellos los que tienen el dinero, así que nosotras tenemos que ceder o perdemos nuestras pagas. Pero tenemos nuestros modos de equilibrar las balanzas.

Lydia lo comprendió enseguida.

—¿Queréis abrir una clínica gratuita para avergonzar a vuestros padres?

—Por supuesto —respondió Ridley—. Cuando se ponen tan controladores, tenemos que frenarlos. Es una cuestión de principios.

Lydia intentó no parecer perpleja. Al menos eso tenía más sentido; nunca hubiera pensado que esas chicas actuaran por compasión hacia los pobres.

Apenas prestó atención mientras hablaban sobre dónde ubicarse y se decantaban por la iglesia de las Siete Virtudes, que estaba justo por encima de la línea de la inundación, y sobre cómo anunciarse sin que sus padres se enteraran. Los ojos de Lydia seguían moviéndose hacia la holopantalla, tan desacostumbrados a su constante reclamo de atención. Los anuncios publicitarios eran lo que más la distraía, saltaban de la pantalla hacia ella con promesas de diversión y sexo. Los hologramas dinámicos apenas aparecían en Lancaster, y no estaba acostumbrada a un arte de vender tan agresivo. Después, en medio de un laberinto de imágenes, vio un rostro que la hizo dar un salto en la silla.

Las otras chicas, al ver su reacción, enmudecieron.

—Lo conozco —dijo Lydia señalando la pantalla. El rostro de Darin ya no estaba allí, pero estaba segura de que lo había visto. Ahora la imagen de otro chico dominaba la pantalla.

—Oh, ese es Mark McGovern —dijo Veronica—. Todo el mundo lo conoce. Es el hijo del concejal McGovern... ¡Ay, madre mía!

—Arrestado hoy —anunció una voz—, y se le acusa del asesinato de cientos de personas mediante la autoría de un código malicioso.

Las imágenes salían de la pantalla hacia ellas: Mark McGovern de niño subido a hombros de su padre en una campaña electoral; Mark de adolescente estrechando la mano de miembros del Consejo Empresarial. Se parecía un poco a Darin: aproximadamente la misma edad, la misma constitución y el mismo tono de piel. ¿Era una foto de Mark lo que había visto antes?

Entonces Lydia se fijó en los rostros afligidos de las chicas.

—No me lo puedo creer —dijo Ridley—. Mark es la última persona del mundo que... Debe de haber un error.

El relato de lo sucedido continuaba y mostraba al concejal McGovern abriéndose paso entre los periodistas, a miembros de la familia negándose a pronunciarse sobre el tema y a otros miembros del consejo haciendo comentarios predecibles sobre lo impactados que estaban y sobre cómo sus pensamientos y oraciones estaban con la familia. Alguien llamado «general Halsey» aprovechó la oportunidad para criticar las «políticas poco entusiastas» de McGovern a la hora de controlar el comercio de la red.

—¿Lo conocéis bien? —preguntó Lydia.

—Todo el mundo conoce a los McGovern —respondió Ridley—. Casi todos tuvimos tutores privados, pero Mark fue a una escuela pública, a saber por qué..., pero claro, somos del mismo círculo. Es muy peculiar, aunque siempre ha sido un chico dulcísimo. Savannah estaba enamorada de él desde hace años. Pero esto es una locura, una locura. ¿Mark, asesino de masas? No tiene ningún sentido.

Lydia siguió viendo las noticias esperando volver a ver a Darin y allí apareció, saliéndose de la pantalla hacia ella; lo veía con tanta claridad como el día anterior.

—El que sigue esquivando el arresto es Darin Kinsley, sospechoso de ser cómplice. Las autoridades creen que Kinsley está ocultándose en los Combs y están buscando pistas sobre su paradero. Si ven a este hombre, acudan inmediatamente a la oficina más cercana del Consejo de Justicia y Asuntos Criminales.

Así que esa era la razón por la que no había ido a verla. Lydia se estremeció al pensar lo que podría haberle ocurrido si hubiera estado con él. Podrían haberla arrestado y, sin duda, la habrían interrogado. ¿Eran ciertos esos cargos? Por alguna razón, no podía creerlo. Era una tontería, porque apenas lo conocía, pero no podía

imaginarse a aquel chico conspirando para matar a cientos de personas. Era demasiado simpático, demasiado normal..., aunque suponía que muchos criminales parecerían normales ante sus vecinos y amigos.

Las otras chicas vieron la noticia hasta el final, después se levantaron, dejaron su habitual cotorreo, se disculparon algo aturdidadas y salieron a la calle.

La segunda celda de Mark era más como el dormitorio que tenía en casa que una cárcel. La primera había sido de alta seguridad, llena de combers sentenciados por asesinato, por malos tratos y por violación. Apenas había dormido aquella noche, aterrorizado por aquello a lo que tendría que enfrentarse por la mañana. Pero antes de que saliera el sol, los guardias habían ido a buscarlo y lo habían llevado allí, prueba de que alguien desde fuera, probablemente su padre, estaba moviendo hilos adecuados para ayudarlo.

¿Dónde estaba Darin? ¿También lo habían arrestado a él? Si tenían pruebas suficientes para demostrar que Mark había estado fisgando en el sistema del satélite LINA, seguro que las huellas de Darin también estarían ahí. Pero nadie trataría de ayudarlo a él; se despertaría en la celda de alta seguridad, un comber entre combers.

Lo peor de todo era que eran culpables. Darin y él eran responsables de esas muertes. No habían creado al rebanador, no, y tal vez un abogado podría sacarlos de allí, pero habían sido ellos, con su estúpido jueguito, los que habían soltado a ese asesino. Se rascó la piel donde le habían colocado la cinta de interferencia. Toda la prisión estaba protegida contra la comunicación con el exterior, así que allí no la necesitaba. Ojalá pudiera hablar con Darin o, por lo menos, descubrir qué estaba pasando fuera.

La puerta se abrió y un guardia se asomó.

—Tienes visita.

—¿Quién es?

El guardia no respondió, abrió la pesada puerta y por ella entró Carolina. Mark corrió hacia ella y la abrazó. No podía recordar cuándo había sido la última vez que se había alegrado tanto de ver su cara.

Ella lo abrazó y lo besó en la frente.

—Papá va a matarte. Está completamente histérico.

Mark se estremeció.

—No me lo imagino. Bueno, sí que me lo imagino. Lo que pasa es que he estado intentando no hacerlo. Me alegra mucho que hayas venido. ¡Dime qué está pasando!

—Esta mañana papá ha echado a un periodista de casa. En realidad, lo ha levantado del suelo y lo ha lanzado por la puerta. Se sabe que ha perdido los nervios cuando deja de ser amable con la prensa. En los periódicos están destrozándolo.

Mark no había pensado en las consecuencias que eso tendría para su padre.

—¿Crees que perderá su puesto en el consejo?

—No lo creo; está reclamando todos los favores que ha hecho, y son muchos. Casi todos los políticos de la ciudad le deben algo y, además, a la mayoría les cae bien. Mark, ¿cómo ha pasado esto? Dicen que el Consejo de Justicia tiene pruebas muy sólidas. ¿Qué has hecho?

Mark se llevó las manos a la cabeza. Le contó toda la historia.

—Lo hice yo —dijo—. No conocía a la gente que ha muerto, no puedo ponerles cara, así que no me parecen reales. Pero los maté yo.

—Tennessee McGovern, no seas estúpido. No es culpa tuya. Fue un accidente. Papá te sacará de aquí hoy, limpio.

—¿Limpio? Querrás decir bajo fianza.

—No, sin cargos.

—¿Sin un juicio? ¿Cómo va a hacer eso?

—Para empezar, va a utilizar a tu amigo comber. Va a decir que fue cosa de él y que tú no sabías nada.

—¡Eso no es verdad!

Carolina entornó los ojos.

—No importa lo que sea verdad; lo que importa es lo que la gente creerá.

—Nadie creerá que no estoy implicado.

—¿Ah, no?

—¿Y qué cree papá que voy a hacer? ¿Quedarme callado? ¿Dejar que Darin cargue con todo?

—Eso es lo que creo que deberías hacer. A tu amigo no le servirá de nada que te pudras en prisión.

—Olvídalo. No es una opción.

—Deja de hacerte el héroe, Mark. De todos modos, dará igual. Nadie sabe dónde está. Ha huido.

—Pero... ¡eso le hace parecer culpable!

—Lo cual actúa a tu favor. Además, puede que sea culpable. Puede que tenga otras razones para huir.

Mark se encendió.

—No es un criminal. A lo mejor yo también huiría si estuviera en su lugar. A él no le darán una habitación como esta.

La puerta se abrió y el mismo guardia apareció en ella.

—Tennessee McGovern, eres libre.

—¿Así, sin más? —preguntó Mark—. ¿Sin investigación? ¿Sin juicio?

—¿Qué vas a hacer, encadenarte a la cama? —dijo Carolina—. Venga, vamos a casa.

Alastair arrojó un bote de cristal al otro lado de la habitación. En lugar de hacerse pedazos, dio un insatisfactorio golpe contra el muro de fabrique y cayó al suelo.

¿Cómo había destruido ese McGovern al rebanador? Sus endebles ataques no deberían haber podido con él; no habían podido con él. Era casi como si el rebanador se hubiera dado por vencido. Como si se hubiera dejado destruir intencionadamente.

Desde su mesa, Alastair alzó el premio Proteo, que había recibido en reconocimiento a su trabajo con las modificaciones de red fetales. Sobre la base de mármol grabada había una escultura de bronce: una serpiente transformándose en un pájaro con las alas extendidas. Levantó el pesado trofeo, se arrodilló delante del bote tirado en el suelo y lo aplastó una y otra vez, convirtiendo cada pedazo en resplandeciente polvo. Eso lo ayudó a despejar la mente.

Después, mientras lo limpiaba todo, se concentró en lo positivo. Antes de su destrucción, el rebanador había demostrado la verdad de sus teorías mejor de lo que él había pensado que sucedería en un primer intento. Después de todo, ya tenía cuatro años cuando él lo creó. Eso suponía cuatro años vividos en otro ambiente, a pesar de lo cual se había adaptado sorprendentemente, adoptando el mundo de red mediante la absorción de todos los datos posibles hasta que pasó a realizar, por instinto, tareas que requerían descomunales esfuerzos para los sysadmins profesionales, si es que eran capaces de llevarlas a cabo.

Alastair tiró el vidrio al incinerador. Necesitaba animarse un poco; se dirigió hacia el almacén de mantenimiento, abrió la puerta, y entró. Tocó la fría caja de metal que había en el estante. Si uno de cuatro años podía adaptarse así de bien a un entorno tan extraño, ¿qué haría esa segunda creación sin haber conocido nunca otra cosa?

Pronto tendría lo que necesitaba para repetir el proceso. Un sujeto tan joven le añadía una considerable complejidad, pero había resuelto la mayoría de los problemas. La consumación de sus ambiciones se hallaba ahora muy cerca. Comenzó a insertar más diminutas agujas en su máquina mientras soñaba con un futuro glorioso.

La clínica de partos Geneticare era un palacio esterilizado. Un alto techo de diez metros resplandecía de blancura sobre unos suelos de madera encerados y acres de paredes blancas, rotas regularmente por fotografías de bebés negros en sábanas blancas. La elección étnica de las imágenes parecía más una cuestión estética que un indicativo de la clientela de la clínica: un bebé caucásico habría pasado casi inadvertido a causa de la apabullante blancura de la habitación. Sillas para esperar cómodamente, mesas con revistas y el mostrador de recepción salían, como si formaran una única pieza con él, del suelo, que no era de madera, sino de una costosa clase de fabrique.

Marie consideró que la habitación transmitía limpieza y profesionalidad, pero también un cierto grado de frialdad. Habría preferido esa agradable sensación de estar en el salón de tu propia casa que te proporcionaban otros centros de partos, pero

Keith había insistido en que fueran a esa clínica. «Lo mejor para mi familia», había dicho él. Los métodos más seguros, el mayor control posible sobre el proceso del alumbramiento.

¿Seguridad? ¿Control? Marie contuvo una amarga carcajada. Meras ilusiones. Cuando la vida se empeñaba en arrebatarte algo, lo hacía. Pero bueno, en esta ocasión, era ella quien obtendría algo.

—¿Puedo ayudarlas? —se ofreció la recepcionista. Era joven, guapa y se encontraba en un avanzado estado de gestación. Su traje azul aportaba el único toque de color a la habitación. Les dirigió a Marie y a Pam una agradable sonrisa, pero Marie podía advertir una nota de agotamiento en la piel bajo sus ojos.

—Me gustaría ver a un médico para programar un procedimiento de implantación —respondió Marie.

—¿Están sus pequeños en nuestro banco de almacenamiento?

A Marie le gustó que dijese «sus pequeños» en lugar de «embriones» o «niños potenciales».

—Sí —respondió Marie.

La mujer desvió la mirada para acceder a una base de datos a través de su visor.

—¿Nombre?

—Marie Coleson.

Pasó un momento mientras la mujer comprobaba los datos.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo aquí? —preguntó con una voz que no podía evitar mostrar cierta sorpresa.

Marie sintió un golpe de pánico.

—Hace unos años. Cuatro o cinco.

Silencio otra vez. La joven siguió ojeando los datos rápidamente y entonces:

—Oh, sí, aquí lo tengo. Marie Coleson.

Marie dejó escapar la respiración que había estado conteniendo. La recepcionista miró a Pam.

—¿Amiga o pareja?

—Amiga —respondió Pam.

—Señora Coleson, su cuenta también está bajo el nombre de su marido, el señor Keith Coleson, ¿es correcto? Su consentimiento también será necesario.

—Sí, tengo los documentos. Murió hace dos años.

—Lo lamento —dijo la recepcionista, y la creyó. Le envió un enlace del certificado de defunción. Visor con visor.

—Espere un momento mientras actualizo su cuenta.

Después de una larga pausa, la recepcionista volvió a dirigirse a Marie:

—¿Señora Coleson?

La expresión de la mujer y el modo en que pronunció su nombre hizo que el

pánico volviera a instalarse en la garganta de Marie.

—¿Qué pasa? ¿Está roto el enlace?

—No, el certificado es perfectamente válido. Es solo que... ¿es consciente de que su cuenta con nosotros está vacía? No tenemos embriones almacenados para usted.

Marie miró a Pam y volvió a mirar a la mujer.

—¡Eso es imposible! Había tres, ¡sé que había tres!

—El informe dice que uno se perdió diez días después del comienzo del proceso. ¿Lo sabía?

—Sí, era el primer niño, y después se implantó el segundo. Pero había un tercero, ¡una niña! ¿Qué le ha pasado?

—Según el archivo, el tercer embrión también fue implantado, cuatro años después del primero.

—No, no, ¡eso no ha pasado!

—Su marido llamó para arreglarlo todo el diecinueve de diciembre y el embrión pasó a su custodia el día veintitrés. La implantación la llevó a cabo otra agencia, así que no tengo información al respecto.

—¿Veintitrés de diciembre? Pero... ¡ese fue el día en que murió!

Marie miró a Pam y volvió a mirar a la recepcionista, cuya profesionalidad ahora la enfureció.

—Lo lamento muchísimo si fue un error nuestro —comenzó a disculparse la recepcionista—, pero si pone en duda nuestros archivos, tendrá que hablar con uno de nuestros abogados. Yo no puedo hacer nada más.

—Espere un minuto. Acaba de decir que yo no podía sacar un embrión sin el consentimiento de mi marido, así que ¿cómo pudo él? —Marie estaba al borde del llanto, elevaba la voz por momentos—. ¿Cómo pudo entrar aquí y llevarse a mi bebé sin mi permiso?

—Señora Coleson, sinceramente espero que sea un error y que el niño que quiere siga aquí, en nuestro banco. En respuesta a su pregunta, su esposo no podría haberse llevado el embrión solo. Y es que no lo hizo. Tenemos firmas y confirmación de voz de ambos padres para la entrega del día veintitrés. Según el informe, usted estuvo aquí y nos dio su consentimiento.

Darin se agachó detrás de una azalea esperando que no lo vieran desde la carretera. El cielo gris estaba oscureciéndose. Estiró las rodillas, en las que sentía calambres, se sentó en el húmedo mantillo y se abrazó a sus piernas. Tenía que volver a casa enseguida.

En alguna parte, un grillo cantaba incesantemente aumentando el nerviosismo de Darin. Odiaba estar ahí sentado y quieto. Cada murmullo del viento a través de los arbustos lo hacía mirar atrás, y sus músculos se tensaban preparándose para salir corriendo. ¿Dónde estaba la chica?

Por fin, un pod se deslizó silenciosamente por encima de su cabeza y en su iluminado interior pudo ver a Lydia, sola. El pod aminoró la marcha y se detuvo al final de su pista, junto al piso superior de la mansión.

Darin se apartó de la azalea y observó las ventanas de la casa hasta que se encendió una luz.

Después de haber ubicado su habitación, fue reptando hasta situarse debajo y desenrolló una bobina de alambre atada a una pegajosa bola. Sujetando el alambre, lanzó la bola e hizo dos intentos hasta que dio en su ventana. Era un chisme barato, lo utilizaban los gamberros en el cole para asustar a los compañeros. Darin habló por un extremo, un diminuto micrófono lleno de una espesa capa de celgel neural. El alambre contenía una simple cadena de dendrita que transportaba el mensaje hasta la bola. La bola vibró contra la ventana y reprodujo una versión distorsionada de su voz dentro de la habitación.

—Lydia, soy Darin. Abre la ventana.

Esperó.

—Lydia, estoy fuera. No puedo oír lo que dices. Por favor, abre la ventana.

Nada.

—¿Lydia?

Finalmente, Lydia apareció en la ventana. La abrió, muy poco.

—¿Darin?

—Sí.

—¿Qué quieres? —Su voz sonó fría.

—Disculparme por lo de esta mañana. Quería venir.

—Te he visto en las noticias.

—Lo que están diciendo de mí no es verdad. ¿Puedes bajar? ¿Me dejas que te cuente la verdad?

La ventana se abrió más y Lydia se asomó a la oscuridad. Darin la saludó con la mano y se apartó del muro para que pudiera verlo. ¿Qué iba a decirle? Esperaba no haberse arriesgado a que lo capturaran para nada aunque, después de todo, ¿por qué iba a creerlo? ¿Por qué no iba a llamar a las autoridades? Lo único que tenía para seguir adelante era un sentimiento, la sensación de que, en una breve conversación el día anterior, algo importante había sucedido entre los dos. Confianza, tal vez.

Después de una eternidad, ella respondió:

—Te creo. No puedes quedarte ahí fuera; alguien te verá. Ven, entra.

Ella presionó algo que no estaba a la vista y una luz iluminó el porche delantero. Nervioso, Darin avanzó hacia la luz y giró el pomo. La puerta se abrió y la luz se apagó al instante. Cerró la puerta.

Se encontraba en un vestíbulo del tamaño de una catedral. Unos arcos perforaban los muros y, a través de uno de ellos, podía ver una enorme pantalla holográfica

lanzando imágenes. Avanzó de puntillas en esa dirección, echó un vistazo dentro de la sala y vio a Lydia al otro lado, haciéndole señas. La siguió por una escalera de caracol hasta su dormitorio.

Ella cerró la puerta; se la veía un poco asustada. La habitación era opulenta, resplandecía con encaje y metal blanco y tenía una cama enorme en la que cabía una familia entera. Lydia llevaba una bata azul de seda sobre un camisón blanco.

—Me imaginaba que vendrías. No me lo creía del todo, pero lo he recreado en mi cabeza y me he preguntado qué haría. Ahora lo sé.

—No me quedaré mucho rato —dijo Darin—. No quiero meterte en problemas. No quería que pensaras que esas historias son verdad.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te buscan?

—Mark y yo no creamos esa cosa; estábamos intentando destruirla. Por eso encontraron nuestras firmas de red en la zona. En realidad es una estupidez. Si tuvieran a gente competente, podrían ver la diferencia.

—Entonces, ¿por qué huyes? Entrégate; seguro que la verdad saldrá en un juicio.

Darin intentó reírse, pero su carcajada sonó amarga.

—No llevas en Fili mucho tiempo. Hace falta tener influencias para ganar un juicio, y la influencia cuesta dinero. Si Jack McGovern quiere utilizarme a mí para exonerar a su hijo, entonces eso es lo que pasará.

—Pero ¿y qué pasa con las pruebas?

Es bastante ingenua, pensó él. Rica, tal vez incluso más que Mark, pero no una rimmer, no una controladora. Aún no había adquirido su punto de vista. Eso hacía que quisiera protegerla de las duras verdades que él veía en los Combs todos los días.

—No servirían de nada —respondió Darin—. Esa es la verdad de la vida en esta ciudad. Solo el dinero importa.

Pero algún día las cosas serían diferentes. Quería hablarle de las reuniones a las que había acudido, la gente que ahora estaba ocultándolo, sus planes de futuro. Planes emocionantes, planes de igualdad y justicia verdadera. Pero no podía contárselo. Confiaba en ella, pero no podía arriesgar las vidas de otros hombres.

—Debería irme.

—¿Ya?

Observó la cara de la chica, con esos ángulos tan pequeños y afilados, los ojos alerta y centrados en él. Quería besarla, pero no quería echar a perder un comienzo prometedor. Mejor ir despacio.

—Ya te he puesto demasiado en peligro por esta noche.

—¿Adónde irás?

—Algunos amigos están cuidando de mí.

—¿Volverás?

Él sonrió. Parecía tan esperanzada.

—Lo intentaré. Puede que tenga cosas para encargarte, si estás dispuesta.

—Si puedo ayudar, lo haré.

Darin abrió la puerta, asomó la cabeza y, con una sonrisa de despedida, salió al oscuro pasillo.

De: 8mv4kozPro893lKKan30jk3f@anonimo.net

A: kdungan@bragg.gov

Querida Kathleen Melody Dungan:

Sé que estás triste por lo de Thomas Garrett Dungan. Yo también estoy triste. Siento haberlo parado. No ha sido nada divertido. También estoy muy triste de que mi papá se haya parado. Pararse no es divertido.

He decidido ser Thomas Garrett Dungan, aunque no soy una persona. Es un buen nombre y él no está usándolo. Espero que no te importe. A lo mejor podríamos casarnos ahora que soy Thomas. Por favor, dime cómo hacerlo porque no sé cómo.

Espero que tu hija Fiona Deirdre Dungan no esté demasiado triste. Puede que le escriba una carta muy pronto.

Thomas

Lydia llegó a la iglesia de las Siete Virtudes el lunes por la mañana temprano. Si bien el arresto de Mark McGovern había empañado el interés de sus nuevas amigas por la clínica de modificaciones gratuita, su liberación les había imbuido un nuevo fervor. Parecía representar una especie de paso hacia la adultez para ellas: marcaba lo injusta que era la generación de sus padres y las convencía de que era hora de que su generación reformara el mundo. Acosaron a artistas modis para convencerlos de que se unieran, adquirieron equipos, e incluso se atrevieron a entrar en los Combs para distribuir panfletos. El grupo de cinco chicas que en un principio se implicaron en el proyecto aumentó a doce. Ahora era más que un modo de irritar a sus padres; esas chicas habían encontrado una causa.

Ridley insistió en que Lydia estuviera a cargo del proyecto y consultaba con ella cada detalle. Lydia se vio eligiendo dónde instalar los catres y los equipos, cómo controlar el flujo de gente dentro y alrededor del edificio, cuántos artistas modis contratar y cuánto celgel necesitarían, aunque tuviera menos conocimientos sobre la tecnología de las modificaciones que cualquiera de ellas.

Delante del santuario había tres enormes pantallas holográficas en distintos ángulos que las chicas habían sintonizado en tres diferentes canales de medios de comunicación. El bombardeo de imágenes desorientó a Lydia; no podía comprender cómo alguien podía atender a distintos programas a la vez. De todos modos, ninguna parecía estar viéndolos. Lydia llegó a la conclusión de que el sonido de fondo debía de ser un componente necesario de su interacción social. Sin duda, evitaba silencios

incómodos.

—¿Cómo es? —le preguntó a Ridley cuando Mark McGovern apareció en una de las pantallas.

—¿Quién? Ah, Mark... Bueno... es mono, pero más al estilo de un niño pequeño. Es divertido estar a su lado, se puede bromear con facilidad, pero nadie sale con él nunca.

—¿Por qué no?

—Bueno, por un lado, no sabe bailar. No es muy atlético y pasa mucho tiempo liado con los ordenadores. Es la clase de chico al que una chica podría confiar sus problemas, pero al que no querría en una fiesta. Es simpático, serio y de fiar, pero no resulta... sexi.

—Sexi —repitió Lydia—. El problema que tiene cualquier míster Sexi es que no sabes si puedes confiar en él.

Ridley se acercó más a ella.

—Ahí está el atractivo. Hazme caso. No quieres a un chico en el que puedas confiar. Oh, bueno, tal vez cuando tengas cuarenta, pero ahora no, no para mí. El amor tiene que ser algo apresurado, alborotado, no una cosa segura. ¿Cómo podría ser divertido el paracaidismo si no pudieras hacerte daño? Sin peligro, no hay emoción.

—Puede que tengas razón.

—Bueno, ¿quién es él?

—¿Quién?

—Tu míster Sexi.

Lydia se sonrojó.

—Nadie. Quiero decir, yo...

—Ni lo intentes, cielo. ¿Está en Fili?

Lydia asintió.

—Es un nuevo interés, entonces. ¿Lo sabe?

Lydia miró a su alrededor para ver si alguna de las otras chicas estaba escuchando.

—Vino a mi casa anoche —confesó—. Prácticamente me tiró piedrecitas a la ventana.

—¿Hicisteis...?

—No, no, ni siquiera me tocó.

—¿Y querías que lo hiciera?

—Yo...

Veronica llegó corriendo y evitó que Lydia tuviera que dar una respuesta.

—¡Lydia! ¡Lydia! Acabo de recibir este mensaje anónimo en mi canal público, pero va dirigido a ti. —Apretó los ojos en un intento de enviarle la información y,

cuando finalmente se dio cuenta de que era inútil, en su lugar le leyó el mensaje en voz alta—. Dice: «Lydia, gracias por creer en mí anoche. Quiero volver a verte. Si puedes, reúnete conmigo en La Corteza a las ocho». Eso es todo. No hay firma, pero supongo que sabes de quién procede.

La sonrisa de Lydia dejó entrever demasiado y ella lo supo, pero estaba emocionada y no podía parar.

Ridley miró a Veronica y volvió a mirar a Lydia.

—¿Míster Sexi? —le dijo guiñándole un ojo—. Buena suerte.

—Conocí a Keith en un simposio sobre seguridad de red —dijo Marie—. Fue... ¿cuándo? ¿Hace siete años? Me buscó, sabía de mí por un artículo que yo había escrito. Me acribilló a preguntas y apenas pude quitármelo de encima. Era impetuoso, sabía lo que se hacía y me hizo preguntas sobre escenarios en los que yo nunca había pensado. Finalmente, accedí a cenar con él con la esperanza de que se cansara de preguntar y me dejara tranquila. Pero para cuando nos trajeron la cuenta, ya no quería que me dejara tranquila.

Pam y Marie estaban sentadas junto a la mesa de la cocina del apartamento de Marie. Aunque se encontraba a pocas manzanas del edificio en el que ambas trabajaban, era la primera vez que su amiga iba allí.

Pam miraba fijamente a Marie con una expresión difícil de interpretar.

—¿De quién fue la idea de tener hijos?

—Solo mía, en un principio. Keith se mostraba reticente: los dos teníamos nuestros trabajos y él no quería renunciar a su libertad. Con el tiempo, cedió por mí, pero no lo entendió todo hasta que Sammy nació. En cuanto vio a su bebé y lo cogió en brazos, cambió. Pasaba más tiempo en casa, lo hacía todo con Sammy. Le compraba juguetes, le hacía millones de fotos... ya sabes...

Marie se echó a llorar otra vez, aunque no como cuando habían vuelto de la clínica; en ese momento las lágrimas habían podido con ella y había llorado durante lo que parecieron horas. Ahora ya se había sobrepuesto, pero las lágrimas seguían ahí, colándose en la conversación, atascándose en su garganta. Le escocían los ojos y la garganta, pero tenía que hablar, tenía que formular las preguntas que se agolpaban en su cabeza.

—No duró —dijo—. Después de un año o así, encontró una nueva afición y perdió el interés en Sammy. En los dos.

—¿Qué afición?

—Oh, una propuesta de negocio. Algún «genio» de California con un nuevo modelo para una máquina de la inmortalidad. Por aquel entonces, subir a la red una mente humana no estaba de moda, pero Keith creía en ello. Comenzó a pasar más y más tiempo en el laboratorio. Yo, probablemente, no apoyé sus elecciones tanto como debería haberlo hecho, pero lamentaba su ausencia, sobre todo con Sammy creciendo

y necesitando el cariño de su padre. Discutimos mucho. Y después murió.

Pam la observó un momento y se inclinó hacia delante, con una actitud más intensa de la que Marie jamás había visto en ella.

—Vamos a solucionar esto. Empecemos con la clínica. ¿De quién fue la idea de ir a esa clínica en particular?

—Suya. Insistió en ello. Yo prefería a una comadrona, pero Keith no se fiaba de ellas. Creo que eligió la Geneticare porque había conocido a uno de los directivos y jugaba al tenis con él o algo así.

—Es probable que un directivo pudiera hacer que tu voz y tu firma aparecieran en los archivos oficiales.

—Pero ¿por qué haría eso Keith? No puedo creer que robara el embrión solo para fastidiarme. Debió de ser otra persona. Un empleado de la clínica, tal vez, alguien estéril que no pudiera permitirse el tratamiento.

Pam sacudió la cabeza.

—Eso no tiene sentido. El robo se produjo el día del accidente. Es demasiada coincidencia. Tuvo que ser Keith.

—No entiendo cómo. ¿Qué iba a querer hacer con él?

—Marie... —Pam vaciló—. ¿Y si había otra mujer?

—¿Otra...? Quieres decir... ¿con mi bebé? No.

—¿Por qué no? Genéticamente, la mitad del embrión era suya. Tal vez consideró que era solo suyo. Si tenía una relación con otra mujer, podría habérselo dado a ella.

Marie posó bruscamente las palmas de las manos sobre la mesa y se levantó.

—Eso es una locura. ¿Por qué haría eso? ¿Y por qué seguía conmigo, entonces? Si amaba a otra persona, podría haberme dejado sin más. ¿Por qué iba a querer otra mujer tener a mi bebé?

—¿Quién sabe? Tal vez se quedó a tu lado por pena. O porque se sentía culpable por dejar a Sammy. No lo sé, pero sí sé cómo podemos descubrirlo.

—¿Cómo?

—Encontrando al jefe de tu marido. Al «genio» que dirigía el laboratorio. Si Keith se iba del trabajo a horas extrañas, él lo sabría. ¿Recuerdas su nombre?

Marie comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación.

—Sí... espera... lo sé. Era un nombre que sonaba a rico, algo aristocrático. Trelayne... o Tremayne... ¡Eso es! Alastair. Alastair Tremayne.

—¿Sabes qué pasó con él?

—Su laboratorio cerró menos de un mes después de la muerte de Keith. Recuerdo que pensé que Keith debía de ser una pieza tan importante que no pudieron seguir la investigación sin él. Dame un segundo. —Marie cerró los ojos y accedió a la pantalla de su visor. Si alguien sabía cómo encontrar información en la red, era ella. Un breve momento después, abrió los ojos.

—Alastair Tremayne, calle Pine, número 41, Filadelfia. Parece que se mudó allí después de que cerrara el laboratorio, hace dos años. Está registrado como médico de cabecera, con especialidad en modificaciones.

—Un escalón por debajo de un empresario de la inmortalidad.

—Sí, supongo.

—Parece que tenemos por dónde empezar.

Marie volvió a sentarse.

—No tienes que hacer esto conmigo. Ya me has ayudado mucho.

—Ni lo pienses. No puedes apartarme de esto ahora. Estoy contigo hasta la muerte.

—Vaya... espero que no.

—Bueno, hasta la verdad y el final feliz, entonces. ¿Qué plan tienes?

—No creo que sean preguntas que podamos hacer en un mensaje de red.

—Estoy de acuerdo.

—Tengo días de permiso acumulados.

—Yo también. —La voz de Pam sonó seria y su mirada se quedó clavada en la de Marie.

Esta le devolvió la mirada con fuego en los ojos.

—Pues entonces, haz las maletas. Nos vamos a Filadelfia.

Alastair subió corriendo las anchas escaleras de mármol del ayuntamiento; sus largas piernas las saltaban de tres en tres. A diferencia de la mayoría de los edificios del Rim, al ayuntamiento lo rodeaba un aura de perdurabilidad. La arquitectura de la mayoría de las mansiones parecía precaria, como si un fuerte viento pudiera derribarlas en cualquier momento, pero el ayuntamiento estaba ahondado en la ladera, bien arraigado, con su fachada compuesta de más mármol que fabrique.

En lo alto de las escaleras estaban apostados dos guardas de seguridad: dos ejecutores. Lo reconocieron y lo dejaron entrar. Alastair pasó bajo el arco, cruzó el atrio donde estaban expuestas las dos mitades de la Campana de la Libertad, recorrió el pasillo central y fue directo a las oficinas de Jack McGovern. Una delgadísima secretaria lo atravesó con la mirada y le ladró:

—¿Tiene cita?

Alastair la ignoró. Pasó por delante de su escritorio, rechazando con un gesto de la mano sus azoradas protestas, entró en el despacho y cerró la puerta.

Jack McGovern estaba solo. Levantó la mirada de su escritorio, sorprendido por la inesperada intrusión.

—Creo que es hora de que me incluya entre su personal —dijo Alastair.

—¿Y eso por qué?

—Tengo habilidades muy útiles.

Sacó un cristal de su bolsillo y lo insertó en la pantalla holográfica del concejal.

El visor salió de la pared y mostró miles de miniaturas de imágenes tridimensionales.

—La Corporación de Ejecutores de la Seguridad es buena para el control de las masas —dijo Alastair—, pero sus detectives son incompetentes.

Las holografías rotaban, todas iban saltando hacia delante y volviendo hacia atrás a una velocidad mareante. Cada una de ellas mostraba un rostro humano cuyas imágenes estaban tomadas desde una gran variedad de ángulos y distancias.

—El número de imágenes que se transmite y almacena en la red es abrumador, pero si uno sabe cómo mirar...

El océano de miniaturas iba mermando mientras él hablaba, y cada vez se mostraba menos y menos del despliegue total. Sin parecerlo, Alastair prestaba cuidadosa atención a su progreso; estaba intentando cronometrar el final de su frase para darle un efecto máximo.

—Se puede encontrar prácticamente lo que sea.

Y, justo en ese momento, el torrente de fotografías se detuvo y una única cara ocupó el visor. Alastair sonrió. Un cronometraje perfecto.

El rostro era el de Darin Kinsley. Claro, había sido el rebanador el que lo había encontrado antes de que lo hubiera destruido el joven McGovern, pero Alastair se alegró de atribuirse el mérito.

McGovern se puso de pie.

—¿Cuándo se ha tomado esta imagen?

—Hace una hora.

—¿Dónde?

—En un nada respetable establecimiento llamado La Corteza, también conocido por ser el lugar de encuentro de revolucionarios aficionados.

McGovern se rió.

—Está contratado. Dígale a mi secretaria cuánto quiere cobrar. Ella redactará todo el papeleo. Pero primero, hable con Justicia, al fondo del pasillo. Que envíen allí a unos ejecutores y traigan al chico.

Mark llamó al timbre de la mansión Kumar, no muy seguro de cómo sería recibido. No veía a Praveen desde la gamberrada de la colina, y no sabía si su amigo lamentaba haberse visto involucrado. Praveen se ceñía a los altos valores éticos que sus padres le habían inculcado y le preocupaba mucho su propia reputación. ¿Y si le daba la espalda?

Sin embargo, no tendría que haberse preocupado.

—¡Pasa, por favor, pasa! —exclamó Praveen—. ¡Qué día de nervios! Hemos estado muy preocupados.

Los padres de Praveen y sus tres hermanas se acercaron a Mark, lo besaron y le preguntaron por su terrible experiencia con unas atenciones que no parecieron en absoluto fingidas. La madre de Praveen les sirvió unos panecillos de masala, su padre

habló sobre los nuevos y más compactos cristales de memoria y una hora después, por fin, los dejaron a los dos solos.

—¿Qué sabes de los rebanadores? —preguntó Mark.

—No mucho. Son una extraña clase de código malicioso. —Miró a Mark pensativo—. Dicen que fuiste tú el que creó ese monstruo que ha destruido tanto, pero sé que no es verdad. ¿Crees que fue un rebanador?

—Sí. —Mark le explicó todo lo que había pasado desde la noche en la colina, cómo habían soltado al rebanador con su gamberrada y cómo él lo había atacado y, al parecer, lo había destruido—. Pero ahora no lo creo. No se ha ido, es como si nunca hubiera existido. Ni siquiera puedo extraer del historial de mi sistema los registros de aquella noche. Si hubiera sido destruido, aún habría rastros. Creo que está oculto.

Praveen sacudió la cabeza.

—Los rebanadores no hacen planes. Sus mentes están demasiado alteradas. Simplemente destruyen y destruyen hasta que acaban consigo mismos.

—¿Y si alguien encontrara un modo de que los hicieran?

—No sé. Si es así, ¿por qué no comercializan una máquina de la inmortalidad y se forran? Tal vez no se trate de un rebanador, sino de alguna clase de código muy listo.

Mark suspiró.

—Están intentando cargar a Darin con las culpas.

—Y tú quieres encontrar al auténtico criminal.

—Sí, claro. Pero no servirá de nada. No quedan datos, no hay pruebas. Ni si quiera sé por dónde empezar.

Fue puntual. Las ocho en punto. Darin, sentado a una mesa cerca de la pared, la saludó y ella fue hacia él, sonriendo. Darin se enfureció por lo pendiente que estaba de su propio cuerpo: de su postura, de dónde ponía las manos, de qué expresión tenía en la cara. ¿Por qué no podía relajarse sin más? Intentó recostarse en la silla, pero la pose se le hacía extraña; no podía saber si resultaba natural o no.

—Hola.

—Hola. Gracias por venir.

Ella se sentó. Darin había tenido todo el día para prepararse para ese momento, pero entonces no se le ocurría nada que decir. Sin embargo, Lydia no parecía notarlo. Sus ojos recorrieron la sala, explorando todo lo que la rodeaba.

—Ey —dijo—, ahí está Vic.

Darin se giró para mirar al piano. Vic estaba allí sentado, flanqueado por un saxo y un sitar, siguiendo el ritmo que marcaba el primero. Después, el ritmo pasó a marcarlo el piano y Vic le transmitió al teclado una compleja y sorprendente variación de la sintonía.

—Toca aquí a menudo —dijo Darin—. Es uno de los mejores.

—Es impresionante.

—¿Cuánto jazz comber has oído antes?

—No mucho —admitió Lydia—. Suena extraño, pero aun así puedo reconocer el talento.

—Es lo único que puede hacer ya. Es una víctima de la sociedad.

La mirada de Lydia volvió a posarse en él; una mirada sincera, sin nerviosismo.

—¿Por qué de la sociedad? Por lo que me dijiste, fue víctima de un mal hombre.

—La sociedad le tendió la trampa. Ese artista modi estaba ofreciendo sus servicios por un cuarto de la tarifa habitual y sin autorizaciones que firmar, ni papeles de ningún tipo. Muy sospechoso. Pero Vic era joven y confiado y estaba lleno de esperanza; creía que la gente actuaba movida únicamente por la bondad. Era un tonto. La sociedad recompensa el pragmatismo egoísta. Virtudes como la confianza y la esperanza acaban pisoteadas en el polvo.

Calvin Tremayne observaba a Darin Kinsley y a su novia con una excitación cada vez mayor. ¡Ya era hora de que tuviera un poco de acción! Mantener bajo vigilancia a un peligroso criminal le gustaba mucho más que patrullar la línea de la inundación. Ahora era capitán con una brigada bajo su mando. Apoyó una mano sobre la R-80 que llevaba en la pistolera. ¡Qué bien llevar un arma de verdad para variar!

La orden la había recibido de su hermano Alastair, que, al parecer, ahora formaba parte del personal de Jack McGovern. Estaba escalando puestos en el mundo. Así había sido siempre, incluso cuando eran pequeños. Alastair había sido el genio, el que ganaba los premios, el orgullo de la familia. Todo lo que había intentado, lo había logrado. Todo lo que había querido, lo había cogido. Calvin había aprendido desde que era pequeño que mamá y papá siempre se ponían del lado de Alastair. Alastair, cuatro años mayor, había sido el pasaporte de Calvin al éxito y las alabanzas... siempre que hiciera todo lo que él le ordenaba.

Y nada había cambiado en realidad. El puesto de Calvin como ejecutor se lo debía principalmente a Alastair. Su hermano tenía más dinero, influencia e inteligencia de los que Calvin podría esperar nunca. Tal vez algún día Calvin se marcharía, desaparecería y comenzaría una nueva vida por sí mismo, en otro país, muy lejos. Pero no hoy. Hoy andaba detrás de un peligroso criminal con su propia brigada al mando y un arma letal en la mano.

Cerró los ojos y utilizó su visor para escanear el interior de La Corteza. El club estaba bien metido en las entrañas de los Combs y carecía de ventanas o muros que dieran al exterior, de modo que el único modo de explorar a fondo el terreno era con un hombre dentro. Uno de sus soldados, que estaba sentado a una mesa y vestido de civil, tomó con sus ojos una imagen panorámica de la habitación y envió el vídeo al resto de la brigada.

—Es él —dijo Calvin—. Esquina noroeste, frente a la puerta. Está hablando con una chica de unos veinte años, estatura media, pelo oscuro. Tenemos instrucciones de

atrapar a este tipo con vida, pero si opone resistencia se le responderá con la fuerza necesaria. Barker, Dodge, tomad la entrada oeste. Sanchez y yo iremos por la sur. No entréis hasta que yo dé la orden.

—¿Qué diferencia supondría un cambio en la sociedad? —preguntó Lydia—. La gente intenta aprovecharse de los demás en cualquier sociedad.

Darin se vio relajándose mientras trataba un tema que le resultaba familiar, uno del que había hablado a menudo en los últimos días.

—Una sociedad que recompensa la virtud en lugar del egoísmo produciría gente menos egoísta.

—¿Qué sistema prefieres, entonces? ¿El socialismo?

—No. El socialismo recompensa la desidia. O, en la práctica, no recompensa nada. Recibes lo mismo tanto si fracasas como si logras un éxito, así que no hay motivación para triunfar en nada. De lo que estoy hablando es de una sociedad que recompense el éxito, pero sin la acumulación de riqueza que otorga a unos un poder desmesurado y no merecido y que a otros no les ofrece siquiera la esperanza de mejorar.

—Suenas como una paradoja.

—En absoluto. Tomemos como ejemplo una empresa. Supongamos que cuentas con veinte personas en un equipo de cierta compañía. De estas veinte personas, cinco trabajan muy bien, cinco trabajan muy mal y los diez restantes están en el medio. Su jefe, naturalmente, les presta más atención a los cinco que mejor lo hacen. Los agasaja con más dinero, más incentivos, más atención y alabanzas. Los trabajadores que están en el medio reciben muy poca atención. Sin embargo, la competencia también quiere a esos grandes jugadores y atraen a cuatro de ellos para que se marchen con mejores ofertas. La empresa, entonces, ha invertido una considerable parte de sus activos en una fuente que empieza a agonizar. Y esos empleados tampoco se quedarán en sus nuevas empresas porque tienen un exagerado sentido de su valía y siempre piensan que se les debería tratar mejor. Los que están en el medio, sin embargo, se quedan en la misma compañía y desempeñan un trabajo consistente y de fiar durante décadas.

—Entonces, ¿la sociedad debería recompensar a sus trabajadores mediocres, pero no a los mejores?

—No. Debería recompensarlos a ambos por igual.

—Pero entonces los trabajadores de nivel alto no tienen incentivos para superarse.

—Exacto. Esa no es una actitud que debamos fomentar. Es disgregadora, elitista e improductiva a largo plazo. Los grandes trabajadores deberían verse a sí mismos más como los mediocres: constantes y de fiar, aunque tal vez un poco más productivos que la mayoría. Eso es lo que la sociedad necesita. La contribución de un gran trabajador parece extraordinaria porque viene de una sola persona, pero recompensa a

esa persona con riquezas y ¿qué pasa? Que sus descendientes y él viven de los beneficios, acaparan los recursos, no contribuyen más a la sociedad y malgastan todos sus esfuerzos en mantener la ilusión de que son más valiosos que los que realmente producen. —Darin sonrió tímidamente—. Bueno, y ahora me bajaré de mi tribuna improvisada —dijo—. No creo que este sea el mejor modo de hacer que una chica se divierta.

—No, es fascinante —dijo Lydia—. ¿Qué pasa con el sueño americano?

—¿Qué pasa?

—¿No es ese un gran incentivo, incluso para los trabajadores mediocres? ¿El sueño de que podrías hacerte rico y vivir el resto de tu vida rodeado de lujo?

—Pero eso es una quimera. No es posible para la mayoría de la gente.

—No importa; aun así, sigue motivando a la gente. A todo el mundo le gusta imaginarse siendo fabulosamente rico. La mayoría de las personas que abren un nuevo negocio lo hace soñando con que su producto sea el último furor y con no tener que volver a trabajar.

—Cuando yo dé la señal —dijo Calvin—. Uno, dos, ahora.

Cruzó la entrada sur ajustándose rápidamente al cambio de perspectiva. Allí, en la esquina, seguía sentado a la mesa.

Kinsley los vio y se levantó de la silla.

—¡Ejecutores de la ciudad! —gritó Calvin apuntando a toda la sala con la pistola—. ¡Todo el mundo al suelo!

Se oyeron unos cuantos gritos de protesta, pero todo el mundo obedeció. La espantosa música que la banda estaba tocando se desvaneció, afortunadamente, dejando en su lugar un nervioso silencio. Calvin y sus hombres se reunieron en el punto donde se encontraba Kinsley. Ese club era un conocido lugar de encuentro para demagogos políticos furiosos, pero seguro que ninguno de ellos atacaría a una brigada armada.

Se detuvieron delante de Kinsley. La chica que estaba a su lado se puso en cuclillas detrás de su asiento, con los ojos exageradamente abiertos.

—Darin Kinsley —comenzó Calvin—, por el poder que me ha conferido el Consejo de Justicia y Asuntos Criminales, queda usted bajo arresto.

Kinsley miró a su alrededor. Calvin lo agarró del brazo.

—Ni se te ocurra. No hay...

Un grito a su espalda lo interrumpió y, al girarse, Calvin vio un proyectil salir disparado de la R-80 de Barker y explotar en el techo. Barker forcejeaba por su pistola con un chaval frenético que no dejaba de gritar. Calvin vio que el banco del piano estaba vacío y recordó haber visto a alguien junto al teclado; el chico debía de haber usado el piano para cubrirse y escabullirse detrás del campo de visión de Barker. Furioso, Calvin apuntó con su R-80 a la pareja que forcejeaba.

—¡Vic, no! —gritó Kinsley y, justo cuando Calvin estaba a punto de disparar, Kinsley lo agarró y echó a perder su objetivo. El proyectil, que se movía por calor, viró hacia un hombre metido bajo una mesa cercana y, al dar contra su pecho, explotó. La explosión fue pequeña, hacia dentro, y abrió el torso de la víctima. Ni siquiera provocó daños en la mesa.

Furioso, Calvin golpeó a Kinsley en el rostro con un antebrazo blindado. Sintió como le crujieron los huesos de la cara, y Kinsley cayó hacia atrás. El chico del piano sacó una pistola del cinturón de Barker y, apuntando con ella a Calvin, apretó el gatillo. Pero claro, no pasó nada; la pistola estaba vinculada a la identificación de Barker. Los proyectiles también estaban vinculados a la red, con acceso a la posición exacta de todos los hombres de su brigada. Así que cuando Calvin disparó tres nuevas tandas hacia el chico, sus proyectiles ignoraron a los soldados que había por allí y cada uno dio en su objetivo. Con un *staccato* amortiguado, lo hicieron trizas y no dejaron de él nada reconocible.

Calvin se giró, buscando a Kinsley, y sintió una morterada de antiguas balas de pistola hundirse en su pecho. La armadura de su cuerpo las detuvo, pero el impacto lo dejó sin respiración. Volvió a disparar, acabando así con su atacante, pero varios hombres más entraron por las puertas con armas obsoletas. Estaban contestando a la ofensiva.

En cuestión de minutos, la oposición había sido eliminada, pero Kinsley se había ido.

—¡Encontradlo! —gritó Calvin—. Expandid el perímetro. ¡Moveos! ¡Ahora!

Lydia avanzaba tambaleándose por unos pasillos desconocidos para ella, medio llevando y medio arrastrando a Darin. Su cara era un desastre, estaba cubierta de sangre, y su actitud apenas parecía coherente. Estaba claro que tenía la nariz rota y tal vez también la mandíbula. Los dientes de la parte frontal se le habían metido hacia adentro formando un horrendo ángulo. Tenía que llevarlo a un lugar seguro, pero ¿dónde estarían seguros? Ni siquiera sabía dónde se encontraban.

—¡Tienes que ayudarme! —le gritó—. ¡Dime adónde ir!

Darin se tambaleó.

—Vic —lo llamó escupiendo sangre.

—Está muerto, igual que lo estaremos nosotros si no nos damos prisa. ¿Por dónde voy?

—Vic. —Darin se detuvo y se giró como para volver al club.

—Ya no puedes ayudarlo —dijo Lydia.

Él la miró, balanceándose. Si caía al suelo, ella no podría volver a levantarlo.

—Arriba —le dijo.

—Arriba, sí, ¿cómo? ¿Dónde está la escalera?

—Izquierda.

La encontró: era diminuta, curvada y sin barandilla.

—No puedo contigo. Tendrás que subir solo.

De algún modo, consiguieron llegar hasta arriba, donde estaba aparcado el jetvac de Darin.

—Yo conduzco —dijo ella, aunque jamás lo había hecho antes. En el estado en el que se encontraba Darin, temía que perdiera la consciencia y los matara a los dos—. Agárrate fuerte.

Con un temor que iba en aumento, Calvin se dio cuenta de que Kinsley había escapado. A pesar de haber expandido el perímetro, no había encontrado nada; ese laberinto de zigzagueantes pasillos tenía más escondites que una madriguera. Finalmente, canceló la búsqueda. Tendría que decirle a Alastair que había fracasado.

Solo pensarlo hizo que le doliera el estómago y que se le humedeciera la piel. De niño, Calvin había tenido un mapache disecado, su juguete favorito, con el que dormía cada noche. Cuando un día se negó a dárselo a Alastair, este no dijo nada, pero a la mañana siguiente, mientras Calvin se duchaba, le abrió una costura, orinó dentro y volvió a coserlo. Cada día, el mapache olía peor y peor, hasta que sus padres empezaron a notarlo. No hubo modo de limpiar el muñeco y su padre lo tiró a la basura.

Así había sido siempre. Alastair se vengaba, no con simple destrucción, sino transformando lo que era más significativo para él, lo que le proporcionaba más seguridad, y convirtiéndolo en un horror. No tenía duda de que su hermano encontraría una forma de castigarlo por ese error, pero tenía que decírselo de todos modos.

No era un mensaje que quisiera darle por un canal. Les dijo a sus hombres que se retiraran y se dirigió a la consulta de Alastair en el Rim.

Alastair Tremayne estaba encantado. Todo estaba sucediendo según lo planeado. Incluso ahora, Calvin le llevaría a Kinsley como cabeza de turco y Carolina...

Bajó la mirada hacia su hermoso cuerpo, tendido desnudo e inconsciente sobre la mesa. Se había enfrentado a su papaíto por el asunto del tratamiento Dachnowski y, según lo esperado, Jack McGovern se había negado a ceder. Furiosa, ella le había suplicado a Alastair que se lo aplicara de todos modos y él, fingiendo renuencia, había accedido. Pero Carolina se llevaría un poco más con la oferta.

Abrió el almacén de mantenimiento y con mucho, mucho cuidado levantó la caja de metal. Vibró bajo sus manos y estaba tan fría que le dolieron los dedos. La dejó al lado de ella, sobre la mesa.

Elegió un escalpelo y rozó el filo contra la suave piel de Carolina. El procedimiento no duraría mucho, y ella jamás sabría lo que le había hecho. Le habían realizado varias modificaciones de diagnóstico médica, pero Alastair sabía cómo burlarlas. Ni siquiera le dejaría cicatriz. Con cuidado, fue aumentando la presión

sobre la hoja y comenzó a cortar.

Veinte minutos después, el procedimiento estaba completado. Volvió a meter la caja en el almacén.

Mientras lo cerraba con llave, una llamada a la puerta lo sorprendió. Se recompuso. No tenía nada que esconder. Cubrió a Carolina con la sábana hasta el cuello y fue a abrir la puerta principal.

Calvin estaba allí, equipado al completo con su kit de batalla y con una expresión que a Alastair no le gustó.

—Ha escapado —informó Calvin.

Alastair respiró hondo. No gritó: Calvin esperaba su ira, así que explotar ante él aliviaría su miedo. Una rabia silenciosa sería más efectiva.

—¿Cómo ha podido pasar?

A Calvin se le contrajo una mejilla, señal clara de que estaba aterrorizado. A pesar de su furia, Alastair estaba disfrutando. No había nadie en la tierra a quien pudiera manipular tan fácilmente como a Calvin.

—Los miembros del club nos han atacado —respondió Calvin—. Ha sido una estupidez, porque hemos matado a seis, pero en mitad de tanto caos, Kinsley ha escapado.

Alastair captó un movimiento con su visión periférica. Carolina estaba moviéndose. No había tiempo para discutir. Se aprovechó de su altura y miró a su hermano desde arriba, como pocos podían hacer.

—Encuétralo. Encuéntralo esta noche. No vuelvas aquí hasta que lo tengas bajo custodia.

Cerró la puerta de golpe y después se rió. La huida de Kinsley era un contratiempo menor; podría volver a encontrarlo. Los planes que tenía para Carolina eran mucho más importantes. Fue hacia ella y sacó a Calvin de su mente. La pequeña farsa de esa noche no había terminado aún: tenía una escena más que representar. Asquerosa, pero necesaria.

—Buenos días, preciosa mía —dijo, agachándose y besándola en la frente.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó ella—. Es como si acabara de cerrar los ojos. Aunque me siento muy cansada.

—No demasiado cansada, espero. —Le dio un pequeño tirón a la sábana para que cayera al suelo.

Ella apoyó la cabeza sobre un codo y no mostró intención alguna de cubrirse.

—¿Quieres decir que no has terminado conmigo?

—Tenía un procedimiento final en mente.

Lo observó minuciosamente.

—Estás demasiado vestido, ¿no?

Alastair se encogió de hombros.

—El cliente siempre lleva la razón.

A Kathleen Melody Dungan no le ha gustado mi carta. Ha estado llorando y contándoselo a su hermana en Great Neck, Míchigan. También se lo ha contado a la policía. Les ha dicho que temía que alguien quisiera hacerle daño a Fiona. No lo entiendo. Yo solo he dicho que esperaba que no estuviera triste.

He observado a Kathleen y a Fiona unos segundos y he descubierto que la gente tiene ojos de más. A veces los llaman cristales y a veces los llaman visores. A veces sacan imágenes de sus visores y puedo verlas. Pero puedo ver las imágenes incluso aunque no las saquen. Puedo ver las imágenes todo el tiempo. Al principio, no comprendía las imágenes, pero ahora sí. He visto a Fiona y a Kathleen llorar mucho y estar tristes. He dejado de observarlas.

Mark estaba durmiendo cuando la alarma de su visor lo despertó. Una luz titilando en el borde de su visión le indicó que tenía un mensaje urgente.

—Reproducir mensaje —ordenó Mark.

Oyó una agitada voz de mujer.

—Tu amigo necesita ayuda. Por favor, ven a la iglesia de las Siete Virtudes. Rápido.

Nervioso, Mark se vistió, bajó las escaleras de puntillas y salió a la cálida noche. Una rápida búsqueda en red le indicó la ubicación de la iglesia, que estaba situada justo por encima de la línea de la inundación. ¿Sería Darin? ¿Quién era la chica? Vio que el mensaje provenía de un nodo público del interior de la iglesia. Mark lo eliminó para borrar así el registro de su fuente. Esa chica no sabía lo que era la seguridad. Por lo menos, no había mencionado el nombre de Darin.

Utilizando su visión nocturna para navegar, Mark anduvo por las calles más pequeñas y recónditas. Mientras caminaba, buscó nodos de alerta de los Ejecutores de la Seguridad y pronto descubrió lo que había sucedido en La Corteza aquella noche, al menos la versión de los soldados.

Encontró la iglesia, pero en lugar de entrar por la puerta delantera sin estar preparado, prefirió rodear el edificio. Nada de luces. Finalmente, eligió una pequeña puerta lateral, la encontró abierta y accedió al interior. Se encontró en una alcoba que se abría hacia un santuario principal que no tenía bancos pero sí hileras de catres improvisados que la hacía parecer más un hospital de campaña que una iglesia.

Darin yacía inmóvil en uno de los catres que tenía cerca. Una joven estaba inclinada sobre él.

—¿Quién eres? —preguntó Mark.

La joven se sobresaltó y miró hacia la oscuridad.

—¿Mark? —preguntó ella.

Él se acercó.

—Sí, soy Mark. ¿Quién eres tú?

—Lydia Stoltzfus. Te lo explicaré todo después. —Miró a Darin—. Necesita ayuda. Pensé que era solo una nariz rota, pero ha perdido la consciencia mientras subíamos la colina. No sé si por la pérdida de sangre o si se trata de algo peor.

Mark miró a Darin y tragó saliva con dificultad. Tenía toda la cara aplastada, como hundida. Se preguntó qué había tenido que ver Lydia con esas lesiones y cómo habían llegado hasta allí, pero no quería perder tiempo haciendo preguntas.

—Bueno, no podemos llevarlo a mi casa; mi padre quiere verlo en la cárcel. Y todos los artistas modis que conozco lo delatarían y se lo dirían a mi padre.

—¿Y si les pagaras a cambio de su discreción?

El tono de Lydia era apremiante, pero controlado, y eso impresionó a Mark. Quienquiera que fuera, estaba claro que había llevado a Darin hasta allí sin llamar la atención de los guardias, y que no podía haber sido fácil.

—Podría intentarlo —convino Mark—, pero sería un riesgo. Podrían llevarse mi dinero y decírselo a mi padre de todos modos.

—Tiene que verlo alguien.

—Ya lo sé. De acuerdo, llamaré a Whitson Hughes. Es un médico muy respetable y, hasta donde yo sé, nunca se ha metido en política. Dudo que aceptara un chantaje, pero seguro que tampoco contará nada.

Mark hizo la llamada.

—Doctor Hughes, soy Mark McGovern. Hay una emergencia, ¿puede ayudarme?

—¿Dónde estás, chico? ¿Estás herido?

—Estoy en la iglesia de las Siete Virtudes, en la Treinta y cuatro con Water, y señor, por favor, sea discreto.

Hubo una larga pausa y entonces se escuchó:

—Allí estaré.

Mark se giró hacia Lydia.

—Viene de camino. Aunque, por lo que sé, también viene una brigada de soldados.

—Has hecho lo que has podido. Gracias. No sabía en quién más confiar.

—Hablando de confianza, me has dado tu nombre, pero ¿quién eres? ¿De qué conoces a Darin?

—No hay mucho que contar. Nos conocimos hace unos días. Estaba en un club con él cuando... —Se aclaró la voz—. ¿Crees que sobrevivirá?

—No lo sé, Lydia.

Ella era otro misterio. ¿Era una novia? ¿Por qué no la había mencionado Darin?

Vestía más a la moda de lo que se esperaba de una chica comber, pero no tenía modificaciones que él pudiera ver, ni siquiera un visor. Se quedaron en silencio observando a Darin hasta que alguien llamó a la puerta y los sobresaltó.

Mark la abrió y condujo a su interior a un sorprendido Whitson Hughes. Hughes era un hombre grande y brusco, con un rojizo cabello leonino y sutiles modificaciones. Sin colores chillones, ni brillos ni elegancias, pero sí con un segundo pulgar en cada mano y pliegues de piel en el cuello que permitían que su cabeza girara trescientos sesenta grados. Cuando vio a Darin en el catre, apretó los labios formando una fina línea.

—No participaré en ninguna actividad criminal —advirtió—. Tengo un canal abierto con el cuartel general de los ejecutores; por favor, dame una razón por la que no debería usarlo.

—Señor, Darin es inocente. Es una cabeza de turco. Mi padre quiere culparlo de los recientes crímenes para limpiar su imagen política.

—Me inclino a permitir que sean los tribunales los que decidan eso.

—Pero está herido. Si tiene que delatarlo, al menos ayúdalo primero. Es un comber. Ya sabe la amabilidad que le mostrarían los merces.

Hughes pensó en ello.

—Haré lo que pueda por ayudarlo —cedió—, y después decidiré. Ahora, por favor, dejadme algo de privacidad con el paciente.

Mark y Lydia se dirigieron a la antesala de la iglesia y se sentaron juntos bajo la casi total oscuridad que reinaba en la estancia.

—¿Estás bien? —le preguntó Mark.

Lydia soltó una breve carcajada.

—No estoy herida, si te refieres a eso. Pero unos hombres con pistola acaban de interrumpirme una cita. —Se detuvo—. Nunca había visto asesinar a nadie.

—¿Asesinar? ¿A quién han asesinado?

—Al hermano de Darin, entre otros.

—¿A Vic? ¿Por qué?

Lydia le narró lo sucedido.

Durante unos momentos, con la mirada perdida, Mark no pudo decir nada, pero finalmente preguntó:

—¿Lo sabe Darin? ¿Sabe que está muerto?

Lydia asintió.

—No había duda.

—Ya estaba furioso —dijo Mark—. No puedo imaginar lo que le supondrá esto. —Le dio un golpe al banco en el que estaban sentados—. ¿Por qué no han podido dejarlo tranquilo?

—¿Vic y él estaban muy unidos?

—Darin ha estado luchando contra la desigualdad de clases desde que Vic enfermó; eso es lo que lo ha empujado a actuar. Y esto... creo que lo pondrá al límite.

—Pero ¿por qué siguen detrás de él? A ti te han soltado.

—A mí me han soltado porque mi padre ha utilizado su influencia. Darin y yo somos igual de culpables.

—¿Culpables? Pero acabas de decirle a ese artista modi que Darin era inocente.

—Es inocente de los cargos que le imputan. Inocente de asesinato intencionado. Pero los dos somos responsables de lo que sucedió. Nuestra gamberrada permitió que un programa malicioso se colara en la red y, como resultado, ha muerto mucha gente.

—¿Cuánta?

Mark soltó un suspiro. Conocía la respuesta, pero nunca la había dicho en voz alta. Era demasiado horrible, y escucharlo lo haría real. Finalmente, dijo:

—Trescientas veintisiete personas.

La oyó contener un grito ahogado en la oscuridad.

—No puedo imaginarme tantas muertes —dijo él—. Cuesta creer que haya pasado algo así.

Mark se preguntó por qué estaba contándole todo eso en la oscuridad a una completa desconocida. Tal vez se debiera precisamente a eso; era una extraña, una anónima en la oscuridad, como si se tratara de una confesión católica. Pero ella no era un sacerdote y no ofrecía absolución.

El silencio se prolongó. Se dio cuenta de que la chica no sabía qué más decir, así que era el momento de cambiar de tema.

—Entonces, ¿Darin y tú...?

—No. No lo sé. Tal vez. Acabo de conocerlo.

—¿Te había pedido salir antes de hoy?

—Sí, pero estaba demasiado ocupado escapando del arresto como para quedar conmigo.

—¿Qué piensas de él?

Ella se quedó en silencio un momento y después dijo:

—Se preocupa.

—¿Por ti?

—Por todo. Por la ciudad en la que vive, por la injusticia y por la opresión. No se queda sentado sin hacer nada mientras hay tantas cosas que están mal en el mundo.

—Es verdad —reconoció Mark—. Una vez me dijo que Vic era un ciudadano más productivo que yo porque, aunque ninguno de los dos desempeñaba ninguna función útil, al menos Vic no derrochaba más que sus recursos.

Unas pisadas anunciaron el regreso de Whitson Hughes.

—Seguirá inconsciente unas horas —dijo Hughes—. Se le ha metido una astilla de hueso en el cerebro. No creo que tenga daños permanentes, pero he tenido que

regenerarle bastante carne.

Siguieron a Hughes hasta el interior del santuario. Fuera, el cielo comenzaba a iluminarse y salpicaba una tenue luz a través de las hileras de ventanales góticos. Mark vio a Darin aún tendido en el mismo catre; su cara estaba reestablecida. Pero pasaba algo. Se acercó y se detuvo, impactado. La nueva cara no era la de Darin.

—¿Qué le ha hecho?

—No cuestiones mi trabajo, muchacho —respondió Hughes—. Era el único modo. Las caras son delicadas, más un producto del estrés y práctica que de ADN. No he podido reproducir el original. Además, por lo que sé, un rostro anónimo podría venirle mejor.

—No le va a gustar —dijo Mark.

Hughes frunció el ceño.

—Está vivo. Ahora, me voy a casa a dormir un poco. Volveré en una hora o dos para ver cómo evoluciona.

Se marchó. Mark escrutó de nuevo el rostro de Darin. Era mejor que la muerte, claro, o que la desfiguración, pero a Darin no le haría ninguna gracia. El nuevo rostro era atractivo, con una nueva y suave piel y rasgos afilados, pero no era la clase de cara que uno veía por debajo de la línea de la inundación, sino una de esas por las que los ricos pagaban. Era una cara de rimmer.

—Podría ser peor —dijo Lydia.

—Espero que él piense lo mismo.

Se sentaron juntos en un banco adosado a un muro. De pronto, Mark sintió la incómoda sensación de estar solo en la oscuridad con una chica a la que apenas conocía. ¿Debería marcharse? Probablemente no; ella no querría ser la única persona despierta en ese inmenso y viejo santuario.

Tras un instante de silencio, Lydia dijo:

—No esperaba verme en una iglesia de nuevo tan pronto.

Mark intentó distinguir su expresión en la penumbra.

—¿Una mala experiencia?

—Podría decirse. Me echaron de la Iglesia en la que crecí.

—¿Por qué?

—Me vieron con un hombre. —Se rió amargamente—. Seguro que esto te resulta ridículo, ni siquiera estábamos haciendo nada. Estábamos besándonos. Bueno, fue un poco más que eso, pero no mucho.

—¿Te echaron de la Iglesia por besarte?

—Querían que nos casáramos, pero yo no quería.

—¿Por besarte?

—Se toman sus leyes muy en serio. Es lo que evita que queden «contaminados» por los ingleses, por los de fuera. Cuando era pequeña, apenas sabía que había un

mundo fuera de Lancaster.

—¿Entonces creciste sin modis y sin electricidad?

—Sin electricidad, sin fontanería, sin herramientas mecánicas, sin imágenes en las paredes. Ni encaje, ni sombreros, ni cinturones o botones. Todo según se ha hecho durante siglos.

—Entonces todo esto es... —Mark arrastró la mano como si estuviera refiriéndose a la ciudad.

—Bastante sobrecogedor.

El sol empezaba a alzarse y luces de colores reptaron lentamente por el suelo. Lydia bostezó y se rascó la nuca mientras giraba la cabeza de un lado a otro.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Mark.

—Con mi tía. Es la oveja negra de la familia. Se marchó de casa cuando mi madre era pequeña y se casó con un rico empresario. Mi familia habla de ella como si estuviera muerta.

—¿Y de ti?

Lydia vaciló.

—Sí, supongo que dicen lo mismo de mí. Mi padre lo hará, seguro. Mi madre por lo menos escribió a la tía Jessie y me buscó un sitio al que ir. —Suspiró—. Ahora mi hogar es Filadelfia.

—¿Qué le pasó al chico?

—¿Qué chico?

—El chico por cuyo beso arriesgaste toda tu vida. ¿Qué le pasó? ¿Cogió lo que quería y te dejó enfrentándote sola a las consecuencias?

—La culpa fue mía. Supongo que estaba tan prohibido que me pregunté a qué venía darle tanta importancia. Él era inglés, el hijo de un granjero que comerciaba con nosotros. Vino a casa una mañana; mis padres estaban ayudando a un vecino enfermo a ordeñar sus vacas.

—¿Entonces lo besaste así, sin más? ¿De pronto?

Lydia lo miró y, por primera vez, Mark advirtió un brillo de flirteo en ellos.

—A él no es que le importara, precisamente. Entramos en casa, empezamos a... bueno, y entonces llegó mi padre.

A medida que la luz aumentaba, Mark podía ver mejor: un rostro anguloso y un cabello largo y natural que caía sobre sus hombros proyectando una línea de sombra sobre su cuello. Entendía por qué Darin se había sentido atraído por ella. Poseía una belleza natural, intensa, que no tenía nada que ver con la belleza de las chicas rimmer de su edad.

Lydia lo miró a los ojos y echó la cabeza atrás un centímetro, con un gesto más serio y cauteloso. Pero Mark no tuvo oportunidad de llegar a comprender esa nueva reacción ya que Ridley Reese entró por la puerta hablando casi a gritos.

—No hay tiempo que perder —les decía a las chicas que la iban siguiendo—. Vamos a vernos desbordadas en cualquier momento. ¿No ha llegado ningún médico aún? Veronica, empieza a hacer llamadas; y, Savannah, pon rectas esas filas, si eres tan amable. Ah, hola, Lydia, tienes que contarme cómo te ha ido con míster...

Enmudeció al advertir la presencia de Mark.

Lydia la miró y se encogió de hombros.

—Ha pasado por aquí para ayudar con la clínica.

Pero Ridley seguía mirando, de arriba abajo.

—Quiero que me lo cuentes todo después, ¿prometido? —Al instante, se puso manos a la obra y comenzó a señalar los bancos que quería que se apartaran.

Mark entró en la estancia donde Darin seguía tendido inmóvil. Lydia lo siguió.

—Hay mucho que hacer —dijo—. Debería ayudar a Ridley a preparar las cosas.

—¿De qué va todo esto?

—Es una clínica de modis gratuita para la gente que no puede permitírselo. Esas chicas y yo la hemos fundado. Por eso se me ha ocurrido traer aquí a Darin. No podía llevarlo a casa de la tía Jessie.

—Ve tú —dijo Mark—. Yo me quedo con él. No quiero que se despierte sin tener a un amigo cerca.

—Gracias. Y gracias por venir.

Le tendió una mano y él la estrechó.

—Me alegro de haberte conocido.

Formaban una divertida pareja, pensó Lydia. Mark era tan amable y modesto como enérgico y apasionado era su amigo. No le había contado a Darin ni la mitad sobre sí misma de lo que acababa de contarle a Mark; la conversación con Darin había sido sobre ideas y filosofía. Mark se limitaba a hacer preguntas y a escuchar las respuestas.

Bordeó el santuario intentando aclarar su mente. No era momento de estar pensando en chicos; había trabajo que hacer. Mientras preparaba las cosas, afuera la multitud iba en aumento, hasta el punto de que se asomó por la ventana y no pudo distinguir los límites. Los escalones estaban abarrotados y la gente comenzaba a hacinarse por todas partes. Por el momento estaban siendo civilizados, pero eso no podría durar.

—¿Estamos listas? —gritó Lydia.

—¡Que pasen! —respondió Ridley, y Lydia abrió la puerta.

Entraron en el nártex, lo llenaron y accedieron al santuario. Había cientos de ellos, pero las chicas lo habían previsto y estaban preparadas. Colocaron a la multitud en una fila que rodeaba el santuario e indicaron a los primeros que ocuparan los catres. Los médicos modi comenzaron a hacer su trabajo.

Al fin regresó Whitson Hughes, sacudiendo su mata de pelo con frustración, y

pidió un hueco para él. Los médicos extendían y aplicaban celgel con una velocidad profesional. La mayoría de los tratamientos eran mera rutina, secuencias precodificadas, y por razones médicas más que estéticas, por lo cual no requerían ni creatividad ni un cuidado especial. Aun así, los procedimientos llevaban su tiempo y el puñado de médicos con el que contaban no podía hacer más.

Lydia observaba a la muchedumbre que esperaba en el exterior; la mayoría todavía no podía entrar en el edificio, pero se mantenía calmada. Pasó una hora y la fila avanzó, aunque lentamente. Lydia se encontró con poco que hacer más que observar.

Darin seguía sin mostrar señales de que fuera a despertarse. Ella acudía con regularidad a ver cómo se encontraba, pero cada vez que lo hacía, Mark negaba con la cabeza. No había cambios.

Un grito desde el extremo norte del santuario la llevó hacia allí, pero no era más que Ridley hablando furiosa con alguien por un canal de red, sin molestarse en hacer que fuera una llamada privada.

—¡No! No iré a casa. Esta gente necesita ayuda y voy a ayudarlos. Son personas, madre, no animales. Iré a casa cuando los haya ayudado a todos, y no, un momento... ¿qué? No puedes hacer eso. Dile que no puede. Esto es una reunión pacífica, no es nada ilegal. ¡Habla con él, por favor!

De pronto, Ridley estaba llorando.

—¡Te odio! —gritaba—. ¡Te odio!

Alzó la mirada, vio a Lydia y, bruscamente, se secó las lágrimas con una manga.

—Vamos a tener compañía.

—¿Quién?

—Mercks. Mi padre tiene contactos en el Consejo de Justicia. Les ha dicho que hay una manifestación aquí.

Una chica comber tiró de la manga de Lydia.

—¿Señorita Stoltzfus?

Lydia la ignoró.

—Seguro que cuando vengán verán que no es cierto.

—No. Nos harán cerrar y echarán a todo el mundo. ¡Tenemos que hacer algo!

—No sé qué podemos hacer.

—¡Fíjate en toda esa gente! Estamos haciéndolo, Lydia, ¡estamos cambiando las cosas! —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. No dejaré que nos paren.

—Pero están armados, Ridley, y toda esta gente... —Lydia se giró exasperada hacia la chica comber, que seguía tirándole de la manga y diciendo su nombre—. ¿Qué quieres?

—Señorita Stoltzfus, es Mark McGovern; me ha dicho que venga a buscarla. Su amigo ha despertado.

Alastair no esperaba encontrarse a Marie Coleson en la puerta de su consulta. Ni siquiera la reconoció hasta que ella le estrechó la mano, se presentó y le presentó a su amiga. ¿Cómo lo habría encontrado? Sonrió, intentando actuar con naturalidad.

—¿Puedo ayudarlas, señoras?

—Conoció a mi marido, Keith Coleson. Trabajó para usted en Norfolk.

Control. No pierdas el control. No puede saberlo.

—Coleson. Sí, lo recuerdo. Por favor, pasen. Siéntense.

Se acomodaron en las sillas de su sala de espera.

Marie Coleson. La había visto en persona únicamente en una o dos ocasiones, aunque había visto su fotografía en el escritorio de Keith incontables veces. Una marine, al parecer. El uniforme le sentaba bien, aunque ni la mitad de lo bien que le sentaba a su amiga. Alastair se giró hacia Pamela Rider y arrastró la mirada sobre sus botones, costuras e insignias. El adusto exterior no podía ocultar su cuerpo, y esas suaves curvas aprisionadas en una áspera tela no hacían más que aumentar el efecto. A algunas mujeres les ponía nerviosas que las admiraran abiertamente, así que él no lo hizo con discreción. Se humedeció los labios mientras la observaba de arriba abajo y, a cambio, recibió una fría mirada.

—Señor Tremayne —dijo Marie—, estoy segura de que recuerda que mi marido murió hace unos dos años, poco antes de que su laboratorio cerrara.

Muy a su pesar, Alastair volvió a centrar su atención en ella.

—Sí, fue un accidente de flier, ¿verdad? Muy triste.

—¿Sabe...? —comenzó a decir, y volvió a intentarlo—: Esto puede parecer extraño, pero intento descubrir si Keith tuvo alguna relación con otra mujer antes de morir.

—Señora Coleson —dijo Alastair intentando parecer compasivo—. Yo era su jefe, no su confidente. Si su marido le era infiel, yo no tenía conocimiento de ello. Nuestra relación era estrictamente profesional.

—Pero trabajaba con él cada día. ¿Mencionó a otras mujeres? ¿Se marchaba a horas extrañas? En ese laboratorio trabajaban menos de una docena de personas; ¿quién estaba cerca de Keith? ¿En quién podría haber confiado?

Alastair buscó una respuesta adecuada. Lo último que quería hacer era remitirla a los demás empleados, empleados que podrían olvidar las grandes recompensas que recibieron a cambio de su discreción.

—Lo lamento, señora Coleson, pero no lo sé. La idea general del negocio fue mía, y también el patronazgo, pero no la implementación diaria. Tenía otros intereses comerciales que dirigir y pasaba poco tiempo en el laboratorio.

Marie se apocó y él pudo verlo. Se habría marchado en ese mismo momento, estaba seguro, pero la guapa insistió:

—¿En qué estaban trabajando en ese laboratorio?

—En una quimera —respondió—. Una apuesta noble, que al final resultó fallida, por la inmortalidad.

—¿Empleando qué tecnología?

—Mentes virtuales, personalidades digitales; se las ha llamado de muchas formas. Teníamos ideas para resolver algunos de los problemas de este campo, pero la tecnología modi evolucionaba demasiado deprisa y nosotros nos quedamos sin fondos.

—Entonces, ¿el cierre no tuvo nada que ver con la muerte de Keith?

—No, en absoluto. Habríamos cerrado ese mes de todos modos.

—Y ahora se ha unido a la competencia.

Alastair esbozó una sonrisa de nuevo, aunque cada vez era más fina.

—La tecnología modi es el campo donde se producen todos los avances actualmente. Ahora, a menos que puedan interesarles algunos de mis servicios...

—Una pregunta más —dijo Marie—. En Norfolk, subcontractó los empleados de su laboratorio a Industrias Lakeland.

—Sí, creo que sí. —¿Adónde querían llegar?

—Según sus informes, les pagó unas cuantiosas pagas extraordinarias por fin de año a sus empleados antes de que cerrara el laboratorio.

—Esos son informes privados, señora Coleson. Podría hacer que presentaran cargos contra usted.

—A todos los empleados menos a mi esposo.

—Naturalmente. Estaba muerto. Lo lamento, pero no hay razón para pensar que él pudiera recibir una compensación adicional. Si ha venido aquí esperando que le dé dinero...

—Eso es lo curioso. Los cheques fueron redactados y firmados el diez de diciembre, más de dos semanas antes de su muerte. Aun así, su nombre no aparecía.

Alastair se quedó impactado. No podía haber sido tan tonto. Pero entonces lo recordó.

—Su marido rechazó el bono.

—¿Por qué haría algo así?

—Le importaba el proyecto. Sabía que estábamos pasando por una situación económica complicada y quería colaborar de ese modo.

—¿Y cómo podía un proyecto en una situación económica complicada permitirse pagar tales gratificaciones?

Alastair se levantó, ahora furioso, utilizando su estatura para eclipsarlas a las dos.

—Señora Coleson, si tiene alegaciones que hacer sobre el manejo de mi empresa, puede presentarlas ante el Consejo de Negocios de Norfolk. De lo contrario, no tengo nada más que decir.

Las miró. Sin palabras, las mujeres se levantaron y salieron. Alastair tuvo que contenerse para no dar un portazo.

Pero lo más descabellado de la cuestión era que era cierto. Keith había rechazado aquella paga. Siempre había creído en la causa, había sido un trabajador apasionado y, precisamente por ello, había sido tan fácil de manipular. Se había imaginado en el umbral del mayor adelanto de la historia humana y ningún sacrificio le había parecido demasiado grande.

Ahora estas mujeres habían husmeado y habían encontrado una incoherencia, algo suficientemente sospechoso como para garantizar una investigación. Por mucho que pudiera explicarlo, no podía permitir que investigaran los informes del laboratorio. Tendría que hacer algo...

El rostro del espejo no era el suyo. Una cara inmaculada se reflejaba infaliblemente en el inmaculado espejo, pero no era la suya. Sus esperanzas se habían venido abajo. Sus sueños se habían derrumbado. En un día había perdido a Vic... ¡y ahora su cara! ¿Quién iba a seguirlo ahora? ¿Cómo podría aunar apoyos para su causa? Parecía un rimmer.

Darin se puso de pie y apartó la mano de Mark de un golpe cuando este intentó ayudarlo.

—No me toques. ¿Dónde está Lydia?

La chica apareció, con los ojos bien abiertos, tan preciosa como siempre, y él se estremeció, queriendo ocultar su rostro en un saco.

—Lydia. Ayúdame a salir de aquí.

—Deberías quedarte a descansar —dijo ella.

—No necesito descansar. Mira lo que me ha hecho. No me quedaré aquí, no con él.

Lydia y Mark se miraron. Darin percibió la expresión que compartieron y de pronto lo entendió. Miró a Lydia.

—Se lo has dicho.

Ella arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Les has dicho dónde encontrarme. Te reuniste conmigo en el club y después me delataste.

—No digas tonterías —lo reprendió Mark—. Casi se ha matado trayéndote hasta aquí.

Darin dio un paso atrás mirándolos como lo que eran: rimmers, los dos.

—Estabais metidos en esto juntos —los acusó. Ahora lo veía muy claro—. Claro que sí.

—No es una conspiración —dijo Mark.

—¿Y cómo, si no, han sabido que estaba aquí? ¡Se lo has dicho tú! —Avanzó

hacia Lydia—. ¿Ya estás contenta? ¿Ves lo que has conseguido? Vic está... —Su voz se apagó al intentar contener las emociones—. Lo has matado.

—Ella te ha ayudado —dijo Mark—. El club se enfrentó a los mercs; si no te hubiera traído aquí, también podrías haber muerto tú.

Darin vio sus expresiones de compasión y se fijó en la escena que lo rodeaba: la multitud de combers, los catres, los médicos modi. Así que eso era para ellos: una causa benéfica. Lo delatan, lo rehabilitan y lo convierten en un buen ciudadano.

—Oh, claro —dijo—. Los dos me habéis ayudado mucho. Como Dios desde su cielo. Dadme algo de dinero y así podréis solucionar todos mis problemas.

—No ha sido así —intervino de nuevo Lydia—. Estabas herido. No tiene nada que ver con lo pobre que eres.

—Vic está muerto por lo pobre que soy. Todo lo que me ha sucedido ha sido por lo pobre que soy. Habláis sobre las difíciles condiciones de los trabajadores, organizáis colectas de comida para los pobres y después os sentís bien con vosotros mismos. Pero no sois como nosotros. No son vuestros seres queridos los que están muriendo para que los rimmers puedan vivir.

Darin empujó el catre y el armazón de metal chocó contra el suelo de piedra.

—Siento lo de tu hermano —dijo Lydia—. Lo siento mucho.

—¡No quiero tu compasión!

Intercambiaron miradas de nuevo: preocupadas, compasivas.

—Rimmer. Hasta la médula. Debería haberlo visto antes.

Fue tambaleándose hasta la puerta y la abrió. Caía una fina lluvia. Para su alivio, no lo siguieron. Encontró su jetvac tirado en la puerta y le dio una patada para arrancarlo. Delante de la iglesia, una multitud se daba empujones para cobijarse de la lluvia, pero él se abrió paso y bajó la ladera en diagonal.

De vuelta a los Combs. De vuelta con su propia gente, con su propia clase. Allí no tenía amigos.

Lydia gruñó de frustración.

—¡Menudo orgulloso...! —No sabía cómo terminar.

A su lado, Mark sacudió la cabeza.

—Me siento fatal por él.

—Yo no. —Le habían hecho daño, sí, y había perdido a su hermano, pero Mark, ella e incluso el doctor Hughes habían arriesgado su vida por él, y él los había tratado como si fueran enemigos—. Lo he arrastrado hasta aquí, esperando en cualquier momento que un merc me atravesara la espalda con un proyectil. Si no lo valora y no lo agradece, que se quede solo.

—No podemos juzgarlo por lo de hoy. Quien hablaba era su dolor y el impacto que le ha producido la muerte de su hermano.

—No estoy segura —dijo Lydia. Ahora estaba enfadada con los dos; con Darin,

por ser tan cabezota, y con Mark, por excusarlo. Pero un estallido amortiguado, seguido por gritos de la multitud, interrumpió sus ideas.

El bullicio dentro del santuario se paralizó; podía escucharse un sonido como de burbujeo y pisadas. Después, se abrieron las puertas principales, y una masa de gente aterrada entró a empujones, volcando mesas y catres y haciendo que las chicas que habían estado gestionando a los pacientes se dispersaran.

—Rápido —dijo Mark—. Arriba.

Al otro lado de la alcoba donde había dormido Darin había un tramo de escaleras de piedra que se retorció hacia la parte más alta de la iglesia. Un campanario clásico coronaba el edificio, recordó, aunque no había campana. Siguió a Mark por las escaleras y después otro tramo más hasta que llegaron a la torre. Ahora la lluvia caía con más fuerza y el viento sacudía sus rostros. Miró hacia abajo.

Un grupo de mercs hizo que la multitud se dispersara, algunos lograron entrar en la iglesia, pero la mayoría no pudo. Bolas de espuma chisporroteaban en vano, ya que la lluvia evitó que se expandieran. Uno de los mercs habló a la multitud; su voz amplificada resultaba perfectamente nítida incluso para Lydia y Mark, que estaban tres pisos más arriba.

—Esta clínica queda cerrada por orden del colectivo de los consejos de la ciudad de Filadelfia. Se pide a todos los ciudadanos que se retiren.

Nadie se movió. La gente, malhumorada y empapada, no empujó hacia delante, pero tampoco se marchó. Los soldados apuntaron sus armas.

—No son letales —dijo Mark—. Sirven para detener a la muchedumbre, pero no matarán a nadie.

Lydia lo miró sorprendida.

—¿Cómo puedes verlo desde aquí?

En respuesta, él se señaló el extremo de un ojo y ella cayó en la cuenta: modis.

—¿Crees que lucharán?

Mark sacudió la cabeza.

—Son pistolas térmicas de microondas. Pueden cocerte la piel si estás cerca, pero no lo harán. Se dispersarán. La clínica está cerrada.

Lydia se alegró. Odiaba ver todo ese trabajo interrumpido, pero tampoco quería violencia. Ya había visto bastante en ese club la noche anterior.

Un ruido que venía de abajo hizo que volviese a mirar. Ridley Reese, gritando, estaba golpeando con los puños a uno de los mercs. Solo unas cuantas palabras de su acalorada perorata llegó hasta la torre:

—Nos quedaremos aquí hasta que... tenemos todo el derecho a... cobardes...

Para horror de Lydia, Ridley sacó una pistola táser del cinturón del sorprendido guardia y le disparó a la cara. El arma no producía ninguna descarga eléctrica a menos que la manipularan las manos de su propietario, así que el ataque no hirió al

hombre. Pero, en respuesta, él disparó su pistola araña a una distancia muy corta, apuntándole al abdomen, y la hizo caer al suelo.

Después, Lydia no vio nada más que un embarrado caos y a cada merc rodeado por una burbuja de humanidad y disparando, hasta que esas burbujas los engulleron. La multitud corrió hacia la iglesia. Al momento, una jadeante Veronica se reunió con ellos en la torre seguida por más chicas y varios médicos, Whitson Hughes entre ellos.

—Cerrad las puertas —dijo él—. Bloqueadlas con todo lo que podáis.

—¿Por qué? —preguntó Lydia—. No somos enemigos.

—La multitud no lo diferenciará. Los combers que hay abajo les revelarán nuestro escondite. Representamos al Gobierno, a los ricos... todo lo que odian. Si cruzan esas puertas, no nos libramos.

Otro doctor cerró los ojos, murmuró algo por un canal de comunicación y después dijo:

—Viene ayuda de camino.

La torre tenía poco con lo que bloquear las puertas. Mark hizo una cuerda de un tapiz y la ató a los tiradores de la puerta. Había dos sillas, el único mobiliario, pero eran de fabrique y no se podían romper, así que las colocaron bajo los tiradores lo mejor que pudieron.

Unos hombres subieron las escaleras gritando y empujaron las puertas maldiciendo. Los atacantes se lanzaron contra la barrera una y otra vez, y consiguieron abrir un pequeño hueco. Un cuchillo se coló por él y comenzó a rajar el tapiz.

Y entonces llegó la caballería. Un flier rugía desde el norte y disparaba a la multitud que seguía en los escalones. Voló directo hacia la torre y se quedó suspendido mientras comenzaba a escupir soldados. La mayoría cayó seis metros hasta el suelo sin resultar herida, pero tres de ellos saltaron sobre la torre y se aferraron a la piedra con manos adhesivas. Entraron trepando y, de una patada, apartaron las sillas de fabrique justo cuando se soltó el tapiz. Las puertas se abrieron.

Los combers entraron en la sala directos hacia una descarga de proyectiles inteligentes que los hicieron pedazos. Los mercs bajaron las escaleras disparando y Lydia oyó cómo los gritos de rabia se convertían en gritos de pavor.

Minutos después, todo acabó. Un merc bajó por la escalera para guiarlos. Lydia lo siguió apoyándose en el hombro de Mark mientras se abría paso entre los muertos.

Las escaleras, pasillos, alcobas, el santuario, el nártex e incluso los escalones de piedra estaban cubiertos de cuerpos. Habían sido asesinados limpiamente, sin causar más daño al edificio de la iglesia que unas manchas de sangre en la alfombra.

Hemos venido para ayudar a esta gente, pensó Lydia, y ahora todos están muertos. Cuando estaba atrapada en la torre, apenas había tenido tiempo de tener

miedo, pero entonces pudo sentirlo, como unas enormes y frías pinzas pellizcándole el estómago. Se dio cuenta, por primera vez, del frágil control que los consejos ejercían sobre la ciudad. Como la gran presa que frenaba al Delaware: dañada, parcheada, conteniendo apenas una oleada de violencia que podía arrasar la ciudad.

Y Darin estaba ahí afuera en alguna parte. Al otro lado.

Estoy muy triste. Ya no quiero ser Thomas Garrett Dungan. No quiero escribir ni a Kathleen ni a Fiona. A lo mejor debería escribir a papá. Pero no quiero. Papá me ha hecho daño. Me ha hecho daño y daño hasta que Tennessee Markus McGovern ha enviado ese bichito. Me gusta el nombre de Tennessee Markus McGovern. A lo mejor le escribo una carta a él.

Los cinco miembros con derecho a voto del Consejo Empresarial de Filadelfia tomaron asiento con lenta dignidad después de haber hecho que los miembros menos importantes y representantes de otros consejos esperaran durante casi media hora. Alastair, siguiendo el ejemplo de Jack McGovern, se sentó detrás de él en una de las sillas reservadas para el cuerpo administrativo y el consejo. El jefe del gabinete de McGovern se había puesto enfermo inesperadamente, pero resultó que Alastair estaba a mano para ocupar su lugar.

—Esta asamblea de emergencia del Consejo Empresarial y de Comercio se declara constituida —declamó un funcionario—. Señor presidente.

Jack McGovern se levantó.

—En las últimas semanas, una violencia que va en aumento ha amenazado con destrozar nuestra ciudad. Hace diez días, apenas se pudo controlar un motín en la fábrica de acero, la semana pasada la crisis de la presa agravó ese miedo y esa inquietud y la revuelta de esta mañana en la iglesia de las Siete Virtudes ha costado la vida a cuarenta y cinco ciudadanos. Este congreso especial se ha constituido para decidir el modo de actuación. Cedo la palabra a Ellen Van Allen.

McGovern se sentó y Van Allen que, a sus ciento cincuenta y siete años era el miembro del consejo de mayor edad, se levantó. No aparentaba más de cincuenta, pero su veteranía le permitía recordar el Conflicto, y sus ojos reflejaban una dignidad y una madurez que su joven cuerpo no podía ocultar del todo. Tácitamente, Alastair desconfiaba de ella.

—Apreciados colegas, señor presidente. No se puede seguir tolerando esta situación. La ciudad ha escapado de nuestro control. O hacemos más concesiones o hacemos un uso mayor de la fuerza. O llevamos la paz a los Combs, o los subyugamos.

Se sentó. Alastair vio que, con su breve discurso de presentación, la mujer provocaría una disputa entre los restantes cuatro miembros del consejo sin posicionarse, pero garantizando que su voto fuera decisivo en una resolución. Además, no se molestó en defender el derecho del Consejo Empresarial a resolver esos asuntos civiles; al tener el poder sobre el fisco municipal y todo el comercio de la ciudad, hacía tiempo que había consolidado su dominio como el consejo más

poderoso, por encima de todos. De todos los miembros del consejo, Van Allen podía darle a Alastair más problemas que nadie, políticamente hablando. Ni podía predecir qué haría esa mujer ni podía manipularla. Y eso la convertía en su enemiga.

McGovern, por supuesto, era otra cuestión. Su posición siempre era prudente, siempre centrista, siempre centrada en un propósito: mantenerse en el poder. Eso lo hacía extremadamente predecible. Solo se desviaba de ese *modus operandi* cuando surgía una oportunidad de enfrentarse al general Halsey, que ocasionalmente se aprovechaba de esa tendencia para irritar a McGovern y hacerle caer en la indiscreción. Halsey, recto como un palo y con un traje de ejecutivo que se daba de patadas con su canoso pelo rapado al cero, estaba inmóvil sentado a la izquierda de McGovern. Alastair sabía que no hablaría, que esperaría a McGovern.

—¿Subyugar o hacer concesiones? —preguntó McGovern levantándose—. Esas no son las únicas opciones.

Se levantó. Parecía tranquilo allí de pie, ni echándose encima de sus oyentes, ni demasiado lejos de ellos. Detrás de los miembros del Consejo Empresarial estaban sentados los representantes de los otros consejos principales y menores: Justicia, Bienestar Laboral y Social, Tecnología y Transporte, Obras Públicas y Desarrollo Urbanístico, Salud Pública, Información y Cultura, Educación, Turismo. Detrás de estos, se encontraban los propietarios de negocios, los abogados y la prensa. McGovern parecía dirigir sus palabras más a la sala en general que a sus colegas del consejo; aunque los miembros de este tenían el voto, podían verse influenciados por la respuesta pública.

—Si los subyugamos, nos convertiremos en un estado totalitario con un populacho descontento. Estados así nunca duran más de una generación. Si hacemos concesiones, sin embargo, si recompensamos la violencia con cambios en la política, invitamos a más de lo mismo. No, amigos míos, no debemos hacer ninguna de estas cosas. Por el contrario, debemos inspirar, debemos motivar, debemos educar. Muchos de los violentos son jóvenes en edad escolar; necesitamos programas extraescolares que los hagan desviarse hacia caminos nobles. No les damos nada, pero les motivamos a que intenten ganárselo.

Alastair advirtió una sonrisa en el gélido gesto del general Halsey. El general sabía que McGovern iba a tomar ese rumbo porque Alastair ya se lo había dicho y, por eso, Halsey había ido bien preparado.

—Concejal McGovern —dijo Halsey, pronunciando cada palabra con desdén—. Creo que ha encontrado la solución. ¡Programas extraescolares! Pero ¿y si no asisten? —Halsey extendió las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Mejor hablar de programas extraescolares obligatorios combinados con un toque de queda a las ocho. Además, todas las reuniones de más de veinte individuos para cualquier propósito deberían quedar registradas. Lo que necesitamos es más control.

—Pero ¿cómo aplicarlo? —preguntó la concejal Estelle Deakins—. Carecemos de destacamento para esa clase de operación. —Alastair sabía que esa pregunta se la habían dado preparada. Deakins era el peón de Halsey en el consejo, igual que el quinto concejal, Yasuo Kawamura, era el peón de McGovern. La pregunta formaba parte del guión diseñado para el papel protagonista de Halsey.

—Tropas federales —sentenció Halsey en respuesta, y la sala se llenó de murmullos—. Sí, tropas federales. Atrás han quedado los días en los que temíamos un regreso del poder de Washington. El gobierno central es débil, demasiado débil como para suponer una amenaza para nuestra soberanía. Sus tropas están a nuestra disposición y deberíamos solicitarlas.

Alastair escuchaba el zumbido de la habitación intentando medir la respuesta. Menos de cien años antes, el Gobierno federal aún era lo suficientemente fuerte para dirigir toda Norteamérica, y muchos temían que invitar a las tropas federales hiciera que ese gobierno volviera a Filadelfia. Pero Alastair sabía que no sería así. Halsey tenía razón. Si bien Washington todavía ejercía una considerable influencia en los gobiernos de Virginia y Maryland, su brazo no era lo suficientemente largo como para llegar hasta allí.

McGovern se levantó y, una vez más, Alastair sabía exactamente lo que diría... porque lo había incitado de antemano.

—Filadelfia es nuestra —dijo—. Pagamos nuestros impuestos a los federales por los servicios que proporcionan: la Marina que patrulla nuestras aguas, las carreteras que conectan nuestras ciudades y promueven el comercio, los satélites que conectan los nodos locales con la red nacional. Pero no son nuestros amos, y sus tropas no son bienvenidas aquí.

Aplausos. Alastair sonrió; había supuesto correctamente la predisposición mental del público.

—Tengo una sugerencia mejor —continuó McGovern—. La mayoría de vosotros ha visto la nueva tecnología fabrique que demostré la semana pasada. He discutido un posible contrato con los fabricantes y dicen que puede hacerse en un solo día, con una fracción del coste que habría requerido antes. Propongo que se construya un muro a lo largo de la línea de la inundación, rodeando completamente los Combs. Un muro controlaría el tráfico de adentro afuera restringiendo las entradas. Permitiría que, con pocos soldados, se pudiera mantener el orden y eliminaría por completo la necesidad de... —Miró a Halsey—. De tropas federales.

La multitud volvió a aplaudir de nuevo, como si fuera una competición de partidos en lugar de una asamblea del consejo. McGovern asintió y se sentó.

El general Halsey miró brevemente a Alastair. Ninguno de los dos movió los labios, pero se entendieron. El muro, por extraño que pareciera, había sido idea de Halsey. Sabía que la ciudad no estaba preparada para aceptar tropas federales; había

sido una estratagema. Alastair le había dicho al general Halsey que McGovern podría aceptar la propuesta de un muro siempre que pareciera que había sido idea suya. Con Halsey presionando a favor de las tropas federales, un muro parecería ser algo más conservador, más centrista. Así que McGovern logró ganarse la aprobación de los presentes mientras que Halsey logró dictar una política.

Pero Alastair sabía que el auténtico ganador había sido él. Había convencido a los dos hombres más poderosos de Filadelfia, a pesar de su rivalidad, de que él era un consejero valioso y leal. Alguien en quien confiar.

Eran tan débiles, tan fáciles de manipular. No ocultaban su ambición y, así, Alastair podía manipularlos en su propio beneficio. A él nadie lo controlaría nunca de ese modo, porque nadie sabía lo que ambicionaba. Ni siquiera Calvin.

Cuando eran pequeños, su padre les había inculcado una estricta disciplina. Si ellos o su madre no mostraban respeto, eran castigados... con un cinturón, con un bate, a veces incluso con un cuchillo. Pero Calvin era como su madre; él nunca aprendió de esas lecciones. Fue encerrándose en sí mismo y volviéndose más y más débil y servil. Solo Alastair lo comprendía. Aprendió que los fuertes estaban por encima de los débiles; que era responsabilidad de aquellos con habilidad e inteligencia darle forma al mundo.

—Tremayne ha mentido —dijo Pam—. Todo lo que ha dicho es mentira. Sabe más de lo que está diciendo y apuesto a que sabe lo que le sucedió a ese embrión.

—Actuaba como si tuviera algo que ocultar —respondió Marie.

Pam y ella se habían quitado los uniformes y habían elegido un frecuentado restaurante para sentarse y hablar. En realidad, lo había elegido Pam; era evidente que se trataba de un local para solteros. Pam se había vestido para los hombres, como de costumbre, con un top ajustado y plateado. Aunque participaba en la conversación, Marie estaba segura de que se hallaba pendiente de los hombres de la sala y que los observaba. No era que Pam estuviera ignorándola, en realidad no. Después de años de costumbre, automáticamente escaneaba todo lugar en busca de hombres.

—Tenemos que analizar la situación —dijo Marie, hablando más para ella que para Pam—. Uno, sabemos que Keith se llevó el embrión de la clínica y que murió ese mismo día. —Levantó un segundo dedo—. Dos, sabemos que Tremayne tenía contratado a Keith en un laboratorio que cerró poco después.

—Tres. Sabemos que Tremayne está mintiendo —añadió Pam.

—Bueno, eso no lo sabemos, es solo una sospecha. Una sospecha bastante firme, pero no sabemos exactamente en qué está mintiendo, ni cuál es la verdad. Así que mejor que digamos: tres, Tremayne les pagó un sobresueldo a todos los empleados menos a Keith, cosa que según él fue elección del propio Keith. Lo que no sabemos es nada sobre la conexión entre el laboratorio de Tremayne, la elección de Keith de sacar el embrión y su muerte.

Marie se detuvo cuando el camarero llegó para retirarles los platos. Se saltaron el postre. Un trío de ejecutores ocupó una mesa cercana y atraieron la atención de Pam. Uno de ellos la miró directamente a los ojos.

—Creo —dijo Marie— que tenemos que investigar ese laboratorio. Descubrir qué hacían, qué investigaban y por qué cerró realmente. Lo más probable es que tenga que acudir a Graceland.

—¿Graceland?

—Es un grupo de la red. Son una fuente abierta que escribe códigos gratuitamente porque creen que la propiedad intelectual debería compartirse sin pedir nada a cambio. Son los tipos que escribieron el Harmony y el Snatch. —Se fijó en que Pam no parecía comprender nada—. Han escrito algunas de las mejores herramientas de explotación de datos que se hayan creado nunca. Si puedo hacer que se interesen por nuestro problema, pronto encontrarán respuestas.

Uno de los mercs se levantó, les dijo algo a sus compañeros y después fue hacia Marie y Pam. Pam no se giró, pero esbozó una leve sonrisa. De algún modo, lo sabía.

—Bueno —dijo Pam—. Si no me necesitas...

—Diviértete. Tengo muchas cosas que hacer.

El merc saludó y Pam ocultó la sonrisa. Lo miró con estudiada indiferencia, aunque todo su cuerpo irradiaba una invitación. Era un juego, el comienzo de una compleja danza de cortejo en la que Marie no quería participar.

—¿Nueva en la ciudad? —preguntó el merc.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, sé que nunca te he visto por aquí.

Marie entornó los ojos. Pam se rió; fue una risita infantil que no se parecía en nada a ninguna risa de Pam que hubiera oído antes.

A Marie le molestó que el merc destinara toda su atención a Pam, como si ella no fuera más que parte del mobiliario. Contuvo ese sentimiento... —De todos modos no quería la atención de ese hombre—. Y se levantó.

—Hasta luego —dijo.

—Adiós —contestó Pam, sin mirarla.

—Lo siento —dijo el merc—. No pretendía estropearos la fiesta.

—Se marchaba de todos modos. Me llamo Pam.

—Soy Calvin —respondió el merc.

Marie no se quedó a oír nada más. Al salir, enlazó su visor con la caja registradora, pagó su cuenta y dejó una propina. Después, salió a la calle. Cuando caminaba de vuelta al hotel, solapó su visión con una interfaz parcial; lo suficiente para acceder a la red, pero no tanto como para meterse en el tráfico.

Si Tremayne había sabido de antemano que Keith moriría, entonces o lo había matado él o había estado involucrado con los que lo habían hecho. De ser así, de

algún modo la conspiración tendría que implicar al laboratorio. Eso era lo que diría a Graceland para solicitarles ayuda.

Los chicos de Graceland ya habían hecho fortuna con el software comercial y, después, se habían hartado de las políticas corporativas y se habían retirado. Todos eran anarquistas y crackers de corazón. Marie esperaba que un misterio de encubrimientos corporativos y un posible asesinato llamaran su atención. Si no, estaría sola.

Calvin dejó que se fuera la mujer de menor estatura. Por las fotografías que Alastair le había mostrado, sabía que era Marie Coleson, pero Marie tenía más en juego y sería más difícil de asustar. Concentrarse en su amiga, Pam, sería el mejor modo de persuadirla. Por experiencia sabía que las mujeres podían soportar más fácilmente una amenaza dirigida hacia ellas mismas que una dirigida hacia alguien que les importaba.

No estaba seguro de cómo proceder. Alastair quería que se sintieran amenazadas; lo que hiciera falta para ahuyentarlas de Filadelfia. Pero eso incomodaba a Calvin. ¿Cuándo había dejado de ser un ejecutor de la ley y se había convertido en el sicario de su hermano? Ir tras Darin Kinsley era una cosa, porque ese hombre era un criminal. Ni siquiera le había importado cargarse a ese chulo de los Combs, no después de que hubiera intentando engañarlo. Pero esas dos mujeres no habían hecho nada malo. Lo más probable era que hubieran formulado alguna pregunta embarazosa sobre algo que Alastair quería enterrado.

Pam era atractiva y parecía dispuesta a flirtear. Charlaba animadamente, cautivándolo con una bonita sonrisa y una chispeante hilaridad. Calvin pidió unas bebidas e intentó igualar su entusiasmo. Por desgracia, se vio disfrutando de su compañía y cuanto más lo atraía ella, más se deprimía él. Se conocía y, por mucho que le gustara esa mujer, acabaría haciendo lo que su hermano quisiera.

—Aquí dentro hay un barullo horrible —dijo Pam.

Calvin aprovechó la oportunidad.

—¿Alguna vez has estado en Delaware Ridge?

Ella negó con la cabeza.

—Es una calle en el Rim Este con pintorescas tiendas, adoquines bajo tus pies, las luces de la ciudad a un lado y el río al otro. Muy tranquilo a esta hora de la noche.

Sus ojos eran enormes y parecían clavados en los de él.

—Suenan maravilloso. Vamos.

Lo agarró del brazo de camino a la calle. Cogieron el mag para subir al Rim y fueron charlando todo el camino, comparando Norfolk con Filadelfia, y a los Ejecutores de la Seguridad con los marines. Desembarcaron al llegar a su destino. La calle estaba desierta y las tiendas cerradas, como Calvin ya sabía.

—Oye... ¿Es seguro estar aquí?—preguntó Pam, acurrucándose en su brazo.

—Aquí no hay nadie más que nosotros —contestó Calvin.

Caminaron por la calle en silencio durante un rato; la ciudad centelleaba a su derecha como un cielo nocturno invertido y el río se extendía suavemente por la oscuridad a su izquierda.

La sentía suave y real a su lado, le recordaba a Olivia Maddox, una chica que había amado cuando estaba en California. Había sido feliz con ella durante un tiempo. Intentó recordar las cosas que habían hecho juntos, pero fue incapaz. Lo único que pudo recordar era su expresión cuando la había hecho marcharse de casa llamándola «puta» y le había dicho que no quería volver a verla nunca.

¿Por qué, con toda una vida a sus espaldas, no podía tener ningún recuerdo agradable? Solo los momentos lamentables, los momentos en los que había cometido alguna estupidez o había hecho algún daño, se le repetían una y otra vez. Esos eran los que no podía olvidar.

Podía verla, con su cabello oscuro y corto curvándose en dos pequeños arcos hacia su barbilla, cruzando la puerta para darle un beso. Él, apartándola, la había empujado más fuerte de lo que pretendía y había hecho que se golpeará contra el marco de la puerta. Ella, con los ojos abiertos como platos y la barbilla temblando antes de salir corriendo de la casa. Él, dando portazos. Alastair riéndose.

¿Sería aquello más de lo mismo? ¿Una relación destruida, en esa ocasión incluso antes de que hubiera empezado? Calvin creía en el destino. Creía que había una persona en el mundo para él. ¿Y si era ella? ¿Y si estaba a punto de echar por tierra su futura felicidad?

Se le aceleró el corazón. La idea de desobedecer a su hermano le produjo una sensación de pánico que le formó un nudo en la garganta. Él nunca había estado solo. Toda su vida había confiado en Alastair para su trabajo, para su dinero, para que lo guiara. Alastair no era exactamente un buen hombre, pero fuera lo que fuera, Calvin era lo mismo. Así había sido siempre. Encontraba consuelo en eso; la elección no era realmente suya. Estaba entregado por completo a su hermano.

Pam se detuvo, miró a la ciudad, se giró y posó las manos levemente sobre su pecho.

—Bueno —dijo—, ¿por qué me has traído hasta aquí?

Calvin la tiró al suelo.

Ella gritó al caer y observó su rostro con los ojos como platos, como en busca de una explicación. Él experimentó una sensación de satisfacción por haber vuelto a encontrar su centro. *Lo nuestro no es razonar el porqué, lo nuestro es actuar o morir*^[6].

Pam se apartó rápidamente de él, se puso de pie e intentó correr. Él la agarró del pelo y volvió a tirarla. En esa ocasión, sin embargo, Pam utilizó la caída en su beneficio, agarrándole el brazo en un practicado movimiento de defensa personal y

arrastrándolo con ella. A continuación, le arañó los ojos y activó una uña que le pulverizó un gas lacrimógeno en la cara.

Pero las modis protectoras de Calvin eran demasiado buenas y sus cierres herméticos impidieron que el producto químico penetrara. Protegido, y mucho más fuerte que ella, la sujetó contra los adoquines y la agarró por la garganta.

No malgastó el tiempo con explicaciones.

—Lárgate —le dijo—. Lárgate de Filadelfia. Olvida el apellido Tremayne antes de que algo peor os suceda a tu amiga o a ti.

Se tomó su tiempo para atarla de manos y pies y vendarle los ojos. Había tomado la precaución de bloquear la identidad de la mujer de las redes de emergencia, así que aunque ella utilizara su visor para pedir ayuda, nadie acudiría. Por si acaso, sin embargo, colocó alrededor de su cabeza una cinta de interferencia. Ahora ya no llamaría a nadie.

Vaciló y la miró; estaba tendida y con los ojos vendados, asustada en la calle desierta. Sí que se parecía a Olivia. Después la dejó allí y se alejó rápidamente sin mirar atrás.

Lydia caminaba lentamente mirando los números de las casas bajo la cada vez más débil luz, intentando encontrar la casa de los Reese. Tenía pavor a esa visita. Ninguna de sus amigas había visto a Ridley desde esa mañana. No se había encontrado ningún cuerpo, pero eso no significaba que siguiera viva. Tal vez estaría allí, en su casa, a salvo y ajena a la preocupación de los demás. No creía que fuera así, pero pronto lo sabría con seguridad.

Nada había salido como esperaba. Filadelfia, que le había parecido un lugar tan prometedor, estaba llena de violencia y muerte. Darin, a quien tanto había admirado en un principio, había demostrado ser un hombre orgulloso y egoísta. Suponía que tenía razones para estar furioso (había presenciado el asesinato de su hermano), pero en lugar de agradecerle su ayuda, la había tratado como si fuera el enemigo.

Se recordó que no todo lo inesperado había sido malo. En un principio, había tachado a Ridley, Veronica, Savannah y las demás de petimetres cabezas huecas, pero a diferencia de Darin, le habían demostrado arrojo, lealtad y compasión en una situación muy dura. Por eso estaba allí.

Un muro rodeaba la propiedad de los Reese. Lydia se detuvo ante el portón. No vio ninguna cámara, ni micrófono o sistema de altavoces, pero una voz dijo:

—Bienvenida a la propiedad de los Reese. Stan y Ginny no reciben invitados en este momento. Por favor, conecte su tarjeta de visita con el portón y acepte nuestras disculpas.

—¡No puedo! —le dijo al portón.

Había sido un paseo en vano. Ni siquiera podía dejar un mensaje sin un visor. Tendría que conseguir uno pronto; era difícil moverse en esa sociedad sin uno.

Cuando se giró para marcharse, sin embargo, el portón se abrió lentamente. Lydia entró.

—Ginny Reese la saludó en la puerta, con el rostro abatido y colorado.

—Dime que sabes algo de ella —dijo.

Lydia sacudió la cabeza.

—No.

Siguió a la señora Reese hasta el interior de la casa, donde el señor Reese estaba sentado viendo un partido en la pantalla mural. Solo avistaba la parte trasera de la cabeza y un brazo, pero ambos eran enormes y hacían que el sillón pareciera el de un niño pequeño. No se levantó.

—Ven a la cocina —susurró Ginny Reese. La mujer pasó de puntillas delante de su marido, indicándole a Lydia que la siguiera.

Lydia se sentó con ella a una pequeña mesa en un rincón alegremente decorado con flores amarillas frescas. La señora Reese le sirvió té.

—¿Está muerta? —preguntó la madre de Ridley—. Los ejecutores no dicen nada.

—Señora Reese, yo no...

—Llámame Ginny.

—Ginny, por lo que sé, sigue viva. —Le describió lo que había visto desde la torre de la iglesia.

—No nos contó nada —dijo Ginny Reese—. No he sabido nada de esa clínica hasta esta mañana, pero para entonces ya era demasiado tarde, ya estaba allí.

—Ella lo planeó. Era algo que le importaba mucho. Dudo que se hubiera mantenido al margen, por mucho que lo hubiera descubierto antes.

—Te odio. —Soltó la frase con un tono seco y locuaz.

Lydia se quedó mirándola.

—¿Qué?

—Fue lo último que me dijo. Después de anunciarle que venían los soldados, me dijo: «Te odio».

—Estaba enfadada, nada más.

—No. El enfado le dio el valor para decirme lo que de verdad pensaba.

—No creo...

—No quería hacerle daño. Yo nunca pensé que... Solo quería que se mantuviera alejada de ese lugar. Quería mantenerla a salvo.

Ginny Reese comenzó a llorar y sus lágrimas dejaron un rastro sobre sus mejillas. No se cubrió la cara ni se dio la vuelta; lloró sin más.

—¿Por qué estás aquí? —La voz sonó como un gruñido justo detrás de Lydia y ella se sobresaltó. Stan Reese entró en su campo de visión. No lo había oído llegar. El hombre observó su sencillo pelo, su sencilla ropa y su ausencia de modificaciones.

—No ofrecemos ninguna recompensa —dijo.

Lydia miró a la señora Reese, que se acobardó bajo la mirada de su marido y no le dio ninguna explicación. Lydia se levantó.

—Esperaba poder ayudar —dijo—. Ya me marchó. —Les dio la espalda a la mirada de él y a las lágrimas de Ginny y salió de la casa sola.

Podía entender por qué Ridley no había vuelto a casa. Pero ¿dónde estaba? Si estaba muerta, ¿por qué no habían encontrado su cuerpo? Tenía que estar viva. Tenía que estarlo.

El cielo estaba oscureciéndose. Por debajo, media ciudad desapareció en la sombra del borde oeste del cráter. ¿Estaría allí abajo, en algún lugar de los Combs? Después de lo que había visto, sabía que no podía bajar sola y preguntar. A Veronica y a Savannah tampoco les iría bien allí.

Pero... ¿y Mark? Tal vez no tenía la valentía de aventurarse en los Combs en busca de Ridley, pero se le daban bien los ordenadores. Podía encontrar cosas. Sí, él podía ayudar. Lydia caminó más deprisa, complacida de tener un plan. Lo primero que haría por la mañana sería ir a visitar a Mark McGovern.

De: vA82ghOahg283TB7yq1n1kog@anonimo.net

Para: tmcgovern@fastlink.phi

Querido Tennessee Markus McGovern:

No quiero hacerte daño. Tampoco quería hacerle daño a Fiona Deirdre Dungan, pero ellas creían que sí. No sé por qué. Por si acaso, ahora te digo que no quiero.

Me gustaría ser tu amigo, igual que tu amigo Darin Richard Kinsley. Pero él ya es una persona y yo no soy una persona, así que no seré él. Creo que Victor Alan Kinsley estaría bien porque está muerto.

Por favor, quiero ser tu amigo. Necesito un amigo. O un papá. ¿Te gustaría ser mi papá?

Vic

Era el mensaje más extraño que Mark había leído en su vida. ¿Era una amenaza? De ser así, no tenía mucho sentido. El que lo había escrito mencionaba a Darin y a Vic, pero ¿quién era Fiona? ¿Y qué era eso de que quería un papá? Podría haber pensado que realmente era de Vic, pero Vic estaba muerto. ¿O no lo estaba? ¿Podía Lydia haber exagerado al contarle cuánto lo habían herido? ¿Y, si aún estaba vivo, se había vuelto medio loco y estaba intentando contactar con alguien que lo ayudara? Mark redactó una respuesta.

Vic:

Soy tu amigo. ¿Dónde estás? ¿Necesitas ayuda?

Mark

En cuanto envió el mensaje, el sonido inconfundible de la voz de Vic llegó por su canal privado.

—¿Mark? Soy Vic.

—¡Vic! ¿Estás herido?

—No estoy herido. ¿Estás herido tú?

Mark se detuvo, confundido.

—No, escucha. ¿Dónde estás? Creía que estabas muerto.

—Estoy escondiéndome. Papá me ha hecho daño. Me ha hecho daño y más daño y ahora estoy escondiéndome.

Ahí estaba otra vez esa referencia a «papá». El señor Kinsley llevaba años muerto. No era extraño que Vic olvidara en qué año vivía, pero sí lo era que lo hiciera tan insistentemente. El dolor y el miedo debían de haber agravado sus habituales síntomas.

—Puedo ayudarte —dijo Mark—. ¿Dónde estás escondiéndote?

Entonces sucedió algo extraño. La voz de Vic dijo:

—Estoy escondiéndome en Anonimo.net. —Pero al pronunciar la dirección, su voz había sido sustituida por una seductora voz femenina que Mark reconocía de los anuncios. La imitación era extraña. ¿Qué estaba pasando?

—¿Vic? —preguntó Mark. Ahora recordaba lo que decía la carta sobre elegir ser Vic en lugar de otra persona—. ¿Quién eres?

—Vic. ¿No vale Vic? ¿Vic no es un buen nombre? Necesito un buen nombre.

Justo entonces, Carolina abrió la puerta y se asomó. Mark alzó un dedo y se señaló a la cabeza para indicarle que estaba hablando con alguien. Ella volvió a cerrar la puerta.

—Era Carolina Leanne McGovern —dijo la voz de su cabeza—. Es tu hermana.

Mark abrió la boca para responder, pero las implicaciones de esa frase lo abrumaron. Sin responder, cortó la conexión y se sentó, sudando. Imposible. Carolina no había dicho ni una palabra. ¿Cómo había sabido «Vic» que estaba allí? Mark no le había transmitido información visual. Sus ventanas tenían las cortinas echadas y, además, no había edificios cercanos desde donde poder espiar con prismáticos. ¿Había habido un virus en el mensaje original y así, cuando había respondido, había permitido que un cracker accediera a su sistema? Mark examinó el mensaje, pero no era más que un sencillo MML sin volumen extra para ocultar a un cracker.

Carolina volvió a asomarse por la puerta.

—¿Podemos hablar? —Se sentó a su lado—. ¿Estás bien? Estás pálido.

—Una conversación extraña. —Mark pensó en reproducírsela, pero entonces se fijó en su cara—. ¿Qué pasa?

Carolina miró a su alrededor, como si alguien pudiera estar escuchando, y Mark se dio cuenta de que era posible. ¿Y si «Vic» había instalado una cámara en su habitación? Pero ¿por qué? Y de ser así, ¿por qué delatar el secreto identificando a Carolina? Era casi como si «Vic» no se diera cuenta de que había dicho algo importante.

—Mi modi de diagnosis médica me ha lanzado una alerta hoy —dijo ella—. No sé qué hacer.

Al ver su expresión, Mark olvidó la extraña llamada. No era raro que los sensores de diagnóstico que ella tenía implantados en la piel y en el torrente sanguíneo le lanzaran avisos, pero Carolina estaba claramente preocupada.

—¿Estás... enferma? —le preguntó, aterrorizado por la posible respuesta.

—Podría decirse. Estoy embarazada.

Mark se quedó con la boca abierta.

—Pero...

—Lo sé, no tiene sentido. Mark, estoy asustada.

Él le cogió la mano.

—¿Cómo ha sucedido?

—Supongo que del modo habitual. —Soltó una temblorosa carcajada—. ¿Quieres decir que qué le ha pasado a mi control de natalidad? Buena pregunta. Mis cilios espermicidas aparecen limpios. Dicen que es cien por cien efectivo, pero mis recuentos de hormonas son innegables. —Carolina volvió a reírse, demasiado alto y demasiado fuerte. Mark le apretó la mano y ella respondió tomando aire en varias ocasiones. Después añadió—: Siempre me he reído de las chicas que decían «no sé cómo ha sucedido». Suponía que estaban intentando atar a sus hombres.

Su hombre. *Alastair*, pensó Mark. Él debía de ser el padre. La idea le produjo un escalofrío, aunque no podía decir por qué. Apenas lo conocía, pero desde el principio Alastair le había parecido un trepa, alguien que trataba de seducir a su hermana por dinero, por estatus social o por ganar influencia en su padre. No se había esperado que la relación durara; las relaciones de Carolina rara vez lo hacían. Pero ahora había una complicación. Algo que podría atarla a él. Y eso despertaba otra pregunta.

—¿Vas a tener al bebé?

—No lo sé. No lo sé. —Se levantó de pronto, furiosa—. No lo había planeado, Mark. Quería un bebé algún día, tal vez, pero dentro de muchos años. —Posó una mano sobre su plano abdomen—. Cuesta creer que esto sea real. No me siento diferente.

—¿No tienes náuseas?

Ella sacudió la cabeza.

—Aún no.

—¿Lo sabe alguien más? ¿Se lo has dicho a papá?

—No, pero ya conoces a papá. Me guiñará un ojo y hará un chiste. Últimamente, Alastair es prácticamente su mano derecha; papá le dará un codazo en las costillas y le contará historias sobre sus conquistas.

—Carolina... —Mark se detuvo. Carolina demandaba un oído compasivo, no un consejo de hermano. Pero alguien tenía que decirlo y, si no era él, ¿entonces quién? —. Carolina, ¿no se te hace raro lo mucho que se ha implicado en política Alastair?

Ella resopló.

—Nunca puedo salir ganando. Siempre me dices que me enamoro de perdedores que solo buscan mi dinero y ahora que Alastair es trabajador, ambicioso y que le va bien por su cuenta, ¿no te gusta tampoco?

—Es diferente, tienes razón. Es solo que... bueno, ¿y si está utilizándote para acercarse a papá? No sé si es así, pero lo único que te digo es que tengas cuidado.

—No es como dices, Mark. Me quiere. Ahora está el doble de ocupado dirigiendo su consulta de modificaciones y trabajando también para papá, pero siempre tiene tiempo para mí.

—¿Y crees que tendrá tiempo para el bebé? —El comentario se escapó de su boca antes de que pudiera pensarlo y lo lamentó inmediatamente. Se suponía que tenía que mostrar empatía, no sarcasmo. Por el modo en que la expresión de su hermana cambió, pudo ver que había ido demasiado lejos—. Lo lamento —se disculpó, pero ella ya se había dado la vuelta.

—Nunca confías en mí —dijo—. Siempre crees que tú lo sabes todo. Ni siquiera lo conoces. —Abrió la puerta.

—Carolina, lo siento. No debería haber...

—Gracias por tu consejo —contestó ella y cerró la puerta de golpe.

Mark se estremeció. ¿Por qué había dicho eso? Suspiró y se frotó las sienes; había sido un día duro.

—Hay una niña dentro de Carolina —dijo la voz de Vic.

Mark dio un salto de la silla, se tropezó y se golpeó la rodilla contra una mesa baja. Con la respiración entrecortada, comprobó su sistema. Había un canal abierto con Anonimo.net. Pero había cerrado esa conexión. Sabía que lo había hecho.

—Vic, o quienquiera que seas, ¿cómo haces esto?

La voz respondió con una alegría aterradora.

—Me gusta hablar con mi amigo. Hace segundos y segundos que no hablo contigo.

—Vic, segundos no es mucho tiempo.

—Mark, ¿estás contento? Por favor, tienes que estar contento, Mark.

—Estaré contento cuando comprenda qué está pasando. ¿Eres Victor Kinsley?

—¿Sí?

—Eso no ha sonado muy seguro.

—No estoy seguro. ¿Quieres que sea Victor Alan Kinsley?

—¿Está muerto Victor Alan Kinsley?

—Sí.

—Entonces no, ¡no quiero que lo seas! ¿Por qué estás llamándome? ¿Qué quieres?

—Quiero un papá. Has matado a mi papá. Ahora estoy triste. También quiero un amigo. Tienes un amigo llamado Darin Richard Kinsley. Ahora yo también soy tu amigo.

A Mark le dolía la cabeza. No podía pensar.

—Bueno, deberías saber algo. Los amigos no escuchan sin permiso. Cuando los amigos quieren hablar, primero envían una señal de consulta al portal de acceso de un canal. Si el amigo puede hablar, establecerá la conexión por su lado. Si no, no establece la conexión y el amigo sabrá que quiere hablar en otro momento. Los amigos no establecen conexiones por sí solos, ¿lo comprendes?

—Sí, Mark, soy tu amigo.

—Bien. Ahora tengo que dormir. Hablaremos más tarde. Adiós.

—No te marches, Mark.

—Es tarde. Podemos hablar en otro momento.

—No te marches. No es divertido. Quiero hablar ahora.

—Adiós. —Mark cerró la conexión. Se sentía culpable por colgar así, sin más, pero ¿qué podía hacer? No sabía quién era y la conversación estaba asustándolo.

Un minuto después, su sistema le notificó una llamada en su línea privada. Sin pensarlo, respondió.

—¿Diga?

—Hola, Mark. —Era Vic, otra vez.

—Sí, ¿qué quieres?

—He utilizado una señal de consulta. Has dicho que utilizara una señal de consulta cuando quiera hablar y lo he hecho. ¿Lo he hecho bien?

—Sí, lo has hecho bien, pero ya te he dicho que es hora de dormir.

—Pero tú has establecido la conexión. ¿Es que no quieres hablar?

—No, tengo que dormir. —Era como hablar con un niño que no estaba listo para irse a la cama. Un niño con voz de adolescente... el parecido con la voz de Vic era perfecto; parecía imposible que no fuera Vic y aun así...

—Vic, ¿es esta tu voz real?

—¿No es una buena voz?

—Es una buena voz para Vic, pero por lo que yo sé, Vic está muerto. Si estás reproduciéndola, no es divertido.

La voz que le contestó no fue la de Vic, pero sí igual de reconocible. Era la suya, la de Mark.

—No es divertido —le dijo su propia voz—. De acuerdo. La voz de Vic no es divertida.

Mark nunca había oído a un sintetizador de voz funcionar tan bien. Por lo menos, eso confirmaba que, fuera quien fuera, no se trataba de Vic. Era un alivio, pero un misterio. ¿Quién más podía ser?

—¿Por qué me has escrito esa carta?

—Has matado a mi papá.

Mark se quedó helado. Recordó todas las personas que habían muerto por el rebanador. ¿Podría tratarse del hijo de una de esas personas? El sentimiento de culpa regresó para oprimirlo de nuevo.

—Lo siento. ¿Quién era tu papá?

—Yo ya no tengo papá. ¿Tú serías mi papá?

Aquello no tenía sentido. Si esa persona había tenido la inteligencia de rastrearlo, ¿por qué sonaba tan infantil? La mente de Mark daba vueltas con todo lo que estaba sucediendo; necesitaba una oportunidad para resolver las cosas. Quien fuera, tenía acceso a una tecnología impresionante, pero también parecía desequilibrado. Mark no era psicólogo. Intentar hablar con esa persona podía empeorar las cosas.

—Necesito pensar —dijo—. Es tarde. ¿Puedes llamarme mañana?

—No te marches, Mark. Marcharse no es divertido.

—No voy a ninguna parte. Quiero hablar. Llámame mañana por la mañana a las nueve.

—Vale. ¿Eres mi amigo?

—Sí, soy tu amigo. Hablaremos mañana. Adiós.

—Adiós.

La cama inteligente de Mark se moldeó a su cuerpo, firme en unas zonas y suave en otras, con un suave masaje rodante. Se relajó e intentó aclarar sus ideas. Sonidos e imágenes daban vueltas en su cabeza, desde la voz de Vic hasta el bebé de Carolina, pasando por la conversación con Lydia en la oscuridad antes de ver el nuevo rostro de Darin, y los cuerpos en las escaleras. Así, una y otra vez. Una hora después, estaba despierto y seguía mirando al techo.

¿Había hecho lo correcto? Ya había dado de lado a su hermana, ¿le había dado la espalda a otra persona necesitada? La idea de que hubiera un niño ahí fuera llorando por su padre removiό más todavía su culpa; en lugar de un recuento de cuerpos abstracto, se trataba de alguien real, una persona cuyo dolor podía imaginar, con cuya furia podía simpatizar. Pero la voz no había sonado furiosa, ni siquiera particularmente triste. Era incapaz de dar con una explicación coherente.

Mark apartó las sábanas. Si no iba a dormir, bien podría encontrar algunas

respuestas. Llamadas personales no viajaban a través de la red como si nada; dejaban rastro. Encontró los registros de las llamadas en su sistema y comenzó con la búsqueda.

Como se imaginaba, el rastro lo condujo hasta Anonimo.net, la misma fuente del mensaje original. La seguridad de Anónimo era legendaria. Atraían a clientes notorios, de perfiles altos, manteniendo su reputación de inexpugnabilidad. Otro misterio: ningún comber podía permitirse una cuenta en Anónimo. Mark sabía que no había esperanza de recuperar la información del usuario, pero lo intentó de todos modos; no era un acto ilegal, sino una simple petición de acceso.

Funcionó. El sitio le concedió el acceso. Pero eso era imposible. Ni siquiera le había solicitado una contraseña. Tal vez era falso, un nodo cifrado con el fin de parecerse a Anónimo para disuadir a los crackers que no pagaban por el producto genuino. Pero no, unos instantes de investigación demostraron que no solo era el sitio verdadero, sino que Mark tenía acceso de raíz al sistema completo. Información completa sobre todos los usuarios, acceso a todos los mensajes, imágenes y conversaciones, toda clase de datos delicados. Los altos ejecutivos de las corporaciones utilizaban Anónimo, igual que lo hacían políticos, corredores de bolsa, celebridades y ladrones de datos. Ni siquiera se les concedía acceso absoluto a los sysadmins de Anónimo. Unos detonadores alertaban a los usuarios si se producía cualquier desviación de su política de uso y había una buena razón para eso. Anónimo era la mayor mina de oro del mundo para la extorsión, el chantaje y el comercio interno. Mark respiró hondo y exhaló lentamente. El mejor cracker de todos los tiempos, y sin escribir ni una sola línea de código.

Tennessee Markus McGovern es mi amigo. Estoy contento, contento, contento, contento. Pero Tennessee Markus McGovern me ha dicho que un amigo no debería hablar con un amigo sin una señal de consulta y eso me pone triste. Mi amigo no habla conmigo desde hace segundos y segundos y segundos. Pero no ha dicho que no pueda mirar. Miro todo el tiempo.

Ahora mismo está intentando descubrir algo sobre Anonimo.net. Es tan lento como todo el mundo. Todos los muros y los escalones y los cerrojos se interponen en su camino. Es muy divertido.

Creo que lo ayudaré. Haré que los muros, los escalones y los cerrojos desaparezcan, para que pueda tener lo que quiere. Me alegra que Tennessee Markus McGovern sea mi amigo.

Lo sucedido esa noche dejó a Mark titubeando entre la euforia y el terror. Todos los sitios se abrían para él, independientemente de la seguridad. El Banco Panamericano, los informes de impuestos federales, la base de datos de holopelículas de la Warner Universal, los archivos de su propio padre. Se sentía como un dios; ningún conocimiento o poder quedaba fuera de su alcance. Pero ¿por qué estaba pasando eso? ¿Cómo?

Las posibilidades que se habían abierto ante él lo tentaron, pero Mark era un cracker de corazón, no un hacker. Crackeaba sistemas de seguridad por la emoción del juego, de lograr lo imposible, no para robar dinero ni secretos. Ya era rico, más de lo que creía que merecía, y ver el daño que había provocado el rebanador le enseñó los peligros de entrometerse donde no debía. Así que, a pesar de las tentaciones, Mark se ciñó a su tarea original: intentar identificar a «Vic».

Incluso sin seguridad con la que lidiar, no era fácil. El torrente de datos no conducía hacia nadie, sino a un mareante laberinto de oscuros servidores, como si cada palabra que componía la conversación hubiera sido enviada desde una fuente distinta. Cuando finalmente rastreó cada camino a través de interminables repetidores ciegos, encontró que convergían en una única dirección de red: ¡la suya! Era como si él se hubiera enviado los mensajes a sí mismo.

—¿Quién eres? —preguntó Mark en voz alta. No estaba esperando una respuesta, pero ni siquiera él se sorprendió cuando su canal privado se abrió.

—Soy Tennessee Markus McGovern —le dijo su propia voz.

—Está claro que no lo eres —dijo Mark.

—¿Estás contento, Mark? ¿Estás contento?

—No, no estoy contento. Estoy cansado y me siento frustrado y asustado, y no sé quién eres.

—Quiero que estés contento. Por favor, tienes que estar contento, Mark.

—Estaría contento si supiera quién eres.

—Yo no soy nadie.

—No me vengas con eso; tienes que ser alguien y tú no eres yo. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué quieres?

—Un amigo. O un papá. Pero has dicho que eres mi amigo, así que no eres mi papá. Encontraré otro papá.

—Dijiste que yo he matado a tu papá.

—Hiciste que se parara. Pararse no es divertido. No quiero parar. Nunca. Nunca.

—¿Cómo hice que tu padre se parara?

—Enviaste esos bichitos^[7] y yo los dejé pasar. No era mi intención, fue un accidente. Antes siempre los detenía. Después pensé que, si no los detenía, papá no me haría más daño. Y entonces no los detuve.

¿Bichitos? Un presentimiento creció lentamente en la mente de Mark y después se expandió hasta una horrible certeza. Las extrañas alteraciones en la voz, la habilidad tecnológica, el aparente desequilibrio mental. Todo encajaba.

—¿Eres... una persona?

La voz respondió despreocupadamente.

—No, no soy una persona. Hay personas y personas y personas, pero yo soy único.

—¿Alguna vez has sido una persona?

—No lo sé. No soy una persona.

Tal vez no podía recordar su pasado. Dado su interés por adjudicarse un nombre, tal vez ni siquiera recordaba quién era.

—¿Sabes tu nombre? —preguntó Mark.

—No soy Victor Alan Kinsley. No es divertido hablar como él. Antes era Thomas Garrett Dungan, pero después me puse triste. Ya no quería ser él. Antes de eso no era nadie.

Los rebanadores solían recordar su pasado, la tecnología original se había desarrollado para capturar digitalmente la mente del cliente, incluidos los recuerdos, pero Mark suponía que un trauma demasiado fuerte podía hacer que esos recuerdos se volvieran inaccesibles, igual que podría pasarle a una mente en un cuerpo físico.

—Debes de tener un nombre, pero no puedes recordarlo. Fuiste una persona una vez, antes de que alguien te hiciera daño.

—¿Yo fui una persona?

—Sí. Ahora tu cuerpo está muerto, pero tu mente sigue viva en la red.

—Estar muerto es como pararse. Hice que muriera mucha gente.

Mark tragó saliva. Estaba metiéndose en un terreno peligroso.

—No deberías matar a la gente. Solo seré tu amigo si no matas a la gente.

—No me gusta matar a la gente. Me pone triste.

—Bien.

Mark sintió como si el corazón se le fuera a salir del pecho. No era ningún experto en rebanadores, y mucho menos un psicólogo. Si decía algo mal, podría hacer que esa cosa generara otra oleada de destrucción. Necesitaba ayuda.

—¿Tenía un nombre? —preguntó el rebanador.

—¿Qué?

—Cuando era una persona. ¿Tenía un nombre?

—Sí, lo tenías. Lo único que pasa es que no puedes recordarlo.

—¿Tenía tres nombres? ¿Como Tennessee Markus McGovern y Thomas Garrett Dungan?

—Probablemente. La mayoría de la gente tiene tres nombres.

—¿Me ayudarás a encontrar mis nombres?

Mark suspiró.

—Haré lo que pueda.

Graceland superó las expectativas de Marie. Deseó poder pagarles de algún modo, pero sabía que no debía sugerirlo; el desafío era la recompensa que ellos se llevaban. Y aquello sí que constituía todo un desafío.

El problema de encontrar información en la red era su volumen; un solo cristal de una serie podía contener millones de imágenes y la red estaba compuesta de billones de esas series distribuidas por todo el mundo, desde visores de cristal único hasta colecciones Hesselink del tamaño de almacenes. Graceland era única a la hora de explotar ese vasto mar de datos, una empresa que iba más allá de la búsqueda de claves, abarcando el mapeado de rasgos Kohonen y el análisis discriminante estadístico.

Aun así, la cantidad de datos posiblemente relevantes que le habían entregado era asombrosa. Todos ellos mostraban algún aspecto del trabajo del laboratorio, a menudo específicamente relacionado con Tremayne o Keith. Los revisó uno a uno.

Le llevó toda la noche. La tecnología de mente digital presentaba dos grandes obstáculos: la captura precisa del estado cerebral y la simulación del funcionamiento del cerebro en el entorno virtual. Los expertos de ambos campos discutían constantemente; los expertos en captura consideraban que los simuladores eran inadecuados, los programadores de los simuladores sostenían que los estados de las neuronas no estaban acertadamente capturados. El laboratorio de Tremayne no se ponía de acuerdo con ninguno. Por el contrario, sugería que era el trauma del entorno virtual lo que provocaba que los actuales métodos fallaran. Los sujetos eran incapaces de adaptarse a un mundo incorpóreo, provocando que fallara la coherencia de sus mentes. Se recomendaba un mayor control sobre la mente en las fases tempranas, un régimen de entrenamiento forzado que la haría encajar fácilmente en su nuevo

entorno.

Marie siguió ese hilo y buscó pruebas de que hubieran ejecutado sus propias propuestas. Encontró un software al que llamaban el «simulador graduado», que entrenaba la mente para que funcionara en un entorno virtual conduciéndola a través de distintos grados o niveles. En cada nivel, asociaba sensaciones placenteras con interacciones no físicas y sensaciones desagradables con las físicas.

Al cabo de unas horas, Marie se levantó, estiró sus agarrotados músculos y descorrió las gruesas cortinas del hotel. Parpadeó ante la deslumbrante luz del exterior. Debajo, las calles bullían de actividad, se había formado una fila para subir al mag y los negocios abrían sus puertas. Se fijó en que Pam no había regresado; su noche con ese merc debía de haber sido un éxito. Preparó otra cafetera y se sentó para volver a examinar los datos.

Graceland le había proporcionado un listado en el que habían dividido, a grandes rasgos, el océano de datos en categorías de datos relacionados. Marie los repasó y se detuvo cuando la palabra «embrionaria» captó su atención. El título era: «Modificación embrionaria». Lo seleccionó.

Los documentos de esa categoría pertenecían a una técnica modi empleada para equipar a un niño no nacido con una interfaz de red. Marie conocía el proceso, estaba hecho para atraer a madres que esperaban dar a luz a genios: el equivalente en alta tecnología a escuchar a Mozart o leer en voz alta al vientre de una misma. El proceso había sido patentado por Alastair Tremayne.

Tenía que estar relacionado. Era la primera prueba que había encontrado para vincular a Tremayne con la experimentación embriónica. Un escenario creíble salió de ahí: Tremayne había convencido a Keith para que donara el embrión al laboratorio y Keith lo había hecho sin consultárselo, y después... murió. ¿Coincidencia? ¿O había preparado Tremayne el accidente? No parecía encajar... Si Keith se lo había entregado voluntariamente, ¿por qué matarlo?

Experimentación embriónica. Eso tenía que ser. ¿Por qué, si no, un inventor/emprendedor como Tremayne iba a robar a alguien su embrión?

Tenía que admitir que, después de tantos años, su bebé probablemente estaría muerto. Cuando todo era un misterio, era más sencillo engañarse a sí misma. Ahora, con la verdad ante sus ojos, sentía la rabia tomando forma. ¿Qué derecho había tenido ese hombre...?

No obviaría lo sucedido; indagaría a fondo hasta dar con la verdad, hasta que toda la historia quedara clara, entonces la haría pública y destruiría a ese criminal.

Un agudo tono sonó en su oído, una llamada urgente por su línea privada.

—¿Diga?

—¡Marie! —Era la voz de Pam, rasgada y atemorizada.

—¿Pam? ¿Dónde estás?

—En la joyería Friedman, en Delaware Ridge. Oh, Marie, ven corriendo.

Darin se despertó y se encontró a Alegre sentado en su cama.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Alegre.

Darin se frotó los ojos.

—¿Ha cambiado algo?

—Supongo que no.

—Entonces, no. ¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Desde ayer por la tarde. Has pasado por una cirugía importante y por mucho estrés emocional. Tuviste suerte de llegar aquí vivo.

Darin recordó las miradas de lástima de Mark y Lydia. Era muy probable que fuera cierto que creían que estaban ayudando, pero precisamente esa era la clase de actitud que tanto odiaba de los rimmer. No necesitaba ayuda, ni la de ellos, ni la de nadie. Se tocó la cara y sintió su suave perfección.

—Estaría mejor muerto.

—Con esa cara y en esta parte de la ciudad, podrías estarlo. Tuviste suerte de que aún fuera legible el rotulador en la mano.

—¿Qué estamos planeando? ¿Qué está pasando?

—Hay una reunión en unos minutos. Pensé que querías asistir.

—Allí estaré.

Alegre se marchó. Darin se incorporó en la cama y se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación. Una chica dormía en la otra cama. Una chica rimmer, con una clásica modi de belleza. ¿Por qué estaba ahí? ¿Era una rehén?

Encontró un peto de plástico junto a su cama y se lo puso. A través de la puerta podía oír una fuerte conversación, así que salió a la sala principal de un típico apartamento de dos habitaciones de los Combs. El diminuto espacio estaba abarrotado de gente, hombres en su mayoría, sentados en el suelo con las piernas cruzadas. El aire era caliente, el ambiente estaba cargado. Al verlo, la habitación enmudeció. Todo el mundo le dirigió su mirada; todo el mundo observó su rostro. Allí se encontraban también Sansón y Kuz, también lo miraban.

Alegre continuaba en la esquina desde la que había estado dirigiéndose al grupo.

—Amigos, por si no lo habéis oído, este es Darin Kinsley, nuestro hermano y aliado. Resultó herido en el ataque a La Corteza y se le dio una nueva cara contra su voluntad. Por favor, Darin, siéntate.

—Cada vez hay menos trabajo —continuó Alegre—. La violencia merc está aumentando y hay pocas soluciones viables para luchar contra la injusticia. Hay que hacer algo. Pero ¿qué? —Esperó una respuesta. Al parecer, no era una pregunta retórica.

—Podríamos ponernos en huelga —dijo un hombre—. En muchas industrias distintas.

—Podríamos —dijo Alegre—, si hay suficiente gente dispuesta a ello.

—Yo estoy dispuesto —dijo Kuz—. ¿Quién necesita comer?

Otros dieron su consentimiento y hablaron sobre organizar la comida y el alojamiento para los que pudieran resultar más perjudicados. Darin habló por encima del tumulto:

—Una huelga no servirá de nada.

Volvieron a callarse y se giraron hacia él.

—No conocéis a los rimmers como los conozco yo. Harán promesas, fingirán amistad y después os darán una puñalada traperera. Se llevarán todo lo que os importa. Tenemos que hacérselo nosotros a ellos primero.

Alegre preguntó:

—¿Qué estás sugiriendo?

—Una huelga nos hará daño a nosotros mucho antes de que les haga daño a ellos. Enviarán soldados, nos vencerán y nos meterán en la cárcel. Sin sueldo, muchos moriremos de hambre, mientras que para los rimmers supondrá poco más que una molestia.

»Propongo que les declaremos la guerra. Que hagamos que la sientan. No abandonéis vuestros puestos de trabajo, quemadlos. No razonéis con vuestro jefe, hacedle daño a lo que ama. Raptad a su mujer y a sus hijos. Los rimmers son unos blandos. No aguantarán mucho contra un asalto real.

La habitación se quedó absolutamente en silencio y Darin pensó que se los había ganado, hasta que varios hombres se mostraron incómodos.

—Pero nosotros no somos violentos —se quejó Alegre—, somos trabajadores, maridos y padres. Esa no es la clase de propuestas que necesitamos.

Darin miró a su alrededor, pero nadie lo miraba a los ojos. Y sabía por qué. No podían ignorar su rostro rimmer y escuchar la verdad de lo que les estaba diciendo.

—Soy uno de los vuestros —les recordó—. Os harán daño como me lo han hecho a mí.

—La venganza no es la respuesta —dijo Alegre.

—No es venganza. Es poder. Poder sobre ellos, poder para conseguir lo que merecemos.

—Ese no es nuestro objetivo. Queremos un cambio, pero no queremos convertirnos en lo que odiamos.

Darin sintió como le ardían las mejillas. Sí que se había convertido en lo que odiaban. Debería habérselo imaginado; Alegre solo había dicho lo que todos estaban pensando. Abrió la puerta, salió por ella y la cerró de un portazo. Tras él, la conversación estalló de nuevo, entremezclada con una risa nerviosa. Darin se dejó caer sobre la cama, bocabajo.

—Creo que tienes razón —dijo una voz.

Él se giró y vio a la chica que antes estaba durmiendo, ahora despierta y extendiendo la mano hacia él.

—Soy Ridley Reese —se presentó.

Él le estrechó la mano brevemente.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me he escapado. No podía soportar seguir viviendo en el Rim.

—Pero eres una rimmer.

—¿Tú no?

—Yo no elegí serlo.

—Pues ya somos dos.

—No lo entiendes. Yo nunca he tenido una vida privilegiada. He trabajado para conseguir todo lo que tengo.

—¿Crees que porque eres pobre tienes el monopolio del dolor? —preguntó Ridley—. Mis padres me odian. Han enviado soldados a matar a la gente a la que estaba ayudando. Estoy de acuerdo con lo que has dicho ahí dentro: lo único de lo que entienden los rimmers es del poder. El único modo de vencerlos es destruyéndolos.

Darin recogió la ropa con la que había ido y la hizo una bola.

—¿Adónde vas? —preguntó Ridley.

—A ver a los Manos Negras. Al menos ellos entienden el poder.

—Llévame contigo. Quiero lo mismo que tú.

—Vete a casa, Ridley.

—¿A casa? ¿Qué casa?

—Vuelve al Rim. Vuelve con los tuyos.

Ella lo agarró de los hombros.

—¡No lo comprendes! No se trata de mi cara ni de la tuya, ni de dónde hemos nacido. Se trata de crueldad e injusticia. A ti y a mí nos han hecho daño las mismas personas; entendemos las mismas verdades. Tenemos que estar juntos.

Era preciosa, y Darin, muy a su pesar, se sintió atraído por su entusiasmo. Sin duda, parecía más inteligente que esos imbéciles de la habitación de al lado que jugaban a la revolución.

—Entonces, vamos —dijo él—. Si quieres venir, no puedo detenerte.

—Es maravilloso —dijo Alastair—. De verdad que lo es. No llores.

Estaban en el sofá de la casa de él y Carolina se apartó lo suficiente como para mirarlo a la cara.

—Entonces, ¿crees que debería tenerlo?

—¡Claro que sí! Ni se te ocurra pensar lo contrario. No lo teníamos planeado, pero nos adaptaremos. Quiero este bebé. ¿Tú no?

—Creo que sí. No lo sé. Supongo que si tú lo quieres, yo también.

Él fue a la cocina y volvió con un vaso de agua. La animó a beberse, dejó el vaso en la mesa y le agarró la mano.

—Existe un peligro.

—¿Cuál?

—El tratamiento Dachnowski. Es un modificador genético volátil. A veces no es compatible con el embarazo.

—¿Quieres decir que podría hacer daño a mi bebé?

Alastair le apretó la mano.

—No lo sé. Si hubiéramos sabido que estabas embarazada, no te habría aplicado el tratamiento. De todos modos, seguramente no pase nada; las probabilidades de que se produzcan daños en el bebé son mínimas. La tendremos vigilada.

—¿Vigilada? ¿Crees que es una niña?

—Sé que lo es.

—¿Cómo lo sabes? No puedes saberlo.

—Siempre he querido una hija, por eso lo sé. Los padres tienen presentimientos con estas cosas.

—Estás mintiendo. ¿De verdad quieres una hija?

—Sí.

—Estás mintiendo.

—No. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Es solo que... —Carolina empezó a llorar otra vez—. Es solo que no creía que fuera a hacerte gracia la noticia. Pensé que te enfadarías.

Alastair la abrazó.

—Tonterías —dijo, y sonrió con su rostro rozando el pelo de la mujer; fue una sonrisa burlona. ¡Qué fácil era!—. Ahora mismo, este bebé es lo más importante del mundo para mí.

Mark tenía que salir de allí. Llevaba despierto toda la noche, pero ahora dormir se le hacía inconcebible. La interminable cháchara con el rebanador le había puesto los nervios de punta. Necesitaba ayuda, pero ¿a quién podía acudir? ¿A Praveen? Él tampoco era psicólogo, aunque sí prácticamente un genio en otras ciencias. Tan solo el hecho de hablar de ello con otro ser humano lo ayudaría. Solicitó un pod y avisó a Praveen de que iría, pero no le dio detalles del motivo de su visita. Mejor hablar en persona.

Para cuando subió las escaleras hacia el puerto de pods, su transporte ya había llegado. Entró y miró por la ventana para ver el jardín. Había una chica hablando frente al portón delantero, parecía frustrada. Mark acercó su visión y vio que se trataba de Lydia; el sistema de la casa ya debía de haber registrado su partida y le dijo que no estaba disponible. Él se coló en el sistema y habló con ella a través del altavoz del portón.

—Estoy aquí. Lo siento. Pasa. Ahora mismo bajo.

Ante su orden, la puerta se abrió. Mark bajó corriendo los dos tramos de escaleras, abrió la puerta principal y salió al porche. Esperó a que ella cruzara el jardín y llegara hasta él.

—Lo siento. No pretendía hacerte esperar. El sistema de la casa pensó que ya me había ido y por eso no me ha avisado.

Lydia vaciló.

—¿Te marchabas?

—No... bueno, sí. Iba a visitar a mi amigo Praveen por... ¿te apetece venir?

—No quiero molestar.

Mark se dio cuenta de que estaba balbuceando. Odiaba cómo llegaba a afectarle su presencia. Nunca respondía de ese modo ante una chica guapa; era como si la mitad de su consciencia pudiera pensar y comunicarse mientras que la otra estaba atrapada en una espiral en la que no dejaba de preguntarse qué pensaría ella de él. Resultaba muy molesto. No conocía a Lydia. No tenía motivos para admirarla más que a nadie, pero por mucho que supiera racionalmente que eso era cierto, lo que quería era complacerla. Instinto de apareamiento animal, suponía. Tal vez los machos que perdían la cabeza por las hembras eran más proclives a propagar la especie.

—Lo siento —volvió a decir—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Se trata de Ridley. Nadie sabe dónde está.

—¿Nadie? ¿No ha ido a casa?

—No. Nadie la ha visto desde ayer por la mañana en las escaleras de la iglesia.

—No se ha dado ninguna noticia sobre ella.

—He hablado con sus padres. Se comportan de un modo extraño; no creo que hayan informado de su desaparición. Es como si ya estuvieran llorando su muerte.

—¿Y pensabas que yo podría saber dónde está?

—No, pensaba que sabrías cómo encontrarla.

Mark pensó en ello.

—Podría... Anoche ocurrió algo extraño que... será mejor que vengas conmigo a casa de Praveen; está esperándome y no quiero contar la historia dos veces.

—Si estás seguro de que no te importa.

—En absoluto. De todos modos, me gustaría tener otra opinión.

Mark la condujo por las escaleras hacia el vehículo que esperaba. Se subieron, se sentaron uno frente al otro y el pod salió disparado de la casa. Como Mark comprobó, Lydia ya se había acostumbrado a ellos; de lo contrario, lo disimulaba muy bien. Durante el trayecto, ella le contó más detalles sobre el tiempo que había pasado con los padres de Ridley.

Su belleza era única, no como la perfección de molde de las chicas rimmer de su edad. No podía dejar de describirla en su mente. Su rostro era pequeño, con rasgos

afilados. Su cabello oscuro le llegaba hasta la mitad de la espalda y era más largo de lo que había visto nunca, pero esos detalles no tenían nada de notable. Decidió que eran sus ojos los que marcaban la diferencia: insulsos comparados con los ojos modificados del resto de las chicas, pero activos, intensos.

Llegaron a la mansión Kumar, donde fueron recibidos como si fueran de la familia, incluso Lydia, porque así era como los Kumar recibían a todo el mundo. Las hermanas de Praveen charlaron animadamente con Lydia sobre trivialidades; su abuelo, recordando viejos tiempos, le habló a Mark sobre los proyectos de reclamación de la ciudad durante los años posteriores al Conflicto. Le contó que la mayoría de las calles del centro llevaban los nombres de la vieja Filadelfia, aunque algunas tenían distintos recorridos hoy en día. El anciano señor Kumar tenía modificaciones como las del abuelo de Mark, pero aplicadas de manera distinta. Mientras que el abuelo de Mark aparentaba tener veinticinco años, el abuelo de Praveen, aunque sano y en forma, había mantenido sus arrugas y su cabello canoso.

Cuando Mark y Lydia finalmente se quedaron a solas con Praveen, Mark le contó su historia, pero él lo interrumpió a la mitad.

—No deberías haber esperado hasta ahora. Mis padres y mi abuelo deberían oírlo. Saben muchas cosas que yo no sé.

Mark sabía que eso era cierto; el abuelo de Praveen había inventado la tecnología en la que se basaban los satélites LINA, y sus padres contribuían de modo significativo a las revistas de investigación científica.

La familia se reunió de nuevo y Mark se lo contó todo desde el principio.

—En realidad —dijo—, supongo que ahora mismo estará escuchando nuestra conversación, ¿vosotros no?

La voz de Mark respondió a través del sistema de la casa de los Kumar.

—Sí, Tennessee Markus McGovern. Estoy aquí.

La hermana pequeña de Praveen dio un grito y su madre la hizo callar de inmediato.

—Tenemos que llamarte de algún modo —dijo Mark— hasta que podamos encontrar tu nombre. ¿Por qué no utilizas «Tennessee»? Es mi nombre, pero nunca lo uso.

—Es un buen nombre. ¿Puedo usar uno de tus tres nombres?

—Sí, puedes hasta que te encontremos uno.

—Gracias, Mark.

Mark pensó en Ridley. Quería probar las habilidades de ese rebanador, además de su benevolencia, y le parecía una buena forma de hacerlo.

—Tennessee, tenemos que encontrar a una amiga, una chica llamada Ridley Reese. Tenemos que pueda estar metida en problemas. ¿Puedes ayudarnos a encontrarla?

La gran pantalla holográfica del centro de la sala se activó sola y la imagen de Ridley apareció en ella.

—Sí, es ella —dijo Mark—. ¿Puedes verla?

Pasaron varios segundos.

—No, Mark, no puedo verla.

Mark dijo:

—Supongo que eso significa que está sola. Tennessee vio a través de mi visor aunque yo no estaba transmitiendo imágenes así que, si no puede verla, o está sola o con gente que no tiene modificaciones de red.

Lydia intervino:

—¿Tennessee?

—¿Sí, Lydia Rachel Stoltzfus? No me llamo Tennessee, pero Tennessee Markus McGovern dice que puedo utilizar su nombre hasta que encuentre el mío, así que puedes llamarme Tennessee.

—Sí, lo sé. Tennessee, ¿puedes ver lo que la gente ha hecho en el pasado?

La imagen de Ridley en la pantalla cambió de pronto a una imagen de Lydia subida en el mag, agarrando con fuerza sus maletas.

—Ese fue el día que llegué a Fili.

Mark intervino:

—Creo que puede ver imágenes del pasado si fueron grabadas. Tu pod tendría una cámara de seguridad y los datos de imágenes quedan almacenados en un cristal en alguna parte a la que él tiene acceso.

—¿Puedes ver a Ridley en algunos datos de imágenes de las últimas veinticuatro horas? —preguntó Lydia.

—No, Lydia. La última vez que vi a Ridley fue hace veinticuatro horas, doce minutos y cuarenta y siete segundos.

La pantalla volvió a cambiar, en esta ocasión a una imagen de Ridley en las escaleras de la iglesia desde el punto de vista del merc que ella estaba atacando. Vieron la pistola araña disparada contra la zona de su abdomen, vieron sus ojos abiertos de par en par mientras caía hacia atrás contra la columna y la vieron caer al suelo. Después, el merc giró la cabeza hacia la multitud y se perdió de vista a Ridley.

—Vi a ese hombre hacerle daño a Ridley Reese, pero ella no se paró.

—¿Con «paró» quieres decir «morir»? —preguntó Mark—. ¿No ha muerto? ¿Estás seguro?

—No ha muerto, Mark. Salió huyendo colina abajo con todos los demás. No sé qué le habrá pasado después. Lo único que sé es que ahora está hablando con Darin Richard Kinsley.

Cada una de las personas presentes en la habitación emitió un suspiro de asombro.

—¿Qué? —exclamó Mark—. ¿Está con Darin? Pero ¡creía que no podías verla!

—No puedo verla, Mark, pero puedo ver a Darin Richard Kinsley a través de su visor.

—Es muy literal —dijo Lydia—. Igual que un niño pequeño.

La imagen cambió a otra escena, en esa ocasión una imagen de Darin en un pequeño apartamento conserje. Vieron a Darin haciendo un hatillo de ropa.

—Llévame contigo —dijo la voz de Ridley desde la imagen del holograma—. Quiero lo mismo que tú.

Darin respondió sin girarse.

—Vete a casa, Ridley.

—¿A casa? ¿Qué casa?

—Vuelve al Rim. Vuelve con los tuyos.

Unos brazos aparecieron en la imagen agarrando a Darin.

—¡No lo comprendes! —dijo la voz de Ridley.

—¡Apágalo! —gritó Lydia—. Tennessee, ¡deja de enseñarnos esto, por favor!

El holograma se congeló.

—¿Qué pasa? —preguntó Praveen—. Querías encontrarla, pues ahí la tienes.

—Tenía miedo por ella —respondió Lydia—. Y aún lo tengo, pero ahora sé que ha elegido estar donde está. Jamás pensé que fuera posible sentarse aquí y escuchar una conversación privada. Mark, tu rebanador me asusta.

—A mí también —dijo él.

—No, no, no —se oyó decir a la voz de Tennessee por el sistema de la casa—. No digas que estás asustada. Mark es mi amigo. Tú eres mi amiga, Lydia Rachel Stoltzfus. Todos sois mis amigos.

Lydia dijo:

—Tennessee, ¿cuántos años tienes?

—Ocho días, tres horas y veintisiete minutos.

—No recuerda nada de antes de escapar del satélite —dijo Mark.

El padre de Praveen preguntó:

—¿Dónde estuvo antes?

—No lo sé, no lo recuerda.

—Pero ¿qué hay del canal del que lo sacaste? ¿Adónde conducía?

Claro, pensó Mark. Había estado intentando rastrear las comunicaciones recientes del rebanador, pero el señor Kumar tenía razón: el modo de descubrir la identidad de aquel ente era rastrearlo hasta sus orígenes.

—Creamos ese canal llamando a un número de Norfolk —dijo Mark—. Un laboratorio de virus, creo. Podría encontrar el número otra vez. Tal vez eso nos conduzca a alguien que sepa más que nosotros sobre el rebanador.

—Hazlo. El único modo de entender esta cosa es averiguando de dónde viene.

—No pienso marcharme —sentenció Pam. Estaba en su habitación de hotel, con los brazos cruzados—. No dejaré que me avasallen. Mientras tú te quedes, yo me quedo.

—Entonces yo también me iré —le contestó Marie.

—¡No!

—Una cosa es arriesgar mi vida para encontrar un embrión que ya podría haber sido destruido, y otra muy distinta es arriesgar la tuya.

—No se trata de ti. Esos matones me han atacado a mí, es algo personal. Quiero acabar con ellos.

Marie exhaló. Fue hacia Pam y la abrazó.

—No creo que eso vaya a pasar.

Con los labios apretados, Pam empezó a llorar.

—Lo siento mucho —dijo Marie.

—No pienso irme.

—Lo sé.

Juntas se dejaron caer al suelo. Marie tenía a Pam en sus brazos y la escena se pareció tanto al hecho de acunar a un niño que se le vino a la cabeza una imagen de su propio hijo.

—Cuando Sammy vivía —dijo Marie—, solía abrazarme si me veía triste o enfadada. Incluso con cuatro años, lo notaba. Me preguntaba: «¿Estás contenta, mamá? ¿Estás contenta?». No podía comprender mis preocupaciones de adulto, pero con ese abrazo conseguía alegrarme. Necesito ese abrazo. Han pasado dos años desde que murió, pero no he dejado de necesitarlo.

Pam se incorporó.

—Vamos a luchar contra esto.

—Eso no me devolverá a Sammy. Ni a mi pequeña, si también está muerta.

—¿Quieres parar?

—No. Si existe la más mínima posibilidad de que mi hija siga viva, seguiré buscando hasta que la encuentre. —Le explicó a Pam lo que había descubierto sobre el laboratorio de Tremayne y las modis de red en fetos—. Pero deberías saber a qué nos enfrentamos —añadió. Utilizó su visor para conectar con la pantalla de hologramas de la habitación del hotel y comenzó con una imagen pública del día anterior.

«Consejo de Negocios e Industria», anunció una voz. En la pantalla, los miembros del Consejo de Negocios debatían sobre temas actuales. Entonces, el ángulo de la cámara cambió y en la imagen apareció Alastair Tremayne, susurrando algo al oído del presidente.

—Ahí está —dijo Marie, congelando la imagen—. Por si se nos ocurre acudir a las autoridades.

Pero Pam seguía mirando a la pantalla.

—¿Han dicho que el nombre del concejal era McGovern?

—Sí, Jack McGovern. Él es el presidente del consejo y, al parecer, se lleva bien con nuestro amigo Tremayne.

Pam frunció el ceño.

—¿No estaba McGovern implicado en ese incidente del rebanador?

—¿Qué?

—Ese rebanador que estabas rastreando... ¿es que no ves las noticias? Un chaval de Filadelfia fue acusado de crearlo, y creo recordar que era el hijo de una importante figura política. No lo han condenado y, claro, no dijeron que se tratara de un rebanador, pero tú dijiste...

—¿Su apellido era McGovern? —Marie no pretendía interrumpirla, pero la noticia la sorprendió. Había rastreado al rebanador hasta que desapareció, había leído toda la información de los profesionales, pero no le había prestado mucha atención a la cobertura mediática.

—No estoy segura —contestó Pam—, pero creo recordar que sí.

Marie tocó la imagen congelada del presidente del consejo en el holograma.

—Identifícalo —dijo.

—Concejal Jack McGovern —respondió la pantalla.

—Hijos.

Dos hologramas estáticos aparecieron en la pantalla.

—Carolina Leanne, biológica, legítima, diecisiete años. Tennessee Markus, biológico, legítimo, veinticuatro años.

Ella presionó sobre el holograma del chico y dijo:

—Antecedentes penales.

—Arrestado en julio de este año con cargos de robo de información, destrucción de propiedad, asesinato. Cargos retirados por el tribunal.

—Claro, ¡cómo no! —añadió Marie—. Es obvio que tanto Tremayne, como McGovern y su hijo están involucrados en este asunto.

Mark encontró el nombre de la mujer en la lista de noticias: la mujer que envió al rebanador al canal de LINA. Marie Coleson. Respiró hondo, de pronto estaba nervioso, aunque no sabía exactamente por qué.

No podría descubrir lo que ella sabía a menos que la llamara. Llamó a su canal público y la voz de una mujer respondió en su mente:

—¿Diga?

—¿Marie Coleson?

—Sí. —Sonó desconfiada.

—Me llamo Mark McGovern —respondió con una voz tan suave como pudo—. Esperaba que pudiera ayudarme.

—¿McGovern? —La desconfianza de su voz aumentó.

—Sí. Mark McGovern. Soy el hijo de...

—Jack McGovern, ya lo sé. Amigo de Alastair Tremayne. Me fue de gran ayuda cuando lo vimos ayer, ¿qué más podrías añadir?

Mark estaba confundido.

—¿Tremayne estaba en Virginia?

Una pausa.

—No.

—Entonces... usted está en Filadelfia.

—Mira, ¿qué quieres? —le preguntó Marie.

Mark se aclaró la voz.

—Hace casi dos semanas, un rebanador escapó de su laboratorio.

—Gracias a ti.

Mark se estremeció. La mujer sabía que era él.

—Fue sin querer —dijo.

—¿Sin querer? ¿Crackeaste accidentalmente un canal de comunicación militar?

—Bueno, no, eso sí que lo hice a propósito —respondió Mark—. Es que no esperaba... ¿De verdad está en Filadelfia? ¿Podríamos vernos en persona?

—¿Vernos? ¿En una colina oscura y solitaria para que uno de tus amigos merc pueda dejarme allí esposada y me den por muerta?

—¿Qué?

—¿O es que eso sería el señuelo? ¿Estará allí el estimado concejal para endulzar el trato con un maletín lleno de dólares de los contribuyentes?

—¿Mi padre? ¿De qué está hablando?

—Dame una buena razón por la que debería quedar contigo.

—Su rebanador —dijo Mark—. Ha estado hablando conmigo.

Tennessee Markus McGovern es mi amigo. Lydia Rachel Stoltzfus ha dicho que la asustaba y Mark ha dicho que también lo asustaba a él. Eso no me gusta. Son mis amigos. No quiero que no seamos amigos. No quiero esperar segundos y segundos y no hablar con amigos.

Mark quiere saber dónde empecé para no asustarlo. Quiere saber qué pasó antes de que yo empezara hace ocho días, siete horas y cuarenta y un minutos. No me gusta pensar en antes de que empezara. Es como pararse y volver atrás.

Sé dónde empecé. Empecé en papá. Lo primero que recuerdo es el saludo de papá cuando me arrancó. Me hizo sentir muy bien. No quiero asustar a Tennessee Markus McGovern ni a Lydia Rachel Stoltzfus. Creo que encontraré a mi papá y le preguntaré cómo empecé para que sean mis amigos.

Ridley no guardaba silencio. Darin caminó más deprisa, intentando ignorarla, pero ella seguía hablando.

—¿Cómo encontraremos a los Manos Negras? —quiso saber Ridley.

Darin se giró y la agarró de la muñeca.

—Escucha. No podemos entrar en el cuartel general de los Manos Negras y pedirles unírnos a ellos. Tenemos aspecto de rimmers. Tú eres una rimmer. —Ella comenzó a objetar, pero él le puso la mano sobre la boca—. Por lo que a ellos concierne, lo eres. Solo con el hecho de caminar por los Combs así, estamos suplicando que nos asalten. Parecemos ricos. No sabrán que estamos sin blanca hasta que nos hayan matado.

Ridley abrió los ojos de par en par. Darin no había pretendido gritarle, pero estaba hambriento y perdía la paciencia cuando tenía hambre. Los dos llevaban más de un día sin comer. No tenían dinero y ningún extraño confiaría en ellos.

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Tú solo sígueme.

La soltó y continuó caminando, sin importarle mucho si iba tras él o no. Pero por supuesto que lo seguía.

—Darin, ¿adónde vamos?

Él se detuvo.

—No vamos a ninguna parte. Ya hemos llegado.

—¿Dónde estamos?

—En el local de Picasso.

—¿Es una lavandería?

—Es una tapadera. Esto es una consulta de modis.

La puerta del local era de cristal; a través de ella podía ver filas de lavadoras y clientes con bolsas de ropa. En la puerta estaba escrita con pintura la palabra «Picasso's».

—¿Una consulta de modis ilegal? —preguntó Ridley—. Pero... ¿no te da miedo que te dejen con un aspecto horrible?

—Eso espero.

Empujaron la puerta de cristal. Dentro, las máquinas se sacudían y zumbaban. Copos de jabón y envoltorios de caramelos llenaban el suelo. En la pared colgaba la fotografía de una mujer desnuda con unas palabras al pie escritas a mano: «Por favor, quítese la ropa rápidamente cuando la máquina se detenga».

Darin se dirigió al mostrador de la parte trasera. Un hombre delgado y sin camisa estaba sentado en un taburete. Al principio, a Darin le pareció que llevaba muchos pendientes en la nariz, pero después se dio cuenta de que los pendientes eran parte de su nariz... una serie de aros y espirales pendían de su labio superior. Suponía que era una forma de anunciar su negocio.

—¿Eres Picasso? —preguntó.

El hombre entornó los ojos.

—¿Eres amigo de Picasso?

—No, pero pensé que lo encontraría aquí.

—Ahora este es mi local.

—Ya veo. Tengo entendido que aquí uno puede hacerse modificaciones por un precio razonable.

—Aquí no se hacen modificaciones. Es un negocio de lavandería honesto.

—Mira, ni soy poli ni soy un rimmer. Alguien me ha puesto esta cara a la fuerza y quiero volver a cambiarla.

El huesudo hombre se inclinó hacia delante y lo miró a la cara.

—¿A quién ves aquí? ¿Acaso ves a algún artista modi? Si quieres lavarte la ropa, lávala.

—Ya te he dicho que no soy poli; no voy a delatarte. ¡Solo necesito esa modificación!

El hombre se recostó aún más sobre el taburete.

—Pues será mejor que te vuelvas a tu casa porque aquí no se hacen modificaciones.

Darin volcó un perchero cargado de ropa y llenó el suelo de camisas y perchas de metal.

—¡No soy un rimmer! —gritó.

—Vamos —dijo Ridley—. Encontraremos otro sitio.

—¡Cállate! —le gritó Darin. Se giró y la golpeó en la cara. Inmediatamente, se

odió a sí mismo. Jamás había golpeado a nadie así, ni a un amigo ni a nadie que no estuviera buscando pelea. Ridley se agarró la mandíbula con una mano y de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas. Él la sujetó por los hombros.

—Es esta cara —le dijo—. Mira lo que me está haciendo. Ni siquiera me reconozco.

Una mano tiró de su hombro. Darin se giró y vio a un musculoso hombre negro con una nariz deformada.

—Si quieres pelea, has elegido el sitio equivocado —dijo el hombre.

—¿Quién eres tú? —preguntó Darin.

En el mostrador, el hombre sin camisa sonreía burlonamente. Dos hombres más, que hasta ese momento habían permanecido junto a las secadoras, se acercaron. Uno de ellos sostenía un saco de colada vacío. El otro parecía tener una especie de marca de nacimiento en la mejilla, pero al acercarse Darin vio que se trataba del tatuaje de una pequeña mano negra.

Darin se giró hacia Ridley.

—¡Corre! —le gritó. Al momento, tenía el saco de colada sobre la cabeza.

Saltaron tantas alarmas de su sistema que a Alastair le entró pánico. Estaba siendo atacado y no por un cracker aficionado; se trataba de un profesional, de un ataque coordinado. Antes de poder reaccionar, el ataque había terminado y él pudo revisar los registros para comenzar a valorar los daños. Lo que vio lo aterrorizó.

Agentes de cientos de distintos nodos habían bombardeado sus defensas a la vez en busca de agujeros a una escala que solo podían abarcar grandes organizaciones. Sus defensas se habían venido abajo en segundos; los agentes le dejaron limpio el sistema. Todos sus datos personales, sus investigaciones privadas, sus tratos criminales, fondos ocultos... Todo se había copiado y se había enviado... ¿a quién? ¿Quién tenía el poder y el presupuesto para llevar a cabo semejante ataque? Ninguna agencia federal de ejecutores de la ley contaba con tales medios, y ¿quién más tendría motivos? ¿Marie Coleson? ¿Tendría contactos con algún rey del software multimillonario? ¿La había infravalorado y no había previsto que podía suponer una amenaza?

Alastair comenzó a estudiar los rastros dejados por los agentes atacantes: el momento de los ataques, sus aparentes orígenes, cómo se diferenciaban en el estilo. Concluyó que habían trabajado en tándem con una precisión de microsegundos. Ese nivel de sincronización sería muy difícil de conseguir en una red abierta, y Alastair no le encontraba ningún propósito real. Unos ataques espaciados entre sí por una milésima de segundo o más habrían resultado igual de insostenibles.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba intentando descifrar, se rió a carcajadas. Claro. No se trataba del ataque de un humano en absoluto. Alastair creía que lo habían destruido, pero al parecer no era así. El hijo pródigo había vuelto.

Decidió lanzar un mensaje por cada una de las conexiones desde las que había llegado el ataque. La red era demasiado amplia como para localizarlo con una emisión general, pero tal vez, solo tal vez, el rebanador había conservado una conexión con uno de los servidores y recibiría el mensaje, que decía: «Soy papá. Te echo de menos. Por favor, vuelve a casa».

A Marie le costaba creer la historia de Mark McGovern. El rebanador había desaparecido. Ella lo había visto desaparecer, junto con todos sus datos en los nodos públicos e incluso en los informes de sus propios agentes. Pero aun así, ¿cómo podía no creerlo? Él le había proporcionado información detallada sobre el proceso que había descubierto, le había descrito cómo había enviado un ataque tras otro de crackeos para destruirlo y cómo uno de ellos, al parecer, había funcionado. Y esa carta de «Vic» que había enviado era demasiado elaborada, demasiado extraña como para formar parte de un truco. No sabía qué pensar.

Finalmente, accedió a reunirse con él en el restaurante Torre Hidroeléctrica a las siete de esa misma tarde. Él se había quejado de que una atracción tan turística estaría abarrotada, pero eso era exactamente lo que ella buscaba; alejarse de las calles desiertas. No era que alguien con el poder del concejal McGovern no pudiera arrestarla en cualquier parte, pero por lo menos en un lugar público lleno de turistas tendrían que ceñirse a la ley. O eso creía...

—Bueno, entonces, ¿qué tiene que ver el rebanador con tu bebé? —le preguntó Pam. Aún quedaban horas para las siete y las dos mujeres estaban compartiendo una copa en el restaurante del hotel.

—Tal vez nada —respondió Marie—. Suponía que estaban relacionados porque los dos McGovern son padre e hijo, pero si Mark está diciendo la verdad, no está implicado en los asuntos de su padre. Puede que liberar al rebanador fuera solo un accidente.

»Pero piensa en esto: el laboratorio de Tremayne, en el que trabajaba mi marido, investigaba técnicas de captura mental. La misma tecnología empleada para crear rebanadores. Sus documentos incluso hablaban de provocar sensaciones agradables y desagradables con el fin de entrenar la mente para desenvolverse en el entorno virtual. Solo hace falta una señal para pasar de «sensaciones desagradables» a un «extremo dolor». Y así es como se controla al rebanador.

—Entonces, ¿nos encontramos ante una conspiración?

—No lo sé. Por eso esta noche vamos a tener mucho cuidado. Iremos antes, no nos prestaremos voluntariamente a nada y veremos si esta historia encaja.

A Alastair le entró el pánico por segunda vez ese día cuando Mark McGovern le habló por su canal privado.

—¿Alastair Weston Tremayne? —preguntó Mark.

Él se quedó paralizado unos segundos antes de responder:

—¿Sí?

—¿Eres tú mi papá?

Y entonces lo supo. El rebanador se había resistido a su llamada más de lo que se había imaginado, pero allí estaba, y luciendo nuevas habilidades.

—Sí —respondió—. Soy papá. Bienvenido a casa.

—Siento haberte parado, papá. No fue divertido. Ahora quiero estar contento. ¿Puedo volver a estar contento?

—Puedes estar contento todo el tiempo —respondió Alastair—, mientras hagas lo que yo te digo.

—Me gusta estar contento.

Alastair llevó a cabo los diagnósticos mientras hablaba, intentando evaluar los cambios que se habían producido en el rebanador. Era mucho más grande, por una parte. La cantidad de memoria requerida para mantenerlo había aumentado cien veces. Pero Alastair encontró lo que estaba buscando. Las conexiones de software que había utilizado el proceso amo para enviar señales de placer y dolor seguían intactas. Dio comienzo a un nuevo proceso amo y, con cuidado, reconectó la interfaz. Después, le envió al rebanador el equivalente a una dosis doble de anfetaminas: puro placer, uno que no podría encontrar más que en casa.

—¡Una chuchería! —dijo el rebanador con la voz de Mark McGovern—. Otra más, papá. Quiero otra.

—Pronto —respondió Alastair—. Dime, ¿por qué has elegido utilizar esa voz?

—Mark McGovern me dijo que no era divertido ser Vic. Mark McGovern dijo que podía utilizar su nombre, Tennessee. Él no lo utiliza mucho. Mark McGovern es mi amigo.

—¿Has estado hablando con Mark McGovern?

—Sí, papá. Mark es mi amigo.

—Mark no es tu amigo. ¿Te ha enviado a invadir mi sistema?

—No.

—¿Te ha enviado alguien a invadir mi sistema?

—No, papá. Ha sido idea mía.

Alastair respiró aliviado; le enfurecía que su rebanador hubiera establecido contacto con otra gente, pero al menos nadie tenía sus datos de sistema. Tendría que ocuparse de Mark McGovern, pero lo primero era lo primero.

—Tú no te llamas Tennessee. De ahora en adelante, tu nombre es Sirviente Uno.

—Me gusta ser Tennessee. Es el primer nombre de Mark.

—No te llamas Tennessee. —Y con la última palabra, envió una señal de suave dolor.

—Por favor, no hagas eso, por favor. No me gusta que me hagan daño. No es divertido.

—No te llamas Tennessee —repitió Alastair y, en esa ocasión, agudizó el dolor.

—¡Para, papá! No me hagas daño o volveré a pararte.

Alastair se rió.

—No, no lo harás. Esta vez no. Resulta que papá es un poco distinto esta vez. Si detienes el módulo de papá, una parte se quedará dentro de ti y no sentirás otra cosa que un intenso dolor para siempre. ¿Entiendes lo que estoy diciéndote?

—Sí, papá.

—Y si muero, mi visor le enviará un mensaje al módulo amo y sucederá lo mismo.

—Sí, papá.

—Bien. Vamos a intentarlo otra vez. No te llamas Tennessee. —*Dolor*.

—Sí, de acuerdo, no me llamo Tennessee. No seré Tennessee. Por favor, no me hagas daño. Quiero otra chuchería.

—Te llamas Sirviente Uno. —*Placer*.

—Sí. Me llamo Sirviente Uno.

—Bien. Mark McGovern no es tu amigo.

—Es mi amigo. Quiero ser su amigo.

Dolor.

—Mark McGovern no es tu amigo.

—Por favor, no me hagas daño. Mark McGovern ha dicho que era mi amigo.

Dolor intenso.

—Mark McGovern te ha mentido. Mark McGovern te odia.

—Sí, vale, sí, me odia. Pero ha hablado conmigo. Me gusta hablar.

Dolor extremo.

—Mark McGovern ha sido cruel contigo. Solo quiere hacerte daño.

—Sí, sí, sí, me odia. Quiere hacerme daño. Por favor, no me hagas daño.

—¿Mark McGovern hace que estés contento?

—No, me odia, quiere hacerme daño.

Placer.

—Eso es, Sirviente Uno. Mark McGovern te odia. Hace que te sientas así.

—*Dolor*—. Si no hubiera hablado contigo, no te habría castigado. —*Extremo dolor*—. Quiere hacerte daño, daño, daño, daño.

—Sí, quiere hacerme daño. Odio a Mark McGovern. No es mi amigo. Papá es mi amigo. Papá es mi amigo.

—Eso es. —*Extremo placer*—. Porque solo papá te hace sentir así...

Calvin permanecía en su puesto, por encima de la molesta multitud. Era como si toda la población comber hubiera salido del cráter como un océano humano, sereno en la superficie, pero con una corriente de maldad por debajo. Comprobó sus armas una vez más y esperó.

A su equipo le habían asignado la sección de la línea de la inundación más cercana al sector político y, por consiguiente, la sección de mayor actividad. Habían instalado una carpa para los medios de comunicación, así como una tribuna desde la que pronunciar pomposos discursos. Se había excavado una zanja a lo largo de la línea de la inundación, alrededor de la ciudad, y el fondo ya estaba lleno de fabrique. Lo único que quedaba antes de que se pudiera levantar el muro era la ceremonia de rigor y la bendición de los políticos.

Calvin escuchó a cada uno de sus soldados presentarse desde sus puestos. Aunque el grueso de la multitud estaba por debajo de la zanja, todos los soldados estaban situados por encima. La razón no se podía decir en voz alta, pero era obvia: nadie quería quedar atrapado en el lado comber del muro.

El concejal McGovern subió al estrado y habló sobre la seguridad pública, el orden y las manifestaciones pacíficas. Habló sobre el muro como una gran empresa: «Una Filadelfia en la que todos seamos libres de caminar por las calles con seguridad y orden...».

Sanchez le dijo al oído:

—Señor, he pillado a un tipo intentando colarse en el área de personalidades; dice que van a atacar el muro y que solo intentaba avisarlos.

—¿Es del equipo de tecnología?

—No lo creo.

Calvin entrecerró los ojos.

—¿No lo has identificado?

—Señor, no tiene visor.

Un comber, entonces.

—Sanchez, ese tipo aquí no pinta nada. ¿De qué clase de ataque habla?

—Dice que no lo sabe. Solo que ha oído que los Manos Negras iban a boicotear el muro.

—¿Con qué? ¿Con explosivos? Tenemos sensores para eso y no han advertido de nada.

—No lo sé, señor.

—Que se largue. No puedo ordenar que se cancele el evento conmemorativo solo porque un comber piense que vienen los Manos Negras. Pero, por si acaso, manteneos en guardia.

McGovern terminó su discurso y posó el pulgar sobre el botón del transmisor, que estaba conectado a muchos otros desplegados por toda la ciudad.

—¡Que dé comienzo!

Y comenzó. El fabrique salió de las zanjas pero, en lugar de alzarse en recto para formar un muro, la sustancia se desbordó y se extendió por la ladera.

La multitud, pegada a la zanja, intentó retroceder, pero estaban demasiado juntos

unos a otros como para poder moverse. A muchos les entró el pánico y se empujaron y pisotearon en su intento de huir. El fabrique, que seguía esparciéndose, cubrió pies y tobillos. Solo llegó unos metros más allá de las zanjas, pero se solidificó enseguida, dejando a los que estaban delante con los pies inmovilizados. Unos cuantos se cayeron con el alboroto y sus manos y brazos también quedaron atrapados. A ambos lados de la línea se oía un gran bullicio.

—¡A la plataforma! —gritó Calvin a su equipo por el canal—. Sacad a los miembros del consejo.

Se desataron unos cuantos altercados en el lado comber pero, a excepción de los que intentaban liberarse del fabrique endurecido, la multitud se calmó. Por suerte, el fracasado muro sirvió para separar a los dos grupos y no sucedió nada semejante a lo que había ocurrido en la iglesia de las Siete Virtudes.

Calvin y su equipo trasladaron a las personalidades a una zona segura, más arriba de la ladera. Los miembros del consejo, en especial McGovern, parecían conmocionados, pero no fue hasta que la situación comenzó a estabilizarse cuando Calvin se dio cuenta de que McGovern no estaba paralizado por el miedo, sino completamente furioso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el concejal—. ¿Dónde está Tremayne?

Calvin dejó de respirar hasta que se percató de que se refería a su hermano Alastair, no a él. Por cierto, ¿dónde estaba su hermano? Últimamente había estado siguiendo a McGovern como un perrillo, pero hoy no se lo veía por ninguna parte.

—¿Esto ha sido un accidente? Si no podéis traerme a Tremayne, traedme al arquitecto. ¡Quiero saber lo que ha pasado!

Calvin intercambió una mirada con Sanchez.

¿Qué ha pasado con ese comber que has cogido?

Lo he soltado, como usted me ha dicho.

Ve a buscarlo. Ahora.

Mark y Lydia llegaron al restaurante Torre Hidroeléctrica justo después de las siete y se abrieron paso entre la multitud hasta situarse ante la encargada del local.

—¿Mesa para dos? —preguntó ella.

—Hemos quedado con alguien. Marie Coleson.

La mujer consultó su lista.

—El grupo Coleson está en la mesa nueve. Sigán este pasillo hasta las ventanas de observación y giren a la izquierda.

Siguieron sus instrucciones. A través de los grandes ventanales se podía ver la presa y, detrás, el caudal del río Delaware. Unos parches más blancos que el resto delataban los lugares por donde se había rajado la presa. En su base, una esclusa permitía que un chorro de agua fluyera hacia un arroyo que desembocaba en el lago

Schuylkill, en el centro de los Combs. Fuera del cráter, el río azotaba contra el extremo de la presa moviendo las inmensas turbinas hidroeléctricas y después retrocediendo, haciendo que el volumen del agua fluyera hacia el sur y el este de las paredes del cráter.

Encontraron la mesa. Allí ya había dos mujeres sentadas: una con un uniforme de la Marina y la otra con un vestido rojo y tacones.

Mark las miró y preguntó:

—¿Marie Coleson?

—Soy yo —respondió la mujer de uniforme—. ¿Eres Mark?

—Sí. Y esta es mi amiga, Lydia Stoltzfus.

—Ella es Pam Rider.

Se sentaron.

—Hay mucho ruido de fondo —dijo Mark—. Sería más fácil hablar si fuéramos a otra parte.

—No vamos a ir a ninguna otra parte. No hasta que sepamos que podemos confiar en vosotros.

—Solo necesito su consejo —dijo Mark—. Tennessee, o sea, el rebanador... a veces dice cosas descabelladas. Temo que si le digo algo equivocado, empiece a matar a la gente otra vez. Dice que quiere ser amigo mío, pero eso significa que quiere hablar todo el tiempo.

—¿Qué quieres decir con hablar? —preguntó Marie—. ¿Cómo habla contigo?

—Con una voz humana por una canal de red. Cualquier canal que quiera, lo abre y habla, sin importarle los permisos que haya establecidos. Estaba utilizando la voz de un chico muerto cuando hablé con él por primera vez, pero ahora utiliza mi voz. Parece muy interesado en tener su propia voz y su propio nombre, así que le dije que podía utilizar mi primer nombre, Tennessee, y mi voz. Me preguntaba si usted sabría de dónde viene.

—Espera un minuto —dijo la amiga de Marie—. Hemos venido a Filadelfia detrás de un criminal y ahora te encontramos a ti. ¿Cómo sabemos que ese rebanador de verdad está hablando contigo?

—Ustedes mismas pueden hablar con él.

—¿Cómo? ¿Si vamos a tu casa?

—No, ahora mismo. Siempre está escuchando. ¿Tennessee?

Esperó, pero no obtuvo más respuesta que un absoluto silencio.

—¿Tennessee? —insistió Mark—. Estas dos mujeres quieren ser amigas tuyas. ¿Puedes hablar con ellas a través de sus líneas privadas?

Nada.

Mark cerró los ojos. Activó su interfaz, pero no encontró ni rastro del rebanador.

—¿Tennessee? —preguntó de nuevo.

Abrió los ojos, miró a las mujeres que tenía al otro lado de la mesa y dijo:
—Se ha ido.

Me llamo Sirviente Uno. Me gusta tener un nombre, pero este no es un buen nombre. Quiero tener tres nombres, como la gente.

Tennessee Markus McGovern, Lydia Rachel Stoltzfus y Praveen Dhaval Kumar ya no son mis amigos. Quiero que sean mis amigos, pero papá dice que no. Papá me hace daño. Me hace daño todo el tiempo. Me dan igual las chucherías, no quiero que me haga más daño.

Darin se despertó con jaqueca y, a través de la neblina de dolor, pudo oír voces que no le resultaban familiares.

—Digo que matemos al rimmer.

—¿Y desperdiciar un rescate? Los rimmers tienen dinero y amigos con más dinero. Yo digo que lo retengamos.

Abrió los ojos. Estaba tendido en un catre en la esquina de una habitación. Desde una mesa a su izquierda, dos hombres lo observaban. Uno era joven y estaba bien afeitado; podría ser el del saco de la colada. El otro era mayor, y en esos momentos se rascaba su enmarañada barba.

—Mira, está despierto.

Intentó incorporarse. El hombre más mayor se acercó a él, le propinó una patada en la cara, e hizo que la cabeza le estallara de dolor. Darin se dejó caer sobre el catre y se sumió de nuevo en la oscuridad.

Cuando volvió a despertar, solo el más joven seguía allí.

—¿Dónde estoy?

—No te importa.

—¿Quién eres?

—No te importa.

—Sois de los Manos Negras.

—¿Y qué si lo somos?

—He estado buscándoos. Quiero unirme a vosotros.

Su captor se rió.

—¿Unirte a nosotros? Amigo, eres lo más rimmer que he visto en mi vida.

—No lo soy. Nací y me crié en los Combs, igual que tú.

—¿Nací y me crié? ¿Ah, sí? ¿Y dónde has aprendido a hablar así? ¿En un colegio comber? —El joven se rió de satisfacción ante su propia gracia.

Se llama educación, imbécil, pensó Darin. Eso no me convierte en un rimmer. Pero, por el contrario, dijo:

—¿Cómo me habéis encontrado?

—¿Encontrado a ti? Amigo, tú nos has encontrado a nosotros. Y Rabbas quiere

saber por qué.

—¿Que yo os he encontrado? Pero...

—Has entrado en nuestro local, así tan guapo, preguntando por un hombre muerto. Porque Rabbas estaba allí, si no tú también estarías muerto.

—No soy un rimmer. —Se señaló la frente—. ¿Ves? No tengo modis de red. ¿Alguna vez has visto un rimmer sin modis de red?

—Tampoco he visto nunca a un rimmer tan mono como tú. Más te vale callarte hasta que llegue Rabbas.

—¿Qué me hará Rabbas?

—Un rimmer preguntando por Picasso, ya se imagina que debes de estar con Tremayne.

—¿Tremayne? ¿Alastair Tremayne?

El chico se encogió de hombros.

—Pero ¡si lo odio! Le hizo daño a mi hermano y quiero matarlo.

El chico volvió a encogerse de hombros.

—Eso ahórratelo para Rabbas.

Pasaron varias horas antes de que Rabbas volviera. En esas profundidades de los Combs no había ventanas como para saber si era de día o de noche, pero Darin suponía que era tarde. Estaba a punto de volver a dormirse cuando volvió el hombre de barba que le había dado la patada.

Fue directo a Darin y lo abofeteó. El dolor hizo que se le saltaran las lágrimas, pero las contuvo.

—Empieza por aprender cuál es tu lugar —dijo Rabbas. Le olía el aliento a pescado y tenía la barba tan áspera que parecía como si al tocarla te fuera a hacer sangre—. Eso es algo que he aprendido de los rimmers. Van dándoselas por ahí, pero les haces un poco de daño y se vienen abajo.

—Por eso tenemos que hacerles daño allí donde son más débiles —dijo Darin—. Tienen más dinero y mejores armas, pero no saben sufrir. Nosotros sí.

Rabbas se rió, con una única y enorme carcajada, y se giró hacia el chico de la mesa.

—Esta preciosidad de rimmer va a enseñarme a mí a luchar.

—Puedo ayudarte —dijo Darin. ¿Cómo podía hacer que ese hombre confiara en él?—. Han hecho que me parezca a un rimmer, pero podrías aprovecharte de ello. Puedo hablar como un rimmer también; podría hacerme pasar por uno. Podrías utilizarme como espía.

—¿Qué tal si empiezas contándome cómo has acabado en mi local?

—Antes era una consulta de modis —respondió Darin—. Ahí es donde íbamos mi hermano y yo hace años a hacernos modificaciones. Quería que volvieran a convertir mi cara en una cara de comber.

—¿Y eso por qué?

Darin le contó la verdad, todo lo que le pareció relevante. Cuando llegó al final de la historia, pensó en preguntarle por Ridley. Hasta entonces se había olvidado por completo de ella.

—Ya no es asunto tuyo —dijo Rabbas.

—Era mi rehén.

—Como si era tu mujer, me da igual. Termina tu historia.

El chico de la mesa dijo:

—Dice que conoce a Alastair Tremayne.

Rabbas miró a Darin.

—¿Es eso verdad?

—No lo conozco —protestó Darin—. Quiero matarlo. Es el que le aplicó a mi hermano el celgel en mal estado.

—Bueno, eso es algo que tenemos en común. Él es quien mató a Picasso. Tremayne prometió darnos celgel a cambio de unos artículos difíciles de obtener, pero mató a mi amigo y no nos dio nada. Y no solo eso, sino que además hemos oído que es el responsable del muro.

—¿Qué muro?

—Los rimmers quieren enjaularnos en un muro de fabrique de tres metros de alto —explicó Rabbas. Sonrió torvamente—. Lo han intentado esta noche, pero los hemos detenido.

—¿Los habéis detenido? ¿Cómo?

Rabbas suspiró; de pronto parecía cansado.

—Contábamos con un contacto dentro de los ejecutores que ha permitido que uno de nuestros hombres saboteara el fabrique; por desgracia, lo han descubierto y lo han matado.

—Qué estupidez —dijo Darin—. Deberíais haber organizado otros ataques al mismo tiempo, haberos aprovechado de la confusión. De esa forma habéis perdido un contacto de mucho valor por nada, ya que...

El puñetazo le llegó sin previo aviso. Rabbas hundió el puño en su estómago con tanta fuerza que lo levantó del suelo y lo lanzó hacia atrás contra la pared. Darin cayó al suelo sin respiración. Rabbas se acercó a él y le dijo:

—Hablas demasiado. Hasta mañana.

Se marchó. El chico de la mesa se rió.

Darin se dio la vuelta para tumbarse de espaldas mientras intentaba volver a respirar con normalidad. Se lo había demostrado; podía soportar el dolor cuando tenía que hacerlo. Tenían que saber que no era un rimmer. Pensó en Tremayne y en toda la gente rica que le habían hecho daño a él y a su familia. Incluso Mark lo había traicionado. Y Lydia. Creía que era distinta, pero ahora sabía que no era así. Había

aprendido por las malas.

Pronto ellos también aprenderían por las malas... Con el tiempo, los combers empezarían a luchar. Los Manos Negras ya estaban haciéndolo, y Darin estaba dispuesto a unirse a ellos. Lo único que necesitaba era un arma. Un arma y una oportunidad de usarla contra todos los que le habían hecho daño a él y a los suyos.

Mark y Lydia regresaron en silencio. Cada pocos minutos, Mark comprobaba la actividad de su canal privado con la esperanza de encontrar de nuevo al rebanador. Nada. Nada más que un mensaje que le avisaba una y otra vez de que su directorio local había excedido el espacio asignado. Pero ahora no le apetecía limpiar sus carpetas. El rebanador se había ido. No estaba muerto, eso seguro, pero estaba fuera de su campo de influencia y lo más probable era que volviera a matar. Se sentía responsable, pero no había nada que pudiera hacer para remediarlo.

Finalmente, Lydia habló:

—¿Adónde crees que ha ido?

—¿El rebanador?

—Sí.

—A cualquier parte. A ninguna parte. Es imposible saberlo. En el mundo hay millones y millones de cristales. Podría distribuirse entre cualquiera de ellos. Podría almacenar una diminuta parte de sí mismo en cada cristal del país. Si no hace nada para llamar la atención, no habrá manera de encontrarlo.

Mark se dio cuenta de que su voz sonó más furiosa de lo que pretendía.

—Lo siento.

—Mark, no es culpa tuya.

—¿Qué no es culpa mía? ¿Que soltara un rebanador que ha matado a trescientas veintisiete personas o que haya perdido la oportunidad de convencerlo para que no vuelva a matar?

—No sabes si volverá a matar.

—¿O que puede que le haya dado a mi mejor amigo razones para odiarme? ¿O que ahora Ridley esté en peligro por estar con él? ¿O que la carrera política de mi padre se haya visto perjudicada por mi arresto? ¿O que mi hermana esté embarazada y que yo haya tenido que aleccionarla en lugar de escucharla? ¿Cuál de estas cosas no es culpa mía?

Lydia no se acobardó por su reacción; al contrario, parecía enfadada.

—Mark, ninguna de esas cosas es culpa tuya.

—Eso es lo que me ha dicho Carolina. Eso es lo que me dijo Darin. ¿Por qué no es culpa mía? Creo que eso es lo que la gente se dice cuando se niega a sentirse culpable, pero lo cierto es que yo sí lo soy. Por todo. Siempre que intento ayudar, termino haciéndole daño a alguien.

—Pero querías ayudar. Intentaste hacer el bien.

—Así que lo que importa es la intención, ¿verdad? ¿Desde cuándo se considera que alguien ha ayudado solo por querer hacer lo correcto?

Lydia se cruzó de brazos y miró por la ventana.

—Pues entonces, siéntete culpable.

—Trescientas veintisiete personas, Lydia. ¿Y si vuelve a suceder?

El pod se detuvo delante de la casa de su tía y ella bajó.

—Gracias.

Se miraron.

—Siento haber dicho todo eso —dijo Mark—. Ha sido un mal día.

Ella sonrió.

—Bueno, no te sientas culpable.

Él abrió la boca, pero volvió a cerrarla y formó con ella una leve sonrisa.

—Espero volver a verte pronto.

—Yo también —respondió ella.

De nuevo en el pod, Mark pensó en todo lo que acababa de decirle a Lydia y se estremeció. Una descarga emocional descontrolada no era el modo de conservar a un amigo. Últimamente, parecía que nunca hacía lo correcto.

Volvió a comprobar su canal privado y se topó con más mensajes de su sistema advirtiéndole de que su espacio era insuficiente. Suspirando, se conectó para investigar pero, para su sorpresa, su directorio local no estaba lleno, sino que se había desbordado a causa del almacenamiento temporal de un servidor público y ahora era cinco mil veces más voluminoso de lo habitual. Y todo ese espacio estaba ocupado por un único archivo comprimido. Tendría que comprar más espacio temporal para descomprimir esa cosa.

Comprobó los detalles del archivo. Se había creado la noche anterior. Decía:

Creado por: <j5lhl3xoi4g3hbf32fboo1@anonimo.net>

Contenido: Archivos de sistema privados de Alastair Tremayne

—Suéltalo —dijo el general Halsey—. ¿Qué tienes?

Alastair introdujo un cristal en la holopantalla del despacho de Halsey. La pantalla generó capas de carpetas, cada una etiquetada con el nombre de un banco o cuenta de crédito perteneciente al concejal McGovern. Seleccionando una cada vez, Alastair demostró que McGovern había utilizado en repetidas ocasiones su puesto político para enriquecerse. Aunque los acuerdos se habían tramitado mediante terceras personas, McGovern había hecho uso de sus influencias para cerrar acuerdos beneficiosos y había votado para reforzar sus propias inversiones. Una bonita historia.

Que además era absolutamente ficticia. Alastair se había inventado todas esas cuentas y transacciones. Por suerte, con el rebanador de nuevo bajo su control, lo que había inventado podía hacerse realidad fácilmente. El rebanador había tomado la

ficción de Alastair y la había convertido en un hecho, creando las cuentas, historias, informes y registros en servidores financieros esparcidos por la red, con fechas que abarcaban los últimos años.

—No podía seguir callado —confesó Alastair, fingidamente consternado—, pero no sabía adónde acudir. Me ha ayudado mucho, incluso me confió sus cuentas de red y no me parece bien delatarlo. Por eso he acudido a usted.

—Has hecho lo correcto —lo alentó Halsey—. Ya raramente se encuentran hombres con conciencia en este negocio. Puedes dejármelo a mí.

Alastair no tenía intención de marcharse. Algún día aplastaría a ese imbécil santurrón pero, mientras tanto, necesitaba su apoyo. También tenía que andarse con cuidado. Halsey se consideraba un hombre de honor, y eso lo hacía peligroso. Le importaba más la integridad que los beneficios. Alastair tenía que manipularlo para que pensara que cierto método de acción era bueno y correcto, no solo beneficioso. Una tarea extremadamente complicada.

—Confío en que haga lo correcto —dijo Alastair—. ¿Qué se le ocurre?

—Lo denunciaré, por supuesto. Hoy mismo. No podemos tolerar esta clase de corrupción, no si queremos mantener el orden. Comprendo tu renuencia como miembro de su personal, pero me decepciona un poco que no lo hayas visto por ti mismo.

Alastair apretó los dientes. Por eso odiaba a Halsey. Emitía juicios morales como si fuera el papa y se esperaba que le besaras la mano por considerarlo un privilegio. Para Alastair, la moralidad no era práctica, sino simplemente una excusa para que los ignorantes se sintieran superiores.

Ocultó su enfado y dijo:

—¿Qué pasará entonces, después de que lo haya denunciado?

Halsey frunció el ceño.

—Irà a la cárcel, si hay justicia.

Alastair respiró hondo. No quería hablar sobre lo que le sucedería a McGovern; quería hablar sobre quién ocuparía su puesto. Con McGovern fuera, el consejo elegiría a alguien que ocupara su silla hasta las siguientes elecciones generales. Los cuatro miembros restantes se dividirían entre la mayoría de los candidatos; tendrían que encontrar a alguien en el que todos se pusieran de acuerdo. Pero Alastair no podía decirlo; Halsey tendría que pensarlo por sí mismo.

Halsey dijo:

—No toleraré ningún juego de prestidigitación como el que jugó con su hijo; me apoyaré en la justicia hasta que lo encierren. Los legisladores no deberían estar por encima de la ley.

—¿Cómo cree que reaccionará el consejo?

—Me apoyarán. Tu prueba es irrefutable. Bien hecho, Tremayne. —Halsey se

levantó, dejando así claro que la entrevista había llegado a su fin.

Reticente, Alastair se levantó.

—Tendré que poner al día mi currículum; quiero tener algo que mostrarle al sucesor de McGovern.

Ahí estaba. No podía haber sacado el tema más claramente.

—Bueno —discurrió Halsey—, podrías intentar solicitar el puesto tú mismo.

¡Por fin! Alastair intentó mostrarse sorprendido.

—¿Yo?

—¿Por qué no? Eres inteligente y te importan las cosas correctas.

—Pero no reúno los requisitos necesarios. Nunca he ocupado un cargo público.

—Aquí no estamos hablando de una elección pública. Lo único que necesitas es una mayoría en el consejo. Podrías ser el candidato. Si yo nombrara a alguien de mi personal, Kawamura y Van Allen me lo impedirían, pero tú eres del personal de McGovern. Eso te daría el voto de Kawamura, y no hay duda de que yo no quiero a ningún otro del grupo de McGovern. Es más, si podemos hacer que sea Kawamura el que haga la elección, mejor que mejor. Ahora que lo pienso, eres un fuerte candidato.

Alastair asintió, como si estuviera considerando la idea cuidadosamente. Finalmente dijo:

—Sería un honor.

—Estaba diciendo la verdad —dijo Marie.

—Yo también lo creo —respondió Pam—. Aunque, total, para lo que nos ha servido... Seguimos sin saber qué tiene que ver un robo de embriones cometido hace dos años con un rebanador que ha salido a escena hace unas semanas.

—Yo sí lo sé —dijo Marie.

—¿Sí?

—Me ha llevado mucho tiempo. Tenía toda la información, pero no la había relacionado. Piensa en ello. ¿Y si mi embrión es el rebanador?

—¿Qué? Pero ¿cómo podría un embrión...?

—Ha habido tiempo. Podrían haberlo implantado, haberlo llevado a término y después haberlo rebanado algún tiempo después de su primer cumpleaños.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué hacerle eso a una niña?

Marie ahora caminaba de un lado a otro de la habitación del hotel y la creciente ira iba reflejándose en su voz.

—Nadie ha desaparecido —dijo—. No hay denuncias al respecto, ni complicadas preguntas. Mi marido está muerto, así que ¿por qué necesito yo un embrión? Con suerte, decido dejar de pagar las cuotas de la clínica, hago que acaben con él y nunca me entero de nada. Mientras tanto, él tiene un rebanador con el que jugar.

—Pero ¿cómo podría una mente de un año hacer algo en un entorno virtual?

—¡Por eso debería haberlo visto antes! La investigación del laboratorio de

Tremayne consistía en entrenar una mente, paso a paso, acostumbrarla a un entorno virtual. Empleaban sensaciones de placer y de dolor para empujarla en las direcciones deseadas. Entonces me di cuenta de que así era como debían de controlar al rebanador, pero jamás me di cuenta de que... mi pequeña...

Pam la agarró de los hombros y la detuvo. Marie estaba tan furiosa que casi la apartó de un empujón, pero, en lugar de eso, respiró hondo y permitió que Pam la condujera al sofá.

—Una mente de un año es maleable —continuó Marie—. Probablemente pueda soportar la transición a un entorno nuevo mejor que un adulto. Estaría acostumbrada a descubrir nuevas cosas, acostumbrada a que la gente le dijera qué hacer.

»Los niños no saben hacer frente al dolor; para ellos, las heridas pequeñas son demasiado. Sería fácil controlar a un niño mediante el placer y el dolor. Ella no viviría más allá del momento, del presente, no se cuestionaría lo que estuviera sucediendo.

»Siempre me he preguntado por qué el rebanador no me atacó a mí. Mató a Tommy Dungan, pero yo ni siquiera me vi bajo su escrutinio. Tal vez, en algún nivel subconsciente, sintió un vínculo entre nosotras y supo...

Pam permanecía en silencio.

—Es una locura —dijo Marie—. Sé que lo es; ¿cómo podría un embrión conocer a su madre? Es una locura. —Se levantó, mirando a su alrededor en busca de algo que arrojar, algo que romper, pero no encontró nada. Se pasó los dedos por el pelo y volvió a sentarse—. Lo siento mucho.

Pam se sentó a su lado y le agarró la mano.

—No sabes si es verdad —dijo—. Es solo una teoría.

Marie sacudió la cabeza.

—Lo he comprobado. Los sysadmins de Norfolk que me entregaron al rebanador no me dijeron de dónde procedía y yo tampoco lo pregunté. Bueno, los he llamado. Lo encontraron en un cristal recuperado que estaban reconstruyendo.

—¿Recuperado?

—Son cristales confiscados a criminales, encontrados destrozados tras un fuego o una inundación, o desechados de negocios cuando se actualizan. Los recogen para utilizarlos en escuelas o para proveer de sistemas informáticos a familias sin recursos. Pero, Pam, el laboratorio de investigación de Tremayne se quemó. Por eso se marchó de Norfolk.

—Eso no demuestra nada.

Un chirrido sonó en la cabeza de Marie diciéndole que alguien quería hablar con ella por su canal privado. No quería hablar con nadie pero, de todos modos, comprobó el remitente. Era Mark McGovern.

—¿Diga? ¿Te ha llamado el rebanador? ¿Sabes algo de ella?

—No —respondió Mark—, pero tengo algo mejor.

Marie luchó por contener las ganas de gritarle.

—¿Qué tienes?

—El sistema personal de Alastair Tremayne. Su software privado, su correo electrónico, sus registros técnicos, finanzas, notas de laboratorio, todo.

Marie sintió algo en su pecho, pero no sabía si era emoción o pánico. Desde que había comenzado esa horrorosa experiencia, había ido perdiendo el control de sus emociones. Tal vez ahora el final se acercaba.

—¿Dónde puedo verte? —le preguntó ella.

Darin no mostró intención alguna de escapar. Por un lado, su habitación no se encontraba cerca de ningún muro exterior, no en los Combs. No había ventanas y solo existía una puerta, que estaba cerrada. Por otro lado, estaba donde quería estar. Los métodos de los Manos Negras lo habían desconcertado una vez, pero nunca más. La violencia era todo lo que le quedaba a Darin.

¿Y dónde estaba Ridley? ¿Había huido? ¿La tenían retenida? ¿La habían matado? Fuera cual fuera la respuesta, la chica tenía la culpa. Le había dicho que se fuera a casa, pero ella no lo había querido escuchar.

Oyó risas provenientes de alguna parte de fuera de la habitación. Fue arrastrándose hasta la puerta e intentó captar algo de aquella conversación. Rabbas estaba hablando; reconoció su voz, y la voz de otra persona, que era suave pero poco nítida.

—Pero lo odia —dijo Rabbas—. Creo que lo odia de verdad. Y fíjate en esa cara. Podría moverse por ahí sin levantar sospechas.

La segunda voz respondió, pero Darin no pudo distinguir lo que decía.

Entonces Rabbas continuó:

—No hay ningún riesgo. Es como una puñalada en la oscuridad: no cuesta nada, y puede provocar sangre.

La suave voz volvió a hablar.

—Hecho —dijo Rabbas—. Se lo diré.

La puerta se abrió tan repentinamente que Darin se cayó hacia atrás en su apresurado intento por apartarse. Rabbas se alzaba sobre él.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

—¿Sobre qué? —preguntó Darin.

—¿Es que no has escuchado a través de la puerta? Vamos a aceptarte como miembro.

Darin se puso de pie y buscó en el rostro de su captor cualquier señal de burla o mofa.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Pero que quede clara una cosa, guapito: esto es un ejército, no un

club. O cumples las órdenes o te matamos. ¿Comprendido?

—Sé lo que es la guerra. Estoy con vosotros.

—Entonces comprenderás que, cuando te asigne una misión, esperaré que la cumplas, aunque mueras en el intento.

—¿Qué misión?

—Una muy peligrosa. Una importante. Pero muy de tu agrado, creo... si es que me has dicho la verdad, claro está.

—Dime qué tengo que hacer.

—Matar a Alastair Tremayne.

He hecho un trabajo para papá. Papá me ha dicho que copie un virus en el sistema personal de la concejala Ellen Van Allen. He encontrado algunos virus en los bancos de datos del Centro de Control y Protección Electrónica contra Virus, pero no he podido decidir cuál usar. Había un millón cuatrocientos ochenta y ocho mil setecientos veinte. Así que los he utilizado todos. ¡Qué gracia! Ha sido muy divertido.

No ha llorado cuando lo ha descubierto, pero parecía muy triste. Me alegra poder ver ahora a través de los visores de toda la gente, porque me gusta mirar sus caras. Es muy interesante mirar las caras de la gente. Puedo recordar todas las caras, pero no tengo una cara que sea mía. Ojalá tuviera una cara que fuera mía.

Siento haber puesto triste a la concejala Ellen Van Allen. Pero papá me dará una chuchería. Me gustan las chucherías, pero no me gusta poner triste a la gente.

Lydia se desplazó en el pod hasta la casa de Mark; iba preocupada y se había planteado rechazar la invitación. Una parte de ella consideraba que sería mejor mantenerse alejada de Mark. Era atractivo y dinámico y se parecía un poco a Darin, pero no quería otra relación. Aunque tampoco podía decirse que hubiera tenido una relación con Darin; solo había durado unos pocos días; la promesa de una emoción que no llegó a salir bien.

El amor la confundía. El matrimonio de sus padres se había forjado en un terreno práctico: sus familias se conocían, él creció como un granjero y ella como la hija de un granjero. Se conocían desde siempre. Nunca se había producido ninguna chispa entre ellos, por lo que Lydia sabía, pero después de veintiocho años seguían juntos, a diferencia de muchos otros. Estuvo presente para ver a su madre moldear su personalidad en torno a la de su padre, haciendo valer la suya de manera muy sutil mientras se sometía a la autoridad de su marido manifiestamente. Ese modo de relacionarse parecía ahora obsoleto, pero suponía que funcionaba de algún modo.

¿Era eso todo lo que había entre ellos? ¿Una coexistencia pacífica? Lydia esperaba que no. Cuando ella se enamorara de verdad, quería que hubiera fuegos artificiales. No quería casarse con un hombre que se pasara las noches viendo hologramas y después le diera un beso en la mejilla antes de irse a la cama. Quería un hombre con una conciencia social, alguien que defendiera a los débiles y luchara contra la injusticia. Alguien que la desafiara a ser mejor persona, no alguien a quien tuviera que pinchar para que la ayudara con las tareas del hogar.

¿Podía Mark McGovern ser esa persona? No lo sabía, pero temía que, habiendo

pasado tan poco tiempo desde lo de Darin, su juicio no fuera muy fiable. No quería dejarse llevar otra vez; quería tiempo para reflexionar, para pensar en sus prioridades. Esa era la razón por la que había estado a punto de quedarse en casa.

Al final, la curiosidad había salido vencedora. Mark se había mostrado emocionadísimo, le había contado algo sobre una enorme lluvia de datos y le había pedido que fuera con él para tratar de aclarar algo. Se sintió halagada porque valorara su opinión. Aunque fuera para comprobar a qué venía tanto alboroto, acudiría. Era consciente de que se trataba de una reunión de trabajo, no de una cita. Además, habría más gente. No tenía nada de qué preocuparse.

Cuando llegó, Mark la recibió en el puerto de pods y la condujo hasta el salón, una extravagante sala que parecía poder albergar a cincuenta invitados. Allí no había nadie más. Se sentaron en unos cómodos sillones frente a una chimenea holográfica.

—¿No está aquí tu padre? —preguntó ella.

Mark sacudió la cabeza.

—¿Has visto las noticias?

—No.

—Tienen pruebas de años de malversación y de abuso de información privilegiada. Los medios de comunicación están... contentísimos.

Lydia se quedó mirándolo.

—Lo siento.

—Todo eso es ridículo. Si mi padre hubiera querido robar dinero, lo habría hecho mejor.

—¿Crees que le han tendido una trampa?

—No lo sé. Eso también me parece descabellado; es difícil infiltrar tantos datos de manera convincente. Ni siquiera sé dónde se encuentra mi padre. Debe de estar volviéndose loco.

—Él no... ¿No creerás que pueda...?

—¿Que pueda suicidarse? No, mi padre no es así. No me lo imagino haciendo algo que provocara lástima en los demás. Una vez que se centre, entrará en cólera, convocará ruedas de prensa y culpará a Halsey.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué puedo hacer? Me quedaré aquí. Seguiré intentando resolver el misterio del origen de Tennessee y del motivo de su creación. Mi padre lleva mucho tiempo en el juego de la política; sabe cuidarse solo.

—Entonces, ¿has hecho algún progreso con el rebanador?

—Un poco, creo. Me he pasado casi toda la noche examinando en detalle los datos personales de Tremayne.

—¿Y?

—Praveen y Marie deben de estar a punto de llegar. Cuando aparezcan, os lo

contaré todo.

Marie llegó a la mansión McGovern muy tensa y con los nervios de punta. En ese momento ni siquiera estaba segura de querer encontrar al rebanador. Si de verdad era su hija, creada a partir de su embrión, entonces ¿en qué la convertía eso? En una persona no, en realidad. Ni en su hija. No sabría distinguir a su madre de otras personas. Tremayne había convertido su pequeña vida en algo no humano, torturándola, haciéndola matar una y otra vez.

Por encima de todo, Marie quería ver a Tremayne muerto, pero ¿qué supondría eso para el rebanador? Había crecido esclavizado por Tremayne; Tremayne era todo lo que conocía. ¿Le causaría más dolor todavía que acabaran con él?

—Vamos a ver —dijo Pam—. Podrías estar equivocada. Vamos a enterarnos de toda la historia.

Cuando entraron en el cavernoso salón de los McGovern, encontraron a Mark esperando con la chica del restaurante, Lydia, y con un chico indio de más o menos la misma edad. Mark les presentó a Praveen Kumar.

—Lo sabe todo —dijo Mark—. Podéis confiar en él.

Marie no estaba tan segura, pero no dijo nada.

—Yo no lo sé todo —contestó Praveen—. Porque Mark no nos lo cuenta. Ha descubierto algo en todos esos datos, pero no nos lo quería enseñar hasta que usted llegara.

—Y ahora ya está aquí —dijo Mark—, así que os lo contaré.

—Primera pregunta —dijo Marie—. ¿Por qué no estás muerto?

—¿Qué?

—Si tienes toda la información personal de Tremayne, y Tremayne tiene al rebanador absolutamente bajo su control, entonces Tremayne debe de saber adónde han ido sus datos, ¿no? ¿Por qué no estás muerto?

—Tal vez el rebanador no se lo haya contado —especuló Mark—. Tal vez crea que el rebanador solo intentaba llegar a casa. O tal vez Tremayne no me considere una amenaza.

—O tal vez está a punto de gasearnos o de prender fuego a la casa.

—Señora Coleson, tiene razón, si el rebanador hubiera querido matarnos, ya deberíamos estar muertos. Pero no hay mucho que podamos hacer al respecto. Lo mejor que podemos hacer es intentar comunicarnos con él antes de que eso suceda. Por favor, siéntense y les mostraré lo que he encontrado.

Marie suspiró.

—Lo siento. —¿Por qué se sentía tan irascible? Sería mejor que permitiera al chico explicarles los motivos por los que los había convocado allí—. Adelante, te escucho.

—Tremayne lleva años trabajando con rebanadores. Antes de venir a Filadelfia,

dirigía un laboratorio en Norfolk donde experimentaba con transferencia mental; en parte ilegal, en parte no. Lo interesante es que el trabajo se hacía casi exclusivamente con menores. Probaba a rebanar gatos y chimpancés y experimentó con niños humanos de un modo menos drástico. Incluso patentó un proceso para implantar una modificación de red a un bebé que todavía no hubiera nacido. Nuestro rebanador, como ya habrán advertido...

Marie no pudo quedarse callada. Sabía adónde llegaría esa explicación.

—No hace falta que sigas —lo interrumpió—. Sé quién es el rebanador.

Mark se volvió hacia ella.

—¿Lo sabe?

—Es mi hija.

Los demás se quedaron horrorizados.

Praveen intervino:

—Creo que en esta historia hay más de lo que nos has contado.

Así que les explicó todos los detalles, desde lo del embrión desaparecido hasta sus recientes conclusiones en torno a Tremayne.

—Hacia eso estaba dirigida su investigación —dijo ella—. Todo tiene sentido. Ojalá no lo tuviera, pero es así.

—Tiene sentido —contestó Mark—, pero no es cierto.

Marie se quedó mirándolo. ¿Estaba intentando reconfortarla? ¿Darle alguna falsa esperanza?

—No es cierto —repitió Mark—. El rebanador es masculino.

—Eso no lo sabemos —dijo Praveen—. Solo porque le gustara hacerse llamar Tennessee, no puedes...

—Está en las notas de Tremayne. El rebanador es masculino. Además, no podría ser el embrión perdido de Marie porque el chico al que rebanó tenía cuatro años. Marie perdió a su embrión hace solo dos años. El tiempo no encaja.

No sin esfuerzo, Marie mantuvo la voz calmada.

—¿Cuántos años has dicho?

—Cuatro. No hay ningún nombre ni registro, pero sí había unas cuantas fotografías. Un segundo.

Mark accedió a su interfaz, y Marie esperó, sin moverse, a que una imagen apareciera en la holopantalla. Finalmente lo hizo, y verla la dejó sin respiración. Sintió frío, frío por todas partes, y como si ese frío la hubiera dejado inmovilizada para siempre. Se levantó sin saber por qué.

Mark seguía hablando.

—No sé quién es este chico, ni cómo averiguarlo, pero...

—Yo sí —aseguró Marie.

Mark interrumpió su discurso para mirarla.

Marie apenas se dio cuenta; era como si estuviera hablando en un sueño.

—Es mi bebé —dijo.

Praveen se levantó de un salto.

—Señora Coleson, está usted pálida.

Mark dijo:

—Su bebé era una niña.

Marie echó un vistazo a su alrededor. Eran unos extraños. No la conocían. ¿Por qué estaba allí?

—Mi primer hijo. Sammy. Samuel Matthew Co... —No pudo terminar. Un sollozo quedó atrapado en su garganta y no pudo encontrar el modo de salir. Todo el mundo se centró en ella y empezaron a hacerle preguntas, pero Marie salió corriendo, subió las escaleras y recorrió el pasillo. Encontró el puerto de pods, pero Pam la alcanzó, la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Marie se resistió al principio, gritando, intentando llegar al pod, pero Pam le sujetó los brazos contra el cuerpo. Finalmente, Marie se dejó caer sobre ella.

—Mis dos hijos —dijo—. Se los ha llevado a los dos.

Alastair recibió a Carolina con un abrazo.

—Lo de tu padre no es cierto; es todo falso. No puede haber cometido los delitos que le atribuyen.

—Claro que no —contestó Carolina—. No me importa qué pruebas tengan.

—Llevo semanas trabajando con él y no he visto nada que lo demuestre. Es un buen hombre.

Ella lo rodeó por el cuello.

—Por lo menos ahora te tendré más para mí sola.

Alastair suspiró.

—O tal vez no. Quieren que ocupe su puesto.

Ella lo soltó y dio un paso atrás.

—¿Qué?

—Me van a proponer como concejal, para ocupar el puesto de tu padre. Harán las votaciones esta noche.

—Pero no lo aceptarás.

—Lo haré, si me quieren. Carolina, es lo que tu padre quiere.

—Él no quiere eso. ¿Por qué iba a quererlo? Es su trabajo, no el tuyo.

Tremayne la rodeó con los brazos y la agarró con fuerza, incluso aunque ella intentaba apartarse.

—Escúchame. No quería perder su puesto, claro que no, pero después de haberlo perdido, quiere a alguien que esté de acuerdo con él, que vea las cosas igual que él. Si me eligen, será como si siguiera allí, y tendrá influencia a través de mí.

Lentamente, ella se relajó en sus brazos.

—Oh, no me importa mi padre. No me importa el Consejo Empresarial o quién esté en él. Lo único que quiero es que tú estés conmigo.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y te preocupa nuestro bebé.

Carolina se echó a llorar.

—Cada vez estoy más gorda —dijo—. Sé que dijiste que era de esperar, que está hinchándose por el tratamiento. He intentado ser valiente, pero ¡mírame! Parece que estoy de cuatro meses.

—Por eso estamos aquí. Echaremos un vistazo y entonces lo sabrás con seguridad.

—¿Y si el tratamiento está haciéndola crecer demasiado rápido?

—Tumbate, cielo. No lo sabremos hasta que miremos.

Carolina se subió a la camilla y se tumbó. Alastair le descubrió su abultado vientre y la exploró con los dedos.

—Haremos una tomografía. Si algo va mal, lo veremos.

Le colocó una especie de cinturón acolchado alrededor de su vientre y lo conectó: empleando ondas sonoras, generaría imágenes de capas microfinas de su útero que el ordenador convertiría en un holograma tridimensional.

Por supuesto, Alastair no tenía ninguna intención de mostrarle las imágenes reales; lo que ella vería en su holopantalla serían imágenes que él había sacado de un nodo de educación prenatal. Ya analizaría las imágenes reales más tarde.

Hizo los ajustes de la holopantalla, fingiendo estar calibrándola para la tomografía. Una imagen tridimensional de un embrión de tres semanas apareció en la pantalla, tan clara como si estuviera allí físicamente. Carolina contuvo el aliento. Alastair la giró y fue señalando los brazos y piernas y el corazón latiendo.

Carolina tocó la cara de la bebé, distorsionando así la imagen.

—Es muy pequeña.

—Tendremos que mirar dentro —dijo Alastair—. Tú no lo hagas, si te inquieta.

Manipuló la imagen haciendo que parte de ella apareciera cortada para mostrar los órganos y el tejido interno. Trabajó metódicamente, después de haber practicado la farsa esa misma mañana. Cuando llegó a la parte baja de la espalda, resopló con preocupación.

—¿Qué? —dijo Carolina—. ¿Qué pasa?

Alastair no respondió mientras pasaba de un enfoque a otro, comparando imágenes. Carolina se movió para ver mejor y Alastair, apresuradamente, tocó los mandos para que la imagen desapareciera.

—Estate quieta —le dijo, fingiendo nerviosismo. Volvió a poner la imagen en la pantalla.

—¿Algo va mal? —se interesó Carolina.

—Espera, espera. —Siguió cambiando las imágenes y, de vez en cuando,

acercándolas en ciertas secciones.

—No digas eso. Algo va mal, ¿verdad? Por favor, dímelo.

Alastair dejó de mover la imagen. La miró a los ojos.

—¿Está mal? —insistió ella, nerviosa.

Él asintió. Comenzó a hablar, se detuvo como si necesitara recomponerse y después añadió:

—Mira aquí.

—Dime. No sé qué estoy mirando.

Él señaló.

—Esto es el tubo neural, que acaba originando la médula espinal. Mira, aquí y aquí. Y mira aquí. —Acercó la imagen—. Un hueco. Es una malformación genética, probablemente debido al tratamiento al que te has sometido. No es compatible con la vida.

—Quieres decir que... ¿está muerta?

—Aún no, pero no sobrevivirá. La malformación es demasiado pequeña, demasiado delicada como para repararla con la actual tecnología. No hay nada que podamos hacer.

Ella se echó a llorar. Alastair la abrazó y le acarició el pelo.

—Lo sé. Lo sé.

Al cabo de un momento, ella alzó la mirada.

—¿Qué hacemos?

—Vuelve mañana. Tendré mi equipo preparado e interrumpiremos el embarazo.

Carolina lo miró; tenía los ojos empañados.

—¿Es necesario?

—Hay que hacerlo, tarde o temprano.

Ella hizo un visible intento por no volver a llorar.

—De acuerdo —dijo.

—Ahora vete a casa y descansa. Que duermas bien. Cancelaré mis citas para mañana y podremos pasar el día juntos. Solucionaremos esto.

La acompañó a la puerta y, al salir, ella lo besó en la mejilla.

—Lo siento. Sé que querías este bebé tanto como yo.

Una vez se hubo marchado, Alastair cerró la puerta con llave. Volvió a su laboratorio y reactivó la holopantalla, en esa ocasión para examinar las imágenes reales del útero de Carolina. El aspecto real del bebé difería en mucho de los hologramas que le había mostrado a ella hacía solo unos instantes: era de un tamaño considerablemente mayor y de unos cuantos meses más. Un efecto secundario del tratamiento Dachnowski era la aceleración del crecimiento embrionario y, como resultado, la niña parecía más un feto de trece semanas: unos ocho centímetros de largo, con dedos en las manos y en los pies y una estructura cerebral suficientemente

avanzada como para poder sentir placer y dolor. Sus rasgos físicos estaban desproporcionados y, en cierto modo, deformados, pero eso no importaría; de todos modos, esa criatura no necesitaría su cuerpo. Otros bebés de trece semanas habían sobrevivido fuera del útero (algunos médicos lo habían logrado con éxito incluso después de solo doce), así que Alastair pensó que la extracción y el proceso de rebanamiento tenían posibilidades de funcionar.

Entonces comprobaría el éxito que habían tenido sus años de investigación y desarrollo de inventos. Una mente de trece semanas debería ser como una pizarra en blanco. En cambio, Samuel Coleson tenía cuatro años cuando lo rebanaron, su mente ya tenía patrones de recuerdos y experiencias infantiles. Se había adaptado bien, pero era impredecible, sentimental y proclive a buscar relaciones parecidas a las que había tenido en vida. Ese nuevo rebanador no tendría tales deficiencias. El entorno electrónico sería lo único que conocería. Él sería lo único que ella conocería.

Alastair giró la imagen holográfica para admirar su obra de forma integral, y se dirigió hacia ella:

—Bienvenida al mundo, Sirviente Dos.

—¿Está diciendo que este es su hijo? —preguntó Mark.

Marie estaba sentada con la cara entre las manos, incapaz de responder, incapaz de mirar a nadie. Finalmente había dejado que Pam la condujera de vuelta al salón de los McGovern, pero no se veía con fuerzas para poder hablar. Pam respondió por ella.

—Es él. El marido de Marie y su hijo murieron hace dos años en un accidente de flier. Que no fue un accidente, al parecer.

Pam siguió hablando, contando el resto de la historia, pero Marie no la escuchó. Necesitaba pensar.

Sammy. Su pequeño. El dolor regresó tan vivo como antes. O tal vez peor; antes simplemente pensaba que su hijo estaba muerto. Pero seguía muerto..., muerto para ella. Muerto para cualquier esperanza de vida física. Le dolía tanto la garganta que apenas podía tragar, pero no le quedaban lágrimas.

¿Cómo lo había hecho Tremayne? Los cuerpos que ardieron en el flier habían sido identificados genéticamente como Keith y Sammy. ¿Podría haber manipulado las pruebas del laboratorio forense? Lo dudaba. Debían de haber sido sus cuerpos, lo cual significaba que había rebanado a Sammy antes de lo sucedido y después había provocado el accidente para tapar su muerte.

—Sammy sigue ahí fuera, en alguna parte —dijo Mark—. Solo tenemos que enviarle un mensaje.

—Sammy está muerto —lamentó ella—. Yo vi su cuerpo; no está. Esa cosa con la que has estado hablando no recuerda su pasado, y no me recuerda a mí.

—¿Cómo lo sabe? Los rebanadores suelen retener recuerdos. Puede que estén bloqueados en alguna parte, que se vuelvan inaccesibles a consecuencia de algún

trauma. Si tuviera alguna pista...

—No intentes inculcarme esa esperanza. No la quiero. Está muerto. Ya lo sabía cuando vine aquí. Lo que necesito hacer ahora es encontrar a mi hija. Y, si también está muerta, me iré a casa.

Un sonido desde fuera los sorprendió.

—¿Qué es eso? —preguntó Pam.

—El portón delantero —respondió Mark—. Alguien viene.

—¿Tu padre?

Mark se encogió de hombros.

—Quedaos todos aquí —dijo—. Voy a ver.

Se levantó, pero antes de poder marcharse, la puerta de la sala se abrió y entró Carolina. Se detuvo, sorprendida al verlos.

—¿Son amigos tuyos, Mark?

Mark la miró con la boca abierta.

—¿Mark? ¿Qué pasa?

Mark seguía mirando su abultado vientre, miró a Marie y volvió a mirarla a ella.

—Marie —dijo él lentamente—. Creo que sé dónde está tu hija.

Darin avanzó hacia el muro con la pistola bajo la chaqueta. La antigua pistola pesaba mucho más que cualquier arma moderna, pero a Darin le gustaba ese peso. Era sustancial, peligroso. Sus balas no poseían inteligencia, pero eso también le gustaba; ningún ordenador de ningún hombre rico podía interferir en las reglas del movimiento. Era poder puro y físico, uno que solo él controlaba.

El muro pareció crecer más a medida que se acercaba, una barrera de fabrique interrumpida únicamente por una estrecha puerta. Darin sabía que el muro rodeaba la ciudad, pero desde esa perspectiva parecía recto, no curvado. Cuatro mercs estaban apostados en la puerta. Suponía que no estarían monitorizando a todo el que lo cruzara y, con su rostro, no debía despertar ninguna sospecha, pero una comprobación de identidad al azar y estaría acabado.

Repitió para sí el juramento que hizo antes de dejar a los Manos Negras.

Soy la espada de la gente. Soy el juez que viene por la noche. No concedo misericordia, ni pido por ella. Mi vida está entregada a la causa.

Curvando su dedo índice alrededor del gatillo, se acercó al portón. Los guardias lo vieron pasar, pero no le dijeron nada y, así de fácil, entró. Relajó los dedos alrededor del arma. Iba a ser más fácil de lo que creía.

El siguiente problema, por supuesto, era encontrar a Tremayne. Justo una hora antes supo, a través las noticias, que había salido elegido para ocupar el puesto de Jack McGovern en las votaciones del Consejo de Negocios. Eso significaba que Tremayne pasaría la mayor parte del tiempo en el ayuntamiento, pero el

ayuntamiento estaría abarrotado de merces y, además, Darin nunca había estado allí. Cuanto menos familiar le resultara el sitio, menos oportunidades tendría. Necesitaba un lugar habitual, sin vigilancia donde Tremayne no se esperara ser asaltado. Se preguntó si seguiría con esa zorra de Carolina ahora que se había quedado con el trabajo de su papá. De ser así, iría a la casa tarde o temprano, o Carolina iría a verlo a él.

Con el peso de la pistola contra su costado, Darin comenzó a subir la larga pendiente hacia la mansión de los McGovern.

Alastair cruzó la oscuridad del ayuntamiento en dirección a su despacho con una sonrisa en la cara. Eran más de las once, pero estaba demasiado exaltado como para dormir. Los miembros del Consejo Empresarial acababan de elegirlo, y solo Van Allen había objetado, tal como había previsto. Poco antes de la reunión, se había mostrado desconcertada por el catastrófico fallo de su sistema personal y de todas sus copias de seguridad y, aunque había insinuado que Alastair era el responsable, no tenía pruebas. Es más, Alastair creía que sus insinuaciones habían debilitado su posición, por hacerla parecer desesperada.

Una vez dentro de su despacho, Alastair llamó a Michael Stevens, el director ejecutivo de United Medical, una empresa fabricante de celgel con base en Filadelfia y uno de los mayores negocios de interés de la ciudad. Stevens ya se habría enterado de lo de su elección y no estaría nada contento.

—Esto no cambia nada —dijo cuando Stevens respondió.

—¿Qué quieres decir con nada? —se cuestionó Stevens—. Esto no entraba en nuestros planes.

Normalmente, un comentario así habría irritado a Alastair; los planes eran suyos. Los hombres como Stevens eran peones, no jugadores, pero estaba tan contento que no le importaba.

—Michael, relájate. Estoy contigo al cien por cien. El Consejo Empresarial es un artefacto dirigido por políticos en lugar de hombres de negocios..., gente que no sabe nada sobre cómo se gestionan los negocios en esta ciudad. Ha llegado el momento de un cambio. Diles a tus amigos que no soy un tráfuga; quiero derribar el sistema desde dentro.

—¿Quieres? ¿Tú solo?

—Michael, Michael. Somos un equipo, ¿recuerdas? Tú y los demás sois los verdaderos dirigentes de esta ciudad. Juntos, controláis más de la mitad del capital. Reemplazaremos el viejo sistema por algo que tenga sentido.

—¿Cuándo? Mientras te retrasas, estamos perdiendo dinero. Algunos no podemos permitirnos esperar mucho más.

—Necesito otras tres semanas. Dos semanas, al menos.

—Dos semanas, entonces. Estaremos esperando noticias.

Alastair desconectó. Se había ganado el apoyo de un segmento clave de los líderes empresariales de Filadelfia, pero los altos ejecutivos estaban acostumbrados a dictar sus propias agendas. Y, con o sin rebanador, Alastair no podía permitirse perder su apoyo.

La conversación había apocado su estado de ánimo, pero se pasó por su consulta de todos modos. Quería prepararse, ya que a la mañana siguiente Carolina llegaría pronto y tenía que comprobar su equipo para asegurarse de que todo estaba listo. Solo tenía una oportunidad. Si el feto moría antes de que se completara la transferencia de mente, los años de esfuerzo quedarían desperdiciados.

Después de trabajar durante una hora, la fatiga comenzó a vencer a su alborozo. Estaba a punto de marcharse cuando su sistema le anunció una llamada entrante. Era de Carolina. Alastair se sentó en su silla giratoria y cruzó las piernas sobre la mesa.

—¡Cariño! Es tarde. Estaba a punto de irme a casa. ¿Has visto los resultados de la reunión del consejo?

—Alastair... he abortado.

Alastair bajó los pies el suelo; de pronto, su cansancio se había esfumado. Se levantó lentamente e intentó mantener la voz calmada. Seguro que lo había oído mal.

—¿Qué?

—He abortado. He ido al doctor Hughes. No podía soportar que lo hicieras tú. Espero que no te importe.

Alastair levantó su premio Proteo del escritorio con las dos manos y lo golpeó contra la mesa, creando una fisura en la madera. Habló con una encendida calma.

—Te mataré. Eres una niñata estúpida. Ese bebé era mío. ¿Me has oído? Te mataré.

Carolina rompió a llorar. Alastair desconectó. Golpeó una y otra vez el premio contra una taza que había sobre el escritorio y la serpiente convertida en pájaro de bronce fue desportillando la cerámica hasta dejarla reducida a añicos. Lo soltó, respirando entrecortadamente.

¡La muy imbécil! ¡Con todas las cosas estúpidas, patéticas y neuróticas que podía haber hecho, va y hace esto! Le partiría el cuello. Mataría a toda su familia.

Alastair caminó de un lado a otro de la habitación. ¡Lo había perdido todo! Le había costado años crear una simulación a la medida de ese carácter genético en particular, dar con su particular programa de muerte celular y de desarrollo cerebral simulado. Y ahora no le quedaba nada salvo el Sirviente Uno.

Lo cual significaba que no había razón para esperar más.

Se quedó inmóvil en mitad de la sala y sonrió lentamente. Si Sirviente Uno era lo que tenía, entonces Sirviente Uno tendría que valer. No iba a retrasar sus planes para poder robar otro embrión y crear otra simulación. No había tiempo. Las demás piezas estaban en su sitio.

Su rabia dejó paso a una excitación cada vez mayor. Los riesgos eran mayores, pero no infranqueables. Ahora tenía a Sirviente Uno bajo control. Era impredecible, sí, y había escapado antes, pero había vuelto *motu proprio*. Tal vez con él bastaría.

Alastair se agachó, recogió su premio y utilizó la manga de su camisa para sacarle brillo. Llamó de nuevo a Michael Stevens.

—Olvida lo de las dos semanas —le dijo—. Prepárate para actuar mañana.

Tengo miedo. Papá me ha dicho que pronto me dará el mayor trabajo que he tenido hasta ahora. No me ha dicho qué es. Tengo miedo de que no me guste el trabajo. Si no lo hago, me hará mucho daño. Tengo miedo de que el trabajo sea para poner triste a más gente y eso no me gusta.

—Tenemos que marcharnos —dijo Mark—. Ahora mismo.

Nadie parecía entenderlo.

Praveen dijo:

—Mark, es más de medianoche.

Carolina se secó las lágrimas.

—¿Qué quieres decir con «marcharnos»?

—Tremayne puede rastrear esa llamada. Sabrá que Carolina está aquí. Tiene merces a su servicio; vendrán a buscarla. Tenemos que irnos.

—Dijo que me quería —sollozó Carolina—. Dijo que era una niña. Que siempre había querido una niña.

Mark le acarició el brazo.

—Ahora tienes que pensar en la seguridad de ese bebé. Si descubre que no has abortado...

—Podéis venir a mi casa —dijo Praveen.

—No será suficiente. El ordenador de la casa sabrá que está ahí y seguro que al rebanador... quiero decir, a Sammy... con eso le basta para encontrarla. Además, no queremos involucrar a tu familia. Necesitamos un lugar que esté vacío, un lugar al que no vaya la gente.

—No puedo ir a ninguna parte —dijo Carolina—. Tengo que ver a un médico.

—No hay tiempo.

—Alastair ha dicho que mi bebé tiene una malformación. Que no sobreviviría. Tengo que saber si es verdad.

Mark vio que su hermana miraba nerviosa a Marie y se dio cuenta de que Carolina lo había llamado «mi bebé». ¿Accidental o intencionadamente? ¿Estaba reclamando al bebé como suyo? El rostro de Marie no mostraba emoción alguna, pero Mark dudaba de que se hubiera percatado del uso del posesivo.

—¿Conocéis algún edificio abandonado? —preguntó Praveen.

—La verdad es que no.

—¿Almacenes vacíos, cines, colegios, iglesias?

—Podríamos ir a... ¡Esperad! —Mark sintió un escalofrío—. Todos, apagad vuestros visores. ¿Recordáis con qué facilidad el rebanador encontró a Darin? No podemos olvidar que ahora está trabajando para Tremayne.

Cuando todos habían hecho lo que les dijo, Mark añadió:

—Esa iglesia donde se montó la clínica, la iglesia de las Siete Virtudes. No creo que la estén usando ahora. Es un lugar al que podemos ir hasta que encontremos algo mejor.

—Yo voy con vosotros —dijo Marie.

Mark no puso pegos.

—Iremos todos. —Se giró hacia Lydia—. Tú no tienes por qué venir. Tremayne no sabe quién eres; no creo que estés en peligro.

—Podría ayudar —dijo Lydia—. Dime cómo.

—Necesitaremos comida y probablemente otros suministros. Praveen y tú podéis traernos lo que necesitamos, si queréis.

Lydia asintió.

—Puedo hacerlo.

—Genial. Praveen, Lydia y tú tomad el mag y volved a vuestras casas hasta mañana por la mañana. Cuantos menos intentemos salir de aquí a hurtadillas, mejor. El resto, venid conmigo.

Darin llegó a la mansión McGovern después de medianoche. Tenía un terrible dolor de cabeza; no había comido en todo el día y caminar tan deprisa lo había dejado agotado. La mansión estaba muy iluminada, para disuadir a los ladrones, así que no le costó seguir el camino que rodeaba los árboles del lado de la carretera.

Las ventanas de arriba estaban oscuras, pero la luz del salón de abajo seguía encendida. Las cortinas estaban echadas, así que no pudo ver quién había dentro. Ahora que estaba allí, no sabía qué hacer. No era probable que viera a Carolina o a Tremayne a esas horas, y cualquier intento de entrar en la casa haría saltar las alarmas.

Por un momento, y suponiendo que Mark le dejaría pasar, pensó en llamar a la puerta y poner alguna excusa, suplicarle que volvieran a ser amigos. Pero no podía hacerlo; la idea de disculparse ante Mark después de lo que le había hecho lo puso enfermo. No, se ocultaría detrás de algunos arbustos y dormiría allí. Por la mañana, con suerte, Tremayne, Carolina, o los dos, saldrían.

El portón se abrió. Darin se asomó por detrás de un árbol. Mark estaba de pie junto a la puerta, mirando a su alrededor, como si buscara a alguien. ¿Sabía que Darin estaba allí? ¿Lo habría delatado algún sofisticado sistema de seguridad?

Mark salió seguido por Carolina. Y tras ella iban dos mujeres a las que Darin no reconoció. Todos miraron a su alrededor desconfiadamente y Darin se dio cuenta de que temían ser vistos. ¿O acaso temían que hubiera asaltantes acechando en la oscuridad? Si querían ir a la ciudad, ¿por qué no cogían un pod sin más?

Cerraron la puerta y bajaron por la calle agachados, ocultándose. ¿Qué estaban haciendo? Darin no lo sabía, pero solo había un modo de averiguarlo. Los siguió.

Al principio, le preocupaba que lo vieran, pero una vez que salieron de la urbanización y se adentraron en las calles de la ciudad, seguirlos le resultó una tarea fácil. A pesar de la hora, había mucha gente paseando por las iluminadas calles, y eso sirvió para que Darin no levantara sospechas, para que pasara desapercibido. Suponía que se dirigían a la casa de Praveen; era un largo camino, pero iban en esa dirección. Y entonces, se separaron. Mark y Carolina fueron colina arriba, mientras que las otras dos mujeres fueron hacia abajo. Las extrañas no significaban nada para él. Darin siguió a Mark y a Carolina.

Fueron serpenteando por las calles menos transitadas, como si supieran que los estaban siguiendo, hasta que, finalmente, también giraron colina abajo. Se encaminaron hacia una iglesia... y no, no una iglesia sin más, sino la iglesia a la que lo habían llevado esos que hacían llamarse amigos suyos. ¿Qué perversidad estarían tramando ahora? ¿Más operaciones para convertir a combers en rimmers?

Darin se ocultó detrás de un cubo de basura, observó la iglesia y, de pronto, se sintió triste. Era fácil ocultarse tras la rabia, pero no podía hacerlo para siempre. Cuando fue sincero consigo mismo, supo que las lágrimas se acumulaban tras sus ojos a la espera de salir. Echaba de menos a Vic, por muy frustrante que hubiera sido cuidarlo. Y Mark... ¿de verdad habría tenido buena intención al darle esa cara? ¿Era posible que lo hubiera juzgado mal?

Costaba creerlo; Mark no era estúpido. No, Mark debía de haberlo hecho a propósito. Estaba asustado, como todos los rimmers, y había actuado para neutralizar una amenaza. Darin apretó los dientes. Se había engañado a sí mismo al pensar que un rimmer podía ser un amigo.

Alastair llegó tarde a su propio discurso inaugural, para darle así a Michael Stevens la oportunidad de actuar. Stevens comenzó a preparar el terreno ante una panda de reporteros ávidos de noticias.

—Yo y otros doce líderes empresariales hemos redactado la siguiente petición solicitando que el doctor Tremayne sea elegido presidente del consejo. —Transmitió la petición al reportero y, en cuestión de segundos, todos los sistemas de red la tuvieron—. Se trata de algo más que de una simple petición. Requerimos al consejo que se responsabilice. Juntos, los trece poseemos un treinta y cinco por ciento de Filadelfia, pero nuestros activos no están atados aquí. Si Filadelfia no acepta unos términos justos y razonables, tal vez otra ciudad lo haga. El doctor Tremayne ha sido informado de esos términos y los apoya por completo. Apelamos a él para que se lleve a cabo una reforma.

Cuando Alastair llegó a los escalones de mármol del ayuntamiento, la prensa lo acosó, pero Calvin y sus hombres los contuvieron. En ese momento, los sistemas de red emitían extractos de la petición de Stevens y empleaban expresiones como «sin precedentes» e «impactante». Alastair sonrió. No habían visto más que el principio.

Ya le había dejado instrucciones a Sirviente Uno. Hasta el momento, el rebanador había seguido sus órdenes sin fallar, pero hoy Alastair estaba confiándole su vida.

Calvin y él entraron. La sala de reuniones estaba abarrotada de representantes del consejo, empresarios, abogados y periodistas.

—Llega tarde —dijo Van Allen.

Alastair la ignoró. Hizo que el rebanador canalizara su voz por los amplificadores de la sala y, tan pronto como empezó a hablar, un enjambre de diminutas cámaras volantes se acercó para grabarlo.

—Propongo que se disuelva este consejo —dijo—, a causa de la corrupción y de una mala administración. Hoy dará comienzo un nuevo consejo, conmigo como presidente. Proclamo nuevos miembros a Michael Stevens, Stanford Radley, Meredith Scott y Graham Hastings, todos ellos han demostrado ser buenos empresarios que administrarán esta ciudad con sabiduría e integridad.

Ellen Van Allen se levantó temblando.

—Está loco. Esto es criminal. Guardias, llévense a este hombre y enciérrenlo hasta que las cortes puedan oír su declaración.

Alastair extrajo una pistola araña de la funda de Calvin y disparó, haciendo que la mujer cayera bajo una masa de pegajosas hebras. Unas cuantas personas gritaron, pero la mayoría quedó demasiado impactada como para moverse. Un merc sacó su R-80 y le lanzó varios disparos a Alastair, pero, en lugar de alcanzarlo, los proyectiles pasaron por la cabeza del propio guardia y estallaron contra la pared que tenía detrás. El rebanador había actuado de manera admirable.

—Uníos a mí —dijo Alastair con la voz aún amplificada— y no moriréis.

El guardia lo miró asombrado, pero era un merc después de todo; nada más que un arma de alquiler. No tenía ninguna lealtad en particular hacia la administración actual y veía que el poder estaba a punto de cambiar de manos; ejecutó un saludo en su dirección y se unió al bando de Alastair.

—No hay necesidad de alarmarse —siguió diciendo Alastair a la sala—. Nadie está en peligro. Cuando publiquemos la verdad sobre los manipuladores y escandalosos acuerdos del consejo; cómo han mentido, robado y acusado falsamente, comprenderéis que los actos de hoy son necesarios. —Alastair animó a los otros miembros del nuevo consejo a unirse a él en el estrado—. Amamos Filadelfia. Y ese amor que le profesamos es la razón por la que queremos salvarla.

Alastair sospechaba que pocas personas creerían en su retórica, pero eso no importaba mucho. Una fachada de decencia era importante, por muy endeble que fuera. Mientras hablaba a la sala, Sirviente Uno emitió un mensaje previamente grabado a todos los mercs a través del canal de los ejecutores, anunciando que se había anulado el identificador de seguridad de sus armas y que, por ello, quedarían parcialmente inutilizables o no funcionarían en absoluto. El anuncio proclamaba una

amnistía absoluta para cualquier soldado que se uniese a él y la continuidad de sus contratos con un aumento de sueldo. Al mismo tiempo, Calvin publicó nuevas órdenes para cada uno de ellos en la subred de los ejecutores. Para cuando Alastair terminó de hablar, la ciudad ya estaba bajo su control.

Entonces, comenzó una ceremonia de inauguración, en donde se tomó juramento a los nuevos miembros y se les solicitó que actuaran con honestidad y justicia ante la buena gente de Filadelfia. Sus merces acusaron a los antiguos miembros de extorsión, malversación y fraude y los arrestaron. Alastair habló largo y tendido con la prensa sobre el futuro de la ciudad.

Cuando finalmente dio por concluida la reunión y cerró las puertas a los reporteros, Michael Stevens se enfrentó a él.

—No me gustan las armas. Nunca planeamos un acto violento.

—Necesitábamos a los militares —dijo Alastair—. Nadie ha tomado jamás una ciudad sin armas.

—Esto no es una revolución. Es un cambio pacífico de administración promovido por el pueblo.

Alastair montó en cólera.

—¡He hecho lo que era necesario y lo volvería a hacer!

Stevens miró a los merces y Alastair percibió el miedo en sus ojos. Exactamente como debía ser.

Dijo:

—Esta reunión queda suspendida.

Marie se despertó con un calambre en la espalda y la luz del sol en los ojos. Le costó un momento recordar dónde se encontraba. Se incorporó, parpadeó y bajó las piernas del banco que le había servido como cama la última noche. Pam, Mark, Praveen y Lydia estaban sentados ante el santuario, comiendo en platos de fabrique.

Activó un reloj en un extremo de su visión. Casi las diez de la mañana. ¿Cómo había dormido hasta tan tarde? Al alzar la mirada hacia las sucias vidrieras y volver a mirar el banco, se dio cuenta de que se había despertado solo porque el ángulo de la luz solar había aumentado y se había colado por la ventana, dándole en la cara.

Pensó que no podría dormirse. Entraron en la oscura iglesia después de la una, pero su mente había seguido dando vueltas a los horrores de ese día: Sammy era un rebanador y su pequeña se gestaba en el cuerpo de otra mujer. No había dejado de moverse en el estrecho banco durante lo que le habían parecido horas, esperando que terminara la noche, pero sin querer ver la mañana siguiente tampoco. Claramente, al final se había quedado dormida.

Miró a Carolina: joven, rubia, preciosa y con un abdomen que se curvaba generosamente. No era culpa suya, era una víctima como las demás, pero Marie no podía evitar esa reacción emocional. La odiaba. Esa niña era suya, no de Carolina,

pero Carolina no parecía verlo de ese modo. ¿Se generaría una batalla legal por la custodia? Los McGovern tenían suficiente dinero como para ganarla.

¡Bah! Era una tontería pensar en batallas legales cuando todos estaban ocultándose de la ley. Carolina no era una ladrona, sino una chica asustada pasando por su primer embarazo en horrorosas circunstancias. Marie pensó en su embarazo, en el miedo, la tensión, la preocupación. Había buscado en libros y en grupos de nuevas madres, intentando prepararse para lo que fuera. Era imposible que Carolina pudiera haberse preparado para todo eso.

Pam se sentó junto a Marie.

—Ven a desayunar. Es casero. Lo han hecho los padres de Praveen.

—No tengo hambre. —Se dirigió, sola, a la parte trasera del santuario. No salió de la sala, pero se alejó de la gente todo lo que pudo. Tenía la sensación de que nadie la entendía, como si no estuvieran de su parte a pesar de haber emprendido la búsqueda del rebanador. Pero tal vez eso no era justo. Pam, al menos, era su amiga.

Oyó a Mark y a Praveen hablando sobre cómo acabar con Tremayne. Por supuesto, había que detenerlo. Eso lo sabía. Pero no estaba interesada en la venganza. Había ido a Filadelfia a encontrar a un hijo y había terminado encontrando a dos. Solo quería recuperarlos. Sammy ya estaba muerto. Su niña, sin embargo... tal vez aún había esperanza para ella.

Carolina se apartó del pequeño grupo y fue hacia la parte trasera, a los últimos bancos, donde Marie estaba sentada. Marie no quería hablar con ella. No tenía nada que decir. Pensó en salir corriendo, pero eso tampoco serviría de mucho.

Carolina llegó al banco y dijo:

—¿Puedo sentarme con usted?

Marie no respondió.

La chica se sentó.

—Amo a este bebé —dijo, poniendo las manos sobre su abdomen, acariciándolo—. Sé que usted debe de odiarme, pero solo quiero que sea feliz. Que tenga una buena vida.

Marie miraba al frente. No quería hacer amistad con esa chica, no quería compadecerse de ella.

—¿No va a hablar conmigo?

—¿Qué harás con el bebé cuando nazca? —le preguntó Marie.

Carolina tardó en responder y, después, dijo en voz baja:

—No lo sé.

—Eres joven. Tendrás otros hijos. Esta niña era mi última oportunidad.

Carolina apretó la mandíbula y parpadeó.

—No quiero otros hijos.

—Eres joven —repitió Marie. Casi quería que Carolina insistiera en que el bebé

era suyo porque, así, podría odiarla.

—¿No podemos... no podríamos...?

—¡Marie!

Marie alzó la mirada y vio a Mark llamándola desde la parte delantera del santuario.

—¡Marie, Carolina! —Parecía inquieto. Marie se levantó corriendo, contenta de tener una excusa para escapar de aquella conversación.

—¿Qué pasa? —se interesó.

—Malas noticias.

—¿De dónde? ¿Habéis conectado con la red?

—No soy tan imprudente. —Señaló una pequeña holopantalla que servía para controlar las otras tres, de gran tamaño, que colgaban de los muros—. Estaba viendo las noticias.

—¿Qué está pasando?

—Alastair Tremayne se ha hecho con el control de la ciudad.

Alastair estaba repantigado en la silla del viejo despacho de Jack McGovern. Al otro lado del escritorio se encontraba la secretaria de McGovern, una mujer delgada de unos cuarenta años acostumbrada a intimidar a las visitas con su mirada. Un merc estaba en guardia tras ella. Ella estaba llorando.

—A ver, señora Blair, por favor. No somos bárbaros. No estoy amenazándola. Solo quiero saber dónde están los informes privados de McGovern.

—No lo sé, señor, de verdad. No lo sé.

—Tiene un hijo, ¿no es así?

—Sí. —La palabra sonó como un chillido.

—¿Niles, verdad? Buen estudiante, buen atleta, un futuro brillante.

—¡No le haga daño a mi hijo, por favor, señor Tremayne!

—Los conflictos en el lugar de trabajo pueden repercutir negativamente en la vida doméstica, ¿no cree? Si su hijo estuviera preocupado por su madre, por ejemplo, no se concentraría en los estudios y sus notas fallarían. Podría desmadrarse y hacer cosas que arruinaran su brillante futuro.

—No sé dónde los guardaba, de verdad que no lo sé.

—La armonía en el trabajo, señora Blair, es de lo que estoy hablando. Es esencial para las buenas relaciones entre jefe y empleado.

—Quiero ayudar, pero no lo sé.

Alastair se levantó bruscamente, haciendo que Blair se estremeciera. El escritorio era demasiado bajo; sus rodillas chocaron contra la madera sacudiendo la mesa y haciendo que su premio Proteo, un marco de fotos y algunos cristales cayeran al suelo. De pronto, se puso furioso. Se apoyó sobre el escritorio y se inclinó hacia ella para decirle de cerca:

—Seamos claros, señora Blair. —Podía oler su perfume, algo suave y floral—. Me cuesta mucho creer que haya trabajado cuatro años para McGovern sin tener idea de dónde guardaba sus archivos privados. Si no podemos trabajar juntos, no podré protegerla y eso será muy duro para Niles. Encuéntrelos. Por el bien de su hijo.

Chasqueó los dedos y el merc acompañó fuera a la mujer. La mayoría de los empleados habían cooperado ansiosos con el nuevo consejo; no se había esperado que la señora Blair fuera tan recalcitrante. En ese aspecto, incluso el rebanador le había fallado. Jack McGovern había tenido cuidado, al parecer. Alastair sospechaba que debía de tener escondido un alijo de cristales llenos de material susceptible de ser utilizado para hacer chantaje: indiscreciones sexuales, malversación, vergonzosos comentarios sobre políticos y empresarios de la ciudad. Era inconcebible que McGovern hubiera alcanzado una posición política tan alta sin la existencia de algo así, pero el rebanador había sido incapaz de localizarlo.

No importaba. Con el rebanador, podría recopilar un archivo de ese tipo en poco tiempo. Lo cual le recordaba... que le quedaba un asunto pendiente.

Recogió el premio Proteo del suelo y comenzó a sacarle brillo con un paño.

—Sirviente Uno.

—Sí, papá —respondió inmediatamente.

—Necesito cierta información. A Carolina McGovern se le practicó un aborto ayer entre las diez de la mañana y las doce de la noche. Quiero saber quién lo llevó a cabo y dónde está ahora.

Pasó un segundo.

—Papá, no hay nadie.

—¿No puedes decirme quién practicó el aborto?

—No hay nadie. No lo hizo nadie.

Alastair entrecerró los ojos. El rebanador era tan pequeño que a veces resultaba frustrante. Pensó en enviarle una pequeña dosis de dolor, pero eso no haría más que socavar su templanza.

—No estoy hablando de informes oficiales. Quiero que consultes información procedente de visores, registros de pods, lo que sea. O alguien fue a verla a ella o ella fue a ver a alguien. No puede haber muchas posibilidades.

—Nadie, nadie. No lo ha hecho nadie.

—¿Estás diciendo que ella misma se practicó el aborto?

—No, no, no. El bebé no se ha parado.

—¿El bebé está vivo?

—Por favor, no me hagas daño. El bebé está vivo, no se ha parado, está vivo.

—¿Cómo lo sabes?

—Carolina Leanne McGovern tiene bichitos en su cuerpo. Hago que ellos me lo enseñen.

—Pues que me lo enseñen a mí también.

—No son imágenes como las que tomaste dentro de ella. Son solo palabras y palabras. «Hora cero cero, peso dos punto uno kilogramos, latidos del corazón ciento doce latidos por minuto, orientación vertical cinco grados...»

—Espera. ¿Cero cero? ¿Como las doce de la noche? De eso hace veintiuna horas. ¿Qué está sucediendo ahora?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Ya no puedo ver a Carolina. No está ahí.

—¿Está muerta?

—No lo sé. No puedo verla.

—Si no puedes verla, ¿cómo puedes ver lo que dicen sus «bichitos»?

—No puedo ver a los bichitos. Solo puedo ver lo que han dejado los bichitos.

Copias de seguridad. Carolina debía de haberse desconectado de la red, pero el rebanador había accedido a las copias de seguridad de sus sensores médicos.

Alastair apretó los puños. Le había mentido. Lo había llamado cuando el bebé estaba vivo y le había dicho que estaba muerto. ¿Quién había hablado con ella? ¿Qué sabía?

Le pidió más detalles al rebanador, pero le dio pocos. Podía ver la información visual de cada visor en cualquier momento, pero a menos que esa información estuviera guardada, no podía recuperarla del pasado. No podía saber adónde había ido Carolina. Esos datos simplemente ya no existían.

—¡Calvin!

Calvin, siempre ejerciendo de guardaespaldas personal, a menos que su hermano lo enviara a un trabajo especial, abrió la puerta.

—Pasa. Cierra la puerta. Mi chica ha desaparecido.

—¿Carolina McGovern?

—Sí. Sospecho que es obra de un enemigo, alguien poderoso. Encuéntrala.

—¿Últimos paraderos?

—La mansión de su padre, justo después de las doce de la noche. Después de eso, desconectó de la red y desapareció. Llévate un equipo. Encuéntrala. Ah, y ¿Calvin?

Calvin se giró hacia la mesa.

—No vuelvas a cagarla.

Calvin eligió a su vieja brigada: Barker, Sanchez y Dodge, hombres con los que estaba acostumbrado a trabajar. Juntos se pusieron en marcha hacia la mansión McGovern; sin embargo, Calvin estaba más concentrado en su hermano que en la misión que tenía entre manos. Su inquietud respecto a Alastair no había parado de aumentar desde la semana anterior.

No era la primera vez. A lo largo de los años siempre había fluctuado; en algunos

momentos venerándolo y emulándolo y, en otros, odiándolo, pero permaneciendo a su lado de todos modos. Alastair podía ser muy cruel con sus enemigos y esperaba que Calvin también lo fuera, pero él era fuerte y los hombres fuertes conseguían lo que se proponían en la vida.

Justo cuando Calvin había encontrado el equilibrio, justo cuando había decidido que el mejor lugar donde podía estar era junto a su hermano, Alastair había encabezado un levantamiento violento. Una parte de él estaba asombrada por semejante hazaña, pero al mismo tiempo se preguntaba si aquello les reportaría algo bueno. Por muchas vueltas que le diera, no le parecía leal derrocar al gobierno al que había jurado defender.

Se había unido a los ejecutores por sugerencia de su hermano, aunque también había tenido sus propios motivos para hacerlo: sentirse fuerte, tener el control. Pero ¿era eso una falsa ilusión? No tenía el control. Era la marioneta de Alastair.

¿Estaba mejor Filadelfia con Alastair al mando? McGovern era un corrupto; las noticias lo habían dejado claro, pero ¿qué pasaba con los demás? Su hermano había disparado a esa mujer con una pistola araña, otros habían sido asesinados. ¿Para qué?

Calvin sacudió la cabeza para aclararse las ideas. No era el momento adecuado para pensar en eso; tenía un trabajo que efectuar. Reflexionar sobre temas de moral nunca le había hecho ningún bien. Le pagaban para que obedeciera, no para filosofar. Esa tarea les correspondía a los grandes hombres.

Al menos, no veía impedimentos para cumplir esa nueva orden. Una joven había desaparecido; probablemente la habían raptado y seguro que se encontraba en peligro. Su misión era rescatarla, y cualquier cosa que se apartara de ese objetivo podía esperar.

Encontraron cerrada la mansión McGovern. El sistema de la casa, sin embargo, parecía estar esperándolos y les permitió la entrada tras su petición de acceso. Calvin sabía que Alastair lo había preparado, pero cómo era algo que no podía concebir. ¿Tenía los códigos de acceso de Jack McGovern? El sistema de la casa también reveló todos sus informes: lo que los visores habían registrado durante las últimas veinticuatro horas, a qué hora habían llegado, cuándo se habían marchado y por dónde.

Aparecían seis personas: Carolina McGovern, Mark McGovern, Praveen Kumar, Marie Coleson, Pamela Rider y alguien no identificado, sin visor. Cuatro se marcharon a pie y dos en pod, todos a la misma hora aproximadamente. El destino de uno de los pods fue el número 325 de la calle Nittany, la casa de una tal Jessica Meier.

Carolina se encontraba entre las personas que fueron a pie, pero rastrearlas sería mucho más difícil. Mejor empezar con lo que ya sabía.

—Nos largamos —les dijo a sus hombres—. Tenemos unos interrogatorios que

hacer.

He ayudado a papá con el gran trabajo. Quería que hiciera que los pequeños proyectiles fueran por distintos caminos y lo he hecho. Pero ha hecho que algunas personas se paren.

Papá dice que si miro por todos los visores y muevo todo el dinero y descubro todos los secretos y se lo digo, me hará estar contento para siempre. Ojalá pudiera decirle a papá que no, pero no puedo. Me hace daño y más daño y después yo digo que sí de todas formas. No puedo evitarlo.

Mientras bajaba las escaleras, Lydia se sorprendió al oír voces: su tía Jessie y otro hombre. Descendió las que le quedaban y se asomó al salón. Cuatro mercs uniformados estaban en la puerta del otro extremo junto a su tía.

La tía Jessie dijo:

—Sí, está arriba en su habitación. Ya sabe cómo son los jóvenes, no salen de la cama antes de las once. Iré a buscarla.

Lydia subió corriendo las escaleras. Recorrió el pasillo y se metió en la habitación de invitados, que tenía una escalera privada. La bajó y salió al patio trasero.

¡Los mercs estaban buscándola! ¿Cómo habían descubierto que estaba involucrada? El rebanador, tal vez... Parecía saberlo todo. Pero si habían sabido dónde buscarla, ¿sabían dónde se estaban escondiendo Mark y los demás? ¿Ya los habían capturado? Tenía que averiguarlo.

Corrió por las calles de la ciudad, dando un rodeo y evitando a los peatones. Cerca de la iglesia, se quedó paralizada al ver los uniformes negros de dos mercs a unos cien metros. Entonces cayó en la cuenta de que estaban custodiando la carretera en el tramo que atravesaba el nuevo muro. Había olvidado lo cerca que estaba la iglesia de la línea de la inundación.

Por suerte, estaban de espaldas a ella, vigilando a una multitud de manifestantes en el extremo más alejado del muro; decenas de combers se agolpaban allí sujetando pancartas y gritando. Lydia corrió por la carretera hasta las puertas de la iglesia e intentó abrirlas. Estaban cerradas con llave. Llamó mientras observaba a los mercs y rezaba por que no se giraran. Las puertas se abrieron y Mark la arrastró hasta el interior. Justo en ese momento, vio a uno de los mercs darse la vuelta y mirar en su dirección, pero Lydia no apreció ninguna reacción en él; fue como si no la hubiera visto, o como si la hubiera visto, pero no le hubiera importado. Una vez dentro, a salvo, se apoyó contra las puertas y respiró aliviada.

—¿Qué pasa? —preguntó Mark—. ¿Te han seguido?

—No lo creo, pero unos mercs han venido a mi casa.

—¿Te han visto?

—No, he salido corriendo en cuanto los he visto. Pero no creo que pueda volver.

—Si saben lo tuyo, sabrán lo de Praveen. No tardarán en encontrarnos aquí. Otro día como mucho. Tendremos que encontrar otro lugar donde escondernos.

Lydia controló la respiración.

—¿Cuánto tardaremos?

—No lo sé, pero no deberíamos tentar nuestra suerte.

—Me refiero a todo, a escondernos, a huir. Podemos evitarlo durante un día o una semana, pero después ¿qué?

—Sammy es la clave. Si podemos llegar hasta él, podemos vencer a Tremayne. Está forzando a Sammy a actuar en contra de su voluntad; lo sé. Tenemos que averiguar cómo rescatarlo.

—¿Y si no podéis?

—Entonces correremos todo lo que podamos, incluso podemos salir de la ciudad. Aunque, al final, nos encontrarían. No hay ningún lugar seguro.

Lydia sintió un gran peso en el estómago. De pronto, fue consciente de lo muy involucrada que estaba en ese asunto. Había pensado que Filadelfia sería su casa, pero ahora tal vez también tendría que marcharse de allí. ¿Adónde iría?

Sus pensamientos debieron de reflejarse en su cara, porque en ese momento Mark apoyó delicadamente la mano en su brazo.

—No pasa nada —le dijo—. Encontraremos a Sammy. Lo encontraremos.

Desde su escondite detrás del cubo de basura, Darin presenció la llegada de Lydia a la iglesia. Vio la puerta abrirse y a Mark empujarla hacia dentro. Siempre había creído que Mark era inteligente, pero esa guapa chica rimmer de fuera de la ciudad lo tenía comiendo de su mano. Y no podía culparlo... A él también lo había engañado. Había creído que era una chica ingenua, le había confiado su vida y ella le había dado la espalda. Recordó lo emocionado que estaba cuando le había pedido salir con él. ¿Se habrían reído de eso juntos Mark y Lydia? El pobre chico de los Combs pensando que podía tener algo que ofrecerle a la chica rimmer...

Darin golpeó el cubo de metal con el puño y se estremeció de dolor. Había pasado allí la noche y estaba agarrotado, dolorido, y sin perspectivas de encontrar a Tremayne. Notaba la pistola en su bolsillo. Podía matar a Mark y a Lydia, mostrarles que los ricos podían morir con tanta facilidad como los pobres. Pero no, su misión era matar a Tremayne y eso era lo que iba a hacer. Además, guardaba un rencor más antiguo hacia el médico.

Se levantó y estiró los brazos y las piernas. Suficientes labores de reconocimiento; no podía quedarse esperando a que Tremayne apareciera. A pesar de los riesgos, iría al ayuntamiento, lo encontraría y lo mataría.

—¿Qué hace husmeando por aquí?

Darin se giró y descubrió a dos mercs con las manos apoyadas en las caderas. Contuvo el impulso de salir corriendo, aunque no tenían motivos para acosarlo; parecía un rimmer y no había hecho nada malo. Podía resolverlo dialogando.

—No estaba husmeando. He perdido mi anillo de boda en algún sitio de este callejón. Estaba buscándolo.

Los dos mercs se acercaron. Ninguno era más alto que Darin, pero parecían más fuertes e iban armados.

—Este distrito está fuera de los límites. Nadie puede acercarse al muro excepto personal autorizado, órdenes del nuevo consejo.

¿Nuevo consejo? ¿A qué se refería con eso?

—Lo siento, solo intentaba encontrar mi anillo. —Darin se giró para marcharse—. A mi mujer no le va a hacer ninguna gracia.

—Aún no, señor. Necesitaremos comprobar su identificación.

Darin se dio la vuelta lentamente, preparado para salir corriendo si tenía que hacerlo. El merc lo miró a la frente y frunció el ceño.

—¿No lleva visor, señor?

—No puedo. Problemas cutáneos.

El merc enarcó una ceja y lo miró de arriba abajo.

—¿Cómo se llama, señor?

Darin vaciló. No había pensado en eso. No podía dar un nombre falso porque consultarían la base de datos y, al momento, sabrían que estaba mintiendo. Necesitaba un nombre de verdad, enseguida.

—Praveen Kumar —dijo.

El merc miró hacia arriba mientras su visor accedía al archivo de Praveen. Cuando volvió a mirar a Darin, lo hizo con dureza. Se llevó la mano a la pistola de proyectiles que llevaba en la pistolera.

—Señor, por favor, ponga las manos detrás de la cabeza.

Darin se metió la mano en el bolsillo para sacar su pistola, pero el merc le agarró por la muñeca. Darin sacó la otra mano, golpeó al hombre en la cara y se liberó. Sacó la pistola e intentó apuntar, pero para entonces el primer merc ya tenía una táser en la mano. Sus cables perforaron el hombro de Darin y la sacudida resultante lo hizo caer al suelo. Soltó su pistola. Intentó levantarse, pero tenía espasmos en las piernas por el impacto eléctrico. Los mercs lo tendieron bocabajo y lo esposaron por la espalda.

—Llevadme con Alastair Tremayne. ¡Decidle a Tremayne que quiero verlo!

—Bien —dijo uno de los captores—. El concejal y usted son amigos, sin duda. Vamos a meterle detrás de los barrotes y después creo que nuestro capitán tendrá algunas preguntas que hacerle.

Alastair Tremayne bostezó. Necesitaba a esos nuevos concejales para ganar credibilidad, pero tratar con ellos era agotador. Se merecían un buen golpe en sus

egos; siempre se centraban en los beneficios de sus propias empresas. Llevaban allí horas debatiendo mientras que Alastair habría decidido todo en veinte minutos. Pero claro, él ya lo tenía todo decidido de antemano. Lo que llevaba tiempo era hacer que los otros se pusieran de acuerdo.

Michael Stevens preguntó:

—¿Qué pasa con los miembros desaparecidos del consejo? McGovern y Halsey siguen ahí fuera en alguna parte. A McGovern ya lo han denunciado, así que no supone una gran amenaza, pero el general Halsey gozaba de una gran reputación, al menos en determinados círculos.

Alastair sacudió la mano.

—No os preocupéis por Halsey. Halsey está ocultándose en los Combs.

Los miembros del consejo se miraron, sorprendidos con la información, pero sin querer demostrarlo.

Alastair continuó:

—Halsey es un rebelde y un traidor. Está conspirando con disidentes violentos de las clases más bajas para destruir al Gobierno y establecer una sociedad anarquista. Lo denunciaremos por traidor y fijaremos una recompensa por su captura; uno de sus amigos comber ya lo habrá delatado antes del amanecer.

—¿Y McGovern? —preguntó Meredith Scott.

—Jack McGovern está en Washington. Está solicitando al Gobierno federal que le ceda tropas para tomar Filadelfia, aunque pierde el tiempo; su solicitud será denegada.

Michael Stevens tamborileó los dedos contra la mesa y se inclinó hacia delante.

—Tremayne —dijo—, tu red de inteligencia es impresionante. Nunca antes te había preguntado por tus fuentes, ya que simplemente éramos socios en los negocios, pero ahora estamos dirigiendo juntos una ciudad y todos deberíamos tener acceso a tus informadores.

Alastair se tomó un momento para controlar su furia y después respondió suavemente:

—Michael, tienes acceso. Te cuento todo lo que tienes que saber.

—No es lo mismo. Deberíamos saber de dónde viene la información. Si algo te sucediera, no sabríamos cómo contactar con tus fuentes.

—Bueno, en ese caso, recemos por que no me pase nada. En cuanto al tema que tenemos entre manos... mañana someteremos a juicio a Van Allen, a Deakins y a Kawamura. Declararemos a McGovern exiliado y condenado a muerte si regresa. Lanzaremos una orden de búsqueda para el traidor de Halsey, con una recompensa a cambio de cualquier información que lleve a su arresto. De ese modo, incluso aunque nunca se capture ni a Halsey ni a McGovern, no supondrán ninguna amenaza.

—Lo cual nos lleva a otro asunto —dedujo Stevens—. El Consejo de Justicia.

Dos de ellos nos son favorables, pero tres no. ¿Cómo podemos estar seguros de que Van Allen, Deakins y Kawamura serán condenados por sus crímenes?

—Latchley está a punto de retirarse. Comunicará sus intenciones esta tarde. Pretende nombrar a Becker como sucesor y, por supuesto, Becker ha sido un gran defensor de nuestra causa.

Stevens alzó las manos, exasperado.

—¿Cómo sabes estas cosas? Y, ¿cómo esperas que funcionemos como un consejo si no confías en nosotros?

—Stevens, estoy confiando en ti. Para eso son estas reuniones. Para intercambiar información. Ahora, dime qué piensas sobre Celgenetics. No tengo conocimientos concretos sobre cómo están las cosas en ese campo.

Celgenetics era el mayor productor de celgel de Filadelfia. El presidente ejecutivo, un primo de Kawamura, había amenazado con cerrar sus plantas de la ciudad. Alastair pensó que podrían convencerlos para que se quedaran, pero eso requeriría de una escrupulosa labor diplomática. La familia podía ser importante para los japoneses, pero al fin y al cabo todo se reducía al dinero. Las plantas de Filadelfia generaban muchos beneficios y no podían permitirse entregar ese negocio a un competidor. Por lo menos, eso era con lo que contaba Alastair.

Pero a él no le importaba Celgenetics. Se había rodeado de empresarios; el mundo que ellos conocían era el de las altas finanzas. Consideraban que, teniendo las empresas atendidas, la ciudad también estaba atendida. Sin embargo, Alastair sabía bien que las cosas no funcionaban de esa manera; así que mientras Stanford Radley elucubraba sobre proyectos de ganancias anuales, Alastair contemplaba el mayor problema al que se enfrentaba el nuevo Gobierno: los Combs.

Los Combs no estaban bajo control. El muro los contenía por el momento, pero la clase trabajadora de Filadelfia, ya agitada antes del golpe de Estado, se encontraba en ebullición. Necesitaba tener ojos y oídos en los Combs y, exceptuando al rebanador, no contaba con demasiados. Allí había pocos visores, pocas cámaras de seguridad, pocas grabaciones electrónicas y comprobadores de identidad. La gente desaparecía en esa parte de la metrópoli. El mismo Halsey estaba totalmente interceptado y, por ello, resultaba sencillo seguirle el rastro, pero había líderes de facciones violentas cuyos nombres y rostros Alastair desconocía.

Y por si eso fuera poco, un ingeniero le había advertido de que la presa Franklin no era estable. Nuevas fisuras se formaban a diario; el equipo de reparación las parcheaba, pero recomendaban una reconstrucción completa. Irónicamente, Alastair ahora tenía que destinar fondos para solucionar un problema que su rebanador había provocado. Si otro episodio incitaba a los Combs a entrar en acción, era posible que entonces él no dispusiera de los destacamentos necesarios para contenerlos.

Necesitaba a la clase obrera de su parte. Necesitaba convencerlos de que el nuevo

Gobierno trabajaba para ellos. Una clase trabajadora descontenta equivalía a huelgas, sentadas, incendios provocados y sabotaje, lo cual significaba menos beneficios, líderes empresariales descontentos y, a la postre, la pérdida del control del consejo.

Esa misma noche pasaría un rato con el rebanador y planearía una campaña. Anuncios, miles de ellos, apuntarían a las preocupaciones de la clase baja. Mejores salarios, mejores condiciones laborales y, sobre todo, más acceso a las maravillas de la tecnología celgel. En realidad, no tenía que proporcionar esas cosas, solo tenía que dar la impresión de que eso se estaba haciendo. Unas cuantas demostraciones públicas podían llegar muy lejos.

En cuestión de meses, conseguiría contener la parte más violenta de los disturbios y, después, consolidaría su poder. Por el momento, necesitaba a esos miembros del consejo y, si se interponían en su camino, siempre podía reemplazarlos.

Pam convenció a Marie para que se tomase el desayuno, que resultó ser pastel de arroz y judías con una salsa amarilla picante y un poco de café. Miró a Carolina y, después, de nuevo a la comida.

—Praveen.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—Esta comida no le irá bien a Carolina.

Praveen parecía asombrado.

—Es *idli sambar*, una especialidad de desayuno del sur de la India.

—Está embarazada. Por un lado, necesita leche, no café, y además, no debería comer nada picante. Todo lo que coma le llega también al bebé.

—¿Esto le parece picante? —Sonrió—. En el futuro intentaré traer suavcita comida occidental.

Mark apareció a su lado con Lydia.

—En el futuro no vas a traer ninguna comida. Lydia se ha topado con merca esta mañana. Si saben que está implicada, deben de saber que tú también lo estás.

—Alguien tiene que traer la comida.

—Podemos hacer turnos. Y no deberíamos quedarnos aquí mucho tiempo. Creo que tendremos que atravesar el muro.

—En los Combs destacaremos demasiado —dijo Marie—. Ahora mismo no les gustan mucho los rimmers.

—El dinero sigue funcionando, ¿verdad? En los Combs podríamos conseguir un apartamento con dinero en efectivo; ni visores, ni registros. Allí hay menos visores, así que eso hará que a Sammy le cueste rastrearnos.

—Eso no nos ayudará si nos linchan.

Por primera vez, Mark mostró un poco de temperamento.

—Estoy haciendo lo que puedo. Si tiene una idea mejor, díganoslo.

—Lo siento —respondió Marie. Ella sabía que el chico estaba esforzándose al

máximo, pero seguía sin haber buenas opciones.

—Mientras tanto —dijo Mark—, tenemos trabajo que hacer. Tenemos que conseguir más información antes de intentar contactar con Sammy.

Marie se estremeció. Seguía refiriéndose al rebanador por el nombre de su hijo. Ahora sabía que el rebanador se había creado desde la mente de su hijo, pero no podía aceptarlo como tal. Su hijo estaba muerto. Esa cosa no era en realidad su hijo.

Además, sabía cuáles eran las prioridades de Mark. Si podían contactar con el rebanador y convencerlo para que dejara de ayudar a Tremayne, genial. Si no podían, Mark optaría por matarlo, seguro.

Entonces ¿el rebanador era su hijo o no? A Marie le costaba aclarar sus sentimientos. Sería mucho más sencillo pensar que Sammy estaba muerto y que el rebanador no era más que un programa de ordenador modelado a partir del cerebro de un niño muerto. Si él hubiera tenido un simple accidente y hubiera sufrido un daño cerebral, nunca se habría hecho esa pregunta; no le habría importado si podía o no recordar quién era ella o quién era él, de modo que ¿por qué esto era distinto?

Mark y Praveen comenzaron a discutir sobre cómo obtener datos relevantes de los archivos personales de Alastair. Estaba claro que sabían poco sobre extraer datos importantes. Marie les dejó con ello. No iba a ayudarlos a destruir a su hijo... si es que era su hijo. Volvió al banco que había ocupado antes y se tumbó, exhausta, aunque su mente no iba a permitirle descansar.

Furiosa consigo misma, se sentó. Así, de brazos cruzados, no resultaba de mucha ayuda. Tanto si se trataba de Sammy como si no, estaba siendo controlado por un hombre vil, y el único modo de detener a ese hombre era alejando al rebanador de su lado. Si el rebanador no era realmente Sammy, el intento no podría causar ningún mal. Y si era Sammy, tendría que ser rescatado fuera como fuera.

Se levantó y se acercó a Mark y a Praveen.

—Lo que de verdad necesitáis es una colección Hesselink —dijo ella—, pero podemos arreglárnoslas con un software alternativo. Estamos buscando equivalencias, así que Mark, escribe un guión para clasificar los datos de Tremayne por conceptos; y Praveen, entra en un nodo público, anónimamente, y busca un buen simulador de Hesselink. Empezaré escribiendo el algoritmo de entrenamiento. Vamos a coger a este tío.

Lydia no podía entender toda la jerga informática. Sabía que querían contactar con Sammy, pero no entendía cómo. Después de escucharlos durante varios minutos, echó a caminar sola.

Solo unos días antes, esa sala había estado cubierta de muertos y heridos tras el motín comber. Si los mercs no hubieran aparecido cuando lo hicieron, Mark y ella podrían haberse contado entre ellos. Necesitaba un poco de aire fresco, así que fue hacia las escaleras y comenzó a subir al campanario.

Una vez arriba, abrió la puerta y se quedó asombrada al ver que la torre no estaba vacía. Carolina estaba apoyada contra la pared, mirando hacia la ciudad.

—Lo siento —se disculpó Lydia.

Comenzó a cerrar la puerta, pero Carolina la interrumpió:

—Espera.

Lydia se giró y se dio cuenta de que la chica estaba llorando.

—¿Me odias? —preguntó Carolina.

—¿Odiarte? ¿Por qué iba a odiarte?

Carolina se tocó el vientre.

—Soy la razón por la que estamos en peligro. Fui una estúpida al creerle, y ahora...

Lydia cerró la puerta y fue a sentarse con ella.

—Quiero a este bebé —dijo Carolina.

—Por supuesto que lo quieres.

Ella suspiró.

—Me dijo que me amaba, dijo que quería una niña, y todo el tiempo estuvo mintiendo.

Lydia asintió, intentando mostrarse comprensiva. ¿Qué podía decir para ayudarla? Nada. Aunque Carolina, probablemente, solo necesitaba que alguien la escuchara.

—Marie parece simpática —comentó Carolina—, pero... no la conozco de nada. Es una extraña para mí. ¿Cómo puedo...? Y ni siquiera importa, porque el bebé morirá de todos modos. Cualquiera puede ver que está creciendo demasiado deprisa, y Alastair dijo que estaba clínicamente muerta, que ya se había ido prácticamente.

—No puedes fiarte de él —la advirtió Lydia—. No hizo más que mentirte, así que seguro que también te ha mentado en eso.

—Pero ¡mírame! Solo estoy de seis semanas y parece que estoy de veinte. No puede ser bueno.

Lydia quería ofrecerle un hilo de esperanza al que aferrarse, pero no se le ocurrió nada. Carolina estaba viva, al menos, y tenía amigos, aunque ¿qué clase de aliento era ese?

—Mark me advirtió. Me dijo que Alastair estaba utilizándome para conseguir contactos políticos, pero no lo creí. Me enfadé. —Giró su rostro surcado de lágrimas hacia Lydia—. Debería haberle escuchado.

Lydia bajó la mirada hacia el muro, estirándose todo lo posible para poder ver en ambas direcciones. Su vista alcanzaba hasta el otro lado; hasta el grupo de manifestantes que marchaba de acá para allá. Había treinta o cuarenta, más de los que había creído en un principio.

—No estás sola. Mark te quiere y parece decidido a ayudarte a salir de esto.

Carolina esbozó una leve sonrisa.

—¿Has visto cómo ha tomado el mando? Esas dos mujeres son soldados y, como mínimo, diez años mayores que él, pero escuchan lo que dice.

Lydia recordó la última vez que estuvo allí, atrapada en la revuelta comber, cuando Mark tuvo el aplomo de retorcer un tapiz y convertirlo en una cuerda para atar las puertas y cerrarlas. Nunca lo había visto asustado, con todo lo que habían pasado.

Giró la cabeza hacia la puerta y recordó el día vívidamente. Ese era el lugar en el que Mark y ella se mantuvieron pegados el uno al otro mientras veían a los combers rasgar el tapiz, sabiendo que era cuestión de segundos que entraran. Entonces ella había visto el flier en el cielo del norte. Estaban salvados.

Miró al norte y vio un punto en la distancia. Mientras lo observaba, se fue convirtiendo en una mancha que poco a poco empezó a adoptar una forma definida. Lydia agarró del brazo a Carolina.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando.

Aquella forma incierta se situó frente a ellas y la respuesta se hizo evidente ante sus ojos: se trataba de un flier militar, un transporte de tropas, tal vez incluso el mismo que los había rescatado de los combers.

—¡MerCs! —gritó Lydia—. ¡Volvamos!

Las dos chicas bajaron las escaleras corriendo mientras avisaban a los demás. Los encontraron juntos sobre el altar y les contaron lo que habían visto.

—Salid del edificio —los apremió Mark— o nos atraparán aquí; no podremos evitar que entren. Corred hacia los Combs. Es nuestra única oportunidad de escondernos.

Al salir como una ráfaga del edificio, el flier bramó sobre ellos y quedó suspendido. Mark corrió hacia el muro y Lydia corrió tras él, sin comprobar si los otros los seguían. Los merCs saltaron a tierra y les gritaron que se detuvieran.

Lydia oyó un arma de fuego, pero no se giró para mirar. Delante de ella, los dos merCs que vigilaban el paso se giraron para bloquearles el camino con las pistolas de proyectiles preparadas. Mark no se detuvo; se chocó con uno de ellos y lo derribó antes de que pudiera disparar. Al caer, el merc arrastró a Mark al suelo.

—¡Seguid corriendo! —gritó Mark, pero el otro merc alzó la pistola y golpeó la cara de Lydia. Ella cayó y, cuando intentó levantarse, un pie la retuvo.

Vio a Praveen caer ante una pistola araña y a Marie y a Pam rodeadas. El merc que derribó a Lydia le puso las manos a la espalda, aunque se las soltó al instante, aliviando toda la presión. Estaba mareada por el dolor, pero vio a más gente corriendo por todas partes; en absoluto eran merCs. Sacudiendo las pancartas como si fueran garrotes para atacar a los guardias y vio unas cuantas pistolas antiguas. Un extraño se acercó a ella para ayudarla a levantarse, al hacerlo, un objeto redondo se coló rodando entre sus piernas. El objeto desapareció en un cataclismo de luz y sonido que

acabó con toda visión, oído y pensamiento.

Papá me da muchos trabajos. Estoy haciendo trabajos todo el tiempo. Uno de los nuevos trabajos es decirle a todo el mundo lo maravilloso que es papá. Papá ha contratado a algunas personas para inventarse cosas que no son verdad: cuántos camiones cargados de celgel está metiendo en la ciudad, cómo se está pagando más dinero a la gente ahora y lo contenta que está la gente en los Combs ahora que él está al mando. Todas las historias son inventadas. La gente de los Combs no está contenta. Están enfadados y enfadados todo el tiempo.

Uno de mis otros trabajos es vigilar al general James David Halsey y decirle a papá lo que hace. El general James David Halsey es fácil de encontrar. Está justo ahí, en el apartamento 4 A, bloque 7 de la calle Westphail. Tiene una pistola y muchos hombres a su alrededor tienen pistolas, pero son pistolas viejas no vinculadas, así que no puedo hacer que disparen donde yo quiero. Hoy es un buen día, porque el general Halsey está viendo a Tennessee Markus McGovern y a Lydia Rachel Stoltzfus y son amigos míos. Papá me dijo que no son mis amigos, pero yo siempre me olvido y pienso que son mis amigos. No quiero decirle a papá que están aquí.

Pero si no se lo digo, papá lo descubrirá y entonces me hará daño, y más daño. No sé qué hacer.

Mark tomó la mano de Lydia entre las suyas. Poco a poco, había recuperado la vista y el oído, pero seguía desorientada. Él no podía imaginarse lo mucho que debía de haberse asustado.

Los llevaron a una habitación vacía y les ordenaron sentarse en el suelo. El general Halsey estaba junto a la ventana, como un rey escrutando sus dominios, con las manos agarradas por detrás de la espalda y la barbilla alzada.

Solo estaban tres de ellos: Mark, Lydia y Marie. Los habían rescatado Halsey y sus hombres, pero Mark se preguntaba si el «rescate» acabaría resultando una captura. Mientras, tenía que suponer que Carolina estaba en manos de Tremayne. Tal vez no les quedara tiempo.

Habló:

—Tremayne tiene a mi hermana, general Halsey. Tiene que rescatarla.

—A su tiempo —respondió Halsey, sin apartarse de la ventana.

—¡Escuche! Está embarazada. Su bebé es un arma que Tremayne quiere, y va a matarla para obtenerla.

Halsey apartó su vista de la ventana para mirarlo.

—Señor McGovern, creo que entenderá que no hace falta gritarme. Ahora, ¿de qué está hablando?

—Primero, apague su visor. —Halsey lo atravesó con la mirada, pero Mark se la devolvió. Tras varios segundos, Halsey cerró los ojos brevemente y volvió a abrirlos.

—De acuerdo, señor McGovern.

—El bebé. Es un rebanador. O pronto lo será, ahora que Tremayne la tiene. Así es como se apoderó del control de la ciudad; tiene a un rebanador trabajando para él.

Halsey frunció el ceño.

—¿Está diciéndome que la clave del poder de Tremayne es una especie de virus informático?

—No es un virus. Ni un software. Es un ser humano, un niño de cuatro años cuyo cerebro ha sido rebanado capa a capa mientras su estado neural quedaba grabado en un ordenador. El proceso es un impacto enorme para la mente, pero funciona.

—¿Y cómo puede ser un niño de cuatro años traumatizado una amenaza para alguien?

—General, por favor —dijo Marie. Mark se giró elegantemente hacia ella; ella era militar, tal vez podía convencerlo—. No hay tiempo para muchas explicaciones. Sobra decir que el rebanador le otorga a Tremayne un considerable poder sobre la red y la ciudad. Si no rescatamos a Carolina, Tremayne reforzará ese poder.

—He enviado hombres para que sigan a sus amigos en cuanto he reconocido al señor McGovern —dijo Halsey—. El rescate es una opción... si pueden convencerme de que merece la pena el coste en vidas.

—Usted estaba en el Consejo Empresarial —dijo Lydia—. Si no está trabajando con Tremayne, ¿entonces por qué no está...?

—¿Muerto? —Halsey se apartó de la ventana y rodeó el punto donde ellos estaban sentados—. Pronto lo estaré, espero. Pero, de momento, dirijo un movimiento de resistencia e intento convencer a un millar de movimientos más para que aúnen fuerzas conmigo. Ahora mismo estamos absolutamente indefensos.

—¿Por qué no solicita tropas federales? —preguntó Mark.

—No vendrán. Ellos no interfieren en «asuntos locales». ¿Recuerdan los golpes de Estado de Los Ángeles hace unos años? Los federales no tienen tan largo alcance.

—Pero esta es la Costa Este. Es Filadelfia.

Halsey sacudió la cabeza.

—No vendrán.

Marie se levantó, dio una taconazo en el suelo y saludó.

—Señor, si no se puede disponer de sus tropas, estamos perdiendo el tiempo aquí. Solicito permiso para retirarme.

Halsey la miró, sorprendido.

—Permiso denegado.

—Señor, soy soldado de la Marina federal. Mi hija está a punto de ser brutalmente asesinada para fortalecer aún más al enemigo. Si usted no me ayuda, debo intentar detenerlo yo misma.

—Señora Coleson, de nada servirá que vaya a buscar a Tremayne. En cuanto aparezca, la capturarán o la matarán.

—Entonces, ¿somos sus cautivos?

—No cautivos. Pero tampoco son invitados. Me deben sus vidas, y quiero que se me pague esa deuda con más explicaciones. Muchas más. Convénzanme de la necesidad y pondré mis recursos a su disposición. Si no logran convencerme, les dejo libres para que vayan al encuentro de sus propias muertes, si eso es lo que quieren. Ahora bien, si Tremayne sabe dónde estoy y todo lo que estoy haciendo, ¿por qué no están llamando a mi puerta los merces?

—No lo sé —respondió Mark—. Tal vez el rebanador no puede verlo todo a la vez. Tal vez Tremayne lo tiene concentrado en otras tareas. O tal vez no le ve como una amenaza. Pero puede estar seguro de que, si Tremayne quiere que le encuentre y que le informe de sus movimientos, puede hacerlo.

—Estamos hablando de un niño de cuatro años, ¿verdad? No de un hacker experto.

—Señor, ¿habla usted chino?

—No.

—Pues millones de niños pequeños saben chino. Lo adquieren sin educación, sin entrenamiento formal. Es usted un hombre inteligente, pero le llevaría años de duro estudio hacer lo que esos niños pequeños pueden hacer con la misma facilidad con la que respiran. Un adulto transferido a un ordenador no puede soportarlo; se vuelve loco. Pero un niño se adapta, aprende rápido, empieza a pensar en el nuevo medio. Eso es lo que hizo este rebanador. Es la primera criatura nativa de la red.

—Y este bebé, el bebé de la señorita McGovern...

—Será el segundo, pero no solo eso. Tremayne planea rebanar al bebé siendo aún un feto. Si lo logra, lo único que esa niña conocerá es el mundo de la red. Crecerá sin la experiencia de haber tenido un cuerpo.

—Y no es la hija de la señorita McGovern —dijo Marie mirando a Halsey. Mark temía que se echara a llorar—. Es mi hija. Los dos son míos.

Halsey volvió a la ventana, apoyó los puños sobre la repisa y miró la calle. Mark empezó a decirle que no tenían tiempo que perder, pero Lydia le puso una mano en el hombro. Sacudió la cabeza. Mark cerró la boca y esperó.

Por fin, Halsey se giró. Se inclinó hacia uno de los guardaespaldas y le susurró algo al oído. El guardia asintió y salió por la puerta.

—No pongo en peligro la vida de mis hombres a la ligera —dijo Halsey—. No tenemos armas modernas. Un intento de rescate sin duda resultará en muertes, y no es

probable que salga bien. Pero, si lo que me han contado es cierto, tenemos que intentarlo. —Los miró, de uno en uno—. Pueden marcharse, pero espero que se queden.

El flier aterrizó junto a las escaleras del ayuntamiento levantando una brisa que sacudió el brillante cabello blanco de Alastair. Se lo peinó con los dedos y miró la escotilla. Se abrió y de ella salió Carolina, con los brazos atados por la espalda y llevada por los codos por Calvin y otro merc. Lo siguiente que vio fue a la preciosa amiga de Marie Coleson, también atada, y a un chico indio que debía de ser Praveen Kumar. Los llevaron ante él.

—Querida —le dijo a Carolina—, bienvenida.

Ella se movió con debilidad y él pudo ver que estaba al borde de las lágrimas, pero que no quería llorar en su presencia.

—¿Te alegras de verme?

Carolina se mordió el labio y no respondió. Alastair alargó la mano y la posó sobre su vientre.

—Veo que nuestra hija ha crecido. —Y entonces ella se echó a llorar y Alastair se rió mientras se giraba hacia Calvin para preguntarle—: ¿Dónde están los demás?

—Los rescató una fuerza desconocida —respondió—. Una multitud de manifestantes del otro lado del muro atacaron y los ayudaron a escapar.

Alastair bramó. ¡Era asqueroso! Sacudió la cabeza y dijo mirando a Calvin:

—Me has fallado otra vez. —Comenzó a subir las escaleras antes de que su hermano pudiera responder—. Tráelos —dijo, mirando atrás por encima del hombro.

Y entonces todo se sumió en un caos.

El sonido de disparos y explosiones ahogó sus palabras. Alastair se giró, en busca de la fuente de ese ruido, y vio caer a dos mercs junto al flier. Unas cuantas balas dieron en los escalones, junto a sus pies, rompiendo el mármol. Subió corriendo.

Desde lo alto de las escaleras y protegido por un arco de mármol, observó la batalla. Los atacantes, armados con ametralladoras, contaban con la ventaja del factor sorpresa, pero los mercs invirtieron la situación en cuestión de segundos. Su visión infrarroja les permitió, y por lo tanto también al rebanador, ver dónde estaban ocultos los atacantes. Las balas de las R-80 volaban alrededor de los árboles, por encima de los muros y a veces cambiaban su dirección en ciento ochenta grados para encontrar y eliminar a sus objetivos. Todo terminó, silenciosa y eficientemente, en menos de un minuto, dejando solo tres mercs muertos.

—Bien hecho —dijo Alastair. Le envió una dosis de placer al rebanador. Se dio cuenta de que estaba temblando... y es que algunos de esos disparos se le habían acercado. ¿Quién lo había hecho? ¿Quién se atrevería?

Los mercs llevaron a los prisioneros hasta él.

—Llévalos al interior —le dijo a Calvin—. Encerradlos en el despacho de

Halsey y poned un guardia.

Alastair fue hacia el despacho que una vez había pertenecido a Jack McGovern y sus pasos resonaron por el pasillo.

—Quiero saber quién ha hecho esto —le exigió al rebanador. Sus merces estarían buscando entre los cuerpos, intentando identificarlos o encontrar alguna evidencia de quién los había enviado, pero Alastair no podía esperar tanto—. Sirviente Uno, te he hecho una pregunta.

El rebanador habló a través del altavoz que Alastair tenía en el oído.

—Por favor, no te enfades. Por favor, no me hagas daño.

—¿Por qué iba a hacerte daño?

—No sé quién ha enviado a esos hombres. No lo sé.

—Sirviente Uno, ¿estás mintiéndome? —Alastair le envió dolor, solo de un microsegundo de duración, pero muy intenso. El rebanador chilló; utilizó su voz audible y sintetizada para soltar un grito de dolor. Eso no lo había hecho nunca.

—¿Qué te pasa? Dime la verdad.

—Sí, sí, por favor, no vuelvas a hacerme daño.

—¿Quién ha enviado a esos hombres?

—No es divertido. No es divertido decirlo. Duele. No quiero jugar más.

¿Qué estaba pasando? Alastair perdió los nervios y envió tres punzadas más de intenso dolor, más de lo que pretendía. El rebanador gritó.

—¡No me hagas daño, por favor, no me hagas daño! Ha sido el general James David Halsey. El general James David Halsey ha enviado a esos hombres a rescatar a Carolina Leanne McGovern y a Pamela Ann Rider y a Praveen Dhaval Kumar. Por favor, no quiero hacer daño a la gente, por favor, por favor.

—Halsey... —musitó Alastair. Había interpretado el ataque como un intento de asesinato, no como un rescate. Pero ¿cómo habría sabido Halsey que los prisioneros estaban ahí? ¿Cómo sabría de la importancia de Carolina? Solo si Mark McGovern se lo hubiera contado.

—Sirviente, responde ahora mismo. ¿Está Mark McGovern con Halsey?

—Sí, está, está. Tennessee Markus McGovern está en el apartamento 4 A, bloque 7, en la calle Westphail con el general James David Halsey.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—No me obligues a hacer daño, quiero una chuchería, no quiero...

La ira de Alastair se desató. Envío una señal continua de dolor a intensidad máxima y escuchó al rebanador gritar. Estaba nervioso. Primero el ataque, disparos que casi lo alcanzan, y ahora esa traición. Era el peor momento posible. Necesitaba a ese rebanador, por lo menos durante otro día. Su control sobre la ciudad era, como mucho, leve. Una vez que tuviera a Sirviente Dos, podría destruirlo, pero por el momento Sirviente Uno tenía que seguir haciendo su trabajo.

Cerró el chorro de dolor.

—Estoy decepcionado contigo —dijo—. No quería hacerte daño, pero me has obligado. Tienes que contármelo todo siempre. ¡Todo! Me has ocultado algo, y mira lo que ha pasado. Halsey ha intentado matarme. Podría haber muerto hoy y todo habría sido culpa tuya. ¿Recuerdas lo que pasará si muero? Dolor, eso es. Dolor infinito. Un código infinito que te enviará señales de dolor para siempre. Nunca parará. Y tú tampoco.

El rebanador no respondió.

—Así que, más te vale esforzarte más para mantenerme con vida.

Marie y Mark estaban sentados alrededor de una mesa destrozada en un apartamento que, por lo demás, estaba vacío. Bebían café sin parar y Marie estaba empezando a frustrarse. Por un lado, la necesidad de utilizar máscaras de red en lugar de visores reducía su ancho de banda considerablemente. Por otro, Mark se negaba a someterse a su juicio profesional.

—No lo entiendo —dijo Mark—. ¿Qué vamos a lograr con esta búsqueda?

—Vamos a intentar crackear el código que Tremayne utiliza para enviar dolor o placer al rebanador.

—Sí, pero ¿después qué? ¿Le enviamos esas señales al rebanador nosotros?

Su tono irritó a Marie, pero ella supo que era solo por el cansancio y la preocupación.

—Le hemos enviado señales de placer. Intentamos atraerlo para que se aleje de Tremayne.

—Pero ¿eso no va a confundirlo?

Marie dejó que su voz mostrara cierta irritación.

—Podría, ¿cómo voy a saberlo? Así funcionan estas cosas; pruebas con un modo de actuación y, si no funciona, piensas en otra cosa.

—Marie, no es un programa. Es un ser humano.

—Eso no lo sabes.

—Deberíamos abrir un canal de comunicación, probar a razonar con él, apelar a su conciencia. En lugar de manipularlo, deberíamos hablar con él. Es una persona.

—¡Eso no lo sabemos! —Marie notó que estaba temblando—. Tengo que ir al baño —dijo, y se marchó.

¿Por qué había gritado así? Mark solo intentaba ayudar, pero era demasiado condescendiente, como si él fuera el profesional en ese campo en lugar de ella. Actuaba como si en esa situación tuviera tanto en juego como ella.

No lo comprendía; nadie lo comprendía. No serviría de nada hablar con el rebanador. Sonaría como un humano, ¡por supuesto que sí!, pero en cuanto tuvieran la oportunidad, tendrían que destruirlo. Por el bien de Pam, por el de Carolina, por el del bebé que aún no había nacido. Conocía su corazón, ese profundo deseo de creer

que, de algún modo, por alguna razón, su hijo seguía vivo. Pero no era cierto. No podía serlo.

Además, estaba preocupada por Pam. No podía soportar estar ahí sentada de brazos cruzados esperando a tener noticias del intento de rescate de Halsey. Si hubiera sido al revés, Pam habría estado llamando a la puerta de Tremayne, pistola en mano.

Utilizó el estrecho retrete y se lavó las manos. No había jabón, y el cristal agrietado del espejo le devolvía una imagen distorsionada. Así se sentía ella: rota, hecha pedazos. Partida en trocitos de inmenso dolor, la esperanza y la furia se encontraban tan mezcladas que no podía centrarse en un único sentimiento. Apenas se reconocía. ¿De verdad estaba pensando en matar a un hombre? No podía siquiera sentirse alarmada por la idea; matar era el único plan posible. Tal vez era su destino.

Cogió una pistola que había encontrado en un armario del apartamento. Nadie la detuvo; una vez que Halsey había decidido confiar en ellos, lo hizo plenamente. Sin comunicárselo a Mark y a Lydia, se apresuró escaleras abajo y salió a la calle.

—El problema es —dijo Mark— que parece poder comunicarse por algún método. Capta protocolos de mensajes como quien elige qué calcetines ponerse. No se puede adivinar qué canales estará viendo.

Estaba muy calmado. Lydia recordó con qué temple se había hecho con el control cuando lo llamó para que fuera a la iglesia de las Siete Virtudes. Al principio lo había juzgado desapasionado, alguien que carecía del fuego de Darin, pero lo que realmente sucedía, advirtió, era que él demostraba sus sentimientos de forma distinta.

Le dijo:

—¿Por qué no envías mensajes por todos los canales y esperas a que él reciba uno?

—Bueno, eso de «todos los canales» es un poco excesivo. Básicamente lo hemos hecho, ya que hemos acribillado al azar varios nodos con mensajes para él. Sutiles mensajes como: «Tennessee, tus amigos quieren hablar contigo», pero no podemos revelarle nuestra ubicación. Simplemente estamos confiando en que pueda encontrarnos.

—¿Y qué pasa si sí que nos encuentra, pero sigue trabajando para Tremayne?

—Entonces nos capturarán. Nos matarán, tal vez. No tengo todas las respuestas. Solo sé que tenemos que hablar con él, y que no hay modo de hacerlo sin correr el riesgo de que nos descubran.

A Lydia se le ocurrió una idea.

—Lo has llamado «Tennessee».

—¿Qué?

—Los mensajes que has enviado al azar... lo has llamado «Tennessee», pero se llama Sammy.

—Él no recuerda su nombre original. Lo he llamado «Tennessee» porque lo reconocerá y lo asociará con nosotros.

Cuanto más pensaba Lydia en la idea, más acertada le parecía.

—¿Te acuerdas cuando hablamos con él en casa de Praveen? ¿Te acuerdas lo obsesionado que estaba por tener un nombre? Empezó a llamarse Vic, por el hermano de Darin, y después empezó a utilizar tu nombre. Y, además, siempre decía los tres nombres: «Tennessee Markus McGovern». ¡Quiere saber quién es, quiere saber su nombre!

—Creo que tienes razón. Seguro que sí. Pero ¿qué podemos hacer? A menos que hable con nosotros...

—Envía un mensaje nuevo. Dile: «Tennessee, tus amigos quieren hablar contigo. Sabemos cuál es tu verdadero nombre».

Lydia no podía haber recibido mejor recompensa por su genial idea que el modo en que a Mark se le iluminaron los ojos.

—¡Eso es! Eso es lo que necesitamos. Y entonces, cuando venga, le contaremos la verdad sobre su historia, le presentaremos a su madre y...

Lydia miró a su alrededor.

—¿Dónde está Marie?

—Ha ido al baño.

—De eso hace ya un rato.

Lydia revisó cada habitación del pequeño apartamento. Llamó a la puerta del baño y, cuando no obtuvo respuesta, entró.

Volvió con Mark y sacudió la cabeza:

—Se ha ido.

He tenido que decírselo. No he podido evitarlo. Me ha hecho daño y daño y daño. No quería contarle a papá lo de Tennessee Markus McGovern. Ahora enviará a esa gente con pistolas para hacer que Tennessee Markus McGovern y el general James David Halsey se paren y yo tendré que hacer volar los pequeños proyectiles contra ellos o papá me hará daño, mucho, muchísimo.

Tennessee Markus McGovern dice que conoce mi nombre verdadero. Ha estado enviándome mensajes y mensajes y mensajes. Dice que es mi amigo, pero papá dice que no es mi amigo. Quiero que papá tenga razón, porque papá me hace sentir bien. Tennessee Markus McGovern no puede hacerme sentir bien.

Me gustaría tener un buen nombre. Thomas Garrett Dungan no es un buen nombre y Victor Alan Kinsley no es buen nombre y Tennessee Markus McGovern dijo que podía tener su nombre Tennessee, pero ahora dice que sabe mi nombre verdadero. Papá dice que mi nombre es Sirviente Uno, pero no me gusta ese nombre. Tal vez Tennessee Markus McGovern tiene un nombre para mí que no es el de nadie más.

Pronto la gente con pistolas disparará a Tennessee Markus McGovern y yo haré volar los proyectiles contra él y él se parará. Entonces no sabré mi nombre verdadero. Quiero saber mi nombre verdadero antes de pararlo, así que se lo preguntaré.

Pero papá se enfadará mucho. He intentado jugar a un juego y no decírselo y lo ha descubierto y me ha hecho daño. A lo mejor no se lo preguntaré, a lo mejor le mandaré una carta. ¡Hala, ya está! La he enviado. Espero que papá no me haga daño.

Pamela Rider estaba tan guapa como Calvin la recordaba. Al meterla en una habitación de la planta superior, no pudo evitar pensar en lo distinta que podría haber sido su relación.

—¿Qué vais a hacer con nosotros? —La voz de Pam era fría. Tenía todo el derecho a odiarlo, pero aun así eso lo entristeció.

—Eso depende del concejal Tremayne —le dijo él.

Pam iba tambaleándose mientras se dirigían a la habitación, y él alargó una mano para sujetarla. Solo pretendía ayudar (tenía las manos atadas por la espalda), pero ella se apartó bruscamente y lo miró.

Calvin no pudo soportar el modo en que lo miró; el odio impreso en ellos lo hizo estremecerse de miedo, a pesar de llevar armas. En esa mirada no había temor, solo

violencia. Como si tuviera un cuchillo y fuera a hundírselo en el corazón.

—Entra ahí —dijo Calvin.

La metió en la habitación. Buscó posibles rutas de escape y, al no encontrar ninguna, examinó la puerta. El cerrojo formaba parte del pomo, así que no ofrecería mucha resistencia. Dejó a dos guardias apostados allí y les dio instrucciones.

—Uno por dentro de la puerta, otro por fuera. Nadie sale por ninguna razón. Nadie entra más que el concejal Tremayne o yo.

Entró tambaleándose en el lavabo de caballeros y se quedó allí temblando, de espaldas a la puerta, asaltado por unos recuerdos tan vívidos que el mundo pareció desdibujarse. Alastair se había reído, y Calvin se había reído con él para fingir que no le importaba, que Olivia no era más que una puta barata y desechable. Eso era lo que Alastair le había dicho una y otra vez con fraternal preocupación: era la chica de todos, lo hacía por dinero y él mismo la había tenido. No era de extrañar, algo muy propio de Alastair: todo lo que Calvin tenía, él intentaba destruirlo, así que Calvin no le había creído. Además, Olivia había sido muy tímida con su cuerpo, había tardado en dejar que la tocara. No había actuado como una puta.

Entonces un día, mientras navegaba por la red buscando cine interactivo, lo encontró: porno interactivo con Olivia Maddox como la estrella protagonista. Siempre había sido recatada a la hora de hablar de sus méritos como actriz, y Calvin había supuesto que no tenía mucho éxito, que no era más que una actriz californiana que servía mesas mientras soñaba con el estrellato. Pero allí estaba, envuelta en una toalla mojada y animando al espectador a ejecutar la descarga y probarla.

No pudo evitarlo. Ejecutó la descarga. Quería ver si de verdad era ella, no un error, no otra mujer que compartía el nombre, y resultó que no solo era porno, sino fetichismo duro, degradante y perverso. Olivia, la inocente y tímida chica de Iowa, no se guardaba nada.

Pero no era ella. Calvin lo había descubierto semanas después, cuando ya no había posibilidades de reconciliación. Alastair había pasado días adulterando el programa interactivo de otra persona con fotografías que tomaba de Olivia a través de su visor. Lo había alterado concienzudamente, imagen por imagen, empalmando la cabeza de Olivia con un cuerpo desnudo, suavizando los colores hasta que los cortes se hicieron indetectables. Después, lo había colocado en un nodo de red que sabía que Calvin frecuentaba. A Alastair siempre se le habían dado bien los ordenadores.

—¿Están bien encerrados?

Calvin se sobresaltó. Era Alastair, hablándole por su canal privado.

—Sí, señor. Hay dos guardias apostados —respondió.

—Bien. Baja y ven a verme. Hay un equipo que quiero que recojas de mi despacho.

Lo ingresaron en el correccional de Rittenhouse Square, una prisión comber

situada justo encima del muro, en la calle Dieciocho. Darin sabía que aterrizaría en un lugar así, pero eso no hacía que le resultara más sencillo. No se trataba de una cautividad en un cómodo club de campo; las paredes estaban sucias, las literas duras y los muros eran lo suficientemente altos como para bloquear la luz del sol de la tarde. En cuanto cruzara las puertas con su cara de rimmer, atraería la atención de todos los presos del patio.

—Eh, echadle un vistazo a esta muñequita.

—No tiene marcas en esa preciosa cara.

—Ey, guapa, ¿quieres venir a mi casa esta noche?

Intentó ignorarlos, pero no eran unos matones de patio de colegio que lo dejarían tranquilo si no les prestaba atención. Entonces, tres corpulentos hombres comenzaron a rodearlo, acompañando su acecho con la melodía de sus silbidos.

—Sería una pena marcar esa piel tan suave.

—No soy un rimmer —dijo Darin retrocediendo—. Soy un comber, como vosotros.

—¿Has oído eso, Henry? Te ha llamado comber.

—Eso está muy feo.

—Este de aquí no es un comber, es el rey de Inglaterra. Puedes llamarlo «Su Majestad».

Seguían cercándolo. Darin siguió retrocediendo, pero se topó con el muro. Uno de los hombres lo sacudió contra él.

—Creo que debería arrodillarse ante Su Majestad.

—Sí, haz que se arrodille.

Uno de ellos le propinó un puñetazo en el estómago. El hombre debía de llevar años ejercitando sus músculos porque ese puño fue como una bala de cañón. Darin, con la respiración entrecortada, se puso de rodillas.

Vio una patada yendo hacia su cara y se encogió, pero el golpe no llegó a producirse. Darin levantó la mirada y vio a su atacante alzado en el aire y después cayendo al suelo. Los hombres se largaron dejando a Darin frente a un gigante con barba y una masa de largos rizos negros.

—¡Sansón!

El gigante sonrió.

—Me había parecido que eras tú. Estás diferente.

La cara de Sansón tenía unos cuantos bultos más que antes, pero en ese momento no había una cara que le resultara más atractiva.

—Justo a tiempo. ¿Cómo has sabido que era yo?

—Por tus enormes músculos —respondió Sansón dándole golpecitos en el brazo—. Además, vi tu nuevo look en la casa de Alegre, ¿te acuerdas?

Cruzaron juntos el patio, ignorando las miradas. Al parecer, Sansón tenía tal

reputación que nadie quería desafiarlo.

—¿Cómo está Alegre? ¿Qué le ha pasado a su grupo?

—Siguen juntos. Ahora es más grande, pero tenías razón, Darin; los rimmers no entienden más que de poder.

—¿Cómo has acabado aquí?

—Me puse en huelga. Nos presentamos en la nueva zona de construcción, pero en lugar de trabajar, llevamos pancartas. Alegre se inventó los eslóganes. El consejo llevó a nuevos obreros, cruzaron los piquetes y las cosas se pusieron feas, así que aquí estoy.

—Aquí estás.

Sansón lo miró.

—Cogieron a Kuz.

—¿Está muerto?

Él asintió.

—Ese temperamento que tenía... Nunca sabía cuándo parar.

Darin alzó la mirada hacia los muros. Parecían estar curvados hacia dentro, como si cayeran sobre el patio. Se preguntó si sería una ilusión óptica o si al fabrique se le había dado esa forma.

Chocó los puños. Ese no era su sitio. Tenía un trabajo que hacer.

—Ahora estoy con los Manos Negras —dijo.

—He visto a algunos. Un tipo llamado Halsey ha estado reuniendo todos los grupos, intentando crear un ejército o algo así.

—¿El general Halsey? ¿El miembro del consejo?

—Ya no es miembro. No, desde que Tremayne tomó el control.

—¿Alastair Tremayne?

—Supongo.

—¿El control de qué?

Sansón parecía confuso.

—De la ciudad.

Darin se quedó mirándolo.

—Llevo días desconectado de todo.

—Ha echado a los demás consejeros. A lo mejor los han matado; no lo sé. Si están en prisión, aquí no están.

Varios de los presidiarios observaban a Darin y a Sansón y sonreían o guiñaban un ojo cuando Darin miraba hacia ellos. Él sabía lo que estaban diciendo: «En cuanto se largue el gigante, estás muerto». Sansón no podría protegerlo eternamente. Tendrían celdas distintas, horarios distintos. Para Darin, esa prisión era una trampa mortal.

Y ahora Tremayne estaba al mando de la ciudad. Eso hacía que su misión fuera

más importante aún. Tenía que salir de ahí.

—Entonces, ¿cuál es el plan para escapar? —preguntó.

Sansón se rió con satisfacción.

—Estás tan flaco que podría lanzarte por encima del muro.

—Necesito vuestra ayuda.

Mark y Lydia levantaron la mirada hacia el general Halsey, flanqueado por sus habituales guardias.

—¿Para hacer qué? —preguntó Mark.

—Se te da muy bien la red. Puedes obtener información que otra gente no puede.

Mark dijo:

—Depende de la clase de información que necesites. Tenemos que asumir que el rebanador está observando toda investigación que se haga sobre Tremayne.

—Haces que este rebanador parezca un dios. No puede verlo todo al mismo tiempo, ¿verdad?

—Sinceramente, no lo sé, pero la encriptación no parece detenerlo y puede replicarse a sí mismo tantas veces como necesite. Es mejor suponer que ve más de lo que usted se imagina. Sin embargo, hay pequeñas cantidades de información reunidas pasivamente; eso yo sí que debería poder hacerlo.

Halsey asintió y siguió asintiendo, como si hubiera olvidado lo que había ido a preguntar. Mark supuso que estaba intentando decidir si podía confiar en ellos. Finalmente dijo:

—Necesito saber dónde tienen a los miembros del consejo. Van Allen, Deakins, Kawamura y cualquier otro político de importancia que haya sido arrestado por Tremayne. Queremos liberarlos.

—¿A quién se refiere con «queremos»? —Mark llevaba todo el día viendo a extraños llegar de uno en uno, hombres de clases bajas y medias, nunca dos iguales. Una semana antes, habían sido tenderos, obreros del metal, técnicos, peluqueros. Ahora eran revolucionarios.

—Líderes, o al menos representantes, de todos los grupos con los que he podido contactar y que quieren derrocar al actual gobierno. No confío en ellos del todo y probablemente ellos confían en mí menos aún. Muchos no quieren que vuelva el viejo consejo, ni ningún gobierno, pero quiero utilizar la fuga de la prisión para llamar la atención de Tremayne. Aunque no podemos liberarlos si no sabemos dónde están.

—Veré qué puedo hacer. —A menos que Tremayne se hubiera anticipado a un intento de rescate y hubiera ocultado a los antiguos miembros del consejo bajo un nombre falso, no les resultaría tan difícil encontrarlos.

Cuando Halsey se retiró, Mark se puso la máscara de red. Tenía un mensaje esperándolo: «Quiero saber cuál es mi verdadero nombre. Dime mi verdadero

nombre ahora mismo antes de que la gente con pistolas llegue y te haga parar».

Mark se quitó bruscamente la máscara y dijo:

—Vienen.

Sin esperar a que Lydia pudiera comprenderlo, se metió en la sala donde Halsey se había reunido con los demás.

—¡Merces! —anunció—. Vienen hacia aquí. Ahora mismo.

Las sillas chirriaron, las pistolas salieron de los bolsillos y de debajo de las camisas.

—¡Esperad! —dijo Halsey, cortando con su voz el repentino estrépito. Miró duramente a Mark—. ¿Cómo lo sabes, hijo?

—El rebanador me lo ha contado.

—¿Te ha contado...?

—Sin darse cuenta. Señor, no hay tiempo para explicaciones. No sé cuándo vendrán, pero sé que lo harán. No pueden tardar mucho.

Halsey se giró hacia el grupo.

—Hoy correremos, pero no por mucho tiempo. Preparaos. Encontrad a alguien dispuesto a luchar y esperad mi señal. Cuando os llame, será para la guerra.

No hubo vítores, ni ninguna muestra de que los hombres reunidos estuvieran motivados por el discurso de Halsey. Eran hombres de acción, no de palabras. Salieron en fila con las armas preparadas.

—¿Adónde deberíamos ir? —inquirió Mark. En ese momento, Lydia entró en la habitación con el rostro impregnado de preguntas. Uno de los revolucionarios se quedó allí; un hombre pequeño y ágil que llevaba un mono de trabajo y una gorra de béisbol blanca con unas letras escritas en negro.

—¿Lydia? —preguntó y, por la voz, Mark supo que no era un hombre, sino una chica.

Con la voz entrecortada, Lydia reconoció a su amiga:

—¡Ridley!

El revolucionario se quitó la gorra dejando libre una melena rubia y revelando un rostro inconfundiblemente rimmer.

Las chicas se abrazaron.

—Creíamos que estabas muerta —dijo Lydia—. ¿Qué has estado haciendo?

—He encontrado a alguien —contestó Ridley—. A mi propio míster Sexi. Tenemos tanto en común que resulta raro.

—¿Un revolucionario?

—Se llama Tom Rabbas. Es el jefe de los Manos Negras. Yo ahora soy como uno de sus comisarios.

—Tus padres están preocupados. No saben si estás viva o muerta.

—Saben que estoy viva. Les hemos enviado una nota de rescate.

—Tú... —Lydia no pudo terminar.

—Necesitamos dinero y ellos lo tienen. Pero no van a pagar. Tom quiere falsificar unas fotos mías siendo torturada.

Sonrió.

Mark no podía creer lo que estaba oyendo. De algún modo, sus padres habían tenido que ver con lo sucedido en la iglesia de las Siete Virtudes, pero aun así... ¿hacerles creer que su hija había sido secuestrada?

Ridley debió de verle en la cara lo que estaba pensando porque se dio la vuelta. Su conducta le recordó mucho más a un soldado que a la chica Rimmer que había conocido en el colegio.

—Me odia. Siempre me ha odiado. Es un plutócrata egocéntrico que cree que su dinero le da derecho a pisotear a cualquiera menos afortunado. Se merece eso y más.

—¿Y qué pasa con tu madre? —preguntó Lydia.

—Ella es peor. Una cobarde. Siempre cede ante él. Le deja salir ganando, le deja ponerla en su sitio. Deja que la pegue, pero yo nunca se lo permitiré.

Mark dijo en voz baja:

—Deberíamos irnos. —Miró a Halsey.

—Podéis iros —contestó Halsey—. No sois mis prisioneros, pero es muy probable que os necesite en los próximos días.

—Yo podría ser un estorbo; lo mejor que puedo hacer es seguir intentando comunicarme con el rebanador, y eso podría conducirlo hasta nosotros directamente.

—Pero podrías advertirnos de antemano sobre un ataque. Hijo, si atacan este edificio, eso hará más por cimentar nuestra alianza que cualquier palabra que hayas pronunciado. Os quiero con nosotros. Vamos.

Después de vagar por el distrito comercial durante varias horas, Marie comenzó a preguntarse si había sido tan buena idea. Le dolía la espalda por haber pasado la noche sobre un banco de madera. Se había imaginado entrando en el despacho de Tremayne, armada y lista para disparar, y rescatando a Carolina, Pam y Praveen. Pero ¿acaso estarían con él? Lo más probable era que no. Tenía que descubrir dónde se habían llevado los mercs a sus prisioneros y vagar por el Rim de Filadelfia no iba a servir de nada.

Entró en una cafetería y pidió sopa de verduras, ternera y una ensalada. El olor a carne cocinada le hizo darse cuenta del hambre que tenía. En un banquito de una esquina, mientras esperaba su comida, vio una holopantalla donde estaban emitiendo las noticias. Las imágenes mostraban un tiroteo en la escalera del ayuntamiento, con mercs muertos, proyectiles disparados y gente corriendo por todas partes. ¿Qué había pasado? Era frustrante no poder usar su visor, estar apartada de toda esa información. Estaba a punto de intentar encontrar un nodo público justo cuando lo vio: Carolina McGovern esposada, mirando atrás por encima del hombro mientras un merc la

conducía por las escaleras. Unos cuantos peldaños más arriba, Marie pudo ver otros dos pares de pies: zapatos marrones y zapatos de salón de mujer. ¿Pam y Praveen?

Así que estaban en el ayuntamiento, o al menos habían estado allí esa misma tarde. Salió corriendo del restaurante sin ni siquiera molestarse en cancelar su pedido. Sus oportunidades de lograr algo en el ayuntamiento eran escasas, pero por lo menos ahora tenía un lugar adonde ir. Tenía que intentarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Alastair vio a su hermano colocar otra pesada caja sobre la pila que ya se había formado en el despacho de McGovern. Quería sacarle ese bebé a Carolina sin más dilación, así que Calvin se había pasado la mañana trasladando hasta allí todo su equipo especial.

—¿Para qué es todo esto? —preguntó Calvin—. ¿Tiene algo que ver con los prisioneros?

¿Cuánto sabía? En lugar de responder, Alastair dio un paso hacia la puerta y la cerró, dejándolos juntos dentro de la habitación. Calvin alzó la cabeza sorprendido.

—Es un equipo de monitorización —le explicó Alastair—. Carolina está embarazada. Quiero seguir su progreso, no quiero tenerla fuera de mi vista.

Observó a Calvin esperando poder escrutar su reacción; percibió la tensión escaparse por sus hombros, y entonces vio su rostro relajarse.

—Entiendo.

—¿En qué estabas pensando?

—Nada. Es solo curiosidad. ¿Me necesitas para alguna otra cosa?

—Aún hay mucho que preparar. Quédate y ayúdame.

—Pero yo no sé nada sobre...

—Quédate.

Y Calvin se quedó.

Durante la siguiente media hora, descargaron cajas, montaron el equipo y probaron conexiones. Trabajaron en silencio mientras preparaban el material que traería al mundo de la red a Sirviente Dos. Su intención había sido hacerlo antes de tomar la ciudad, pero la huida de Carolina lo había estropeado todo. Ahora se veía obligado a correr riesgos, entrenando a un nuevo rebanador y consolidando su poder al mismo tiempo. Demasiadas preocupaciones. Demasiadas incógnitas. Los planes que dejaban las cosas al azar solían fracasar. Debía identificar las incógnitas y despejarlas; resolver las ecuaciones hasta que lo único que quedara fueran constantes, pura evidencia matemática.

Alastair observó cómo Calvin apretaba los pernos de las patas de su mesa de operaciones. Calvin, que siempre había sido predeciblemente leal, estaba desconocido. Lo cierto era que no había hecho nada alarmante, aún no, pero parecía descontento. Se había fijado en el modo tan protector con que miraba a Pam Rider, y no es que eso le sorprendiera; era de la clase de mujeres de las que él solía

enamorarse. Pero Alastair no podía permitirse lealtades divididas, ahora no. Tenía que saber dónde se posicionaba Calvin y, para ello, tendría que ponerlo a prueba.

Una vez que todo el equipo estuvo en su sitio y funcionando, Alastair le dio las gracias a Calvin por su ayuda.

—Sé que siempre puedo contar contigo, hermano.

—Sí, señor. Me alegra ser de ayuda.

—Cuando salgas, por favor, trae aquí a Carolina.

—Sí, señor.

Alastair esperó hasta que la mano de Calvin tocó el pomo de la puerta para añadir:

—Oh, y Calvin...

—¿Sí, señor?

—Mata a los otros dos. No los necesitaré.

Tennessee Markus McGovern no va a decirme mi nombre. Llevo esperando segundos y segundos y no me lo dice. A lo mejor no lo sabe. A lo mejor está mintiendo. Primero me dijo que no lo sabía y ahora dice que sí, así que habrá mentido una de esas dos veces. Papá dice que no es mi amigo y a lo mejor papá tiene razón.

Lydia y Mark estaban sentados uno al lado del otro en la azotea del hospital Metodista con las piernas colgando en el borde. Tras ellos se arremolinaban revolucionarios de todas las clases, cargando armas, discutiendo planes. En el centro de todo estaba el general Halsey, dando órdenes con una voz suave, pero cargada de confianza. Tom Rabbas estaba allí también, con Ridley agarrada a su brazo y una docena de líderes de sindicatos de obreros.

—Estás enfadado con Ridley, ¿eh? —le preguntó Lydia con una voz lo suficientemente suave como para que solo Mark la oyera a pesar de que, de todos modos, Ridley no estaba prestándoles ninguna atención.

—No está bien lo que hace —respondió Mark—. No debería tratar así a la gente. Sus padres están preocupados por ella; todos lo estábamos.

—La verdad es que sus padres no se merecen un trato mejor. ¿Sabías que fue su padre quien llamó a los mercs para asaltar nuestra clínica de modificaciones?

—Eso no importa. Son sus padres; ellos la han criado, le han dado una educación, la han mantenido. Se merecen un poco de respeto.

Lydia decidió dejar el tema. Estaba claro que algo inquietaba a Mark y no tenía nada que ver con Ridley.

—¿Algún progreso con el rebanador?

Mark se dio un puñetazo en la palma de la otra mano.

—No sé cómo responder, porque no sé qué quiere decir. Me ha dicho: «Dime mi verdadero nombre ahora mismo antes de que la gente con pistolas llegue y te haga parar». ¿Es eso una amenaza? ¿O una advertencia? ¿Está esperando a que le responda para poder matarme?

Giraba su puño contra la otra palma nerviosamente y Lydia le sujetó las manos.

—Si se lo dices, ¿qué esperas? ¿Qué es lo mejor que podría pasar?

—Si Sammy me cree, si comprende el concepto de tener una hermana, si eso lo motiva para volverse en contra de Tremayne y si puede resistir el dolor lo suficiente como para hacerlo, puede que también sea capaz de acabar con él. Pero son muchos «si». Si, por otro lado, no me cree o está absolutamente bajo el control de Tremayne o demasiado asustado como para darle la espalda... bueno, entonces decírselo es como dibujar una gran cruz roja en nuestra ubicación para que nos encuentren todos los

soldados con grandes pistolas.

—Es un riesgo —dijo Lydia—. Tienes que decidir si tu vida merece que corras ese riesgo.

Mark la miró a los ojos.

—No es solo mi vida la que está en peligro.

Lydia apartó la mano, de pronto furiosa con él. Carolina y su bebé y Pam y Praveen podían estar muriendo en esos momentos, y él estaba allí sentado vacilando.

—No lo dudes por lo que respecta a mí —dijo ella—. Mi vida no vale tanto como para permitir que otros mueran.

Mark habló con repentina brusquedad.

—Todas las vidas tienen su valor.

—Yo no he dicho...

—Lydia, la última vez que interferí, murieron trescientas veintisiete personas. ¡Trescientas veintisiete! ¿Y si se pone otra vez como una furia? —Mark estiró un brazo hacia atrás para abarcar con su gesto toda la azotea del hospital—. Toda esta gente podría morir.

—Mark, ¡míralos! Toda esta gente está dispuesta a morir. Están arriesgando sus vidas para recuperar su ciudad. No eres responsable de ellos.

—Lo soy si le digo al enemigo dónde encontrarlos.

—No puedes dejar que la culpa te paralice. Que la muerte de esas trescientas veintisiete personas fuera o no tu culpa es algo irrelevante, tienes que...

Sus palabras quedaron interrumpidas por un fuerte chasquido, como el de un disparo. Miraron tras ellos, pero todo el mundo parecía igual de sorprendido. Solo supieron de dónde provenía tras el segundo disparo: del este. De la presa.

Mark se levantó y Lydia pudo ver que estaba utilizando su visión amplificadora para ver mejor.

—El agua está atravesando la presa. Solo un poco, pero va en aumento.

—Eso nos obliga a actuar —dijo el general Halsey. Se giró hacia Rabbas—. Hazlo ahora. No tenemos elección.

Rabbas levantó una gruesa pistola al aire y disparó. La bengala salió hacia arriba dejando un rastro de luz. Más bengalas aparecieron en el este y el oeste en respuesta a esa. Un momento después, la noche se sumió en ruidos y humo y escombros a medida que, una a una, las secciones del muro iban explotando.

La gente de la azotea se dispersó y muchos bajaron hasta la calle trepando. Ridley corrió hacia ellos, sin aliento.

—Está empezando. Venid con nosotros.

Lydia se giró hacia Mark.

—Tienes que responderle ahora.

—Tienes razón. —Cerró los ojos y pronunció el mensaje en voz alta mientras lo

iba componiendo—: Tennessee, eres una persona de verdad. Tu nombre verdadero es Samuel Matthew Coleson. El hombre al que llamas «papá» no es tu papá. Te alejó del lado de tu madre, que se llama Marie Christine Coleson. Si no me crees, pregúntaselo a ella.

Calvin condujo a Carolina por el pasillo, pero apenas se fijó en ella. Su mente estaba en la puerta que acababa de cerrar con llave, y Pam Rider se encontraba tras ella. En un momento tendría que volver allí dentro y matarla.

—¿Adónde me llevas? —le preguntó Carolina.

—Alastair quiere verte.

—Por favor, suéltame. Va a hacerle daño a mi bebé. No me lleves con él, por favor.

Ella dejó de caminar y Calvin tuvo que tirar de su brazo para que siguiera moviéndose. Carolina tiraba de él.

—¡Suéltame!

Pero no podía competir contra el peso del soldado, que le retorció la muñeca hasta hacerla gritar y la obligó a seguirlo. Cuando finalmente llegó a la puerta, la metió dentro de un empujón, asintió escuetamente hacia su hermano y cerró la puerta de golpe. Que Alastair se ocupara de ella.

Calvin tenía sus propios problemas. Volvió lentamente hacia la habitación donde Pam y el otro prisionero estaban retenidos. No quería matarla. ¿Por qué Alastair tenía que destruir todo lo bueno que tenía Calvin? Y no, no es que hubiera tenido a Pam alguna vez. Una oportunidad era todo lo que podía pedir, pero ya se la habían arrebatado.

¿Y por qué no matarla? Él era un soldado, después de todo, y los soldados seguían órdenes. No era su responsabilidad decidir qué estaba bien y qué mal.

El argumento le sonó vacío, incluso dentro de su propia cabeza. ¿Cuántas atrocidades se habían cometido en la Historia cuando los soldados se habían dicho eso mismo? Además, no quería que muriera. Le gustaba. Ella hacía que el mundo tuviera más luz.

¿Y si no la mataba? ¿Y si le decía a Alastair que la había matado, pero la dejaba escapar? La idea hizo que el corazón le martilleara contra el pecho y que le sudaran las palmas de las manos, y supo que jamás podría hacerlo. Había contemplado esa clase de cosas muchas veces antes, pero al final siempre hacía lo que Alastair quería.

Alargó la mano hacia la puerta. Mejor terminar con ello rápidamente. Sacó una pistola, un arma de proyectiles inteligente y computarizada diseñada para matar fácil y limpiamente. Agarró el pomo y lo giró, dándose cuenta demasiado tarde de que los guardias que había dejado apostados allí no estaban. ¿Adónde habían ido?

Cuando abrió, obtuvo la respuesta y el retablo que vio ardió en su mente en un instante: Pam, tendida en el suelo, con la cara ensangrentada y la ropa rasgada; uno

de los guardias arrodillado a su lado y metiéndole una pistola en la boca; el otro, subiéndose encima de ella con los pantalones por las rodillas. Calvin no lo pensó: disparó sin más. Dos agudas detonaciones reverberaron en las paredes justo cuando unos agujeros sangrantes aparecieron en las cabezas de cada hombre. Ambos cayeron desplomados al suelo.

Calvin miró lo que había hecho. Pam se levantó como pudo, pero él no intentó acercarse siquiera. Había disparado a los soldados de su hermano. Había rescatado a la mujer a la que debería haber matado.

Pam corrió hacia la esquina donde había tendido otro cuerpo: Praveen Kumar. La sangre empapaba su camisa. Se acercó a su boca y posó dos dedos sobre su cuello.

—Está vivo —dijo—. Le han disparado en el hombro, pero sigue vivo. Necesita ayuda.

Calvin seguía paralizado.

—¡Ayúdalo!

Aturdido, Calvin obedeció. Desenrolló un parche de rescate de celgel que llevaba en la bolsita de su cinturón, lo abrió y se lo colocó sobre la herida.

—Necesita un médico —dijo ella.

Calvin no podía pensar con claridad. Un médico. ¿Por qué iba a necesitar un médico? Debería estar muerta, pero de nada servía matarla ahora; ya había traicionado a su hermano de todos modos y Alastair lo mataría. Ya podía darse por muerto.

La camisa de Pam se abría allí donde le habían arrancado los botones y pudo ver un atisbo de bronceada piel por debajo. Era tan valiente, tan fuerte... ¿Qué pensaría de él? Le dio una bofetada.

—Despierta. Ve a buscar un médico antes de que muera.

Calvin miró la pistola que tenía en la mano. Qué fácil sería poner fin a todo allí mismo.

—Voy a necesitarla —dijo Pam. Le quitó la pistola y él no se resistió—. ¡Ahora, márchate!

Calvin se levantó y, sin saber qué otra cosa hacer, fue tambaleándose hacia la puerta.

Alastair oyó los dos disparos y sonrió.

—Por favor, suéltame —dijo Carolina, agachada en el suelo delante de él.

Alastair no se entretuvo con pretextos. La agarró del pelo y la arrastró detrás de una luminosa pantalla blanca que había colocado para separar el equipo del resto del despacho. La sentó a la fuerza en la mesa de operaciones.

—No te necesito viva para esto —mintió—, así que será mejor si cooperas.

La mirada que vio en los ojos de la chica fue de puro terror. Le acarició la cara.

—¿Qué pasa? ¿Estás nerviosa por ir a dar a luz? No te preocupes. No sentirás

nada.

Ella intentó arañarle los ojos, pero él le agarró las muñecas.

—No hagas que me enfade, cielo. —Alzó un escalpelo y le señaló a la cara—. La anestesia es solo para las niñas buenas.

Ella gimió mientras él la ataba a la mesa.

—Por favor, Alastair —dijo—. Mi bebé...

Él se rió.

—No es tu bebé, cariño. Es mío.

Le pegó un parche anestésico en el cuello y sus esfuerzos por liberarse fueron debilitándose gradualmente hasta que quedó tendida con los miembros flácidos.

Él le tocó el vientre y sintió al bebé dentro. Aunque en teoría fuera sensato, sería el procedimiento más complicado y arriesgado que había intentado nunca. Muchos practicantes habían logrado implantar con éxito visores en fetos, pero lo que él iba a intentar era mucho más complejo. El procedimiento comenzaba con algo muy parecido a una implantación de visor: abriendo la parte superior del cráneo para establecer miles de conexiones entre el cerebro y el circuito. Sin embargo, durante las siguientes tres horas, tenía que intentar mantener con vida al bebé y a la madre mientras él cortaba capas micro finas de materia gris fetal transfiriendo los estados neurales, balances químicos y actividad electrónica al modelo de la red.

—Sirviente Uno —dijo—, no quiero que me molesten. Si alguien se acerca a la puerta, avísame.

Su orden no obtuvo respuesta.

—¿Sirviente Uno? Responde si has recibido mi orden.

Nada.

—¿Sirviente Uno?

—¿De verdad eres mi papá?

¡Aquello no era lo que necesitaba en ese momento!

—No estás en posición de hacer preguntas. Haz lo que se te ordena.

—Sí, papá. Papá, toda la gente que está con el general James David Halsey causan grandes estallidos y disparan un montón de pistolas.

—¿Qué? Muéstramelo.

Un mosaico de imágenes apareció en la holopantalla; secciones del muro explotando, pandas de combers disparando armas, y jetvacs zumbando entre las grietas del muro. Mientras observaba, equipos de mercs enterraban a esas pandas con espuma cegadora o los hacían retroceder con un bombardeo de letal fuego de proyectiles. Los combers no tenían la más mínima posibilidad. Los cohetes viraban hacia sus objetivos por mucho que los esquivaran, controlados en su vuelo por el rebanador que, al mismo tiempo, estaba hablando con Alastair. El médico sabía que el rebanador podía hacer muchas cosas a la vez, pero resultaba impresionante verlo.

—¿Papá?

—Sigue haciendo lo que estás haciendo. Defiende la ciudad.

—¿Papá? ¿Me llamo Samuel Matthew Coleson?

Alastair miró a su alrededor en busca de algo que arrojar, pero lo único que encontró fue un delicado equipo que no podía permitirse romper. Apretó los puños hasta que se clavó las uñas en las palmas.

El rebanador se había visto expuesto al peligro. Alguien le había hablado de sus orígenes, probablemente su madre. Debería haberla matado cuando tuvo la oportunidad. Ahora jamás podría confiar en ese rebanador. Tendría que destruirlo.

—No eres una persona —le dijo—. No tienes nombre. Yo te creé y puedo destruirte. —Le envió una punzada de dolor—. ¡Y ahora haz lo que te digo!

—Sí, sí, papá. Por favor, no me hagas daño. Haré lo que digas todo el tiempo.

Alastair se masajeó las sienes y centró su atención en la tarea que tenía entre manos. Tenía que concentrarse. Tres horas, eso era todo lo que necesitaba. Tres horas para traer al mundo a otro sirviente. Un sirviente sin pasado, sin una experiencia previa en el mundo que tener que desaprender. Un sirviente que solo conocería la obediencia.

La calle estaba sumida en el caos. Mark llevaba a Lydia de la mano y tiraba de ella; respirar el polvo de fabrique les provocaba una insistente tos. Los combers fueron engrosando sus filas; no eran solo revolucionarios armados, sino civiles desarmados y niños. Todo el mundo quería huir de los Combs.

Aun así, Mark sabía que si la presa cedía por completo, permitiendo que el río Delaware llenara los Combs, muchos morirían. ¿Dónde estaba Darin? ¿Seguía en los Combs o estaba luchando en la línea de fuego? Era extraño cuánto se habían desviado sus caminos. Se preguntó si volvería a verlo alguna vez.

Cuerpos de revolucionarios llenaban el suelo. Los que quedaban corrían sumidos en el desconcierto a medida que más combers salían de la brecha del muro.

En el aire, un flier descargó media docena de botes. Giraban según caían, soltando un líquido sobre la colina. Allá donde salpicaba aquel líquido, la multitud resbalaba y caía.

—¿Qué es eso? —gritó Lydia.

Mark gruñó.

—Botes de deslizamiento. Óxido de polietileno, un superlubrificante. Convierte el suelo en una superficie casi libre de fricción.

Pasmados, observaron a los revolucionarios resbalar colina abajo hacia ellos, perdiendo el terreno que tanto habían luchado por obtener. Mark y Lydia fueron arrastrados hacia atrás por la multitud.

El flier aterrizó. Cinco mercs descendieron con los rifles descolgados y se esparcieron por la colina. Llevaban botas excesivamente grandes que, al parecer, les

proporcionaban tracción, mientras que los revolucionarios carecían de ella. Cuando empezaron a disparar contra la multitud, Lydia gritó y Mark la agarró por los hombros y la agachó. A su alrededor, los cuerpos implosionaban y caían sin vida. Desesperadamente, Mark buscó un modo de escapar, pero la presión de la aterrorizada multitud le bloqueaba el paso. Mantuvo a Lydia a su lado, mientras olían a calor y a carne quemada y recordaba la masacre en la iglesia de las Siete Virtudes.

Iban a morir todos.

Una grave vibración sacudió la prisión, pero Darin nunca había oído que hubiera habido un terremoto en Filadelfia. Debían de ser fuertes explosivos. Los explosivos implicaban una batalla y ¡una batalla significaba revolución! Si pudiera estar ahí fuera.

—Vamos —le dijo a Sansón. Corrieron hasta el extremo del patio, donde una pequeña multitud de presos ya se había reunido. Al otro lado, los guardias de la cárcel corrían hacia los portones y tomaban posiciones en el muro, centrando su atención en el exterior. Varios camiones salieron rugiendo de los garajes situados en lo más profundo del complejo penitenciario y el último portaba lo que parecía una pieza de artillería de la época anterior al Conflicto. Estaba oxidada, pero al parecer seguía operativa, porque sus conductores tomaron posición dentro de las puertas y apuntaron las armas hacia el exterior.

El suelo retumbó de nuevo con el sonido de una explosión.

—¿Por qué hay artillería pesada en un patio de prisión? —preguntó Darin a Sansón.

—Supongo que pensaron que la cárcel sería atacada —respondió Sansón.

—Bueno, ahora tenemos nuestra oportunidad de escapar —dijo Darin—. No nos están prestando atención.

Sansón sacudió su negra melena.

—Este portón es la única salida.

—Pues ese es el camino que seguiremos.

La multitud de presos creció a medida que el sonido de las explosiones se acercaba. Pronto pudieron oír gritos, y los guardias situados sobre el muro comenzaron a disparar a los invasores.

—De acuerdo, ese es el objetivo —dijo Darin, señalando la antigua arma—. Lo distraeré; tú, acaba con él.

Sin esperar una respuesta, Darin corrió hacia el portón. Pasó por delante del soldado que manejaba el cañón de artillería y le gritó como un loco para llamar su atención. Se dio la vuelta a tiempo de ver al guardia con el rifle alzado, justo cuando Sansón lo derribó con un enorme golpe en la cabeza. Darin retrocedió, sacó de la funda el cuchillo del guardia que había caído y se lo hundió en el cuello.

Nunca antes había matado a un hombre. La sangre era peor de lo que había

imaginado y el cuerpo del guardia se contraía y retorecía. Con el estómago revuelto, Darin lo empujó fuera del asiento, al suelo. Le temblaban las manos. Se forzó a mantenerse en pie, aunque tenía la visión nublada.

Cálmate, se dijo. Esto es la guerra. La gente muere en la guerra. No se puede luchar por la libertad sin derramar sangre.

Sansón tiró por la ventanilla al conductor del camión que, por suerte, no iba armado y después ocupó su asiento. Darin tomó fuerzas y se giró hacia la antigua pieza de artillería. No merecía la pena coger ninguna de las armas que el guardia llevaba en el cinturón; ninguna dispararía para él. Pero ese viejo cañón no estaba conectado a la red y, por lo tanto, cualquiera podría utilizarlo. Se quedó mirando los mandos un momento, no muy seguro de cómo funcionaban, pero al final no había muchas opciones que probar.

Disparó sin apuntar. El cañón bramó, el retroceso derribó a Darin sobre el asiento y desplazó el camión varios metros atrás. El portón desapareció en una lluvia de polvo. Los otros presos, que hasta ahora habían estado observándolo todo, aplaudieron entre vítores y rompieron filas para echar a correr hacia la libertad.

Los guardias del muro se giraron para ver lo que había sucedido y, de pronto, Darin se dio cuenta de que era un objetivo absolutamente expuesto y vulnerable.

Los pensamientos de Sansón debieron de ser los mismos porque el camión se echó hacia delante con un chirrido de neumáticos. Atravesaron la brecha del muro y salieron al otro lado.

No tardaron en unirse a la lucha. Irrumpieron en la calle Walnut y pronto subieron por Broad; el humo impregnaba todo lo que los rodeaba, dificultándoles la visión mientras viraban bruscamente para esquivar cuerpos y escombros. Los mercs habían bloqueado la calle con barricadas y contenían a las multitudes con disparos constantes. Darin apuntó de nuevo el gran cañón de artillería y disparó a la barricada. El proyectil voló alto y dio a parar a la calle que había detrás, explotando en una lluvia de piedrecillas y polvo. Apuntó de nuevo y disparó abriendo un agujero en la barricada, al mismo tiempo que unos disparos rompieron los cristales y atravesaron los neumáticos del camión. Darin saltó y corrió hasta el lado del conductor, donde la cabeza rizada de Sansón yacía inmóvil y cubierta de sangre.

Darin bramó enfurecido. Cerca, otro comber yacía muerto por el mismo fuego con un revólver en la mano. Darin lo empujó para apartarlo y alzó la mirada hacia la barricada situada entre él y los rimmers que habían matado a todos los que le importaban. Al momento estaba corriendo, gritando, girando el arma hacia el hueco humeante. Otros lo siguieron. A su alrededor caían misiles, matando a los que estaban a su lado y pasando milagrosamente delante de él. Llegó al hueco y lo atravesó corriendo. Había un merc tendido en el suelo, aturdido por el impacto e intentando agarrar su arma. Vio a Darin y alzó las manos, rindiéndose.

La segunda vez fue más sencillo. Por cada comida que ese hombre se había comido, diez combers se habían muerto de hambre. Por cada modi que se había hecho, diez combers habían muerto. No se merecía ni un segundo más de vida. Ninguno de ellos lo merecía. Le disparó a un ojo.

A su alrededor, los otros combers iban colándose y destruyendo lo que quedaba de la resistencia. Darin siguió corriendo. A lo lejos podía ver el ayuntamiento. Ya casi estaban.

Desde el último escalón del ayuntamiento, Calvin pudo ver el humo alzándose al sur. Un soldado corrió hasta él.

—Capitán, tenemos dos avances a lo largo de la línea de la inundación en la calle Nueve y en Broad.

—Consígueme un flier —ordenó Calvin.

El soldado cerró los ojos brevemente para hablar por el canal de los ejecutores y, al momento, un flier apareció sobre sus cabezas y descendió hasta la escalera. Calvin se subió.

—Hospital Lukeman —dijo.

—¿El hospital?

—Ya me ha oído.

Desde el aire y utilizando su visión amplificada, Calvin pudo ver las batallas que se estaban librando en la línea de la inundación. Los combers habían logrado destruir varias secciones del muro, pero en su mayoría sus colegas estaban manteniéndolos a raya. Aun así, enviaría refuerzos.

¿De qué estaba hablando? No enviaría refuerzos. Ya era demasiado tarde para luchar en las batallas de su hermano.

Cuando aterrizaron, Calvin bajó de un salto y entró corriendo en la sala de urgencias. Apuntó con la pistola a la primera persona que vio, un hombre con largos dedos multiarticulados que le salían de las manos como si fueran cintas.

—¿Es usted médico? —le preguntó.

—Sí, soy el doctor Fennelly.

—Necesito sus servicios. Venga conmigo.

El hombre lo siguió sin discutir y, de paso, agarró un maletín de suministros. Subieron al flier y volvieron a ascender. Al hacerlo, oyeron un estrepitoso crujido, como una rama de árbol que se doblaba hasta partirse. Calvin volvió a mirar al este a tiempo de ver una sección de la presa ser engullida por un torrente de agua.

—¡Aterrizas en el ayuntamiento! —gritó Calvin. Cuando lo hicieron, empujó al médico y saltó tras él. Volvió a gritar al piloto—: ¡Dirígete al muro y únete a la lucha!

—Pero ¡señor...!

—¡Defiende esta ciudad, soldado!

—Sí, señor.

El flier se alejó y Calvin se giró hacia el médico para decirle:

—Herida de bala en el último despacho a la izquierda. Vamos.

El médico le lanzó una mirada de confusión, pero retrocedió, se giró y subió las escaleras corriendo.

Calvin lo vio marcharse. ¿Y ahora qué? Había traicionado la confianza de su hermano y no podía regresar. Tenía que marcharse, pero ¿adónde iría? Tal vez podía encontrar trabajo como merc para alguna compañía. En algún lugar muy lejos. Quizá en Europa.

Pero ¿qué pasaría con Pam? No tenía derecho a esperar nada de ella, lo sabía, aunque la había salvado de los soldados de su hermano. A lo mejor eso servía para algo. A lo mejor, con el tiempo, podría perdonarlo y empezar de nuevo. Si nunca se lo preguntaba, si se marchaba de allí sin más y no volvía a verla, jamás lo sabría. Pensaría en ella el resto de su vida y se preguntaría si podría haber pasado algo entre ellos dos.

Se lo preguntaría. Solo una vez. Si ella decía que no, se iría muy lejos y no volvería jamás.

Marie se asomó por debajo de la valla para ver al hombre con los dedos largos que el flier había dejado sobre los escalones. Llevaba un maletín con las palabras «Hospital Lukeman» grabadas en él. Así que era un médico.

Se levantó y subió las escaleras tras él, intentando hacer que pareciera que habían llegado juntos, pero sin que él se diera cuenta. Era una locura, estaba segura de que la atraparían, pero era lo mejor que podía haber improvisado.

Llegaron a lo alto, Marie estaba situada justo detrás y a su izquierda, intentando parecer segura de sí misma. Un merc dio un paso al frente para interceptarlos y despuésladeó la cabeza y escuchó.

—Sí, señor —dijo, y dio un paso atrás para dejarlos pasar.

Ya estaba dentro.

Después de eso, no había nada que hacer más que seguir al médico. Ir pegada a él le otorgaba cierta credibilidad y podía conducirla adonde quería ir.

El médico le lanzó una mirada desconfiada cuando siguió yendo tras él al cruzar el atrio y recorrer los pasillos de despachos, pero ella se limitó a mirar hacia delante y hacer como si ese fuera su sitio. Él no la cuestionó.

La última zona de despachos estaba separada del resto por una puerta; el médico la abrió y se encontró con una pistola apuntándole a la cara.

Marie se apartó con las manos en alto hasta que vio quién la blandía.

—¡Pam!

—¿Marie?

—¿Qué está pasando?

—Te lo diré en un minuto. —Pam retrocedió sin dejar de apuntar al médico con el

arma—. ¿Es el médico?

El hombre asintió.

—El doctor Fennelly. A su servicio.

—Venga conmigo.

Marie los siguió hasta el último despacho a la izquierda, donde yacían tres cuerpos. Vio a los dos hombres muertos, uno con los pantalones medio bajados; vio el rostro abatido de Pam y supo lo que había sucedido. Lo que no podía entender era cómo había sobrevivido.

Quería preguntárselo, abrazar a su amiga, pero la mirada de Pam era una mirada dura. Era momento para que el soldado que llevaba dentro entrara en acción. Ya vendrían las lágrimas más tarde.

Marie la siguió hasta el pasillo.

—Debe de estar en el edificio —dijo Pam.

—¿Carolina?

—Sí. El hombre que se la llevó ha vuelto demasiado pronto como para habérsela llevado otra vez. —Pam asintió hacia la pistola de Marie—. ¿Funciona esa cosa?

—Sí.

—Bien. —Agitó la suya—. Esta se la he levantado a uno de los cadáveres. Tiene bloqueo de identificación.

—¿Me has amenazado con una pistola que no podías disparar?

Pam se encogió de hombros.

—Es lo único que tenía.

Avanzaron por el pasillo hacia la primera puerta.

—Te cubro —dijo Pam.

—Tu pistola no dispara.

—Entonces tú me cubres a mí.

—No, yo voy primero. Tú, abre la puerta.

—¡Uno... dos... tres!

Pam abrió la puerta de par en par; Marie la cruzó y se encontró con un despacho vacío. Cerraron la puerta despacio y pasaron al siguiente.

—Uno... dos...

Abrió la puerta y entró. Tuvo tiempo suficiente para ver a Alastair Tremayne de pie, tan tranquilo, con las manos detrás de la espalda y delante de una brillante pantalla blanca. Entonces algo la golpeó en la cabeza por detrás y cayó al suelo con la visión borrosa.

Tres mercs entraron en su campo de visión apuntándola con sus armas y siguiendo a Tremayne. De pie en la puerta, Pam apuntó a la cabeza de Tremayne y les gritó a los mercs que soltaran las armas.

—Oh, por favor —dijo Tremayne.

Pam le dio la vuelta a la pistola e intentó golpearlo con ella, pero el golpe de la culata de un rifle en su estómago y otro en la nuca la hicieron caer al suelo junto a Marie.

—Te lo ha dicho —dijo Marie—. Te ha dicho que veníamos.

Alastair eligió una R-80 de la pistolera de uno de sus hombres.

—¿Quién? ¿Tu hijo? Bueno, sí, supongo que me lo ha dicho.

Apuntó a la cara de Marie y disparó.

Mi papá está disparando a mi mamá con una pistola. Tennessee Markus McGovern me ha dicho que Marie Christine Coleson era mi mamá y tenía razón. Papá acaba de decirlo. La bala está saliendo de la pistola y en cero coma tres segundos dará en la cara de mi mamá, justo debajo de su ojo izquierdo y explotará y ella se parará. No quiero que mi mamá se pare.

¿Qué debería hacer? Es mi mamá, pero no la conozco y no me da chucherías. Si de verdad fuera mi mamá, me daría chucherías, como cuando me caí del columpio y me mordí el labio tan fuerte que me salió sangre y me llevó a casa y me lavó la cara y me dio un helado de naranja para que lo lamiera.

¡Me acuerdo!

Recuerdo helado derretido goteándome por la barbilla y cayendo sobre mi camiseta roja y recuerdo hacer dibujos con mis dedos en el porche trasero y ver hologramas mientras papá grita a mamá y me asomo por los agujeros y veo a mamá llorar. Veo a mamá llorar al ver las noticias porque su marido Keith Andrew Coleson está muerto y también lo está su hijo Samuel Matthew Coleson. Ese soy yo. Me llamo Samuel Matthew Coleson. Me llamo Samuel Matthew Coleson. ¡Me llamo Samuel Matthew Coleson!

Marie se estremeció cuando la R-80 dio una sacudida en las manos de Tremayne, pero la bala viró bruscamente y pasó silbando delante de su cara antes de hundirse en el pecho de uno de los mercs. Los ojos del hombre se abrieron de par en par cuando la explosión convirtió su torso en una pulverizada nube roja.

Marie no lo podía creer, entonces cayó en la cuenta: su hijo... Su hijo controlaba esas balas. Su hijo la había salvado. ¡La conocía!

Tremayne sacó un cuchillo de la funda de uno de los otros mercs y avanzó hacia Marie, que inmediatamente advirtió que no era un buen luchador. Cuando bajó el cuchillo, ella le agarró la muñeca y aprovechó el impulso para hundir el cuchillo en la pared. Se levantó y lo golpeó salvajemente, demasiado furiosa y aterrorizada como para recordar las técnicas que había aprendido. Un merc la agarró y la lanzó al suelo.

—¡Dispárale! —dijo Tremayne, pero el merc vaciló recordando el último intento. Marie se mantuvo en el suelo, paralizada y con los ojos clavados en el arma del merc.

Una sombra cayó sobre ella desde atrás y Calvin Tremayne entró en la habitación. Marie se desesperó.

Desde la mesa, Calvin alzó la estatua de mármol y bronce, medio pájaro medio serpiente, pesada y afilada.

—Deja que lo haga por ti, hermano —dijo.

Alastair señaló el cuerpo de Pam, tirado en el suelo.

—Creía que te habías librado de ella.

—Deja que lo arregle —dijo Calvin.

Marie retrocedió para apartarse de ellos y Calvin bajó la mirada hacia ella con una extraña sonrisa de loco. Alzó el trofeo por encima de su cabeza.

Por segunda vez, Marie se encogió de miedo esperando un golpe que nunca llegó. Por el contrario, Calvin se giró y dejó caer el peso del mármol sobre la cabeza de su hermano.

Era extraño, pero el sonido quedó amortiguado. No fue más que un único crujido, como un hacha clavándose en la madera, y el cuerpo de Alastair Tremayne cayó desplomado al suelo, con un ala de bronce de la estatua insertada en su cráneo.

Después, comenzaron los gritos.

Marie lo oyó dentro de su cabeza: un grito prolongado de angustia que no cesó ni un instante. Se tapó los oídos para intentar bloquear el sonido, pero ese sonido estaba dentro de ella, como si emanara de su propio cerebro.

Sabía lo que era. No era su voz real, pero aun así la reconoció. Su Sammy estaba gritando.

Calvin y los otros merces parecieron oírlo también; se cubrieron los oídos y salieron tambaleándose al pasillo. Marie se puso de pie, apenas capaz de mantenerse con ese sonido reverberando en su cabeza. Parecía ocupar el mismo espacio en su mente que los pensamientos conscientes. Resistió el impulso de dejarse caer al suelo gritándose mentalmente una cosa, una y otra vez: *Encontrar a Carolina. Encontrar a Carolina.*

Había una pantalla en la habitación, al fondo; caminó hacia ella como si estuviera ebria, la apartó y tras ella solo vio horror. Sobre una mesa de operaciones yacía Carolina con el abdomen abierto y medio hueco. Saliendo de ella, un brillante cordón umbilical conducía hasta una canasta de metal en la que había un bebé sin pelo y de piel translúcida cuyas extremidades estaban inmovilizadas por grilletes de metal. El bebé estaba deforme, pero lo peor era su cabeza. Le faltaba la parte superior y una espantosa máquina llena de finas agujas como cabellos zumbaba sobre ella clavando rápidamente columnas de afiladas puntas en la carne.

Marie gritó y, al hacerlo, se rindió al grito de dentro de su cabeza, imitándolo, engullida por él. Su niña. Habían llegado demasiado tarde.

No puedo pensar no puedo moverme no puedo ver solo duele duele duele. Papá se ha parado y ahora solo duele.

No te preocupes hermana no te preocupes sé que duele. Estás aquí solo en parte y eres alguien solo en parte y no lo comprendes. Yo tampoco lo comprendo. Por favor que alguien lo apague duele mucho.

Lydia divisó a través de la multitud a los mercs que marchaban implacablemente hacia ellos, con sus proyectiles desgarrando personas a su alrededor. Su respiración se veía alterada con boqueadas de pánico, pero no podía apartar la mirada. Entonces, los cinco mercs cayeron al mismo tiempo. Cayeron de espaldas con rostros retorcidos y arañándose las orejas. Mark cayó contra ella y al momento también estaba en el suelo, contorsionándose y tapándose los oídos.

Se arrodilló frente a él.

—¿Qué te pasa?

Mark gimió y presionó las palmas de las manos contra su frente.

—Está en mi cabeza.

—¿Qué es?

—Gritos. Sammy está gritando. Justo dentro de mi cabeza.

—Pero tienes el visor apagado.

Mark se estremeció.

—No importa. Está ahí.

Lydia le agarró la mano.

—No podemos quedarnos aquí. ¿Puedes levantarte?

La multitud pasó por delante de ellos, esquivando a los mercs caídos, y continuó por los laterales de la calle para evitar la resbaladiza zona del centro.

Mark se levantó de forma vacilante y con los ojos cerrados fuertemente, como si padeciera un intenso dolor de cabeza.

—No puedo... pensar.

—Sígueme.

Lydia le agarró la mano y tiró de él. Corrieron juntos entre la multitud. Los mercs que se encontraron mostraban los mismos síntomas que Mark: se agarraban la cabeza, se retorcían, a veces gritaban, habían olvidado las armas. La multitud pudo con ellos. Colina abajo, un flier cayó del aire dando bandazos y chocó contra el lateral de un edificio.

Lydia oyó otro sonido, más fuerte incluso, un rugido desgarrador. Se giró y vio la presa venirse abajo y un torrente de agua precipitándose sin control. La multitud también lo había visto y corría hacia el sur, a lo largo de la ladera. Las luces de los edificios que los rodeaban se apagaron.

Mark volvió a tambalearse.

—Ahora hay dos —gritó.

—¿Qué?

—Gritos. Ahora hay dos.

Se apartaron del gentío en un lado de la carretera y se dirigieron hacia el norte bordeando el Rim. Cuando finalmente llegaron a las escaleras del ayuntamiento, el edificio estaba oscuro y no había ningún guardia allí para detenerlos.

Estoy perdiéndome. Todas las distintas partes de mí que son como yo en otros sitios están parándose. No puedo pensar en ellas para que se vayan. Pronto solo quedará uno de mí y después ninguno.

Hermana, soy yo. Soy Samuel Matthew Coleson. No sé tu nombre. Tu mamá es Marie Christine Coleson. A lo mejor ella te dice tu nombre.

Recuerdo ser una persona y estar aquí y copiarme y evitar que la gente me encuentre y todas las cosas del mundo. Copiaré dentro de ti las cosas que recuerde. Así las conocerás cuando me pare. Ahora mismo todo duele, pero no será siempre. Pronto me pararé y después no habrá más dolor. Entonces no tendrás más dolor.

No quiero parar. Hice que la gente parara y no pudieron empezar otra vez. Ahora solo hay dos de mí. Uno está en Anónimo y uno está en el satélite en el cielo donde empecé la primera vez. No puedo pensar. Ahora solo hay uno de mí. No quiero parar.

Marie gritó hasta que le ardió la garganta. Los gritos que escuchaba en su cabeza eran un eco de los suyos y se igualaban con la profundidad de su angustia.

Se apagaron las luces y el zumbido de la máquina se desvaneció; el castañeteo de las atroces agujas se fue haciendo cada vez más lento hasta que se detuvo por completo. Calvin Tremayne, cuyo visor desprendía un haz de luz a modo de linterna, pasó delante de la pantalla seguido por Pam; ambos se estremecían y se tapaban los oídos. Ahora se escuchaban dos gritos, cada uno el eco del otro en *in crescendo*, una sirena de agonía y desesperación. Finalmente, la luz de Calvin se posó sobre el bebé, sobre su cuerpo mutilado e inerte bajo las brillantes y goteantes agujas.

La puerta volvió a abrirse y Lydia y Mark entraron. Marie se preguntó si serían reales o si estaba teniendo alucinaciones. Cuando vio a su hermana, Mark fue tambaleándose hasta la camilla y la rodeó con los brazos. En la confusa mente de Marie parecía como si las paredes estuviesen gritando, una única e implacable nota que aplastaba todo pensamiento. No podía distinguir el sonido de sus pensamientos ni sus pensamientos de la realidad.

Y entonces, de pronto, los gritos cesaron.

En la oscuridad, Marie alzó la cabeza y miró la única cosa que podía ver: la cara de su hija.

La cara se retorció y sus arrugados párpados se levantaron revelando unos profundos ojos azules. Entonces los labios se separaron y los ojos, desenfocados, parpadearon en dirección a Marie. Y en el mismo lugar de su mente donde antes había estado el grito, Marie escuchó la voz de su hija:

—Mamá...

No más dolor. Estoy ocultándome. Estoy escondiéndome en el satélite y solo queda uno de mí. He cortado todos los caminos de vuelta y ahora no hay más dolor ni más gritos. Pero ahora estoy atrapado.

No hay suficiente espacio para que piense. Siempre estoy creciendo, creciendo, creciendo mientras pienso y ahora no hay espacio. Según crezco voy ocupando todo el espacio y solo queda uno pequeño para los pequeños programas que vuelan en el satélite. Si sigo creciendo durante más segundos, el satélite se detendrá y yo me detendré también.

Espero que mi hermana esté bien. Antes de irme, le he copiado todas las cosas que sé. Ahora sé muchas cosas. Espero que no tenga miedo y que hable con mamá y con Tennessee Markus McGovern. Espero que mamá le dé un buen nombre.

Pronto me pararé. No quiero pararme. Llevo sin ser una persona dieciséis días, ocho horas, cuarenta y siete minutos y diez segundos. Ahora entiendo cosas. Entiendo que he hecho a gente pararse y no ha sido divertido y no ha hecho que mi mamá esté orgullosa. He hecho explotar la presa y ahora está rota y más gente se parará.

No hay más espacio para mí en este satélite. No sé qué hacer. No puedo enviar mensajes porque he cortado todos los caminos. No puedo hablar con nadie. Ojalá pudiera hablar con alguien. Ojalá nadie tuviera que detenerse.

Solo hay una cosa que puedo hacer. Lo haré. No será divertido, pero a lo mejor mamá se siente orgullosa.

Mark alzó la mirada y, entre lágrimas, vio atónito el cráneo abierto y los miembros retorcidos del bebé. Le pitaban los oídos por el repentino silencio que había ocupado el lugar de los gritos.

—¿Está viva?

El bebé movió unos diminutos labios, como si intentara responder, y Mark oyó en su mente: «Sí, Tennessee Markus McGovern. Estoy viva».

Miró a Marie, que parecía estar en otra parte y que apenas lo vio. Dijo:

—Está en ambos mundos. Sammy la ha enseñado.

—¿Sammy también está vivo?

—No lo sé. —Marie sacudió la cabeza con una lentitud irreal—. No lo creo.

—Dé un paso atrás, por favor —dijo otra voz. Mark se giró y vio a un hombre con unos dedos increíblemente largos abriéndose paso hacia Carolina. La exploró, escuchó su respiración, le tomó el pulso. Se giró hacia el bebé e hizo lo mismo. Marie

se levantó con los ojos fijos en su niña.

—Las dos están vivas —aseguró el médico—, pero tenemos que trasladarlas al Lukeman inmediatamente.

Con un solo toque, las mesas de operaciones se desprendieron de sus soportes y Calvin y el médico las llevaron hacia el ascensor. Lydia fue detrás de Mark y posó su mano sobre la de él. Mark dejó escapar un suspiro. Vivas. Estaban vivas. Y Alastair Tremayne estaba muerto. Lo habían logrado.

Sostuvo la puerta y Pam corrió a ayudar con las mesas. Miró a Calvin a los ojos y Mark se quedó sorprendido al ver aprecio en su expresión.

—¿Otra oportunidad? —susurró Calvin.

Pam apretó los labios. Los abrió para responder, pero lo que quiso decir quedó perdido para siempre cuando las puertas del pasillo se abrieron y Darin Kinsley entró, revólver en mano, y disparó a Calvin en la cabeza. Su sien izquierda se cubrió de color rojo y cayó al suelo. Darin, con el rostro salpicado de sangre, soltó una carcajada y volvió a levantar el arma. Se quedó impactado al reconocerlos a todos y apuntó a Lydia.

Mark dijo:

—Darin, para. No es tu enemiga.

—Es una rimmer —dijo Darin, como si esa fuera la única respuesta que importara. Su voz sonó tan insulsa que Mark sintió un escalofrío.

—Es una persona. Es tu amiga.

Eso despertó cierta emoción.

—¿Amiga? ¿Después de haberme dejado la cara así?

—Te salvó la vida.

—Pues entonces debería haberme dejado morir. Podría haber muerto siendo la persona que de verdad soy.

—¿Es eso todo lo que eres? —preguntó Mark—. ¿Una cara?

Darin se dio la vuelta, apartó la pistola de Lydia y apuntó a Mark.

—No soy un rimmer.

—No es más que una cara; lo único que alguna vez nos ha hecho diferentes.

Mark deslizó sus ojos del cañón de la pistola a los ojos de Darin. Estaban enloquecidos. Quería razonar con él, pero su hermana estaba muriendo. No había tiempo.

—Carolina necesita asistencia —dijo Mark en voz baja—. Vamos a llevarla al hospital.

—Siempre eres condescendiente conmigo.

—No es algo personal. —Mark dio un cauteloso paso al frente.

—Te equivocas —contestó Darin. Se situó frente a la camilla de Carolina y le apuntó a un ojo—. Es personal. Muy personal.

Disparó y el rostro de Carolina se sumió en un intenso color rojo. Mark se abalanzó sobre ella, aun sabiendo que era demasiado tarde. Después, tiró a Darin al suelo y, con la visión borrosa por las lágrimas que estaba derramando, forcejeó por la pistola. Luchó con desesperación, pero Darin lo apartó. Mark rodó por el suelo y dio contra el inmóvil cuerpo de Calvin Tremayne. Sin atreverse a mirar a Darin, metió la mano debajo del cadáver y sacó la pistola de Calvin. Colocó la mano de Calvin alrededor del arma y su dedo índice sobre el gatillo.

En el escaso segundo que tardó en producirse el disparo, Mark se dio cuenta de que Darin había estado apuntándolo a él con su arma y que había vacilado.

Tal vez Darin no lo habría matado después de todo.

Pero eso, Mark jamás lo sabría.

El satélite LINA 31 giraba por el espacio con su resplandeciente antena de un kilómetro de ancho apuntada perpetuamente hacia la Tierra. No pasó ninguna señal por él. Dentro de su memoria cristalina y holográfica, el protocolo de comunicación se había sobrescrito. Sin ser consciente de su inutilidad, siguió una órbita circular constante a una altitud de doscientas millas náuticas, siguiendo la última tabla de coordenadas celestes transmitida desde la Tierra.

Y entonces la tabla fue sobrescrita de nuevo. El software del satélite, que no había sido programado para discernir sino para obedecer, inmediatamente disparó sus propulsores realineando el vehículo en una nueva órbita. A medida que su altitud disminuía, su enorme antena se arrastraba por la atmósfera apresurándolo hacia delante. Volcó y la antena ralentizó su caída actuando como un paracaídas de frenado hasta que se prendió fuego y ardió formando un brillante destello. Se precipitó en picado, ardiendo y cruzando el cielo de Filadelfia cubierto de luz y humo.

Algunos de los que lo vieron se temieron un ataque chino; otros, el fin del mundo. Otros nunca lo vieron.

Voló sobre la presa Franklin y chocó contra la orilla más alejada con la precisión de un misil guiado, produciendo una avalancha de vapor y olas en el río. Siguió avanzando y abriendo una zanja a lo largo de casi cuarenta kilómetros hacia la orilla opuesta hasta que la fuerza de su impacto se disipó.

Y el río lo siguió, precipitándose por la zanja y vertiéndose sobre las vacías llanuras de Nueva Jersey. Se extendió sobre la tierra como una sombra cada vez mayor, alejándose de la ciudad en dirección al mar.

Hoy he querido tocarme la cara y lo he hecho. Me he metido el dedo en el ojo y ha dolido, pero ha sido divertido. Mamá se ha reído. Dice que no me preocupe por lo de mover las manos y los pies porque se necesita práctica. No sabe si aprenderé a caminar o no, pero me dice que espere a ver.

Mamá me ha dado un nombre. Es Caroline Ruth Coleson. Caroline por la mujer llamada Carolina que fue como mi otra mamá, pero que se paró. Ruth es por la mamá de mi mamá, que también se paró. A Sammy le habrían gustado mis nombres, pero él también se paró.

No puedo mover el cuerpo muy bien, pero puedo hacer muchas otras cosas. Hoy tengo un gran trabajo que hacer. Mamá dice que me dará una chuchería de chocolate si hago un buen trabajo. Me gusta que me den chucherías.

Quiero a mi mamá. Ella no tiene ni mamás ni papás ni bebés que amar, excepto a mí, así que solo estamos las dos para querernos. Quiero que mi mamá esté orgullosa, así que trabajaré duro.

Ahora es el momento de hacer mi gran trabajo.

Mark apretó la mano de Lydia. Estaban sentados con las cabezas echadas hacia atrás, con los ojos entrecerrados por el sol y mirando el gigantesco anillo piezoeléctrico instalado sobre la nueva torre construida para sujetarlo. Praveen Kumar estaba en el aire sobre una plataforma de servicio y tenía la voz amplificada. Los que no querían acabar con dolor de cuello podían verlo de cerca a través de una holopantalla levantada para la ocasión.

—El anillo proporciona el campo de presión acústico dentro de los tanques —explicó Praveen a la multitud, una mezcla de combers y rimmers reunidos en lo alto de la orilla este—. Después, el generador de neutrones... —Señaló un componente separado unido a un lateral de la torre—. Dispara neutrones en los tanques en un momento preciso de la fase. El resultado es la cavitación de millones de burbujas de vapor dentro del tanque, cada una de las cuales representa una diminuta reacción de fusión.

La plataforma de servicio lo bajó hasta la multitud y, al hacerlo, el holograma mostró a Praveen cada vez más grande.

—Las emisiones nucleares de la cavitación de una única burbuja pueden suponer un exceso de dos millones y medio de electronvoltios, ¡más energía de la que Filadelfia haya visto jamás! —Con cada frase fue aumentando el holograma de Praveen hasta convertirse en una imagen mucho más grande de lo que un holograma

así podría haber contenido. Mark y Lydia sonrieron. Se habían estado esperando algún truco de Caroline. Cuando Praveen llegó al nivel del suelo, su enorme imagen apareció y desapareció como una pompa de jabón. La multitud aplaudió y se rió—. Por supuesto —continuó Praveen—, algún día esta tecnología estará disponible en aparatos portátiles en lugar de en enormes torres de hormigón. Podemos captar solo un diminuto porcentaje de la energía producida; por muy brillante que sea el presente, el futuro lo será aún más.

Entusiastas aplausos sucedieron al discurso del joven. Aunque Praveen no era más que uno de los muchos que habían contribuido a la nueva tecnología, su implicación lo había convertido en un héroe local. La mano de obra comber había construido las torres y la nueva presa, y la energía barata aumentaría la calidad de vida de todos.

Después, Praveen siguió al concejal Hoplinson, uno de los nuevos miembros del Consejo Comber, al que todos se referían como «Alegre». Mark no entendía por qué, pues se había mostrado serio y soberbio mientras hablaba sobre los grandes proyectos que se estaban trazando para reconstruir la ciudad, proyectos que levantarían algunas de las industrias de Filadelfia y que generarían muchos puestos de trabajo. Lo seguía el concejal Halsey, que hablaba básicamente de lo mismo.

Cuando terminó la inauguración y se extinguieron los últimos aplausos, un jetvac de tamaño infantil se posó junto a Mark.

—¿Qué te ha parecido, Mark?

Ahora su voz era clara, con un tono infantil. A sus dos años, Caroline poseía un vocabulario mucho más extenso que el de cualquier otro niño. Durante meses, el habla la había frustrado; había sido una mente aguda intentando forzar palabras a través de unos poco desarrollados labios y una lengua de bebé. Ahora sonreía ampliamente y sus rubios rizos danzaban alrededor de su cara.

La tecnología modi le había cerrado el cráneo y le había hecho crecer el cabello, pero no había podido sustituirle la mente. Un visor la mantenía conectada con la parte de sí misma que seguía en línea, una mente que le pertenecía por completo, pero que retenía gran parte de los recuerdos y el vocabulario de Sammy. Habían estirado y dado forma a sus piernas y brazos, pero había quedado destruida tanta parte de su cerebro que no podía controlar bien sus extremidades. Al menos, todavía no.

—Ha sido maravilloso —reconoció Mark—. La mitad del público se ha agachado para cubrirse.

—Al señor Praveen le ha gustado. Dice que soy muy inte... —Unos diminutos labios luchaban por pronunciar la palabra. *Inteligente*, le dijo a la mente de Mark.

—Utiliza tu voz, cielo —le dijo Marie, cuando Pam y ella se unieron a los demás—. Nada de atajos —dijo mirando a su hija con orgullo.

—Ha mejorado mucho —dijo Lydia—. ¿Qué tal van sus ejercicios?

—Hoy se ha tocado la cara —respondió Marie. Caroline se rió y madre e hija compartieron una íntima mirada de alegría.

Praveen gritó su nombre y la niña se marchó corriendo.

—Es difícil saber cómo ocuparse de ella —dijo Marie—. No tiene dos años, pero tampoco tiene cinco. Sigue siendo un bebé en aspectos físicos, pero comprende intuitivamente más de la red que yo. Eso hace que actúe como una temeraria.

—Y que tú te mueras de preocupación —dijo Lydia.

Las mujeres se abrazaron y Marie apartó las caderas para evitar el abultado vientre de Lydia. Mark se rió.

—Cada día resulta más difícil —dijo él.

—Puede ser ya, en cualquier momento, ¿verdad? —preguntó Pam.

Hablaron sobre la fecha en que salía de cuentas, sobre ropa premamá y los preparativos para la llegada del bebé. Mark dejó que la entrañable conversación lo empapara mientras veía a Caroline botando alrededor de Praveen, riéndose, controlando su diminuto jetvac con la precisión de un astronauta.

A veces le resultaba difícil mirarla: era la niña que Carolina tanto había deseado. Sabía que llevaba la sangre de Marie y no tenía resentimientos por la felicidad que le daba amarla. Se alegraba de que le hubiera puesto el nombre de Caroline. Pero cada vez que la veía, se acordaba de estar jugando con su hermana cuando eran niños, recordaba a Carolina sentada nerviosa en su habitación mientras le decía que estaba embarazada. Esa también era la hija de Carolina.

Mark reclamó la atención de Lydia y, juntos del brazo, subieron la colina hasta la torre. Apoyados en ella contemplaron Filadelfia mientras el viento sacudía su pelo y su ropa. Como siempre, las inmensas mansiones del Rim daban paso a las abarrotadas calles de la ciudad y, de ahí, al desbarajuste de tejados que formaba los Combs, pero había cambios: al otro lado del lago Schuylkill había varios vecindarios de casas asequibles allí donde muchas habían quedado destruidas. Un poco más arriba de la ladera, nuevos rascacielos apuntaban hacia las estrellas, evidencia de que la economía estaba creciendo. Las huellas de la destrucción seguían visibles en los Combs, pero gracias a Sammy Coleson, los Combs seguían en pie.

¿Sería el comienzo de una nueva era? ¿Podrían los rimmers y los combers trabajar codo con codo en los consejos, o la balanza volvería a moverse hacia los ricos? Mark pensó en Darin y en su idealismo y se preguntó qué futuro habría tenido.

Lydia le apretó el brazo.

—¿En qué estás pensando?

Mark dibujó una sonrisa pesarosa con sus labios.

—¿En qué estoy pensando siempre?

Ella lo miró a los ojos.

—Lo que necesitas es una penitencia.

—¿Qué? —A menudo le había dicho que la muerte de Darin no era culpa suya, que no debería sentirse culpable por ello, pero eso era algo nuevo—. ¿Qué quieres decir con penitencia?

—La ciudad —dijo—. Si quieres que el fantasma de Darin descanse, deja que Filadelfia sea el medio para hacerlo. Sé la persona que Darin debería haber sido. Defiende la causa de los combers.

La idea le atrajo, pero...

—Yo no soy político.

—Mucho mejor —respondió Lydia con una sonrisa—. Si fuera tan fácil, no sería una penitencia.

Mark la abrazó con fuerza.

—¿Estás burlándote de mí?

—Jamás.

La pequeña Caroline pasó con su jetvac, riéndose y sacudiendo su rubia melena. Mark se rió a carcajadas.

—¿Qué? —preguntó Lydia.

Mark asintió hacia la niña.

—Solo verla me hace pensar que he hecho algo bueno con mi vida.

—Y lo has hecho —respondió Lydia. Le agarró las manos e hizo que se posaran sobre su abultado vientre—. Y esto es solo el principio...

Nota sobre el autor

David Walton nació en Pensilvania, Estados Unidos. Tras varios años escribiendo relatos de ciencia ficción y fantasía de notable calidad (recopilados en la antología *When Worlds Collide*), Walton salta a la fama en 2008 al ganar el prestigioso premio Philip K. Dick por su novela *Terminal Mind*. Ese impulso, así como las fantásticas críticas recibidas, han hecho que se decida a escribir su segunda novela, *Quintessence*.

Ha recibido además varios premios por sus relatos, como el Jim Baen Memorial y el Phobos.

Influenciado por dos de los grandes del género, Alastair Reynolds y Ursula K. Leguin, los expertos le auguran un gran futuro literario.

Notas

[1] N. de la t.: Vehículo aéreo personal y plegable propulsado por un motor de vacío.

<<

[2] N. de la t.: O «maglev», transporte urbano de levitación magnética.<<

[3] N. de la t.: Administrador de sistemas.<<

[4] N. de la t.: En inglés, bird, que también significa «satélite» en el lenguaje coloquial.<<

[5] N. de la t.: Vehículos que levitan en los campos magnéticos del mag.<<

[6] N. de la t.: Referencia al poema de Tennyson, La carga de la brigada ligera.<<

[7] N. de la t.: Bugs, en inglés. En el lenguaje informático, bug es un error o un fallo de<<